

LA PESADILLA CONTINÚA FUERA DEL BOSQUE

B. J. CASTILLO

NIEVE

ROJA

LA ESPERADA SECUELA DE **BOSQUE NEGRO**



**NIEVE
ROJA**

TAMBIÉN DE B. J. CASTILLO

Bosque Negro

Donde Nunca Llueve

Hasta la Raíz

Días de furia

Viajera

La hora perdida

El último minuto

Hechizo nocturno

B. J. CASTILLO

**NIEVE
ROJA**

Nieve roja
Título original en español

Primera edición: diciembre de 2023

© 2023, B. J. Castillo
www.bjcastilloauthor.blogspot.com
El autor se ha reservado todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea electrónico, mecánica, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo, y por escrito de los titulares *copyright*.

Nota: La novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes o son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertos, eventos o escenarios es puramente casual.

¡Gracias por leer!

*En memoria de la persona que me vio dar mis primeros pasos.
A quien amaré y extrañaré hasta el último de mis días.
Mi abuela.*

*Y para ti, lector.
Por haber llegado hasta aquí.*

Nieve roja es una continuación directa de los hechos descritos en *Bosque negro*. También, en cierta medida, de los acontecimientos que se narran en *Donde nunca llueve* y *Hasta la raíz*, y en el relato *Objetos perdidos*. Recomiendo leer los títulos ya referidos antes de seguir con este. De lo contrario, algunos personajes y aspectos de esta historia podrían carecer de sentido.

Y sin mencionar los *¡spoilers!*

Dicho esto, Lector, espero lo disfrutes.

**NIEVE
ROJA**

PRÓLOGO

—Cierra los ojos. Respira profundo. Volvamos una vez más al bosque. Hace un día precioso, los pájaros gorjean desde las ramas de los árboles y tú y tus cinco amigos marchan, entre riendo y charlando, como si de cualquier día se tratara. En esta ocasión, Hannah lleva el mapa, al cual apenas presta atención en parte porque está absorta por el entorno, en parte porque ya conoce el camino. Ahora dime, Stacy, ¿adónde los está llevando?

No fue difícil sumergirse en aquella imagen de Black Wood ni mucho menos evocar las voces de sus amigos mientras iban por el bosque, aquel primer día. Había pasado un año y medio desde que estuvo allí y Stacy seguía recordándolo como si hubiese sido hace solo unos días. La verdad, estuvo maravillada. «¡Te has vuelto loca! —le había dicho a Hannah cuando le habló de su plan para acampar durante seis días en el bosque—. No pienso pasar mi última semana de vacaciones en un bosque en medio de la nada, ni mucho menos dormir varias noches en la intemperie con quién sabe cuántos bichos merodeando fuera». Se estremeció.

Hannah había dicho: «El bosque no está en medio de la nada. Es completamente seguro. Iremos con los chicos, ya sabes, será como las maravillosas vacaciones del año pasado en la costa. Esta vez será en el bosque. Sé que la idea de pasar una noche fuera te espanta, como bien quedó demostrado varias veces en las que intentamos acampar en el jardín de tu casa cuando éramos niñas, pero te aseguro, Stacy, que te va a encantar. —Y, tomando sus manos, añadió—: De verdad, significaría mucho para mí que vinieras con nosotros».

Al final, Stacy accedió. Por dos razones. La primera, porque gracias a Hannah sus padres le habían permitido ir a las increíbles vacaciones a la costa un año antes; unas vacaciones que, en contraste con las de Black Wood, parecían un sueño lejano e irreal. La segunda razón, porque parecía realmente importante para Hannah, su mejor amiga, casi hermana, que fuera al maldito bosque con ella. Lo vio en sus enormes ojos castaños. Lo percibió en el modo en el que tomaba sus manos. Casi como si rogara por ello. Hannah había hecho muchas cosas por ella en el pasado, y pocas veces que recordara pedía favores. Cuanto Stacy por fin dio su brazo a torcer, Hannah estalló de alegría, riendo y dando grititos y saltos de entusiasmo mientras la abrazaba.

«Créeme —le dijo al oído—. Te va a encantar».

Stacy replicó, casi para sí: «No estoy tan segura».

Como quien dice, Hannah la había hecho comerse sus palabras. Por supuesto, Black Wood le encantó. Más que eso. La quitó el aliento. Hannah debió verlo en su cara aquel primer día, pues soltó: «¡Te lo dije!». Ahora, Stacy comparaba aquel primer día en Black Wood con el cuento de Hansel y Gretel: cuando ven la casa de la bruja y, por fuera, esta parece una especie de sueño hecho realidad, como un paraíso en la tierra para atraer a los pobres e incautos niños, pero una vez te adentrabas en aquel sueño, aquel paraíso terrenal, todo empezaba a tornarse retorcido y cada vez más oscuro: una pesadilla.

Stacy empezó a hablar.

—Al principio Hannah, que camina a mi lado, no parece estar llevándonos a ningún lugar en especial. Reímos por los juegos tontos de Jordan y Nate, que no paran de empujarse uno al otro como un par de niños delante de nosotras. Escucho a los pájaros justo encima del grupo. Hannah me dice que se llaman Turpiales gorjeadores. Yo sonrió, cauta. Me da igual cómo diablos se llamen mientras no decidan lanzarse en picada y sacarme los ojos, pienso. Continuamos. Entonces Hannah echa un vistazo al mapa y anuncia que casi estamos llegando. Contengo el impulso de preguntarle a dónde. Ella me mira y parece ver en mis ojos la pregunta, pues dice: “Te va a encantar”. Vuelvo a sonreír. Esta vez no lo pongo en duda por obvias razones. Minutos después, Nate se detiene de pronto y, con una sonrisa lunática, levanta el brazo, apuntando al frente. “¡Llegamos!”, grita eufórico una y otra vez.

—¿A dónde llegaron? —pregunta la señora Bogart. Su voz parece venir como un eco de todas partes.

Con la respiración acelerada y el corazón laténdole a mil por hora, Stacy respondió:

—El campamento de los hombres de blanco. Pero... No tiene sentido.

—¿Qué es?

—Es apenas el primer día. No vería el campamento hasta el cuarto día. Y ni Trey, Kent o Jordan parecen notar el extraño entusiasmo que demuestra Nate por lo que espera nos adelante. Están absortos. Hannah solamente me mira a mí, sus ojos me dicen que *me va a encantar*. El ambiente empieza a tornarse oscuro. Como si fuera a llover o algo por el estilo. De pronto hace mucho frío, se me pone la piel de gallina y el aliento se me escapa como un vaho blanco cuando digo que algo no está bien. Nate dice: “No temas. Esta vez no te hará daño. Está muerto”. En el fondo una parte de mí sabe que se trata de Chris Barney. Enfoco la distancia. Personas de blanco se acercan a nosotros desde el campamento.

»Retrocedo un paso, y otro, y me dispongo a correr. Pero ellos ya están entre nosotros. Hay dos Hannahs vestidas de blanco a cada lado de mí, asiéndome por los brazos y sonriendo. “Te va a encantar”, dicen en coro. “Te va a encantar. Te va a encantar. Te va a encantar. Te va a...” Me tumban al suelo. Grito, me retuerzo para escapar. Y... Y...

—¿Y qué ocurre? —La voz de Bogart.

—Una figura blanca encapuchada se tiende sobre mí. Me arranca la ropa interior. Me cubre la boca. Al principio tengo la impresión de que se trata de Chris. Pero no... Es Hannah. Reconocí su voz cuando me susurró: “Acabaré pronto”.

A continuación, Stacy abrió los ojos. Lo hizo de golpe porque quería que aquella pesadilla acabara. (Pero la vida era una pesadilla constante que, con un poco de suerte, no terminaría tan pronto.) Se irguió. El corazón le golpeaba el pecho y tenía la respiración acelerada como si hubiera corrido a bocajarro por el bosque para escapar de los asesinos de blanco. Ahora, en cambio, estaba en el estudio de su terapeuta desde hace más de un año, la señora Bogart (quien preferiría que sus pacientes la llamaran Esther), intentando superar sus problemas de ansiedad a raíz del trauma que vivió en Black Wood. ¿Lo conseguiría algún día? Quería decir, ¿quién podía superar el hecho de ver morir a su novio después de ser perseguida por el bosque por un grupo de asesinos idólatras del diablo y haber sido violada? Esto, sumado a los días que pasó cautiva en el sótano de los Feeney, que al mismo tiempo suponía la traición de Nate. Era más fácil de decir que de hacer. Lo cierto era que sus sesiones con la señora Bogart (a quien en su fuero interno se rehusaba en llamar por su nombre de pila) a menudo la dejaban tan exhausta física y emocionalmente, que durante varios días todo parecía volver a la normalidad. Y por este breve tiempo de normalidad valía la pena seguir asistiendo y revivir el pasado.

Así que, allí estaba. Se sentó en el diván de terciopelo del estudio de la terapeuta, con las manos tomadas sobre el regazo, y, mientras recobraba la calma, esperó que la señora Bogart le dijera por fin que veía progresos en su caso o lo que sea.

—¿Sueles tener pensamientos de ira hacia Hannah a menudo? —preguntó Bogart.

Stacy frunció el ceño. La miró sin entender, aunque sus palabras fueron bastante claras.

Bogart suspiró. La mujer estaba en sus cuarenta y vestía como si fuera maestra de preparatoria de los años ochenta o noventa: blusa holgada, falda plisada por debajo de las rodillas, el cabello rubio entrecano recogido con un bolígrafo, los anteojos de montura ridículamente grande. Desde su silla, se inclinó hacia adelante, descruzó las piernas y, pasado un minuto o más de incómodo contacto visual, preguntó:

—¿Crees que Hannah es culpable de lo que les ocurrió en Black Wood?

—No. —Stacy bajó la vista. La verdad, pensar en Hannah en algunas ocasiones le producía, entre otras cosas, mucha ira. Sí, la había perdonado por ocultar el pasado siniestro de Black Wood y el hecho de que se ponían en riesgo acampando allí. Y si bien acabó confesándoselo frente a la fogata de sus captores, para entonces ya era muy tarde. Reconsideró sus palabras—. No toda la culpa, quiero decir. Ella no nos habría llevado allí si hubiera sabido que una secta iba perseguirnos por el bosque y asesinarlos —afirmó y pensó: «¿Verdad?»

—Si Hannah estuviera aquí en este momento, ocupando mi lugar, ¿qué le dirías?

«Más bien, *qué le haría* —se dijo Stacy—. Y lo que haría sería asesinarla. Por la muerte de Jordan y por todo el dolor que nos causó a Trey, a Kent y a mí. La estrangularía con mis propias manos o le clavaría un hacha en la espalda. Gracias a Dios está muerta». Una parte de ella dudaba que lo estuviera pensando en serio, que en realidad no haría nada de aquello si estuviera en la misma habitación que la maldita Hannah Perkins.

«¿Verdad?»



CAPÍTULO 1

La señora Harpoon, que sospechaba que su marido por veintiún años le estaba siendo infiel con su médica quiropráctica desde hace seis meses o más, apareció en mi oficina, en Yates Private Investigations, aquel primer lunes de marzo.

La semana pasada había sido la señora Chalmers, que tenía las mismas sospechas de su marido (a la sazón yo tenía las pruebas que corroboraban que el señor Chalmers mantenía pasionales encuentros cada tres días por semana con la hermana de su esposa en un motel barato de Stayton), y dos semanas antes se había tratado del señor Fusari, que pensaba que su esposo le era infiel tras descubrir su perfil en una aplicación de citas (me contuve de preguntar al señor Fusari cómo, en primer lugar, hizo tan escandaloso descubrimiento sino fue porque él también abrió una cuenta en la misma aplicación). Y ni siquiera habían transcurrido dos meses. «¿Quién lo diría? —había pensado hace unos días, con una leve sonrisa, cuando me informaron que para esta misma semana tenía cita con dos nuevos clientes—. Este jodido negocio sí que es rentable».

—¿Por qué piensa que su marido la engaña con su quiropráctica? —pregunté a la señora Harpoon.

Ella se enjugó la humedad de las mejillas con un pañuelo.

—Robb no es el mismo desde que empezó a sentir aquellos dolores lumbares, más en concreto desde que iniciaron sus sesiones con esa zorra a raíz de esos dolores. Sharon, se llama. Desde entonces he notado ciertas conductas nada habituales en él...

—¿Cuáles? —pregunté.

En tanto la señora Harpoon seguía con su perorata sobre las señales de la supuesta infidelidad de Robb —horas extras de trabajo, comportamiento a veces defensivo a veces distante, una inusual atención a su aspecto físico, escasez sexual; lo normal— ojeaba en mi teléfono una nota del *The New York Times* sobre el alarmante repunte de fallecidos por Covid-19 en Italia. Según decía la reseña, la OMS estaba por reconocerlo de manera oficial como pandemia mundial.

De pronto, un nombre apareció en la pantalla. Me enderecé en la silla de golpe y me acerqué el móvil a la cara, incrédulo. La señora Harpoon reparó en ello y calló. El celular vibraba. Llevaba haciéndolo por casi un minuto cuando entré en razón.

Me levanté. Me disculpé con la señora Harpoon, que me miraba con el ceño fruncido, tal vez preguntándose si yo había enloquecido o si aún podía pedir un reembolso de su dinero, mientras rodeaba el escritorio y, teléfono en mano, salía de la oficina. En el recibidor, Shirley, la recepcionista, me miró lo justo parecido a la señora Harpoon. Le dije mediante un gesto con la mano izquierda que estaba bien (supuse que mi rostro debía dar otra impresión), a lo que ella asintió. Después, en una especie de trance, caminé hasta la puerta principal y emergí en el balconcillo del segundo piso del complejo de oficinas, desde el cual tenía vista a la calle 34. Hacía un día precioso, soleado. Percibí los latidos de mi corazón en un aumento preocupante. Como si una parte de mí ya intuyera que algo grave estaba pasando, y que aquella inesperada llamada se relacionaba de alguna forma con lo que fuera que fuese ese algo. En cuanto la cogiera no habría vuelta atrás.

Pulsé la pantalla.

—¿Jeff? ¿Jeff? ¿Estás ahí?

La persona al otro lado de la línea hablaba en tropel. Como si le faltara el oxígeno o

corriera mientras articulaba.

Era Margaret.

Mi corazón latió con más fuerza. A diez mil o a veinte mil por hora. Pensé en la última vez que nos vimos. No, más bien en la última vez que hablamos. Fue a principios de febrero, y en esa ocasión también ella me había llamado para avisarme del cadáver que hallaron en la I-5 después de verlo en el noticiero. Algo de lo que, para entonces, ya estaba enterado.

—¿Estás ahí, Jeff?

«¿Estaba?» No supe qué responder. ¿Me convenía decirle que era Jeff? No estaba seguro. Temía lo que pudiera suceder después a tenor de cómo sonaba la voz de Margaret: intranquila, desesperada, como si le faltara el aliento o como si estuviera llorando o acabara de hacerlo. Lo que me hizo pensar en Hannah. Puede que Paul hubiera abierto la boca para decir dónde estaba enterrada la chica con el fin de apelar a una rebaja de su condena, en vista de que en dos días empezaba su juicio. O puede que el asunto que descubrí hace un rato tras una breve visita a Madrás, por fin hubiera salido a la luz. Como fuera, por la estabilidad mental de Margaret (y la mía), no alargué más mi silencio.

—¿Qué sucede, Margaret? —me limité a preguntar.

La oí sorber por la nariz (en efecto, había estado llorando), y contestó:

—Está viva...

Las palabras le salieron como un hálito. No entendí qué quiso decir. Puede que una parte de mí si lo hubiera hecho mientras la otra se negó por lo que aquellas palabras pudieran significar. O puede también que hubiera entendido mal.

—¿Qué?

—Hannah —profirió Margaret—. Está viva. Enciende el televisor. Ahora mismo está en las noticias. La encontraron. ¡Hannah está viva y viene camino a casa! —La oí llorar y reír al mismo tiempo. Pude hacerme una idea de las lágrimas bajando por sus mejillas como aquel día lluvioso en el que nos conocimos, o en esa ocasión en la que le dije que alguien había detenido un auto mientras soplaban un silbato. Dios, parecía que habían transcurrido varias décadas desde entonces—. ¿Me has oído, Jeff? ¿Jeff?

Consulté, por décima o décima primera vez esa noche, la hora en el reloj digital en mi muñeca antes de recorrer con la mirada aquel lugar a mitad de la nada. Más o menos. En realidad, el bar estaba ubicado a unos veinte kilómetros de la frontera con México. Pero dada la completa ausencia de clientela uno tenía la impresión de que, en efecto, se hallaba en medio de la nada.

«¿Dónde estás?»

Flexioné los dedos. Empezaba a impacientarme. Los minutos pasaban, y el sujeto de la gorra roja seguía sin aparecer. A mi lado, Margaret no parecía menos intranquila por aquella tortuosa espera. Podía notarlo en su postura, en su silencio trémulo y, sobre todo, en la forma en la que tamborileaba la mesa con sus dedos sin quitarle la mirada, a ojos vistas nerviosa, a su cóctel.

«¿Dónde estás, cabrón?»

—No entiendo. Ya debería estar aquí —comenté. Tuve que hacer un auténtico esfuerzo para que no me temblara la voz. Estaba furioso. Y tanto. Según Raúl, el barman que en aquel instante hacía una absurda imitación de limpiar la barra con un trapo sin quitarnos el ojo, el hombre que estábamos esperando acudía a por su infusión de whisky a las rocas cada

noche desde hace una semana y media. Un cuarto para las nueve, indicaba el reloj en mi última revisión—. Él es puntual. Raúl lo dijo. Y tiene razón, en mi experiencia, pues no recuerdo una ocasión en la que haya llegado a destiempo a la estación. Es, quizá, la persona más puntual que he conocido en toda mi vida...

Apreté la mandíbula, conteniendo la rabia que reverberaba en mi interior.

Una mano, la misma que hace un instante daba golpecitos a la mesa con sus dedos, cubrió las mías suavemente. Alcé la vista.

—Vendrá —dijo Margaret, también en voz baja, mirándome—. Confío en ello. Quizá el chico se ha equivocado respecto a la hora, o tal vez un imprevisto causó su retraso y, aun así, puede que esté aquí en unos minutos. Esperemos. Sólo un poco más.

Su optimismo era admirable. O, más bien, desesperado.

Sin embargo, puede que tuviera razón, pensé. A lo mejor me estaba impacientando antes de tiempo y, en efecto, el sujeto que durante meses habíamos estado persiguiendo por la mitad del país entraría en cualquier momento por aquella puerta, haciendo sonar la campanilla. Debía tranquilizarme, sí. Pero —¡vamos, Jeff!—, ¿a quién quieres engañar? Ella había aludido dos posibilidades que implicaban un rotundo éxito. Ella, Margaret Wiklund, con quien llevaba más de año viajando en una cacería que no parecía tener un fin. No, de momento. No, salvo que Raúl —quien en aquel instante nos miraba con los ojos asustadizos, al mismo tiempo que limpiaba la barra con un gesto mecánico— hubiera cometido un error sobre a la hora en la que el hombre de la gorra roja acudía al bar.

Margaret, asimismo, era incapaz de discurrir otras posibilidades que, dicho sea, implicasen un completo fracaso en nuestra búsqueda. La entendía. De verdad. El viaje que habíamos emprendido tras los sucesos de Black Wood hace más de un año, y que nos había traído hasta aquí —Antelope Wells, una pequeña población de Nuevo México—, había sido hasta ahora más largo y cansino de lo que ambos habíamos previsto (si bien, ciertamente, no previmos demasiado antes de iniciarlo, y apostarí a que ella estaría de acuerdo). Me gustaría tener su confianza sobre el resultado final de esta empresa interminable: hallar respuesta sobre el destino de su hija desaparecida, Hannah Perkins, y, en éstas, también atrapar a algunos de los implicados en los hechos en el bosque negro. Pero no.

Comprendí, hace una o dos semanas —no sabría decir con exactitud cuándo—, que mi confianza en cuanto a encontrar respuestas (o a la propia Hannah Perkins con vida) empezaba mermar al vislumbrar las posibilidades que ahora Margaret, quizá indeliberadamente, se negaba a plantear. ¿Y si el sujeto estaba al tanto de que íbamos tras él? ¿Qué tal si lo llevaba sabiendo desde el encuentro que por poco estuvo de darse en Nevada, o incluso desde el principio? ¿Y si, en tal caso, había estado dejando un rastro falso, por ejemplo, pagando a un émulo para alejarnos y llevarnos hasta la frontera y, así pues, a un callejón sin salida? Sabía al dedillo de lo que eran capaces de hacer los Wettingham y, mucho más, los miembros de la secta satánica que secuestraron a los seis de Salem.

Y, por último, ¿qué tal si *nuestro* sujeto nos había estado conduciendo a una emboscada desde el principio en la que nos deparaba una muerte segura? También era capaz de eso.

Me estremecí. Un segundo después, me apacigué al pensar en otra posibilidad. Del sujeto, que recién había descubierto la identidad de la pareja que se hospedaba en el hotel de paso colindante al suyo desde hace dos días, recorriendo en aquel preciso instante el estado de Chihuahua, México, después de pasar por la garita fronteriza cerca de su hora de cierre. En tal caso, nos llevaría cinco horas de ventaja.

Suspiré. Di otra ojeada al lugar con la intención de distraerme en tanto aquellos

ominosos pensamientos discurrían por mi cabeza. El Tacón, ubicado en el pueblo que pertenecía a la región comúnmente denominada «*El Tacón de la Bota de Nuevo México*» por su forma característica en el mapa, no era, mirándolo bien, el bar de mala muerte que había pensado que era la primera vez que estuve allí, la noche anterior. De hecho, era agradable. Para empezar, el sistema de aire acondicionado hacía un estupendo trabajo manteniendo a raya el calor que azotaba fuera. La decoración era moderna, ecléctica, discreta, con árboles que crecían dentro y atravesaban el techo, adornados con luces navideñas. Uno de aquellos estaba dispuesto, tal parecía de manera estratégica, en un sitio que impedía que los recién llegados vieran la mesa en la que estábamos sentados Margaret y yo. Claro está, si el sujeto que llevábamos esperando más de tres cuartos de hora se volvía sobre su alzapíe desde el bar, podría enfocar nuestros rostros desde esa posición. Lo cual no supondría ningún problema si para entonces estaba cómodamente instalado con un trago de whisky en la mano.

En otras circunstancias habría reído al imaginarme su expresión al vernos.

Y la gorra roja.

No podía olvidar aquel detalle. La maldita gorra roja con el eslogan «MAKE AMERICA GREAT AGAIN» al frente, la cual, según el informante del FBI, el sujeto empezó a llevar puesta desde que abandonó Utah con rumbo a Arizona. Mientras Margaret y yo nos dirigíamos a Nuevo México, recordé, de manera imprevista como un dómene de la historia electoral americana reciente, que los republicanos habían perdido el estado de Nuevo México en las elecciones presidenciales de 2016 al contrario de los últimos dos en donde el sujeto estuvo de paso. Y, a la sazón, me pregunté si acaso la llevaría puesta entonces.

Raúl, el joven hondureño que trajinaba en la barra de El Tacón entre semana, respondió aquella pregunta, entre muchas otras, durante nuestra visita al bar la noche anterior.

Cuatro horas antes, me encontraba solo en aquella desaborida habitación de motel — Margaret había ido por una Coca-Cola a la máquina expendedora—, pensando, mientras la luz de la tarde que se colaba a través de la gastada cortina se reducía ante mis ojos, en lo que podría acontecer esa noche y, sobre todo, en cómo habíamos terminado allí.

El viaje, si podía llamársele de esta forma a nuestra improvisada persecución, había iniciado con una inesperada llamada, hace más de un año.

Era medianoche, y después de haberme resistido una semana entera a la tentación de ahogar mis penas con mi reserva privada de bourbon —en aquel entonces constaba de dos botellas Four Roses y una Winchester, que adquirí el mismo día que un tal Justin Sunderland intentó volarse la tapa de los sesos ante mis ojos—, decidí sucumbir.

Enfilé la cocina y abrí el gabinete de la alacena. Saqué la Winchester. Busqué un vaso y, resuelto, tomé la botella y me dirigí al balcón de mi sombrío apartamento en Salem. Hacía frío. Aun así, deslicé la ventana de vidrio templado y salí al palco con una determinación que Wiklund habría calificado de estúpida e imprudente. Temblaba cuando me serví el primer vaso de bourbon, y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no verterlo antes de llevármelo a la boca. No llegué a probarlo. Mi celular sonó.

—Detective —había dicho la voz de una mujer cuando cogí la llamada. La reconocí al instante.

—¿Margaret?

La voz me salió carrasposa. Entonces caí en la cuenta de que había estado llorando a la vez que temblando sin darme cuenta. Me enjuagué la cara con el dorso de la mano y me aclaré la voz antes de volver a hablar. Antes consulté la hora. Eran las doce y cuarto.

—Lo siento. Sé que no debería llamarlo tan tarde. Seguro ha tenido un día difícil... —se adelantó ella, como si hubiese escuchado mi pensamiento desde la distancia.

—Descuida, yo...

—¿Estabas llorando?

Callamos. Maldije en mi fuero interno. Al cabo de unos segundos, respondí:

—Día difícil.

—Eso pensé. —Margaret soltó una risita breve, bonita, franca—. Supe lo que pasó hace unos días en Springfield. Con aquel chico...

Se refería a Justin Sunderland. El empleado de la tienda de abastos que también hacía parte de la secta satánica que aterrorizó a los seis de Salem en el bosque negro, y culpable directo de la muerte de Jordan Phillips, había intentado volarse la tapa de los sesos cuando lo confronté aquella tarde tras oír las declaraciones de Stacy Harrington, la novia de Phillips, a quien de paso ella vio morir por el hachazo que le propinó Sunderland. Por fortuna —no para Justin, claro está—, la bala no fue mortal, y el joven sobreviviría para llevar una vida (o una desdichada existencia) como paralítico, entre otras secuelas, según los médicos. Todavía podía visualizar el estallido de sangre y cuero cabelludo que sobrevivió con la detonación. «Dígale que lo siento. Por favor», fueron las últimas palabras de Justin antes de tirar del gatillo. Aún me preguntaba qué había querido decir con ello.

Probablemente nunca lo sabría.

—Has estado lidiando con mucho. También hoy —añadió Margaret.

—¿Ya te enteraste?

—Sí.

Y hubo un instante de silencio.

Aquel día habían hallado los restos de Phillips. Jordan Phillips, capitán del equipo de fútbol de la preparatoria South Salem y su jugador más valioso por dos años seguidos —toda una celebridad en cuanto a competencias estudiantiles se refiere—, había sido asesinado de un hachazo en la espalda durante los fatídicos acontecidos en Black Wood. Una brigada de búsqueda, o más bien sus caninos, encontró su cuerpo a medio enterrar en la entrada a una de las minas clausuradas de un antiguo asentamiento, en el centro de Black Wood, el mismo día en que me disponía a ahogar mis penas con bourbon. Unas horas antes de la inesperada llamada de Margaret Wiklund, recibí la del experto forense del departamento de policías de Salem. Matthew Sanders me puso al tanto de todo antes de dejarme entrar al depósito de cadáveres para ver con mis propios ojos el estado del cuerpo. No me horroricé ni nada parecido. A decir verdad, sentí un profundo vacío en el pecho que minutos después fue llenado por una amarga tristeza.

Lloré en el baño de la estación después de salir de la morgue y ver como la señora Phillips se abatía de pena tras reconocer el cuerpo de su hijo.

Yo había visto cadáveres en diferentes, y peores, estados de descomposición. Lo que en realidad me afectó fue pensar que, de nuevo, había fallado. Me había sentido más solo y vacío que nunca, incluso tras la muerte de mi compañera el año anterior, y esos sentimientos me habían acompañado durante mi largo camino a casa. Y allí estaba yo, con el teléfono pegado a la oreja.

Miré el vaso de bourbon con amargura.

No sabría decir cuánto tiempo estuve inmerso en mis propios pensamientos. La voz de Margaret en el teléfono, diciendo una y otra vez «¿Detective? ¿Sigue allí, detective?», me trajo de vuelta al presente.

—Jeff —dije, de pronto—. Llámame Jeff. Ya te lo he dicho.

—Lo siento..., Jeff. —Sonrió con nerviosismo—. Tienes razón, debería dejar el formalismo contigo. Después de todo lo que pasamos en la casa de los Feeney y antes. Aún no he podido dejar de pensar en eso. En Stacy. No imagino cómo debe sentirse. He intentado hablar con ella, pero su madre amenazó con poner una demanda si me acercaba. Me culpa... o, más bien, a Hannah de lo ocurrido. También Glenda, la madre de Trey, a quien creía mi amiga...

Se le quebró la voz.

—Déjalo. Con el tiempo ellos se darán cuenta de que nadie, salvo los miembros de la secta, son los culpables de todo.

—Eso espero —dijo ella. Sorbió por la nariz—. No he parado de recibir llamadas de los medios todo el día. Así me enteré del hallazgo de Jordan. De su cadáver. Linus aún se niega a mantenerme al tanto de la búsqueda con el necio argumento de que quiere protegerme, ya sabes. No entiendo de qué. El daño ya fue hecho, Jeff. Me quitaron a mi niña. Me la arrebataron... —Se le quebró la voz una vez más.

Deseé estar allí para consolarla. Pero callé. Como siempre.

Sorbiendo por la nariz, Margaret continuó:

—Todo cuanto sé, es gracias a los noticieros. Un reportero del periódico *The Seattle Times* se atrevió a preguntarme si pensaba que Hannah era la principal responsable de la tragedia en Black Wood y si había considerado ofrecer disculpas a los familiares de las víctimas.

—Bastardo.

—Lo sé. —Soltó una risa, la más despreocupada que le había oído hasta ahora. Sorbió por la nariz. La imaginé enjugándose las mejillas con una larga sonrisa en la cara a pesar de las circunstancias—. Lo mandé al infierno antes de colgar el teléfono. Mientras lo hacía me ofreció diez mil dólares por unas declaraciones.

—Hijo de perra —dije.

Y, segundos después, ambos habíamos reído como un par de adolescentes nerviosos. Al cabo pregunté:

—¿Le has contado algo de esto al jefe?

—No. Linus ha estado bastante reacio conmigo, y furioso, desde el día en que encontramos a Stacy en la casa de los Feeney. Le enfadó sobremanera. Además, últimamente se ha estado comportando extraño.

—¿A qué te refieres?

Caviló un instante.

—Su distanciamiento, dado que siempre hemos sido tan cercanos, no es lo único inusitado en la conducta de Linus en los últimos días —dijo—. A veces, cuando habla, tengo la impresión de que sabe algo más. No lo sé. Como si supiera más de lo que tú y yo (y cualquiera, ya que en éstas estamos) sabemos sobre lo ocurrido en Black Wood. Mucho más.

Así que yo no era el único que lo había notado, pensé.

—¿Y tienes alguna idea de qué puede tratarse? —me oí preguntar.

Sobrevino un minuto de silencio. Pensé que diría algo como que especulaba que, fuera lo que fuese, estaba relacionado con la secta satánica que había aterrorizado a los seis jóvenes en el bosque negro, Hannah incluida. Si bien, aunque mi predicción no fue acertada, tampoco estuvo del todo alejada de la verdad. Lo que dijo fue:

—Hannah.

No me sorprendió su respuesta. Más bien, la esperaba. Sabía que Margaret Wiklund no era de las personas que se rendían tan fácilmente ni mucho menos. En este aspecto me recordaba un poco a...

Sacudí la cabeza. Si en aquel momento pensaba en mi antigua compañera, a pie enjuto acabaría bebiéndome el vaso de bourbon que seguía intacto en mi mano. El frío se había recrudecido y, en el silencio que siguió al nombre de «Hannah», caí en la cuenta de ello. En tanto volvía al interior de mi apartamento le pregunté a Margaret por qué creía que el jefe ocultaría información sobre el paradero o la supervivencia de Hannah, si a esto se refería. Ella, según dijo, confiaba en que su hija estaba con vida y que probablemente era rehén de los Feeney, tal cual como Stacy. Lo dijo con tanta convicción que durante un momento no me quedó ninguna duda.

Entonces, mientras vertía el bourbon de mi vaso en el lavaplatos —un segundo después, sin saberlo, me arrepentiría—, Margaret empezó a contarme lo que planeaba hacer.

Tardé un instante en reaccionar. No daba crédito. Margaret continuó hablando. Sus palabras dejaron de ser inteligibles para mí en cuanto me reveló que planeaba ir tras los Feeney. La idea era una locura, una acción desesperada propia de una madre que no se rendía tan fácilmente. Me pregunté si habría perdido la cabeza. No lo parecía. Sonaba cuerda, tal como el día que nos conocimos aquella tarde lluviosa de agosto, en Springfield. Supe, así pues, que nada de lo que dijera o hiciera la disuadiría de renunciar a aquella peligrosa faena que se proponía llevar a cabo. Yo no podía dejar que ella sola se metiera en la boca del lobo, pensé, recordando el destino que había sufrido mi difunta compañera. No de nuevo. No, mientras yo pudiera hacer algo para evitarlo.

—Jeff.

La voz me había atraído de vuelta. Parpadeé.

—Estaba pensando —había dicho, aclarándome la voz— que conozco a alguien que podría ayudar a ubicar el paradero de los Feeney, o, en todo caso, de Paul Wettingham.

—¿Paul?

—Sí. —Le conté del robo que perpetraron en mi cuarto de motel en Springfield y de mis sospechas, que habían recaído en Paul. Yo había memorizado el número de la matrícula de la camioneta Chevy en la que escaparon el atracador y su cómplice. Mi contacto podía seguir el trayecto del vehículo a partir de la noche del robo.

—¿Eso quiere decir que me ayudarás a encontrar a los Feeney? —inquirió Margaret al cabo de unos segundos de mutismo. Sonaba incrédula. Y no la culpaba.

No sólo la ayudaría, le dije. Haría mucho más. Emprenderíamos aquella búsqueda, juntos.

Ella me pidió algo a cambio.

—¿Qué? —le pregunté.

—Si quieres acompañarme, debes dejar atrás todos aquellos vicios destructivos con los que planeas acabar contigo mismo. Ya sabes a cuáles me refiero, Jeff. Sé que estos meses has pasado por mucho. Linus me contó el calvario que atravesaste después de la muerte de tu compañera, pero...

—Lo haré —solté de improviso.

—¿Lo harás?

—Sí.

—¿Estás seguro? Tal vez te esté pidiendo demasiado.

—En absoluto.

—¿Vas a dejarlo todo, entonces? —Hizo una pausa—. ¿Incluso tu trabajo?

Lo pensé un instante. Como si hubiera algo en que pensar.

—Sí.

Y allí estábamos, en el Tacón de la Bota de Nuevo México, un año y tres meses después, en un bar abandonado de la mano de Dios, tras haber recorrido seis estados del país en una persecución no falta de incidentes.

Margaret todavía cubría mis manos con la suya. En voz baja preguntó:

—¿En qué piensas, Jeff?

Parpadeé.

—Nada —dije.

Ella bufó una risita.

—Vamos, Jeff. No intentes engañarme. Llevamos viajando juntos, solos, bastante tiempo para saber cuándo uno de los dos está mintiendo. Te conozco. Puedo adivinar, casi con toda seguridad, en lo que estabas pensando.

«¿Ah, ¿sí? —quise decir, mirándola a los ojos—. O, más bien, ¿desde cuándo?» Pero callé. Y aparté la mirada.

—Sí, Jeff. Sé en lo que no has parado de pensar desde que entramos en Columbus y también en aquel silencio mientras viajábamos por la carretera estatal hasta aquí. En lo que, estoy segura, estabas pensando hace un instante.

—No sé a qué te refieres —repuse con aspereza. Cuando era todo lo contrario.

Margaret dijo:

—Hannah.

La miré absorto. Ya podía contar con los dedos de mi mano derecha las veces —*dos*— en las que Margaret había mencionado el nombre de su hija desaparecida, presuntamente muerta, desde que se cumplió el primer aniversario de los hechos en Black Wood, en julio. Esas pocas veces se le había quebrado la voz al pronunciarlo. Después, lloraba.

No fue el caso esta vez. Nos miramos uno al otro. Ella, implícitamente, me desafiaba a contradecirla. Me sentí tentado de hacerlo. Pero lo cierto era que mis pensamientos, en parte, estaban relacionados con Hannah. Abrí la boca... y de inmediato la cerré, interrumpido por el retintín de la campanilla de la puerta.

«Está aquí».

El tiempo pareció ralentizarse. Erguí la espalda y ladeé la cabeza. Margaret, que dominaba el campo visual de la puerta, emplazó la mirada por encima de mi hombro hacia ella, con una expresión inexorable. La miré largamente esperando que me confirmara. Perdí la paciencia.

Volteé. Al mismo tiempo, a mi espalda, un sujeto orondo como un tonel, y una barba tan abundante como andrajosa, se adelantaba hacia la barra con un andar pesado. Su aspecto era tal como nos lo había descrito el barman la noche anterior. Salvo por la gorra roja. No la llevaba puesta.

No hacía falta.

Era Paul.



CAPÍTULO 2

Hannah tenía la impresión, mientras avanzaba por el bosque, rodeada por un séquito de asesinos vestidos de blanco, de que había pasado un año o dos desde el día en que ella y sus amigos llegaron a Black Wood. En realidad, solo habían transcurrido cinco días.

Menos aún había transcurrido desde que intentó llegar a la carretera para pedir ayuda. («Si no logro llegar pronto a la carretera, estaremos muertos. Todos nosotros», se grabó diciendo..., justo antes de toparse con Nate en su camino, y este pusiera fin a su intento.) Ahora, una vez más, y en otra circunstancia, avanzaba por la misma senda que había recorrido el día anterior. Esta vez nadie la frenaba de ir hacia la carretera; como en un cortejo fúnebre, quienes le habían impedido conseguir auxilio para ella y sus amigos, en aquel momento la escoltaban hacia lo incierto.

Túnicas blancas ondeaban con el suave viento. El sol, cerca del ocaso, vertía sus cálidas emisiones sobre el grupo que marchaba en armonioso silencio. Ninguno llevaba la capucha calada. No hacía falta. Nadie allí revelaría sus identidades: Stacy, inconsciente, iba desmadejada en los brazos de Wesley Stout, el cazador furtivo (que no era cazador en absoluto) de mirada oscura y barba copiosa; Trey y Kent estaban en una bodega subterránea en Wesonga Flats, el pueblo fantasma, donde permanecerían ocultos una semana o así; Nate, por petición de Hannah a su padre, se quedaría para velar y encubrir a Trey y Kent mientras iniciaba la búsqueda, pasado el sexto día; Jordan estaba muerto, asesinado de un hachazo en la espalda por Justin Sunderland, empleado de la tienda en Springfield, al que días antes Jordan había comprado cannabis. Y Hannah era uno de ellos ahora.

Todos enfilaban la carretera, al parking a las afueras donde cada uno tomaría su auto y se iría a sus respectivas vidas aparentemente normales. No así para Stacy, que permanecería oculta en la casa de los Feeney hasta que fuera el momento oportuno para dejarla libre. No así para Trey y Kent, que pasarían penurias durante una semana entera, escondidos en aquella bodega subterránea. No así —ni mucho menos— para Jordan, que había sido medio enterrado en la entrada de una de las minas del antiguo asentamiento minero de Wesonga Flats.

Tampoco para Hannah. Miró la ancha espalda de su padre, que, escopeta en mano y aún vestido con la túnica blanca, avanzaba a la cabeza del grupo. Como si hubiese percibido su mirada desde atrás, Carlton Perkins, líder y Sumo Sacerdote de la secta satánica del bosque negro —«el hombre más cercano a Nuestro Señor», había dicho Nate—, echó un vistazo por encima del hombro a su hija sin parar el paso. Sonrió.

Hannah apartó la mirada en seguida. Se preguntó, intentado distraerse a sí misma, en qué punto del trayecto aquellos hombres y mujeres se despojarían de las túnicas blancas y pasarían a ser ciudadanos corrientes. Quizá, aventuró, justo antes de dejar el bosque, o a lo mejor cuando estuviesen en sus respectivos vehículos, con las ventanas subidas. Fuera como fuese, estaba por descubrirlo.

Entonces oyó a los turpiales gorjeadores.

Con lágrimas en los ojos, Hannah supo que aquello era más una oscura proclama que una buena señal.

La pesadilla no había terminado. Para ella, apenas comenzaba.



CAPÍTULO 3

«Apenas puedo creer que hace cinco meses, Margaret y yo estábamos en un bar de Nuevo México, a solo minutos de encontrarnos cara a cara con Paul Wettington. Ahora, henos aquí...».

**GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 2 DE MARZO.
8 horas después de la aparición de Hannah Perkins.**

Paul Wettington —en otros tiempos detective de la policía de Salem, ahora uno de los criminales más buscados en cinco estados— dejó caer en la barra su pesada mano, la misma con la que aferraba la gorra roja que se había quitado segundos antes de entrar al bar. Al menos eso induje. Daba igual, no fue necesario que la llevara puesta en la cabeza para reconocerlo. El barman, tal parecía, nos había ofrecido una descripción bastante precisa de su apariencia. De hecho, me sorprendió sobremanera lo acertado que había sido su retrato del hombre desvencijado en el que se había convertido Paul a fin de burlar a las autoridades.

Pensé: «Apenas es la sombra del hombre que fue. Ni tan siquiera la sombra».

Comprendí el aturdimiento de Margaret al verlo cruzar la entrada del bar. Debíó causarle mucho más que una profunda impresión, también un terrible estremecimiento, una oleada de cólera. Y miedo. Aquel hombre, un año antes, había sido el primer detective encargado de esclarecer los hechos en Black Wood. Le conocía desde entonces. En aquel momento debíó ser para ella como mirar a un fantasma, o al mismo demonio. Recordé sus palabras en aquellos días: «Wettington es frío, sí, pero no es inexpresivo, podía ver su desinterés en desentrañar el caso, y no actúa con cautela, pues no tuvo reparos para decirme que debía prepararme para lo peor, y lo peor, me dijo sin más, era quizá que Hannah ya estuviera muerta». Entonces tuvo sentido que Margaret se quedara paralizada al mirarlo.

Sin embargo —aunque no podría asegurarlo—, se recobró de aquella impresión en un pestañeo cuando me levanté de la mesa que compartíamos desde hace una hora y media, pues sentí, más que miré, que me rozaba la mano y susurraba mi nombre con tono apremiante mientras me alejaba.

No le presté atención. En algún punto —en tanto miraba a Paul caminar hacia la barra e instalarse en ella, dándonos la espalda—, fui envuelto por una sensación de enajenamiento de la que apenas era consciente en ese momento. Como si el alma se me hubiese separado del cuerpo y hubiera flotado hacia el sujeto en la barra... todo esto en tan solo unos segundos. No caí en la cuenta de mi espacio-tiempo hasta que escuché la voz gutural, áspera, con un tono de hastío inconfundible, pidiendo un whisky doble porque había tenido un día de mierda. Quise decirle: «Y está por ponerse peor».

En cambio respondí, en tanto me dejaba caer en el alzapué contigo:

—Quiero lo mismo.

Raúl, inmóvil y con una expresión catatónica, me miró con ojos casi desorbitados. Si no hubiera reconocido a Paul sin la gorra roja, a pie enjuto la expresión del joven hondureño lo habría delatado. Más que asustado, parecía aterrado a más no poder. Y tenía razón en estarlo.

—Ya lo oíste, muchacho. Sírvenos.

La voz restalló como un látigo. El joven barman se reanimó al instante (como si el alma

le hubiese vuelto al cuerpo al escuchar aquella voz, tal como yo hace un momento, pensé). Ladeé la cabeza en tanto Raúl se retiraba a preparar los whiskies. Lo hizo después de echarnos otro vistazo aterrado. Paul miraba al frente, su expresión no manifestaba sorpresa alguna. La gorra roja, me fijé, reposaba ahora sobre su muslo derecho.

—No pareces sorprendido —dije. Me aclaré la garganta y llevé la vista al frente. Al otro lado de la barra la pared era un espejo con repisas y varias botellas de licor. Paul me observaba a través de él—. ¿Desde cuándo?

Paul sonrió.

—Vamos, Harcourt —dijo por fin, y se acarició la barba que hace poco más de un año había sido solo mostacho bien recortado—, estoy seguro de que la respuesta a esa pregunta no es por la que has cruzado el país en mi busca...

—Ya llegaremos a ello.

—Claro que sí. —Y volvió a sonreír.

Quise quitarle esa sonrisa a punta de trompadas; quise escupirle en la cara por todo lo que habían hecho él y su familia, malditos fueran. Pero debía contenerme de momento, me recordé. Apenas me di cuenta de que apretaba los puños a los costados. Paul tenía razón en una cosa: mí cometido allí era saber la verdad sobre Hannah; si estaba viva o no. Una vez lo supiera podía dar rienda suelta a toda esa ira contenida. Sería difícil, sabía Dios cuánto, mantenerme apaciguado por más de quince minutos o el tiempo que llevara.

En las bocinas del bar sonaba una canción de Eric Clapton —«*Wonderful Tonight*», me parecía; apenas le prestaba atención, ni siquiera era capaz de decir en qué instante había empezado a sonar—, la cual dio paso a una canción de Kacey Musgrave, «*Oh, What a World*». Al parecer alguien se sentía animado esta noche, y ese alguien en definitiva no era el pobre Raúl, que regresó en aquel intervalo y rodó por la barra un par de vasos con Whisky. Salpicó.

—Gracias, Raúl —dijo Paul, con un tono con el que bien podría decir: «Ahora lárgate, antes de que estampe esa cara de zarigüeya contra la barra y te reviente el puente de la nariz en cinco partes». El joven barman debió percibirlo también puesto que se alejó de nosotros antes de que yo llegara a tocar mi trago.

—¿Y bien?

Esta vez la risa de Paul fue apenas un suspiro. Tomó el vaso y se lo empinó de un sorbo antes de girarse hacia mí sobre el alzapié.

—Nevada —dijo. Arqueó las cejas y esbozó una sonrisa de lo más grotesca—. Desde entonces lo sé.

No me sorprendió en absoluto. Tampoco lo hizo comprobar otras sospechas.

—Dearbone —repuse. Mantenía el semblante impasible y la voz templada, pero sólo Dios sabía cuánto esfuerzo esto me suponía ahora que veía la verdad tan clara como el agua—. Fuiste tú quien condujo a la maestra hasta nosotros a través de una llamada anónima; eso fue lo que Dearbone contó sobre cómo dio con nuestro paradero en Carson City y cómo supo la verdad. Fuiste tú.

—Sí.

—¿Qué hay de Hapstall?

—Barry me puso sobre aviso después de tú amenaza infructuosa en el parking del Holiday. —Guiñando un ojo, añadió—: Barry sabe lo que mejor le conviene.

—Eso quiere decir que has estado esperando por noso... —Me interrumpí. Pensé que tal vez Paul no sabía que Margaret Wiklund, madre de uno de los seis jóvenes raptados por la

secta hace más de un año en Black Wood, y la mujer que acabó delatándolo, me había estado acompañando todo ese tiempo... y que estaba allí en ese preciso instante. Entonces temí lo peor. Quizá Paul querría tomar venganza contra ella por haber corrido la cortina sobre su vínculo con la secta del bosque negro. (Margaret y yo habíamos acordado que llamaríamos al 9-11 en caso de que los ánimos caldearan y la confrontación escalara a más allá de las palabras; en el caso contrario, entregaríamos a Paul a las autoridades.)

Por fin, mi duda... o, más bien, incertidumbre... quedó disipada un segundo después de mi interrupción cuando Paul deslizó su perversa mirada hasta la mesa que ocupaba Margaret. No lo imité. En aquel momento no era capaz de verla a los ojos, si bien pude hacerme una imagen mental de su expresión como de cervatillo a punto de ser arrollado por una camioneta pickup.

—*Nosotros* —dijo después Paul, mirándome—. ¿Eso ibas a decir?

No respondí. Por supuesto. En cambio, mi mano se cerró con una fuerza casi excesiva en el vaso de whisky (con suerte, un excelente escocés) que no tenía intención de probar. Pensé: Si le estrello el vaso en la cara, ¿este estallaría como una granada fragmentaria, o sólo se limitaría a un golpe sordo? Me encartaría averiguarlo. La voz de una mujer en mi cabeza: «Debes esperar, Harcourt. Sé paciente. Mantén la calma, o lo arruinarás todo antes de que este hijo de puta te dé las respuestas que has venido a buscar».

Por fin, respondí:

—No importa ahora. Lo sabes. Desde hace más de un año la hermana del jefe Wiklund y yo hemos estado pisándote los talones. No fue hasta Nevada que comprobamos que eras tú, y no los Feeney, quien conducía la Chevy, la misma que durante las investigaciones del caso de los seis de Salem sirvió como vehículo de escape del asaltante que sustrajo mi laptop del motel donde me hospedaba en Springfield. Memorice el número de la matrícula. Esto nos llevó hasta ti...

—Y supongo que tu cuñado, el ex agente federal, te proveyó de los contactos para rastrear la matrícula hasta Carson City.

—Donde por poco nos encontramos, sí. Entre otras cosas. —No me sorprendía que Paul tuviera conocimiento del trabajo anterior del esposo de mi hermana, sino que estuviera al corriente de que este tenía ciertos contactos, contactos que podían conducirnos hasta él. Una vez más me asaltaron las preocupaciones de hace un rato. Aquello podía ser una trampa. A lo mejor Paul nos había traído hasta este bar adrede y en cualquier momento una pandilla de maleantes (compinches de la secta o tal vez pagados por Paul; quién sabe) entraría en escena para liquidarnos uno a uno, el pobre Raúl incluido.

Pensé: «Qué estúpido he sido. Qué maldito estúpido he sido. No debí exponernos tan pronto. Debimos haberlo vigilado uno o dos días más».

—También supongo que el jefe no está enterado de que has arrastrado a su querida hermana hasta el borde del país siguiendo a un asesino en serie, que, además, forma parte de la secta satánica que aterrorizó a su sobrina y a otros cinco jóvenes más, ¿verdad? —preguntó con naturalidad y cinismo.

Fruncí el ceño. Callé.

Paul sonrió. Y nada me causó tanta cólera como darle una razón para hacerlo. «Sé paciente, mantén la calma».

—Eso pensé. —Se volvió. La gorra roja seguía en su muslo obeso. En tanto le hacía un gesto al pobre Raúl (que se había mantenido tan apartado de nosotros como era posible en aquel cenceño espacio tras de la barra) para que le llenara de nuevo el vaso, continuó—: No

creo que a Wiklund le agrada mucho saber aquello. Y, en éstas, me pregunto qué planeas hacer una vez termine esta estupenda velada, Harcourt.

—Creo que ambos lo sabemos. Tú irás a prisión. Responderás por todo lo que has hecho junto a tus colegas de la secta, Wesley Stout y Rick Dickson, a quienes seguro recordarás. A lo mejor te guarden la cama calentita y todo.

Paul bebió todo el whisky. Raúl, que a duras penas mantenía el pulso firme, le sirvió otro y otro. Paul bebió como un camión cisterna, sin pestañeo. Tras el cuarto trago, le arrebató la botella —que en efecto se trataba de un escocés, el mismo que yo había probado en una ocasión en un bar en Salem llamado Stanley's Bar & Grill, en lo que parecía hace unos cien años o más— al joven hondureño de sus manos temblorosas. Después lo despidió con un gesto y una mueca despectiva en la que hallé irreconocible al Paul Wettington de otros tiempos. El siguiente trago lo tomó directo de la botella, a palo seco, como quien dice. Al levantar el brazo la camisa desvaída cedió a su vientre pronunciado y una lonja de carne pálida asomó por debajo como una especie de lona que le colgaba grotescamente del abdomen (si en sus mejores tiempos, hace más o menos un año, Paul debió haber pesado cerca de ochenta kilos, ahora debía pesar ciento sesenta). Hace mucho tiempo que el término «barba de tres días» había dejado aplicársele a la maraña de pelo castaño oscuro entrecano que le cubría el cuello (y quizá una papada) y aquellas mejillas flácidas y sin color.

Cuando bajó la botella, esta estaba vacía. Eructó. Luego se desternilló de la risa, lágrimas espesas le salieron de los ojos cuesta abajo.

—¿Qué te parece tan gracioso? —pregunté a regañadientes.

Paul se enjugó los ojos con el dorso de la mano; el ataque de risa cedía.

—Wes y Rick —dijo—. Pronto estarán muertos.

—¿Qué...?

—El muchacho, el de la tienda, también debió haber muerto. Tú lo salvaste.

—¿Te refieres a Justin Sunderland?

Paul no respondió; se miraba las manos con una expresión entre risueña y eufórica. Parecía... ido. Sin duda todo el alcohol que había ingerido en tiempo récord ya había surtido efecto («Más rápido que una bala», había dicho en una ocasión mi compañera, seguido por un ataque de risa; huelga decir que ella había estado entonces en las mismas condiciones que Paul en ese momento: ebria como una cuba). Pero no era solamente eso, intuí.

¿Por qué el chico de la tienda debió morir?

Con el rabillo del ojo, eché un vistazo a Margaret. Ésta continuaba sentada en la mesa que hasta hace un rato habíamos compartido como una pareja de recién casados. Su cóctel seguía intacto. Su mirada, como preví, era la de un cervatillo a punto de ser arrollado por una camioneta. Y entonces supe que había llegado el momento..., el momento de sacarle a Paul la verdad sobre Hannah.

Volvía mi atención hacia Paul.

—¿Te vas a beber eso? —me preguntó y llevó la mirada hacia mi trago, intacto.

La pregunta me pilló por sorpresa. «Qué más da un trago más o un trago menos, mientras suelte la lengua».

—Sé que prefieres el bourbon —continuó Paul. Tenía los ojos vidriosos, inyectados en sangre. Se inclinó hacia adelante y pude ver con claridad las venitas rotas y los puntos negros en su amplia nariz. Sonrió con los dientes más amarillos que yo había visto—. *Ella* me lo dijo.

Lo miré sin entender. ¿De qué estaba hablando?

«¿Quién?», estuve a punto de preguntar.

—Lauren —se adelantó Paul, como si hubiese escuchado mi pensamiento—. Ella solía escribir mucho sobre ti en su laptop. Sobre ustedes, mejor dicho.

—¿De qué coño estás hablando? —solté. La voz me salió más grave de lo habitual. Apreté los puños.

—Harcourt —dijo Paul, risueño—. El detective estrella, bueno para nada. ¿En serio debo decírtelo?

«¿Ella solía escribir mucho sobre mí? ¿En su laptop?» Entonces lo supe.

El tiempo ralentizó. Una vez más. Sentí como si me faltara el aliento al comprender lo que implicaba que Paul supiera de las memorias de Lauren; pero, sobre todo, que las hubiera leído en su portátil, la cual, presumíamos, había sido hurtada la misma noche que fue asesinada. Me dije: «¡Imposible! ¡No puede estar hablando en serio! ¡Maldita sea! No pudo haber estado ante mis narices todo este tiempo...» El corazón me martillaba el pecho. Miré a Paul. Lo miré largamente como si fuera la primera vez que lo hacía esa noche, o desde que lo conocía hace más de seis años. Pero, por lo visto, así era. Y me horrorizaba sobremedida lo que veía.

¡Dios, estaba viendo a los ojos al asesino de Lauren!

—Veo que lo has deducido tú mismo —repuso Paul. Parecía más lúcido que hace unos minutos (antes de empujarse la botella de whisky), más de lo que nunca lo había visto. Sus ojos azul profuso me reflejaban con la misma claridad que un par de lustrosas canicas inyectadas en sangre. Brillaban. Reconocí aquel destello sagaz, malicioso, del Paul Wettington del pasado. Me había engañado.

No respondí. Paul echó la cabeza hacia atrás y profirió en una estruendosa carcajada. A la par golpeaba una y otra vez la barra con la palma abierta, pesada. Cada golpe era como un estacazo a mis intestinos. Volví a apretar los puños sin darme cuenta. También la mandíbula. La furia se disparó por todo mi cuerpo. No podría controlarme un segundo más, aunque yo lo quisiera, y no lo quería.

Mi último pensamiento racional fue: «Sé paciente, mantén la calma. Y una mierda...»

Paul inclinó la cabeza hacia adelante. Al mismo tiempo mi mano salió disparada hacia la barra y, un instante después, se estrelló contra la mejilla izquierda de Wettington. La risa cesó. Literalmente de golpe. Sangre y fragmentos de cristal asomaban del costado del rostro de Paul, que se levantó con una expresión de espanto, volcando el alzapué e intentando cubrirse la herida. De la barba también le goteaba el excelente escocés que no me había atrevido a probar. Una pérdida. Oí que alguien gritó mi nombre cuando, acto seguido, tomé a Paul por la pechera de la camisa con una mano y con la otra, le pegué en la mejilla sana con el puño cerrado. Cegado por la ira, le golpeé una, dos, tres veces antes de soltarle la camisa. Paul se bamboleó hacia atrás; logró estabilizarse de perillas aferrándose al borde de la barra con una mano. Tenía sangre en los dientes. Me miró.

Y sonrió.

—¿Eso es todo lo que tienes, Harcourt?

—Apenas empiezo.

El siguiente revés fue a la nariz. Paul sonrió entre gimoteos. Lo tomé de nuevo por la camisa, lo empujé contra la barra y lo golpeé en el estómago. Se dobló entre toses, escupiendo sangre, y, por increíble que fuera, sin parar de reír. Lo golpeé otra vez. Y otra. Sin piedad. Bien sabía que yo que aquel hijoputa no le había mostrado ninguna piedad a

Lauren. («Según el informe forense de Sanders, Lauren fue brutalmente golpeada; un par de costillas rotas, hemorragias internas, una contusión en la cabeza...») Lo golpeé más fuerte. Escuchaba un zumbido que, en realidad, era una mezcla de todos los sonidos alrededor: toses, risas, cristales que se rompían, la sangre que salpicaba mi puño con cada arremetida y, en el fondo, los gritos agudos de una mujer que suplicaba que parara, que podía matarlo, que lo necesitábamos vivo.

De nuevo había sido envuelto por aquella sensación de enajenamiento donde sólo éramos ese cabrón, mi puño y yo, y nada más. Ni siquiera fui consciente de que había tomado la botella de whisky de la barra hasta que la estrellé contra la cabeza de Paul, que se desplomó en el suelo como el cerdo más gordo jamás visto. («Podría decirse que fue un milagro que los golpes no la matarán, pero aquello hubiera sido una muerte mucho más apacible de la que obtuvo; en cambio, la estrangularon...») Paul, entre quejidos, empezó arrastrarse por el suelo, o lo intentó. Lo pateé en el culo antes de que pudiera avanzar un centímetro. En esta ocasión, en vez de reír, aulló y se aovilló.

En algún lugar lejano, alguien gritó:

—*¡Basta, Jeff! ¡Es suficiente!*

No le presté atención. Mientras le hincaba la punta del pie a aquel monstruo hijo de puta en el pecho, los muslos y la parte baja de la espalda, solo podía pensar en la autopsia de Lauren. «La estrangularon con una especie de cuerda desde el asiento de atrás del auto; quien lo hizo, o quienes lo hicieron, actuó con tanta saña que por poco le sacó los globos oculares de las órbitas...». Me incliné y volví a tomar a Paul por la camisa. Le obligué a mirarme. Sus ojos apenas eran rendijas tumefactas; su rostro, al menos la parte que no cubría aquella desaborida barba de camionero, estaba tan cubierto de sangre que alguien a duras penas podría reconocerlo. Escupió un diente con un esputo sanguinolento.

(«... quien lo hizo, o quienes lo hicieron, actuó con tanta saña que por poco le sacó los globos oculares...»)

—¿Por qué?! —rugí, y se me desgarró la voz.

Wettington abrió y cerró la boca; no respondió. Lo zarandeeé. Caí en la cuenta de las lágrimas que bajaban por mis mejillas cuando, de forma indeliberada, me las enjuagué con el hombro de la chaqueta.

—¡Habla! —le grité a la cara—. ¿Por qué tenías que matarla, cabrón?! Habla, maldita sea... —Y levanté el puño, manchado de sangre.

Entonces resonaron dos disparos. Un par de fuertes estallidos que, durante unos segundos, dieron la impresión sacudir el bar. Así y todo, sobresaltado y con el corazón latiéndome a diez mil por hora, no liberé la pechera de Wettington; la aferré, si cabe, con más fuerza que antes. Como si una parte de mí temiera que pudiese escapar ante la más mínima distracción. Al mismo tiempo estaba dispuesto a usar al cabrón como escudo humano si era necesario.

Vi que se trataba de Margaret. Estaba de pie en la entrada del bar, con la respiración agitada —seguramente después de haber corrido de ida y vuelta, como alma que lleva el diablo, hacia el coche aparcado a una cuadra del bar— y una escopeta en las manos. El cañón, apuntando hacia arriba, expedía humo.



CAPÍTULO 4

Hannah, asomada en la ventana del auto, pensaba en las palabras que escribió en el espejo de aquel cuarto de baño en la estación de gasolina, a las afueras de Longview; la cual había sido de momento su última parada en suelo americano, a decir de su padre. Se cumplía el sexto día de su viaje a Black Wood, y en lugar de preguntarse qué habría querido decir su padre con aquello (quizá en el fondo ya lo preveía) o pensar en su madre, que ese día la estaría esperando de regreso en casa, se preguntaba, mientras sentía la brisa en su cara, qué pasaría por la mente de la primera persona que viera el mensaje al entrar al baño.

«Nada. No pensará nada. A lo mejor que ha sido obra de una loca que busca desesperadamente atención, y, sin más, se encogerá de hombros antes de ir a hacer lo que se proponía al entrar al baño. Y no podría culparlo, o a ella, por no querer saber quién es la loca que está detrás aquel mensaje anónimo».

Suspiró. Mientras pugnaba por apartar aquellos pensamientos de su mente, enfocó la autopista I-5, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Era una larga franja de pavimento —tal parecía infinita— cercada por valles y bosques, y bañada por la luz agonizante de esa tarde nublada. No debería estar asomada en la ventana con aquel viento frío soplándole a la cara, le había advertido su padre; podía enfermar.

Hannah desoyó. De aquello hace unas cuatro horas o una eternidad; qué más daba. En aquel momento estaban cruzando el Puente Interestatal sobre el río Columbia y entrando en el estado de Washington, donde harían una parada tras su breve paso por Portland, en Longview. Por entonces (como ahora) el cielo parecía un poco más nublado, aunque posiblemente esto fuera solo su impresión, reflejo de su estado de ánimo sobre el itinerario incierto que tenían por delante. Llevaban viajando, ¿cuánto?, cinco horas (contando el tiempo que estuvieron hospedados en aquel motel barato de Wilsonville). No estaba segura. En lo que a ella tocaba aquellas cinco horas bien podían ser cuarenta y ocho horas o una semana entera. A la sazón no tenía noción del tiempo como tampoco la tenía ahora. Y el viaje apenas comenzaba.

Según su padre, su verdadero destino quedaba al cruzar la frontera.

—¿Vamos a Canadá? —había preguntado ella.

—No. Solo haremos una breve parada allí para visitar a unos amigos.

—¿Qué clase de amigos?

Cómo si no lo supiera. Su padre la miró de medio lado con una amplia sonrisa. Le brillaban los ojos. Pensó un instante antes de responder.

—Hermanos de la congregación, por llamarlos de alguna forma.

A Hannah se le ocurrieron otros nombres para llamar a estos «hermanos de la congregación», pero se abstuvo.

—Y después —dijo ella, en cambio—, ¿a dónde vamos?

Sin mirarla, su padre contestó:

—A casa.

Esa vez no sonreía. Al menos no por fuera. Había una luz de satisfacción inconfundible en sus ojos azules que le produjo un escalofrío a Hannah. Mantuvo cara de póker. No quería que nadie viera su miedo, o la incertidumbre que reverberaba en su interior —tampoco el enojo o la tristeza, ya que en éstas estamos—, ni siquiera su padre. Ella sabía en el fondo que no podía engañarlo. En ocasiones su padre le daba la impresión de conocerla de toda la

vida —lo cual era imposible, ¿o no?, puesto que hace apenas dos días se habían reencontrado tras más de doce años alejados— y ella también a él. Esto, el hecho de que ambos fueran tan parecidos en algunos aspectos a tal punto de que parecían conocerse bastante bien, era lo que le daba escalofríos.

Ella no quería parecerse a su padre en absoluto. Le aterraba la idea. El hombre, sentado a su lado con una sonrisa indolente y una mirada radiante y aparentando normalidad en tanto conducía hacia quién sabe dónde —al mismísimo infierno, podías apostar—, era un psicópata. Un asesino en serie. Un monstruo sanguinario. Culpable de quién sabe cuántas muertes de inocentes, incluidos niños, y de cuántas atrocidades más. Absolutamente no. No quería tener nada que ver con aquel hombre. Pensarlo le causaba náuseas, un severo retorcijón en el vientre y un terrible escalofrío en la espalda. Debería huir, sí, había pensado. Debería valerse de la mínima oportunidad de alejarse de su lado; arrojarle a los brazos de la primera persona que se cruzara en su camino, pedir ayuda y, con suerte, volver a casa.

Con mamá...

«Ojalá fuera tan fácil como eso. Tan simple».

Merecía estar allí. Merecía seguir viviendo en esa pesadilla, si era necesario, para siempre. Aquella era su condena (la cual pudo haber sido peor, como bien sabían sus amigos) por lo ocurrido en el bosque. La culpa la minaba. Pensó en Stacy, que había sido violada y vapuleada por Chris Barney; en Trey y Kent, pasando una difícil prueba, ocultos en aquella bodega subterránea donde, según su padre, no los hallarían hasta pasados una semana o así; en Jordan, que sufrió la peor parte, asesinado por el empleado de la tienda, un sujeto llamado Justin Sunderland, quien le vendió los porros de marihuana. Y, asimismo, pensó en las otras víctimas de lo ocurrido en Black Wood: los padres. En Glenda Sykes, la madre de Trey; en los padres de Kent, en los de Stacy y de Jordan, pobre de ellos. Y en su propia madre, cuya supervivencia dependía de que permaneciera con su padre y lo acompañara a aquel lugar al que este se empeñaba en llamar «casa», donde quiera que esto sea.

Pensó en Nate.

Maneó la cabeza. No quería pensar en su exnovio psicópata ni mucho menos en su perversa familia, que en unos días tal vez estarían haciendo una creíble representación de padres preocupados ante los medios. Malditos sean. Y maldito sea Nate. No había podido dejar de pensar en aquel último encuentro junto al arroyo por más que se esforzaba en hacerlo. Lo pudo conseguir, por fin, al abrir la ventana y, más que ver, sentir el paisaje en la piel, la pesadilla que dejaba atrás al mismo tiempo que empezaba otra.

En Portland, su padre se aseguró de proveerle todo un nuevo guardarropa; la mayoría, se fijó Hannah con extrañeza (aunque no comentó nada al respecto, creyendo que se debía al clima del norte, hacia donde se dirigían sin lugar a dudas), eran prendas para invierno: tres pares de abrigos oscuros (su favorito era el rojo granate, si bien no lo comentó), dos pares de botas, chompas de lana, un chaleco tipo capa, y alrededor de media docena gorros y guantes bien cubiertos. Luego visitaron un salón de belleza, donde la mujer que le daba su nombre al local la atendió en persona. Allí se despidió, quizá para siempre, de la cabellera rubia que había legado de la familia de su madre tal como ella misma. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para contener las lágrimas mientras la simpática Barbara, que parecía tener la misma edad que su madre, le teñía el cabello con Revlon número 10. Al verla, Stacy habría dicho algo como: «Adiós, Reese Witherspoon. Hola, Megan Fox». Y reirían.

Aquellos eran otros tiempos. Hace mil quinientos años, tal parecía.

En aquellos tiempos, por ejemplo, no habría tenido el valor de robar el lápiz labial rosa chicle a la amable Barbara mientras esta le exhibía su revelador escote a su padre, que intentaba pagarle. O al menos eso le pareció al principio. En realidad, le estaba enseñando el collar con el medallón de la estrella de David (o lo que ella había creído que era la estrella de David; pero era un pentáculo invertido), el mismo que tenía su padre. Barbara era uno de aquellos a los que su padre se empeñaba en llamar «Hermanos de congregación». Descubrirlo la hizo sentirse un poco menos mezquina por sustraer aquel horrible lápiz labial.

No tenían previsto, según su padre, hacer otra parada hasta que hubieran cruzado la frontera. El Corolla en el que viajaban, un modelo de 2015 plateado, tenía otros planes. Mientras su padre llenaba el tranque e inflaba los neumáticos en la gasolinera de Longview, Hannah, con la excusa de ir al baño («para derramar mi *lluvia dorada*», habría dicho Jordan) entró en la tienda. Enfiló el baño siguiendo la gentil indicación de la empleada en la caja registradora (a lo mejor era otra «hermana de congregación»; tanto daba), no para orinar ni nada. Quería alejarse de su padre, quería respirar otro aire, aunque fuera aquel ácido y nauseabundo que despedía el único inodoro del cuarto de baño y del jabón barato en el lavabo. Quería sentirse libre una vez más o una última vez.

Lloró durante unos segundos. Después se enjugó la cara con agua fría y, con los labios aun tiritando, miró su reflejo en el espejo como si fuera el de una desconocida..., lo cual no estaba del todo lejos de la verdad. Por último, metió la mano en el bolsillo de su pantalón, extrajo el lápiz labial rosa y, sin quitar la mirada del espejo, escribió.

—¿En qué piensas? —preguntó su padre.

—Mi madre —respondió Hannah, al instante, sin apartarse de la ventana y mirarlo. Tenía la punta de la nariz y las mejillas entumecidas. También los labios. Con todo, el viento (frío, en efecto) se sentía bien en su cara. No se apartaría de esa ventana mientras ella pudiera evitarlo, o de lo contrario la asaltarían otra vez aquellos pensamientos aciagos y el sentimiento de culpa—. En este momento tal vez esté llamando a la policía.

—Pero primero irá con Linus —repuso su padre. Y puede que tuviera razón.

Hannah no respondió, y no lo miró. Por primera vez desde que empezó aquella horrible pesadilla en el bosque se sentía realmente bien. Más que solo bien. Resultaba placentero en formas que no podría describirlo. El cabello negro, antes rubio, agitándose con suaves azotes en su cara. El sonido inquieto de la brisa fresca en sus oídos. La pérdida de la noción del tiempo. Y aquel efecto lenitivo que le proveía sus párpados al cerrarlos.

En aquel entorno, cualquiera, incluso ella, podía olvidar la pesadilla en la que se había convertido su vida en un abrir y cerrar de ojos.

Lo que escribió en el espejo fue:

*SI ESTÁS LEYENDO ESTO,
SIGO VIVA.*



CAPÍTULO 5

«Mientras emprendíamos nuestro viaje de vuelta a Oregón tras lo ocurrido en Nuevo México —la captura, hospitalización y traslado de Paul Wettington por parte de las autoridades estatales—, pensaba en aquel suceso en el que había confiado mi afilada intuición, sentido de la lógica, o como quieras llamarle. El cual, por fortuna más que por otra cosa, no me había fallado».

**GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 10 DE FEBRERO.
Tres semanas antes de la aparición de Hannah Perkins.**

Tres días después de nuestra partida de Salem, Margaret me preguntó quién era el informante que me había proveído el rumbo de la camioneta en la que creíamos viajaban Paul o la familia Feeney (por entonces no lo teníamos claro quién o quiénes iban en la Chevy, y no lo sabríamos a ciencia cierta hasta nuestro paso por Nevada, unos días más tarde de que me hiciera la pregunta). Durante unos segundos me planteé mentirle.

Sería estúpido, me dije. Margaret confiaba en mí. Desde que nos conocíamos yo nunca le había mentado u ocultado información (en una ocasión incluso había faltado a la autoridad del jefe Wiklund al revelar detalles de la investigación del caso Black Wood), y no planeaba empezar ahora. Además, en aquel momento estábamos por reunirnos cara a cara con el referido informante, y, conociéndolo bien, no dudaba que fuera a aludir el hecho de que éramos parientes.

—¿Y bien?

Margaret esperaba; una ceja, resaltada a lápiz, formaba una curva pronunciada en su frente.

—Se llama Peter Yates. Ex agente del FBI. Se retiró hace cuatro o cinco años después de, según él, hacerse con las relaciones necesarias para crear su propia empresa privada de investigaciones. La cual, debo resaltar, se especializa sobre todo en descubrir a parejas infieles. No te rías, hablo en serio. Por 499\$ le dan seguimiento a tu pareja durante treinta días. Se gana buena pasta.

—Vaya.

Margaret, con una ligera sonrisa, volvió la vista al frente.

Entonces dije:

—Peter Yates es mi cuñado.

Sentí, más que vi —pues yo conducía el fabuloso Prius azul de Margaret a través de un vecindario en Caldwell, Idaho—, que Margaret me clavaba la mirada con interés.

—Sí, está casado con mi hermana —dije antes de que Margaret hiciera la pregunta, si era que tenía pensado hacerla—. Desde hace diez años, si mal no recuerdo. Es un buen hombre, aunque esto no lo diría en voz alta en su presencia ya que se pone algo sentimental. —Sonreí de soslayo y añadí—: Tenía un buen expediente en su departamento. Habría obtenido un cargo importante en la agencia si no se hubiera retirado antes de los cuarenta. ¿Por qué? Nadie sabe. Tal vez Jessica.

—No sabía que tenías una hermana —comentó Margaret. Tenía la mirada al frente.

—Hermana mayor, sí —dije—. Y también un sobrino. El pequeño Ethan, de siete años. Ellos son toda la familia que tengo.

Sobrevino un silencio. Por alguna razón no me atrevía a mirar a Margaret. Quizá ella estaba pensando que el jefe Wiklund y Hannah eran toda la familia que tenía.

En tanto doblaba en el siguiente cruce según la ruta que me indicaba la dirección del GPS que me había provisto Pete, Margaret preguntó:

—¿Por qué vamos a verlo? A Yates.

Suspiré hondo. Luego le expliqué que la empresa de Peter Yates, si bien se especializaba en exponer a parejas infieles, a veces también recibía otro tipo de trabajos, por decirlo de algún modo, *más serios*. Como, por ejemplo, descubrir quién había forzado la caja fuerte de la empresa familiar y había sustraído un botín valorado en miles de dólares o cosas por el estilo. Ceñuda, Margaret me dijo que aún seguía sin comprender el motivo de nuestro encuentro y qué tenía que ver con nosotros y la búsqueda de la camioneta Chevy, que debería estar de camino a Nevada. Entonces le revelé sucinto de qué se trataba mientras estacionaba frente a la casa de los Mahoney.

Peter y el señor Mahoney esperaban en el porche con expresiones parcas y los brazos cruzados ante el pecho.

—¿Y se supone que vas a descubrir qué sucedió con la chica con una simple entrevista? —preguntó Margaret segundos antes.

—Peter confía en que lo haga. O, al menos, confía en mi intuición. —Prescindí decir que en el pasado había resuelto dos casos gracias a ella, *mi intuición*, la cual también me había guiado de cierta a forma hasta las pruebas para resolver lo que algunos habían dicho imposible. Para ello había tenido que conocer de cerca (quizá demasiado) a los involucrados. Peter creía que yo podría descubrir quién asesinó a la joven Cathy Mahoney si me reunía con su familia y varios de sus amigos más cercanos durante la excusa de una cena para conmemorar el quinto aniversario de su desaparición. Desde luego le advertí que no tuviera tan altas sus expectativas, que hacía falta mucho más que una simple cena para siquiera reconocer a un posible sospechoso y, más aún, a un culpable indiscutible.

Peter desoyó e insistió en que creía que el culpable estaría esa noche en la casa de los Mahoney, y que me resultaría fácil descubrirlo. Yo también insistí: «Es una locura. ¿Quiénes pensarán sus amigos y familiares que somos?» A lo que Peter respondió, sin sorprenderme con ello, que nos haríamos pasar por viejos amigos de Frank Mahoney de la universidad que, por casualidad, estábamos de paso en la ciudad y nos encontramos a Frank en Walmart, y que este no dudó en invitarlos.

Como fuera. Para mí siguió sin tener sentido que el señor Mahoney invitara a viejos amigos de la universidad a una reunión como aquella, y cuando me propuse decírselo a Peter, este respondió una verdad como un templo: «Jeff, no tienes trabajo. Si pretendes viajar en la busca de esos criminales quién sabe hasta cuándo y dónde, vas a necesitar financiamiento, y el señor Mahoney está dispuesto pagarnos veinte grandes si averiguamos qué le pasó a su querida Cathy. ¿En serio le vas a negar esa resolución a un padre apesadumbrado? ¿En serio vas a dejar que veinte grandes se esfumen así tan fáciles? Al menos inténtalo».

Peter se adelantó y, ansioso, me estrechó la mano en cuanto bajé del auto.

—Me alegra que hayas venido —dijo. En realidad, parecía más aliviado que feliz. Me fijé, mientras me estrechaba la mano, que había ganado peso y algunas hebras blanquecinas en el pelo desde la última vez que nos vimos, hace más de dos años, si mal no recordaba. Sonreía—. Todos están dentro. La reunión ha empezado ya.

Margaret, ataviada con un discreto conjunto de blusa amarilla y falda plisada gris hasta las rodillas —estaba preciosa—, se acercó a nosotros con una sonrisa segura. El silbato de su hija, sin duda un extraño accesorio, le pendía del cuello.

—Margaret, él es Peter Yates —los presenté, y contuve el impulso de añadir de mala gana: «Mi empleador a la vez que mi estimado cuñado». En tanto, desvié la mirada hacia el señor Mahoney, un cincuentón corpulento que debía medir cerca de dos metros, que nos miraba desde la distancia, ceñudo y con los brazos cruzados ante el amplio pecho—. Peter, Margaret.

Peter, con aquella ancha sonrisa de oreja a oreja que me recordó al gato de Cheshire, extendió su mano hacia Margaret.

—Margaret Wiklund —convino. Su voz reflejaba un extraño interés y una compasión innegable que me hicieron plegar el ceño. No recordaba haberle mencionado a Peter el apellido de la mujer que me acompañaba o que era la madre de uno de los seis de Salem. Yates, por lo visto, o había estado atento a los noticieros en torno a lo ocurrido en Black Wood, o había hecho lo que mejor sabía: indagar—. He escuchado mucho de ti. Este tal vez no sea el mejor momento para decirte lo mucho que lamento lo ocurrido con tú... —Hizo una incómoda pausa antes de añadir—: Como sea, es un gusto conocerte.

Ella le devolvió el saludo. Como si nada.

—Lo mismo digo, Peter. Lo mismo digo.

Una semana más tarde, mientras Margaret y yo cumplíamos nuestro segundo día de hospedaje en un hotel dos estrellas en Carson City, Nevada —vigilando a Paul, a quien dos días antes habíamos fichado como el conductor de la Chevy—, recibí una llamada de Peter. Temía a lo que fuera a decir. No obstante, me dije, Yates tendría que reconocer que desde el primer momento le advertí que yo no podría descubrir, después de una sola velada con los posibles sospechosos, quién estaba detrás de la desaparición de Cathy Mahoney. No era Sherlock Holmes ni el detective estrella que decían los periódicos. La chica llevaba ya cinco años desaparecida —¡maldición!—, otros debieron haber hecho las debidas indagaciones durante las primeras semanas después de que Cathy avisara a su madre que iba al Walmart ubicado a unos tres kilómetros de casa por unos víveres y cogiera las llaves del coche de su padre —un Toyota Cross que efectivamente hallaron en el aparcamiento del supermercado, al día siguiente, sin el menor rastro de Cathy o indicios que pudieran apuntar a un asalto o algo por el estilo; era como si, sin otra cosa, la chica hubiera conducido hasta allí, bajado del auto y enfilado en dirección contraria a la tienda, hacia ningún lugar—, para no regresar jamás.

Pensé en Lauren. Ella, en parte, era la razón por la que había aceptado participar en la trama en la que me había implicado Yates. (Huelga decir que, en parte, también se debía a las palabras de Peter y los veinte mil dólares.) Lauren, podías jurarlo, hubiera aceptado la oportunidad sin vacilación; ella, como yo (aunque a veces me hiciera de rogar), tenía cierta debilidad por las causas perdidas.

Cogí la llamada, expectante, con el corazón aporreándome el pecho, sentado en la cama.

Peter habló.

—Jeff. —Su voz me sonaba tan distante que tuve que hacer un auténtico esfuerzo para captar con claridad sus palabras. Solo hubo dos que no requirieron el fuerza—: Tenías razón.

Más tarde, y por un momento, desearía no haberla tenido.

De vuelta en Salem. Nada más lejos que la sensación de nostalgia por haber regresado a casa que aquel profundo vacío que sentía en el pecho. El mismo vacío agrídulce que me

asistió durante los seis días que siguieron a los sucesos en Nuevo México.

Como cabía esperar, el jefe, al saber que su hermana no había estado todo este tiempo en un retiro espiritual en la cordillera de los Apalaches si no en una búsqueda peligrosa que pudo haber acabado mal, enfureció como un energúmeno, y con justa razón. Pudimos haber muerto, claro que sí; haber caído en una trampa tendida por Paul y la secta satánica (uno de mis temores hacia el final de la empresa, admitiría en mi fuero interno); haber sido asesinados y luego enterrados en algún terreno baldío en el Tacón de la Bota de Nuevo México. Pero no fue así. Quizá por pura suerte. Bien sabíamos de qué eran capaces los *Siervos*. Y el jefe Wiklund, que hervía de rabia a ojos vistas, no amablemente se encargó de recordárnoslo.

Después, más sosegado, me miró. Esta vez sus ojos de lince traslucían decepción en vez de rabia. Dios, parecía haber envejecido veinte años desde la última vez que nos vimos, observé. Su calva, por lo general bien afeitada, daba el mismo aspecto que una barba de tres días. En cambio, su verdadera barba parecía llevar más de quince días, en vez de tres, sin afeitar. Y era evidente también que había bajado de peso.

No dijo nada. Se limitó a mirarme. Si me hubiese preguntado por qué actué a sus espaldas y formé parte de aquella descabellada persecución por más de un año, junto a Margaret, yo habría respondido: «Lauren». No habría hecho falta que dijera más. Wiklund lo habría comprendido. Margaret no era Lauren, desde luego, pero pudo seguir sus pasos hacia un trágico final en la búsqueda de respuestas sobre su hija. Lo que hice, lo hice para protegerla. Wiklund debió pensar esto mismo, mientras me miraba largamente, pues bajó la vista y suspiró. No lo volví a ver hasta tres días más tarde, cuando, de improviso, se presentó en mi apartamento con mejor semblante que días atrás.

En tanto le dejaba entrar, me preguntó:

—¿Cómo has estado?

Quise decir: «¡Estupendo! Llevo días intentando recomponer mi vida. O, más bien, conteniéndome de terminar con ella arrojándome desde el balcón después de tres botellas y media de bourbon, y que Dios me agarre confesado. Qué mejor manera de morir».

En cambio, alcé las manos con el dorso al frente —en aquel momento exhibía costras en los nudillos con los que había pegado a Paul— y dije:

—Mucho mejor.

Sonreí. Wiklund, con la expresión tan dura como una piedra, se limitó a mirarme a la cara y asentir. Acto continuo, echó un vistazo aquí y allá en el apartamento como si esperase encontrar un reguero de botellas vacías. (Di gracias en mi fuero interno a dos personas: Marta, la señora de limpieza que se había ocupado de hacer el baldeo durante mi ausencia; y a Paul, por darme una verdadera razón para mantenerme sobrio todo ese tiempo.) El jefe se volvió de nuevo, pétreo, las manos cogidas por delante, mirándome con el ceño fruncido sobremanera. Yo estaba listo para oír la pregunta —«¿Has estado bebiendo?»—, a la que respondería: «No. Pero lo he pensado. Vaya que lo he pensado. Y tú, maldita sea, no podrías culparme por querer olvidar lo ocurrido. La manera en la que casi asesiné a Paul con mis propias manos y arruiné la única pista posible que tenemos del paradero de Hannah. También la mirada que Margaret, escopeta en mano, me había echado desde la entrada del bar a modo de súplica tácita. Raúl llamando a emergencias. Paul, bajo mi puño, perdiendo el conocimiento. Sangre y cristal roto. Olvidarlo todo».

—No —dije.

Wiklund asintió tras una larga pausa.

—Se trata de Paul. Ha salido del coma inducido. Según el médico encargado, el pronóstico de Paul es favorable. No sufrió traumatismos graves y los hematomas en el abdomen han empezado a sanar, aunque permanecerá en observaciones unos días más en previsión de que padezca los síntomas de una peritonitis. Pero...

No sentí alivio al oír las palabras de Wiklund. Al mismo tiempo que hablaba sobre la recuperación de Paul, oía en mi cabeza los detalles de la autopsia de Lauren como una lejana letanía: «... quien lo hizo, o quienes lo hicieron, actuó con tanta saña que por poco le sacó los globos oculares de las órbitas». No sentí nada. Solo vacío.

—Él lo hizo.

La frase, sin más, salió de mi boca como un torrente incontenible. Hervía de furia. Apretaba los puños a los lados sin darme cuenta y respiraba con fuerza por la nariz. Wiklund, ceñudo, me miró sin entender. Luego relajó la expresión y se acercó un paso como si me hubiese oído decir que había pensado quitarme la vida arrojándome desde el maldito balcón; sus ojos traslucían compasión y confusión.

—¿Qué hizo?

—Lauren —dije. Hice un esfuerzo para que no se me quebrara la voz. Con las lágrimas, que pronto empezaron a bajar silentes por mis mejillas, no me resultó tan fácil—. Él la asesinó. A Lauren. Me lo confesó aquella noche en el bar. Por eso... yo... perdí el control. — Me enjuagué los ojos con el dorso y sorbí por la nariz, sin darme cuenta. En cambio, sí reparé que Wiklund no parecía tan consternado como había esperado yo que estuviera al oír la acusación. Lo supe entonces. Abrí mucho los ojos—. ¿Ya lo sabías?

Wiklund bajó la mirada. Suspiró. Lo tomé como un *sí*, o más bien como una patada en el estómago. De nuevo apreté los puños. Debía tranquilizarme, me dije. O no obtendría respuestas. Inhalé, exhalé. Wiklund seguía con la mirada baja.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

—Poco más de un año.

—Es decir, que lo supiste en algún momento durante las investigaciones en torno a Black Wood, ¿estoy en lo cierto?

—Sí. —Wiklund respiró profundo y, con reacio semblante, me miró a la cara—. Lo supe justo antes de que Margaret y tú hubieran corrido la cortina sobre los Feeney y el vínculo entre Paul, ellos y la secta satánica.

—¿Y por qué me lo ocultaste en aquel momento? ¿Para que no pudiera enfocarme en nada más que en la investigación de la desaparición de tu sobrina y sus amigos?

—En parte, sí —admitió Wiklund. Tristeza, furia, resignación, se reflejaban en su mirada empañada. Por primera vez en todos los años que le conocía veía una manifestación vívida de estas emociones en el pertinaz Linus Wiklund. Una lágrima cayó por su pálida mejilla—. En parte, porque la muerte de Lauren te afectó profundamente. Casi te pierdes tú también... y... en ese momento no estaba seguro de que fuera cierto. La viuda de aquel hombre asesinado en su tienda se apareció en la estación y me contó del contenedor lleno de evidencia robada de los Wettington. Entonces no sabíamos que Paul y su padre estaban involucrados con la secta del bosque negro. Yo... yo hice lo que debía...

—Espera, espera —lo interrumpí—. ¿Qué tiene que ver aquel contenedor con Lauren?

Se produjo un largo minuto de silencio. Al cabo, Wiklund empezó a hablar.

Entré en Waverly Street Coffee, la cafetería ubicada a dos calles del Departamento de

Policía de Salem, una hora después de la reveladora conversación que mantuve con Wiklund. No sabría decir cómo había sido capaz de conducir hasta allí sin haber volcado el auto, o embestido a otro en un accidente aparatoso, a mitad de camino. Suerte, quizá. No creí que fuera eso a tenor del porqué me hallaba en aquel establecimiento pasadas las nueve y media de la noche.

Me aproximé al mostrador y me senté en uno de los banquillos. En seguida me atendió uno de los empleados. Pedí un café: recién hecho, cargado, con poca azúcar. Como le gustaba a Lauren. Ella a menudo decía que era mejor conseguir café en casi cualquier cafetería del área que beber aquella bazofia recalentada que servían en el merendero de la estación. Y tenía razón. No empecé a frecuentar Waverly Street Coffee hasta después de su muerte. Lamentaba no haber venido a este lugar con ella más seguido. También lamentaba no haber estado a su lado cuando más me necesitaba, y nunca podré perdonármelo. Me mortificaría toda la vida, y estaba bien.

Una vez recibí mi café, pedí un bollo de azúcar. (A ella también le gustaban los bollos de azúcar.) Bebí mi infusión mientras esperaba. El ajeteo en la cafetería iba mermando poco a poco con el pasar de los minutos. Yo apenas era consciente de ello. Mi mente, obnubilada como una bahía neblinosa, solo podía concentrarse en evocar la conversación que había tenido con Wiklund. En las revelaciones que me había hecho esa tarde en la sala de estar. No pude creer lo que decía entonces. A duras penas podía creerlo ahora. Maldita sea. ¿Cuánto tiempo más había planeado mantener oculta aquella verdad? Por mi bien, había dicho Wiklund. Por mi bien, y una mierda. Yo más que nadie merecía saber quién o quiénes habían asesinado a Lauren, y, si en esas estamos, por qué.

El jefe me lo contó todo. O eso al menos esperaba yo que hubiera hecho esta tarde (no me fiaba de ello, y quizá lo tenía merecido después de haber atravesado país con su hermana en una misión inútil y peligrosa). Me refirió que poco antes de sus muertes, Lauren y el oficial William Batson, a quien sus colegas de la estación llamaban «Bat», habían recibido información sobre un contenedor, en alguna propiedad en West Salem que alquilaba unidades de almacenamiento, rentado por George Wettington, el padre de Paul. Este no hubiera sido descubierto si el difunto George no se hubiera retrasado con el pago del alquiler. Claude Mendosa, propietario de una tienda de segunda mano en Stayton, había adquirido dicho contenedor en una subasta.

—¿Qué había en el contenedor? —le pregunté a Wiklund.

—Ya te lo he dicho: evidencia robada. Y también prueba de que los Wettington llevan al menos dos generaciones siendo miembros de la secta satánica de bosque negro, como la llaman en los medios; pero en realidad se hacen llamar Siervos del Lucero Matutino.

En resumen, pues, la secta ordenó las muertes de Lauren, Batson, Claude Mendosa y del primo de este, Rodrick Grell, un reportero del periódico estatal, por conocer el oscuro secreto que guardaba aquel contenedor. Entre ellos, una cantidad exorbitante de evidencias tomadas de escenas del crimen y testimonios de víctimas de abuso sexual. (El nombre Chuck Wilson acudió a mi mente en ese momento, pero me abstuve de decir nada con la intención de no interrumpir a Wiklund; ya habría tiempo para averiguarlo.) Fatima Mendosa, la viuda de Claude Mendosa, se presentó en el departamento un día, durante las investigaciones en el caso Black Wood, para denunciar el hostigamiento contra su familia por los hombres que, sabría más tarde, asesinaron a su esposo. Ella señaló a Paul, quien meses antes había intentado comprarle el contenedor lleno de evidencia robada, como uno de los hostigadores. Y de esa forma, sumada a la revelación del vínculo entre los Wettington

y la secta satánica, fue como supo que había sido Paul.

Yo solo podía pensar que había tenido al asesino de Lauren antes mis narices todo este tiempo.

(«... quien lo hizo, o quienes lo hicieron, actuó con tanta saña que por poco le sacó los globos oculares de las órbitas»).

Pedí otro café.

—Lamento la demora, Jeff. Había mucho tráfico. Hubo un terrible accidente entre Marion y Liberty. Triple choque. Dos niñas murieron... —Mientras hablaba con voz excitable, jadeante como si para llegar aquí hubiese corrido una maratón o algo, Margaret se quitó en el abrigo de gabán y se sentó en el asiento contiguo. Parecía radiante; su piel y sus ojos tenían un brillo especial esa noche que no supe identificar de antes. Tal vez le entusiasmaba nuestro encuentro a casi una semana de haber vuelto a Salem. Y quizá creía que la había llamado porque tenía noticias de Paul. Nada más lejos de la verdad.

Por breve un instante me sentí fatal por haberla hecho venir. Breve, dije. Hasta que me recordé por qué lo había hecho en primer lugar.

—Trágico —dije vagamente.

Bebí café. Ella, en tanto ordenaba un capuchino (como la primera vez que estuvimos en este café), me observó con el ceño ligeramente fruncido y una sonrisa de medio lado. Como si mi actitud distante le causara gracia. Luego, como si tuviera una especie de revelación implícita, adoptó una expresión más seria, preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Volviendo la vista, como si no quisiera ver mi rostro al oír la respuesta—. ¿Se trata de Paul?

Esperé a que el empleado se retirara después de entregar el capuchino a Margaret y dije:

—¿Desde cuándo lo sabes?

Ella me miró sin entender. Por supuesto.

Le había preguntado a Wiklund, más temprano antes de dejar de mi departamento, si ella estaba al corriente de lo que me había contado ese día. Así que reformulé mi pregunta.

—¿Desde cuándo sabes la verdad sobre la muerte de Lauren?

Margaret abrió y cerró la boca. Vi traslucir en sus ojos castaños claro: sorpresa, inquietud, confusión. Parecía acorralada como un animalito indefenso. Del cual, si así fuera, no me apiadaría.

—Yo... —empezó ella.

—Lo sabes el mismo tiempo que Wiklund, ¿no? No te atrevas a negarlo, tu hermano estuvo hoy en mi departamento, y me lo contó todo. Durante más de un año has sabido que estábamos no solo tras la pista de uno de los hombres que raptó a tu hija, sino también del posible asesino de mi compañera. ¡De Lauren! —Respiré hondo. Tuve que hacer un auténtico esfuerzo por mantener la voz baja; desde luego no quería hacer una escena en la cafetería, por algo la había elegido. Continué—. Hablamos sobre ella, ¿recuerdas? Sobre nuestra tormentosa, y poco profesional, relación antes de su muerte, y lo difícil que había sido para mí superar el duelo. Te lo conté todo. Desde el inicio. Rompí las reglas: te mostré las grabaciones de Hannah en contra de los deseos de Wiklund, y te seguí a aquella estúpida persecución por más de un año solamente porque quería protegerte de sufrir el mismo destino que ella. De Lauren... —Se me quebró la voz y ladeé la cabeza.

Apretaba los puños; me di cuenta de ello y volví a tomar aire.

—Lo siento, Jeff...

—No lo sientas. No lo sentías antes, o de lo contrario me habrías dicho la verdad, tuviste

mucho tiempo para hacerlo. Muchas ocasiones. No quiero volver a verte.
Me levanté, dejé un billete en el mostrador y, sin mirarla, me largué.

Hice una parada en la calle Comercial, en un local abierto las 24 horas, según decía el aviso de neón en la entrada, antes de volver a mi departamento. Quizá más tarde lo lamentaría, pero después de salir del café y vagar como alma en pena por tres cuadras del centro, tomé la decisión más cuerda que podía en esos momentos, la cual implicaba varias botellas de bourbon.

Sí, todo el bourbon que pudiera conseguir con mil quinientos dólares. Y cigarrillos. No podía olvidarlos.



CAPÍTULO 6

—¡*Emile!* —chilló, al oír su nombre, la señora McCullough (quien a su llegada había dicho que si quería podía llamarla Mildred, o tía Dee, o como quisiera) trazando una amplia sonrisa bajo aquella ancha nariz de tucán colorado que tenía—. ¡Qué precioso nombre!

Hannah forzó una sonrisa, conteniendo el impulso de decirle a la tía Dee que, si tanto le gustaba, podía quedárselo.

En cambio, calló. De nuevo. Había guardado silencio la mayor parte del recorrido desde la frontera hasta la granja de los McCullough, a quienes por lo visto su padre se había referido como hermanos de la congregación, después de que ella preguntara a su padre el porqué, dado que no creía que solo se tratara de una simple visita amistosa ya que estaban de paso hacia quién sabe dónde.

Su padre había sonreído.

—Es cierto —reconoció él. Hannah bajó la credencial que minutos antes había mostrado al oficial en el paso fronterizo (la cual contenía su nueva identidad: *Emile Haynie*), y lo miró. No le gustaba aquella sonrisa, ni aquel tono, ni mucho menos la forma tan despreocupada en la que a menudo la miraba alternando su atención entre ella y la vía como si no temiera sufrir un accidente o algo por el estilo—. Hay otro motivo.

—¿Cuál? —había insistido ella.

—Lo sabrás cuando lleguemos. —Volvió la vista, de pronto sombría, al frente. Su sonrisa se esfumó. Extendió la mano y, con un gesto casi maquinal, acarició la oscura cabellera de su hija con una ternura escalofriante. Hannah se tensó—. Sé paciente.

Desde entonces estuvo callada; calló el resto del camino. Calló incluso dos horas más tarde cuando su padre paró el coche frente a la casa elevada de los McCullough, la cual, sin sorpresa alguna, se hallaba en medio de la nada. También calló cuando, uno a uno, los miembros de la familia, que esperaban en el porche como un tétrico retrato familiar de los años sesenta o setenta, fueron diciendo sus nombres. Y pudo haber continuado con la boca cerrada un rato más si su padre no le hubiese echado una mirada amenazadora cuando la señora McCullough, a ojos vistas entusiasmada, le preguntó su nombre.

Así pues, ella, forzando una sonrisa, respondió.

Su sonrisa, confiaba, era tan exagerada que competía con la de Mildred McCullough y sus hijas, que estaban detrás de su madre: Jena, la mayor, había corrido con la mala fortuna de heredar el perfil de su madre, y Kenzie, la menor, los ojos desproporcionadamente pequeños de su padre. Este y el padre de Hannah, tras las debidas presentaciones, se habían retirado al despacho del señor McCullough con un servicio de té y canapés, para atender quién sabe qué asunto.

Hannah, evocando las palabras de su padre («Sé paciente»), se preguntó cuál podría ser el otro motivo que los traía a este lugar. Quizá planeaban la siguiente acometida de la secta. Fuera cual fuese, podías apostar que no era nada bueno. En absoluto. Parecía que se iban a demorar. Y, mientras tanto, Hannah tendría que soportar la tediosa compañía de las mujeres McCullough. Maldijo en su fuero interno.

Kenzie comentó, en tanto dejaba la taza de té en la mesita de centro:

—Sí, mamá. Un nombre precioso. *Emile*. Nunca he conocido a una Emile antes. Ninguna que se escriba con una sola *e* al final. Supongo que tu padre debió haberlo escogido con mucho cuidado.

Hannah asintió y, sin decir nada más que en su fuero interno, encogió un hombro con una sonrisa. «Puedes jurarlo. Que lo pensó mucho tiempo, el mismo tiempo que yo creía estaba muerto».

Continuó un silencio incómodo.

Hannah se inclinó y tomó la taza de infusión que acababa de servirle Jena. Era de té oolong; lo supo porque lo había visto en un catálogo de Sans&Sans que tenía su madre, y gracias a su tono azulado, era fácilmente identificable. No había probado antes el té tradicional chino (ella era adepta a la cafeína a diferencia de su madre, que era una entusiasta de las infusiones a base de hojas y brotes). Casi se echó a reír al comprobar que, en efecto, tenía un tono azul apenas visible. Lo bebió con avidez.

Jena y Kenzie rieron.

La tía Dee sólo la observó con ojos brillantes, alegres, que parecían de caricatura.

Al cabo, Hannah bajó la taza vacía. No sentía vergüenza, sino una creciente inquietud en la boca del estómago. ¿Dónde estaba su padre? ¿Cuál era el verdadero motivo de la visita a los McCullough? ¿Cuándo se largarían de allí?

—Cuéntanos, Em —habló entonces Jena McCullough. En tanto, se inclinaba y servía más té a la taza de Hannah—, sobre la vida que dejaste atrás para unirte a tu padre.

«La vida que dejé atrás, sí —pensó Hannah. Respiró profundo para dominar el impulso de mandar a la chica al demonio, lo cual tal vez la complacería—. Pero no por voluntad propia. No por devoción a mi padre, Satanás o lo que sea. Y no sin pagar un alto precio».

Como si hubiese oído sus pensamientos (los que no habrían sido difíciles de adivinar por la mirada distante que seguro reflejaron sus ojos), la señora McCullough intervino:

—Jena, mejor no evoques esos pensamientos en la pobre Emile. Mírala. Es evidente que le afectan. No por mucho tiempo, eso te aseguro. —Ahora se dirigía a Hannah; con suavidad posó una mano sobre la suya—. Y también te aseguro, pequeña Em, que el tiempo te hará olvidar el dolor que conlleva el sacrificio. Con el tiempo, te darás cuenta de que no ha sido un sacrificio en vano o un sacrificio en absoluto. Verás, gracias a la senda que ha trazado Nuestro Señor a través de tu padre, que has evolucionado. Vivirás una mejor vida. Y serás mucho más feliz que cualquier ser humano en este mundo, en vida y en muerte. —Apartó la mano y añadió—: Todavía te queda un largo camino por recorrer.

Hannah sintió un escalofrío. Se mantuvo impasible y tomó su taza de té. Apacible, pero inexpresiva. Fría, sin emociones. No quería que aquellas desconocidas vieran su temor y estado de vulnerabilidad. Ni siquiera su dolor. El té chino sosegaría sus nervios, sí, se dijo. Y bebió. Durante un instante volvió a sentir una especie de subidón; bajó la taza hasta su regazo y sonrió, mirando a sus anfitrionas.

Quiso preguntarles, con actitud sobria, a qué exactamente se referían con eso: ¿qué tan largo era ese supuesto camino hacia una mejor vida o lo que fuera? Y, en éstas, ¿cuándo acabaría la pesadilla?

Calló, por supuesto.

—Lo siento, Em. Mamá tiene razón. No debería revolver las sombras del pasado —dijo Jena. Y, por increíble que parezca, sí que parecía sentirlo, sobre todo al decir—: Hay que vivir el presente.

—Una vida mejor te aguarda —añadió Kenzie, sonriente.

—Eso espero. —Hannah suspiró.

—¿Lo dudas? —inquirió, ceñuda, la señora McCullough.

Hannah abrió y cerró la boca. Había hablado sin pensar. Ladeó la cabeza. Vio que Jena y

su hermana no sonreían, en cambio tenían una expresión estoica, como la de su madre. La atmósfera se tornó densa. Hannah tenía la impresión de estar en otra dimensión, con versiones antítesis de las buenas personas que la acompañaban hace un instante o hace una eternidad; de pronto hacía más frío; quiso salir corriendo. En cambio, forzó una sonrisa y alzó su taza. Estaba a punto de beber cuando la puerta principal se abrió con estrépito.

Hannah, sobresaltada, viró la mirada, y por poco dejó caer la taza.

Alguien entró. Un hombre. Hannah dedujo que el sujeto, vestido con pantalones de saco gastados y una franelilla blanca salpicada, tal parecía de sangre, era un McCullough de cabo a rabo, dado que todos los miembros de esta familia, sin excepción, eran pelirrojos como los Weasley en Harry Potter.

Alto y fornido. El cabello rojo bien cortado. Debía tener entre diecinueve y veintiún años. Nariz pequeña, ojos proporcionales. Excepto por el pelo y los ojos marrones no había otros puntos de comparación entre aquel sujeto y los McCullough. A lo mejor se trataba de un primo o un sobrino lejano, tanteo Hannah. Tal vez ni siquiera estuviera al corriente de que la familia que vivía en esa casa formaba parte de una secta satánica; la cual, además, la había secuestrado tras hacerle vivir una verdadera pesadilla —que continuaba— en un bosque de Oregón.

Tal vez... tal vez podría ayudarla a escapar.

Hannah se levantó. Al mismo tiempo, lo hizo también la señora McCullough.

—¡Maldita sea, Owen! —exclamó—. Te advertí de quiénes vendrían a visitarnos hoy. Y, joder, ¿por qué has traído eso aquí?, ¡mira el desastre que estás haciendo! ¡La sangre! — Parecía enojada y horrorizada a partes iguales, y no era para menos.

El sujeto, Owen, llevaba cogido de una pata el cadáver de un pequeño cerdo decapitado. Gotas de sangre dejaban un reguero en suelo de madera en ese momento, sangre que también salpicaba las manos, la ropa y la cara de Owen, fuera quien fuese. No había dejado de mirar de Hannah desde que notó su presencia en la sala. Parecía absorto. Y, puede también, avergonzado... ¿o maravillado?

Ella tampoco había dejado de mirarlo; de mirar más allá de su brillante cabello rojizo, ojos profundos e increíble atractivo, hacia la única oportunidad que tenía de escapar con vida de aquella pesadilla.

—Owen —presentó la señora McCullough, más tranquila—, ella es Emile.

Un instante de silencio. Acto seguido, Owen dejó caer el cerdo con estrépito, provocándole un sobresalto a Hannah. El piso tembló con el impacto. Después, se adelantó hacia ella, hincó una rodilla y apoyó la frente en el dorso de su mano, la cual tomó con infinito cuidado. Una cadenilla de plata con un medallón del pentáculo invertido pendía de su cuello, la luz de la tarde le arrancó un destello. Hannah sintió un nudo en la garganta.

Más tarde —Hannah no sabría exactamente a qué hora, solo sabía que era de noche porque vio el cielo ya oscurecido a través de una ventana—, todos se reunieron en el comedor para la cena. Ella apenas daba crédito de que se percibiera en la estancia un ambiente de cotidianidad en aquel momento; quien los viera, a pie enjuto, no imaginaría que se trataba de una familia de psicópatas adoradores del Diablo.

Como fuera, no era la sensación inquietante que le proveía aquella falsa estampa de familia corriente lo que más llamaba su atención.

A su lado, Kenzie McCullough, alzando una ceja, había susurrado algo. Hannah, enfocada

en evitar topar su mirada con la del hijo de los McCullough al mismo tiempo que intentaba oír la conversación que sostenían su padre y el padre de Kenzie en ese momento, apenas la escuchó. Lo que creyó oír fue que no le prestara atención.

—¿A quién te refieres? —le preguntó en voz baja Hannah. Como si no lo supiera.

Kenzie ladeó la cabeza. Torció los labios.

—Owen —dijo—. No ha dejado de mirarte desde que entraste en el comedor. Discúlpalo. No todos los días nos visita una morena joven y tan bonita como tú.

Hannah fingió que no estaba al tanto de ello. Lo cierto era lo contrario. Había sentido, más que visto, que los ojos de Owen McCullough estaban fijos en ella, en efecto, desde que entró en el comedor. Ella había procurado evitar su mirada desde entonces. No quería recordar, al ver sus ojos, lo estúpida que había sido. Una estúpida, sí. Por pensar durante un segundo que Owen McCullough podría no saber que su familia pertenecía a una secta, que, además, había participado en el asesinato de inocentes y en su secuestro. Y, sobre todo, por creer que podría persuadirlo para huir de aquella pesadilla que, tal parecía, no hacía más que prolongarse.

Vio en la misma dirección que Kenzie solo para sustentar su afirmación. Esbozó una sonrisa cauta.

—Seguro esta noche va a cascársela mientras te imagina desnuda en su cama; es lo que ellos hacen, ¿no?, pensar en las formas más perversas de mancillar el cuerpo de una mujer preciosa como tú. O como yo —dijo Kenzie, entre repugnada y divertida, sin quitar la vista ceñuda a su hermano. Miró de nuevo a Hannah, que la veía con ojos como platos—. Depravados, eso son todos los hombres —añadió en voz baja.

Se echó a reír. El padre de Hannah y el de Kenzie miraron en su dirección, pero no interrumpieron su conversación o siquiera dieron muestra de haber oído las palabras de Kenzie. Hannah pensó que la chica debía estar loca. Loca como una cabra, como decía su madre. No había otra explicación, ¿cierto? Tampoco debía esforzarse por encontrar una, bien sabía que todos los que estaban sentados en la mesa del comedor (o en la cocina alistando la cena, en el caso de la señora McCullough) eran un montón de pirados asesinos.

—No le hagas caso. —Era Jena, que, sentada al otro extremo de la mesa frente a Hannah, veía a su hermana con evidente exasperación. Enarcó una ceja—. Como habrás notado, Em, Kenzie no está bien de la cabeza. Y tampoco mí querido hermano, sentado allá.

Lo saludó con la mano y una sonrisa agria; Owen ni se inmutó.

—¡Cierra la boca! —se quejó Kenzie.

—En cambio —siguió Jena, sin prestar atención a su hermana—, dime ¿qué tal ha estado tu siesta? ¿Has dormido bien?

Hannah no supo que responder.

—Supongo. —La verdad, se sentía de maravillas. Como no se había sentido, tenía la impresión, desde hace una o dos semanas. No había pegado el ojo más de unos pocos minutos seguidos (quince, siendo precisa) desde que los hombres de blanco los atacaron en el bosque a mitad de la noche. Sí, debió responder, había descansado más que bien. Sin embargo, aún no recordaba en qué momento, mientras tomaba el té con las mujeres McCullough, se había quedado dormida. Y esto la inquietaba por alguna razón—. En realidad, sí, descansé bien —dijo por fin y esbozó una sonrisa—. Me siento muy apenada por haber caído ante el sueño en medio de nuestra interesante plática, yo...

—No, no tienes nada de qué avergonzarte. Mamá, Kenzie y yo sabemos perfectamente que el viaje que han hecho tu padre y tú hasta aquí ha sido bastante largo, duro y cansino.

Era inevitable que pasara —añadió—. Y el té chino también hizo su parte.

Guiñó un ojo. Hannah sonrió sin forzarse.

—Aun así, lo siento. —«No te dejes engañar tan fácilmente —le advirtió una voz en sus adentros—. Sólo finge. Como todos. Como Nate. Como Owen, que seguro se valdrá de cualquier ocasión para acercarse a ti y, como hizo Chris Barney conmigo, forzarte donde nadie podrá verlos u escucharlos. No te fíes. Haz tu papel y sobrevivirás a esta pesadilla». Ojalá fuera tan fácil.

—Cuéntanos, Em, ¿qué año cursas en el instituto? —preguntó Kenzie.

—¡Kenzie! Mejor cierra la boca. Nuestra madre ha dicho que no hablemos del pasado de Emile. Aún le debe causar tristeza. Y los McCullough no queremos dar una primera mala impresión a nuestros visitantes... ni que sufran.

Hannah pensó en lo que diría Stacy: «¡Demasiado tarde, perra!»

—En realidad —dijo—, opino que me haría bien hablar al respecto. Para empezar a sanar y olvidar. Digo, si les interesa oír una historia no tan larga, pero puede que algo aburrida. —Echó un vistazo a Owen, que, tal como había esperado, la miraba con evidente interés; no se molestaba en disimular que estaba oyendo la conversación; era todo oído, como quien dice; incluso había cruzado los brazos ante su amplio pecho. Kenzie, más que solo entusiasmada, pareció a punto de subirse a la mesa para dar saltos de alegría. En cambio Jena, que en absoluto la engañaba, asintió con una actitud más moderada—. Pues bien, este verano he finalizado el último año de instituto... Mis amigos y yo...

Calló. Durante un segundo sintió que le faltaba el oxígeno y que sus ojos se anegaban de lágrimas, si bien hizo un auténtico esfuerzo por contenerlas. Vaya, por lo visto sería más difícil de lo que había creído. Suspiró hondo. Continuó. Mientras hablaba, no pudo evitar pensar en que la señora McCullough tenía jodida razón al referirse al sufrimiento que sobrellevaba revivir el pasado, sobre todo cuando este era todavía reciente, como una herida profunda que se rehusaba a cicatrizar. Habló de sus amigos. Evitó llamarlos por sus nombres verdaderos. Les contó a los McCullough sobre el viaje que hicieron a las costas de Oregón juntos el año pasado, el cual al final resultó ser el mejor de sus vidas. Y también sobre Black Wood, que resultó ser el peor.

Hannah sólo describió los buenos momentos que pasaron en aquel bosque maldito antes de que se convirtiera en una pesadilla, literalmente, de la noche a la mañana.

—Vaya.

Kenzie y Jena parecían tan maravilladas como impresionadas. Como si fuera algo extraordinario, una historia que solo se veía en las películas sobre el sueño adolescente americano. Hannah supuso, al ver sus caras, que las hermanas no habían tenido nada remotamente parecido, y sintió lástima por ellas al mismo tiempo que enfado consigo misma. Por haber arruinado aquella fantasía para seguir al fantasma de su padre, el único recuerdo que había atesorado. Y por haber involucrado a sus amigos. Stacy, Trey, Kent, Jordan... Cuánto lo sentía.

—Cuéntanos sobre Travis. Tu novio. Apuesto a que era majísimo —pidió Kenzie.

—¡Kenzie! —regañó Jena, aunque riendo.

En realidad, Kenzie se refería a Nate.

La pregunta pilló por sorpresa a Hannah, que abrió y cerró la boca un par de veces sin lograr decir nada.

Gracias a Dios, la señora McCullough apareció. La cena, que constaba de arroz con judías blancas y vegetales y cerdo asado en salsa de soja (cortesía de Owen), distrajo la atención

de todos en la mesa. Salvo Owen, que no había dejado de mirarla ni un segundo.

Hannah se estremeció.

—Huele realmente delicioso —alabó Kenzie—. Supongo que debo darle gracias a mi queridísimo hermano por proveernos estos sabrosos alimentos. Además, claro está, a mi madre, que estoy segura ha hecho un trabajo magnífico con la receta de la abuela.

—En efecto, Kenzie. —El padre de la chica, Dennis McCullough, alzó una copa con vino tinto antes de agregar—: Y no olvidemos darles gracias a nuestros invitados por honrar a la familia McCullough con su maravillosa visita. *¡Per gratiam satanas!*

—*¡Per gratiam satanas!* —repitieron al unísono los tres hermanos y la madre.

Hannah miró a su padre. Éste, sin más, asintió. De haber sido un padre ordinario entre anfitriones ordinarios en un contexto ordinario su respuesta, al menos en opinión de Hannah, tal vez hubiera sido decir que no tenían nada de qué agradecerles. Sin embargo, por lo visto, a su padre le satisfacía que su presencia fuera advertida como una especie de bendición, un verdadero gran honor. Pura mierda.

Como si hubiese oído sus pensamientos, su padre, que estaba a punto de servirse en su plato la comida que Mildred McCullough acababa de disponer en el centro de la mesa, paró y desvió la mirada hacia ella como en cámara lenta.

Esta vez Hannah no rehuyó de sus insondables ojos, oh, no.

—Por la gracia de Satanás.

Hannah apartó la vista de su padre. Fijó a Jena, que se servía arroz con los ojos puestos en la faena.

Un silencio parcial había caído en el comedor en tanto los presentes se servían.

—¿Qué? —preguntó Hannah.

—Por la gracia de Satanás —repitió Jena, al finalizar—. Eso quiere decir, en latín, *per gratiam satanas*.

Hannah permaneció absorta un instante. Al cabo, dijo:

—Ya.

Jena y Kenzie rieron al cruzar una mirada cómplice entre ellas.

—Como ven, Emile tiene mucho que aprender sobre las costumbres del culto —apuntó el padre de Hannah, que había reanudado lo que estaba a punto de hacer antes de mirarla: servirse comida. La manera en la que movía sus manos era grácil, diestra, con despreocupación, como debía ser lo propio de un asesino a sangre fría—. Entre ello, nuestras oraciones en latín. Quizá, Emile, Jena te pueda enseñar cuando los McCullough se reúnan de nuevo con nosotros en unos meses.

—Para mí sería un honor —indicó Jena. Al parecer lo decía sinceramente.

—¿Reunirnos de nuevo? —preguntó Hannah sin medir su tono crispado que rayaba, sin ella darse cuenta, en la desesperación—. ¿Por qué? —«Y más importante: ¿*Dónde?*», quiso decir, pero se abstuvo en el último momento. Ya conocía la respuesta de su padre a esta cuestión.

—Por los ritos de iniciación —dijo Kenzie. Y se metía un trozo de cerdo a la boca antes de que sus hermanos y su madre la agujonearan con la mirada sin que ella lo notase.

—¡Cierra tu maldita boca, Kenzie! O haré que Owen te dé unos azotes —gruñó el señor McCullough, rojo como un tomate. Estaba furioso. Y, si Hannah no se equivocaba, también asustado. Quizá porque a su hija se le había ido la lengua y el Sumo Sacerdote podía tomar represalias contra ella. No obstante, Carlton Perkins pinchaba en aquel momento un trozo de cerdo con el tenedor como si fuera ajeno a la conversación. Este comportamiento era

aún más inquietante—. Ella desconoce nuestras prácticas... y no conviene que seas tú, mucho menos en este preciso instante, quien la ponga al corriente.

Kenzie, que a la sazón debía tener catorce o quince años, fue reducida a una niña de nueve. Parecía asustada. De la chica desquiciada y vivaz no quedaba rastro. Hannah sintió pena por ella... Al menos hasta que, por debajo de cuerda, le guiñó un ojo.

Empezaron a comer en silencio. Hannah no tenía hambre, pero, por alguna razón que ella misma no era capaz de admitir en su fuero interno, no se atrevía a relegar la comida. A regañadientes, se sirvió en su plato.

—Y bien —rompió el hielo Mildred McCullough en tanto se llenaba de nuevo una copa de vino—. ¿De qué estaban hablando antes de que yo entrara con la comida? Kenzie parecía bastante interesada, y eso no se ve todos los días. —Enarcó una ceja.

Jena bufó una carcajada.

—De Travis —contestó, para entera sorpresa de Hannah, Owen McCullough.

—¿Quién es Travis? —inquirió la madre de éste.

—El novio de Emile. El sujeto que la desvirgó.

Boquiabierta, Hannah soltó el tenedor, que repicó contra su plato.

—¡Owen! —exclamaron los señores McCullough al unísono.

—Oh, vamos, ella no se atreverá a negarlo, ¿o sí? —dijo Owen.

Sobrevino un largo silencio.

Hannah sintió que le picaban los ojos. Los apretó. Evocó la expresión de horror de Nate, junto al arroyo, cuando le cuestionó si su padre sabía que le había quitado la virginidad. Ella había tenido la impresión de que el temor de su exnovio era más que *solo* auténtico. Como si eso pudiera causarle la muerte, pensó.

Abrió los ojos. Fulminó a Owen.

—Miente —se oyó decir Hannah—. Nunca dije que me quitó la virginidad.

—Tampoco lo has negado.

—Lo estoy haciendo ahora.

—Ya no importa. Nosotros sabemos la verdad. Lo hemos comprobado. Por eso estás aquí.

«¿De qué mierda está hablando? —Hannah miró a su padre como si hubiera formulado la pregunta en voz alta y esperase su respuesta. Carlton Perkins, por primera vez desde hace días, no dio muestras de leer su mente. A lo mejor porque no hacía falta. Con su mirada bastaba—. ¿Qué me han hecho?» No tenía ninguna duda de que habían actuado de algún modo sin su consentimiento, a sus espaldas, vulnerando sus defensas. El tiempo pareció ralentizarse.

«Lo sabrás cuando lleguemos. Sé paciente», había dicho su padre.

Y Jena: «Dime, ¿qué tal ha estado tu siesta? ¿Has dormido bien?»

Hannah se levantó de golpe. La silla se volcó hacia atrás. El corazón le martillaba el pecho. En torno, un barullo de voces del que apenas era consciente.

«El té —pensó, absorta—. Ha sido el té. —Miró alrededor. A los señores McCullough y sus hijos. A su maldito padre. Cerró los ojos—. Esto es una pesadilla. Sí, una pesadilla. Y estoy a punto de despertar».

Cuando los abrió, allí seguía.

Después de la cena, Hannah subió a la habitación que habían preparado para ella en la

tercera planta de la casa, la cual, a juzgar por el techo inclinado y el enjuto espacio, debió haber sido un desván en otros tiempos. Paredes grises, piso de madera rechinante, un lecho estrecho, una mesita de noche y una cómoda a juego, componían lo que ella llamaría con acierto el «improvisado dormitorio de visitas».

Ah, y una ventana cuadrada con vista al extenso terreno plano y solitario que rodeaba la morada de los McCullough.

Se arrojó a la cama. En cuanto postró su rostro en la finísima almohada cedió a las lágrimas con la misma facilidad con la que uno, sin darse cuenta, soltaba una profunda exhalación. No sabía que estaba conteniéndolas (o desde cuánto tiempo llevaba haciéndolo, si en éstas estamos) hasta ese momento. No le sorprendía. Tampoco, en cambio, el hecho de que hubiera podido aguantar el impulso de echarse a llorar mientras miraba a todos sentados en la mesa, absortos en una discusión ininteligible, tras conocer el verdadero motivo por el que ella y su padre estaban de visita en aquel maldito lugar. Estaba furiosa. Y asqueada.

Mientras cesaban las lágrimas, al cabo de unos minutos interminables, no pudo evitar imaginarse a sí misma inconsciente, a Owen llevándola en sus brazos hasta la habitación de sus padres seguido por una escalofriante procesión compuesta por los señores McCullough, las hermanas Jena y Kenzie, y Carlton Perkins. Luego, en el dormitorio, y tendida en la cama matrimonial, la tía Dee, tal vez con las manos enfundadas en látex o tal vez no (una de las razones, sin duda, por las que se sentía furiosa y asqueada al mismo tiempo y en la misma medida), procediendo a quitarle los pantalones, abriéndoles las piernas y haciendo la debida revisión con una frialdad imposible ante la vista atenta de todos los presentes (otra razón por la que sentirse furiosa y asqueada). Y, por último, la tía Dee negando con la cabeza.

¿Qué habría pensado su padre cuando supo que su querida hija, por la que había hecho toda una siniestra pantomima para tenerla a su lado, había sido desvirgada hace tan solo unos días? ¿Su pensamiento lo habría remitido directamente a Nate? ¿Atentaría contra Nate por haber quitado a su hija su preciado himen? ¿Por qué era tan importante la virginidad? ¿Tenía esto algo que ver con los «ritos de iniciación» que mencionó Kenzie en la cena? ¿Qué ocurriría después de...?

Se quedó dormida mientras aquellas cuestiones sin respuestas, entre otras, bullían en su cabeza.

Soñó que corría por un bosque a oscuras (*¿Black Wood?*) en tanto oía los bramidos de una bestia (*¿Oso?*) a sus espaldas casi con la misma claridad con la que escuchaba aquella voz (*¿Nate?*) en su cabeza instándola a que corriera por su vida. Y, en efecto, corrió. Le faltaba el aliento, pero se negó a parar. Aquel oso enfurecido era, paradójicamente, el menor de sus problemas. Sabía por alguna razón que su padre, que no era el mismo que recordaba del pasado sino alguien perverso que dirigía una secta de hombres y mujeres de blanco, iba tras ella. La perseguía.

De pronto, una silueta más negra que la noche emergió detrás de uno de los árboles a menos de un metro de distancia. Ella apenas tuvo tiempo de detenerse. Impactaron. Acto seguido, unos brazos la ciñeron a la altura de los antebrazos. Hannah gritó, luchó, se debatió hasta el cansancio. Mientras unas manos le acariciaban el pelo con infinita ternura, una voz susurró en su oído. «Tranquila, Hannah. Todo va a estar bien».

Ella lo reconoció de inmediato. O eso creyó.

—*¿Nate?* —dijo, apartándose.

—No, Hannah. Soy yo, tu padre...

Y despertó.

Tenía la respiración agitada, el pelo apelmazado en la frente con sudor, y su corazón latía a diez mil por hora, como si la pesadilla se hubiese injertado a la realidad o hubiera hecho aquella carrera por el bosque mientras dormía. Respiró pausadamente. Intentó decirse que sólo había sido un mal sueño, uno que había terminado; que la siguiente vez que cerrara los ojos solo habría oscuridad y nada más; que se tranquilizara, porque todo iba a estar bien. No funcionó.

De nuevo sintió ganas de echarse a llorar contra la almohada. Tomó aire.

Cerró los ojos.

—Siéntate, Emile —había dicho su padre, y ella parpadeó y lo miró de hito a hito con desconcierto, como si no hubiera reconocido su propio nombre. Lo cual era cierto. Ahora se llamaba Emile Haynie. No debía olvidarlo. La voz de su padre, templada pero severa, tenía un tono de amenaza, que tanto ella como los McCullough percibieron con cierta tensión. El silencio era absoluto. Hannah se sentó. Su padre continuó—: Pensaba revelarte el motivo de nuestra visita aquí una vez hubiéramos zanjado el asunto y retomáramos nuestro trayecto a casa. Gracias a Owen no será necesario...

Miró al aludido sin traslucir ninguna emoción. Lo cual, si cabe, era más aterrador.

—Por favor, señor, discúlpelo —rogó la tía Dee, aunque por su tono daba la impresión de estar conteniendo su verdadera desesperación—. No ha sido su intención hacerlo. Para nada. ¿Verdad, Owen?

Owen bajó la cabeza con una sola inclinación. Calló.

—Lo hecho, hecho está. —Carlton Perkins volvió a poner sus ojos en su hija y esbozó una levísima sonrisa—. Se suponía que debías saberlo durante los ritos de iniciación; debías ceder tu virginidad a uno de nuestros *hermanos* de la congregación como parte de tu iniciación, para probar tu compromiso con el culto, tal y como en su momento lo hicieron Jena y Kenzie.

Hannah no pudo evitar mirar por el rabillo del ojo a las hermanas.

—Tenía mis dudas sobre Nathaniel —continuó su padre—. Juró, días antes de que todo empezara, que no habían retozado, que tu virginidad seguía intacta... principalmente porque así tú lo habías decidido.

—¿Nathaniel? —inquirió el señor McCullough, absorto—. ¿Te refieres al hijo de David y Harriet?

—Sí. Travis, el sujeto que la desvirgó, en realidad es Nathaniel Sinclair.

Jena y Kenzie dejaron escapar un suspiro de asombro.

—En fin. —El padre de Hannah volvió a tomar los cubiertos; cortó un trozo de cerdo, se lo llevó a la boca y, con una naturalidad algo perturbadora, agregó—: No se puede deshacer lo que está hecho. Nate no puede restaurar la virginidad de mi hija, pero confío en que Harriet y David sabrán cómo redimirse ante la nefasta acción de su hijo. Además, estoy seguro de que ustedes, los McCullough, guardarán discreción sobre este delicado asunto, ¿verdad?

Hannah no llegó a oír la respuesta de los McCullough. No hacía falta. En cuanto a ella, después de las últimas declaraciones de su padre se refugió en un rincón de su mente, ajena al entorno, pensando en lo que Nate había hecho. En lo que había dicho: «El amor no era un sentimiento que hubiera experimentado antes, pero supongo que esa sensación que despertaste en mí semanas después de que empezáramos nuestra relación debe serlo».

Abrió los ojos.

Un minuto después, había salido de la cama y se hallaba junto a la ventana. Estaba descalza, pero, por extraño que lo considerase, el frío suelo resultaba confortante bajo sus pies. Ceñida entre sus brazos, contempló la noche. El cielo negro petróleo estaba salpicado de estrellas. Reconoció a la Osa Mayor, y eso la hizo sonreír como una tonta. En el fondo era una tonta, no hacía falta que nadie se lo dijera; una tonta por haber confiado en Nate; una tonta por haber mentido y arrastrado a sus amigos a su maldita pesadilla; una tonta por haber perseguido aquel estúpido recuerdo de su padre de la primera (y también la última) vez que estuvieron en Black Wood. Una tonta sin remedio. Egoísta. Mentirosa. Traidora. Etc., etc. No había nada que ella pudiera hacer para cambiarlo. Nada en absoluto. «No se puede deshacer lo que está hecho», había dicho su padre, y era una de las pocas cosas (quizá la única) en la que podía concederle la razón.

Suspiró. Bajó la mirada. Frunció el ceño. Le llamó la atención que el granero, a unos pocos metros de la casa, tuviera las luces encendidas. Pensó que tal vez su padre y los señores McCullough estarían tramando algo, como sacrificar a un animal para beber su sangre, o cosas por el estilo propias de la secta. Tanto daba. Lo mejor que podía hacer sería volver a la cama e intentar conciliar el sueño, se dijo, ya tenía suficiente con lo acontecido durante la cena.

(Y lo que estaba por venir.)

Entonces escuchó una puerta que se abría y se cerraba. También risas.

Un segundo después vislumbró a Jena y Kenzie corriendo hacia el granero tomadas de las manos. Parecían contentas y despreocupadas como un par de niñas cometiendo alguna travesura (lo que no estaba tan lejos de la realidad), susurrándose una a otra que debían guardar silencio. Finalmente, las hermanas entraron al granero y cerraron la puerta. Esta era de madera y, dado que Jena tuvo que usar ambas manos, también pesada. El silencio retornó. Hannah sintió escalofrío. Se rodeó con sus brazos, tiritó, en tanto miraba el granero como si estuviera a la espera de que algo raro o increíble sucediera. Lo hizo durante varios minutos (no sabría decir cuántos; ¿cinco minutos, diez, una eternidad?) pese a que el frío se volvió inclemente en ese corto periodo.

Al cabo se dio por vencida.

Hacía conato de volverse a su cama cuando lo vio aparecer y, en silencio, dirigirse al granero sin aquel aire furtivo que acompañó a las hermanas. Llevaba una pesada manta sobre los hombros que apenas se mecía con el soplo de la brisa nocturna. Avanzaba a paso seguro como si no temiera que alguien pudiera escucharlo mientras las suelas de sus zapatos aporreaban el sendero de pedruscos que conducía hasta el granero desde la casa. Le dio la espalda en todo momento. Hannah pudo reconocerlo a pesar de eso, y se preguntó, mientras regresaba a la cama, qué retorcida razón podía motivar aquel encuentro a mitad de la noche.

La respuesta la haría estremecer.



CAPÍTULO 7

«Parte de mí confía en que recordar los hechos ocurridos hace más de un año en Nevada, será importante para entender ciertos acontecimientos a futuro. Al menos eso espero».

**GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 17 DE FEBRERO.
Dos semanas antes de la aparición de Hannah Perkins.**

Paul —si bien por entonces no sabíamos aún quién conducía la Chevy, no tardaríamos en hacerlo— nos llevaba un día y medio de ventaja después de nuestro breve paso por Idaho. Ya estaba plácidamente instalado en el Holiday Inn, hotel dos estrellas de Carson City, cuando Margaret y yo llegamos a la ubicación que, con acierto, nos había provisto la gente de Yates. Entonces fingíamos ser una pareja de recién casados que estaba en su luna de miel: un recorrido de norte a sur por el país.

Paul, en cambio, se hacía pasar por un agente inmobiliario en un viaje de negocios y, cómo no, de placer. Sí, claro, pensé yo. Como si aquel rostro pudiera pasar por el de un pícaro agente de bienes raíces y no por el de un policía corrupto, cómplice de la secta satánica que cometía los asesinatos más brutales que uno pudiera imaginar, y quién sabe cuántas cosas más. Yo estaba equivocado al dudar de la capacidad de escamoteo de Paul Wettington. Hizo un trabajo estupendo para que nadie pensara lo contrario: se tiñó el pelo negro de rubio cobrizo, incluso el bigote; usó prótesis de goma para dar un aspecto más torcido a su nariz (como si hubiera recibido un rechazo o algo parecido), y también en la barbilla, que parecía más alargada de lo que yo recordaba a la sazón. Lentes de contacto marrones claros ocultaban sus perversos ojos azules.

Tardé un minuto en reconocerlo en la alberca techada del hotel.

En aquel momento, Paul estaba acostado en una tumbona con un libro abierto en el regazo. Parecía la Biblia (sí, claro, la Biblia Satánica) dado el grosor del volumen. Miraba sin pudor a la madre de unos gemelos de cinco o seis años que corrían uno tras otro como diablillos en torno de la alberca. A la mujer, que probablemente estaba en sus veinte y lucía un fabuloso bikini entero color esmeralda que dejaba poco a la imaginación en el área del escote, no parecía importarle atraer la atención de aquel extraño sujeto; todo lo contrario, ella, desesperada por echar un polvo decente desde el nacimiento de los gemelos, le miraba y devolvía la sonrisa por lo bajo.

El bar y restaurante del hotel quedaban en la planta baja y tenían vista a la alberca. Desde allí, yo observaba detrás de una ventana con cortina de laminillas plegables. Me sentí un poco *voyerista* al advertir aquel ávido cruce de miradas entre Paul y la joven madre, aunque no estuviesen desnudos. Si pudieran desnudarse con la mirada..., pensé, y dejé la frase en el aire. En ese momento uno de los gemelos cayó a la piscina. La madre, de súbito, se levantó de la tumbona y se aproximó mientras pedía auxilio a voz en grito. Miré a Paul, que se había limitado a enderezar la espalda y el cuello, observando sin mucho interés. Me pregunté que estaría pasando por su cabeza en ese instante. ¿Disfrutaba de ver cómo se ahogaba aquel pequeño? ¿Estaba considerando saltar a la alberga y salvarlo, aunque el agua lavara su prodigioso maquillaje? Pensé: «Vamos, Paul, ¡sálvalo y después cógete a su madre! Ella ni siquiera se dará cuenta que has perdido la nariz».

Al instante, dejé de hacerlo. Una voz en mi cabeza dijo: «Quizá tú deberías hacerlo. ¡Salva al chico! ¡Cógete a su madre después, pero sálvalo!».

Entonces un hombre (más tarde sabría que era el padre del niño) irrumpió como alma que lleva el diablo y, sin pensarlo, saltó a la alberca. Sacó al chico. Lo abrazó en la superficie antes de entregárselo a su madre. Paul no movió ni un dedo. (Un mes antes aquel hombre aún era representante de la ley. Al menos en apariencia.) Herví de furia. Apreté los puños. Aquel traidor de mierda era el monstruo desalmado que siempre creí que era. Y esto me enfurecía y afligía al mismo tiempo. Durante unos días, por designio de Wiklund, Paul había sido mi maldito *compañero de juegos*.

Furioso, me dispuse a salir de mi resguardo y enfrentar de una vez por todas al hijo de perra. Lo más probable era que uno de nosotros acabara flotando boca abajo en la alberca.

Me aparté de la ventana.

—No —dijo Margaret en voz baja. Había estado a mi lado este tiempo, mirándolo todo, pensando que aquel hombre sabía dónde estaba su hija y que no perdería la ocasión de interrogarlo—. Sé paciente, mantén la calma. Debemos apegarnos al plan.

«El plan, y una mierda», quise decir, en tanto imaginaba que salía de nuestro escondite y, un momento después, sumergía la cabeza de Paul en la piscina mientras este se batía con movimientos espasmódicos cada vez más sosegados. Cerré los ojos un instante y respiré profundo.

Asentí.

Al día siguiente, Paul, vistiendo una camisa holgada con estampado floral y lentes oscuros, dejó el hotel para ir a la ciudad. Me sorprendió el hecho de que se tomara la molestia de avisarle a la recepcionista su ubicación casi tanto como su colorido atuendo. La única razón por la que Margaret y yo todavía no habíamos irrumpido en la habitación de Paul con la caballería detrás, eran los Feeney, o como quiera que se llamasen. Paul podría estar esperando que ellos aparecieran, con elaborados disfraces tales como el suyo para pasar desapercibidos.

Temí por un instante que Paul se hubiera ido al descubrir que estábamos alojados en el hotel. Sin embargo, pensándolo bien, no llevaba consigo su equipaje. Daba igual; podía tener otra provisión de ropa y dinero y varias identificaciones falsas en la camioneta que conducía. Lo seguí de cerca con el Audi que había alquilado el día anterior ya que Paul bien podría reconocer el Prius de Margaret. Mejor no tentar a la suerte. Pero ¿acaso no era eso lo que estaba haciendo siguiéndolo de ida y vuelta hasta Carson City? ¿Acaso no habíamos tentado a la suerte cuando emprendimos esta persecución? Corríamos riesgos. La suerte podía abandonarnos de la misma forma en que nos había acompañado hasta ese instante y lugar. La suerte era una perra. Más valía no tentarla.

Y tampoco a Paul.

En Carson City no hizo mucho. Visitó un centro comercial, una farmacia, un Barnes & Nobles (no sabía que Paul tuviera una vena lectora del mismo modo que hasta hace unos meses tampoco sabía de su vena asesina), y, por último, el restaurante Applebee's, donde mantuvo un extraño encuentro con un sujeto de color que no paraba de reírse a mandíbula suelta de lo que sea que le dijera Paul. Fingía. Y terrible. Como viejos amigos se hartaron con tacos de pechuga Wonton, salsa de barbacoa y aros de cebolla, bebieron margaritas y gin-tonics, sin dejar de reír y platicar. ¿Acaso ellos sabían que alguien los estaba mirando? ¿Acaso sabían que ese alguien era yo? No, imposible.

La voz en mi cabeza: «No, no imposible, Jeff. Wettington es un astuto hijo de perra como

el que más, y eso bien lo sabes. Sin embargo, puede que esta vez tengas razón. Mira».

Y miré. Paul y el sujeto miraban a los lados con disimulo para asegurarse de que no había muros en la costa. Nadie que no estuviera en mi ángulo y distancia habría podido ver como el sujeto risueño le pasaba a Paul un sobre amarillo, que sacó de su maletín de cuero falso, bajo la mesa. Nadie. Pero la suerte me acompañaba ese día.

Tras el velado traspaso, Paul pagó la cuenta y, sin una sonrisa o palabra más, ambos tomaron rumbos opuestos como dos desconocidos.

Esta vez no seguí a Paul.

Cerca de dos horas y media después, regresé al hotel. Paré en la recepción para comprobar si Paul también había vuelto —lo cual hizo hace más de dos horas— antes de encaminarme a mi habitación tomando las escaleras para empleados, una vez más para no tentar a la suerte. Margaret no estaba allí; dejó una nota sobre la mesita de noche que había entre las camas en la que, sin más, ponía que había ido a por hielo a la máquina dispensadora (este era un mensaje en clave para decir que había tomado el turno de vigilar a Paul). La dejé en el mismo lugar después de leerla.

Estaba agotado. Me dejé caer en la cama con los brazos expelidos a los lados, profiriendo una amplia espiración. No había vuelto a dormir más de ocho horas seguidas desde que emprendimos esta cacería. Me resultaba difícil bajar la guardia. Preocupaciones absurdas sobrevolaban mi cabeza. No podía acallarlas aun diciéndome lo absurdas que eran, pues, creía yo, en el fondo sabía que no eran del todo absurdas. Corríamos verdadero peligro. ¿Y por qué? ¿Quién demonios podía asegurarnos que obtendríamos las respuestas que buscábamos al fin y al cabo? ¿Qué pasaría si, al obtener dichas respuestas, estas no fueran las que esperábamos? ¿Habría valido la pena?

Sentí una vibración en mi bolsillo. ¡Margaret! Por un brevísimo instante temí lo peor; temí que Paul la hubiera descubierto y le hubiera echado las manos encima y que en ese momento me estuviera llamando desde el móvil de Margaret para proferir una amenaza. Me erguí de golpe. Saqué el teléfono de mi bolsillo.

¿Yates?, pensé al ver el nombre en la pantalla. El corazón me aporreaba el pecho. Hace días que había dejado de esperar su llamada en torno al caso de los Mahoney.

Contesté.

—Jeff —habló Peter. Su voz parecía venir de la costa este de Norteamérica. Se oía tan distante que resultó difícil deducir las palabras tras mi nombre. Porque ciertamente dijo algo después, algo sobre una profesora de literatura. Lo único entendí sin mayor esfuerzo fueron las dos palabras con las que cerró su ininteligible discurso—: Tenías razón.

—¿Sobre qué?

Una pausa.

—¿Acaso no me has oído? ¿Dónde estás?

—En Nevada. Ya sabes.

—Oh.

—¿Sobre qué tenía razón?

—Sobre Sheila Dearbone. La profesora de literatura de Cathy. La policía de Caldwell no tenía ningún motivo para considerarla sospechosa, ninguno; pasó por alto a Dearbone durante la investigación tras la desaparición de la chica Mahoney. Para ellos Dearbone solo era su profesora favorita. Nada más. Nada sobre ella llamó su atención. Y, como dijiste, solo

hay dos razones por las que un adolescente tendría una inclinación por un profesor de secundaria: auténtico interés por la asignatura más allá de quien la imparte, o un enamoramiento... Y para alguien que siente predilección por su profesora de literatura, Cathy no era aficionada a la lectura. Tú lo comprobaste al entrar en su habitación. No había en ella ningún volumen de Jane Austen, F. Scott Fitzgerald, o siquiera J. K. Rowling. Según informes oficiales, en su casillero hallaron una copia de *Lolita*. Por supuesto, este detalle no lo sabías entonces.

—No —dije—. Continúa.

—¿Sabías que Dearbone ya no da clases en el instituto donde estudió Cathy? Ni en ningún otro del estado.

Me contuve de decir que no y que, de hecho, en la reunión con los Mahoney, la señorita Dearbone me había comentado que preveía dejar de enseñar. Me mostré sorprendido, y ella rio, afirmando que se sentía alagada. Dearbone no parecía superar los treinta y cinco, es decir, para alguien que enseñaba por vocación aún era demasiado pronto para retirarse, ¿no? Salvo que este no fuera su caso.

—Jeff, ¿estás ahí?

—Sí.

—Pues bien. A Dearbone la despidieron hace un año por conducta impropia con un estudiante. Un chico de dieciséis años. La madre de este hizo la denuncia. Sheila aceptó un trato para declararse culpable si se mantenía discreción sobre el caso. Su sentencia fue seis meses de cárcel y hacer servicio comunitario.

—¿Un chico, dijiste?

—Sí. Sheila Dearbone no tiene preferencias, solo que sean jóvenes. Aquel chico no fue el único incidente en el que estuvo involucrada Dearbone. Hubo un par de casos en Boise, esta vez con chicas, que supongo tuvieron que ver con que se mudara al poco tiempo a Caldwell. Una estudiante halló a la señorita Dearbone y a una chica del equipo de soccer femenino en las duchas. No dijo que estuvieran echando un polvo ni nada por el estilo, pero le pareció sospechoso el tono en el que hablaban, casi tan cerca la una de la otra para un beso. Esto fue reportado a las autoridades del instituto, pero tanto Sheila como la joven con quien fue vista lo negaron (como quien dice, fue su palabra contra la de la otra estudiante que juró haberlo visto con sus propios ojos). Antes de que los rumores se extendieran, Sheila renunció.

—Podría decirse que fue una decisión sensata.

—Sí.

—Supongo que Dearbone no está casada.

—No. Lo estuvo. Se divorció hace siete años. Fue mutuo acuerdo. Tampoco tiene hijos.

—Menos mal —dijo, y Yates se mostró de acuerdo bufando una sonrisa—. ¿Dónde está ahora? Dearbone —pregunté.

Sobrevino un largo silencio. Supe que nada bueno estaba por venir, y con justa razón. Al cabo, Yates respondió:

—Huyó.

Otro silencio.

—¿A qué te refieres? —me oí preguntar.

—Que huyó. Después de que les presentará mi informe a los señores Mahoney, y el señor Mahoney fuera con la policía, Bettina, la madre de Cathy, se presentó en el apartamento de Sheila Dearbone. La acusó de la muerte de su hija. La amenazó con que la

policía estaba en camino y que pasaría toda su vida en prisión. Discutieron. En algún momento Sheila tomó una vasija y se la rompió en la cabeza a la señora Mahoney, que perdió el conocimiento. Cuando despertó, Sheila ya se había ido.

—Vaya.

No supe qué más decir. Y, por lo visto, Peter tampoco. Guardamos silencio. Pasado un minuto, o casi, Yates se despidió, no sin antes decirme que el dinero que aseguró el señor Mahoney ya estaba depositado en la cuenta de su empresa; me pidió que le enviara mi número de cuenta por *whatsapp*; que mañana me haría un depósito por diez mil dólares, y eso fue todo.

Durante horas, no paré de pensar en lo que podía contener el sobre que recibió Paul esa tarde. Ahora que el asunto con los Mahoney había sido propiamente zanjado, podía enfocar mis pensamientos en descubrir lo que Wethington estaba tramando.

Así pues, allí estaba yo, tendido en la cama con las manos tras la cabeza, solo en la habitación, dándole vueltas al asunto. El hombre con el que Wethington se había reunido durante el almuerzo se llamaba Barry Hapstall, un contador que, según mis breves indagaciones, pertenecía a una de las familias más respetables de la clase media alta de Carson City, y quienes, además, tenían una reputación íntegra. Lo mismo que los Wethington antes de que se revelaran sus vínculos con la secta satánica, me dije.

¿Sería posible que Hapstall también hiciera parte de la secta satánica? ¿Por qué no? Después de todo Nevada estaba dentro del territorio en el que se estimaba habían acontecido varios de los siniestros ataques de los psicópatas de blanco. Barry Hapstall bien podía ser uno de ellos. Pero, si este fuera el caso, ¿qué pudo haberle dado a Wethington en aquel sobre? ¿Una nueva identidad, dinero, un mensaje de la maldita secta..., todas las anteriores? Deseé haber tenido algo más de tiempo para descubrir en qué otros velados asuntos estaba metido el contador. Nada bueno, podías apostar. Mientras escarbaba sobre Barry Hapstall con el ordenador conectado a la red wifi de la cafetería cruzando la calle frente al complejo de oficinas en el centro, donde Hapstall tenía su despacho —con una humosa taza de café cargado, sin azúcar, además—, me pregunté si debía decirle algo de esto a Margaret. Es decir, no planeaba ocultárselo ni nada por el estilo, pero quizá debía esperar un poco en tanto descubría qué le había provisto el contador a Paul esa tarde. Sí, esperararía.

Suspiré, tendido a mi largo en la cama del hotel. No había podido tomar un respiro en semanas o tal era la impresión que tenía. Aparté de mi mente aquel maldito sobre, a Paul, a Barry Hapstall, a los Mahoney y los diez mil dólares que mañana tendría en mi cuenta, y a Margaret, y cerré los ojos.

Segundos después —no sabría decir cuántos—, los abrí.

Margaret volvía por fin a la habitación después de algunas horas buscando hielo en la máquina dispensadora. Me senté en la cama. Esperé que se sosegara y se quitara del bléiser, los lentes de sol, y dejara caer su espesa cabellera en los hombros. La miré todo el tiempo embelesado. Volví en mis trece justo antes de que ella me enfocara, echara una mirada con el ceño fruncido y me preguntara qué sucedía. Lo cual, en resumen, podría causar que me distrajera y terminara contándolo sobre el sobre amarillo que recibió ese día Paul, en vez de decirle la buena noticia que me había dado Yates, hace unas horas. Me pasé la mano por la cara y el pelo en parte para quitar los restos del sueño que apenas duró unos segundos, en parte para ocultar el apocamiento que tenía mis mejillas. Y se lo dije.

Ella, como cabía esperar, se alegró sobremanera. Su rostro se iluminó como una

lamparilla de noche cuando le conté sobre la resolución del caso de los Mahoney, según Yates en la llamada. No había visto aquel brillo en sus ojos en los pocos días que llevábamos viajando juntos, ni mucho menos en el tiempo que nos conocíamos. Ella parecía querer dar saltos en un pie, como dice la gente; me animó a que pidiéramos servicio a la habitación y todo. «Esto hay que celebrarlo», me dijo, y minutos más tarde tocaron la puerta. Un botones bajo y rollizo entró tirando un carrito metálico donde trasladaba nuestra cena de celebración: bistec sazonado con salsa barbacoa y especias, puré de patatas, cuencos de pan y ensalada de verduras. Ah, y dos botellas de vino.

Quise decirle que no bebía (no desde que ambos iniciáramos esa misión, o como quisieras llamarle; aunque, siendo más específico, no desde aquella llamada de medianoche), pero me abstuve.

Bebimos. Comimos. Y reímos. No en este orden. En ningún orden. Reímos mientras comíamos y bebíamos, y bebimos mientras hacíamos las anteriores. También conversamos. No recordaba haber tenido una conversación como esa —tan espontánea, sincera, sin abstenciones, algo que se me daba condenadamente bien— en mucho tiempo. Desde Lauren. Lauren y mi hermana, Jessica, eran las únicas personas en toda mi vida con las que me había abierto emocionalmente. Y, bueno, el jefe. Linus Wiklund me acompañó en mis momentos más oscuros, eso nunca lo olvidaría. Pero si hubiera tenido opción, creo que jamás le habría mostrado qué tan bajo podía caer yo llevado por la pérdida. No era que no confiara en el jefe Wiklund, todo lo contrario; mi admiración, sin embargo, superaba toda confianza que pudiera haber entre nosotros. No hubiera permitido que alguien a quien admiraba tanto me viera de la forma que lo hizo el jefe si hubiese podido evitarlo. En contraste, Lauren y Jessica (y ahora Margaret) inspiraban en mí mucho más que solo admiración, una confusa mezcla de sentimientos que yo mismo no podría definir. Y que hace mucho tiempo había dejado de sentir. Desde que terminó la universidad, Jessica vivía en otro estado, donde se había casado y formado una familia, con las preocupaciones que eso conllevaba. Y Lauren estaba muerta.

Y allí estaba Margaret.

Lo único que tenían en común Margaret, Lauren y Jessica, y quizá la razón por la que me sentía libre de ser yo mismo con ellas, era que en algún punto de sus vidas las tres fueron causas perdidas. Como yo. Lauren presencié cómo estrangulaban a su hermana gemela, mientras la violaban. Jessica fue violada por nuestro tío cuando ella estaba entre los nueve y doce años, motivo por el cual nuestro padre sufrió un ataque cardíaco, nuestra madre se suicidó y Jess cayó en las drogas; si la pequeña Jessica no hubiera terciado mientras el abuso ocurría, como buena hermana mayor que era, el tío Jeffrey (a quien todos llamaban «El buen Jeffrey») también me habría puesto las manos encima.

Y, por último, Margaret. Una madre desesperada por hallar a su hija que pasaba un agudo estado de negación que rozaba la locura.

Le conté mi vida a grandes rasgos. Sin entrar en detalles salvo cuando ella quería saber cómo me sentía yo al respecto, lo cual sólo sucedió una vez en la breve, aunque entristecida, narración del suicidio de mi madre al cortarse las venas y desangrarse en la misma bañera en la que, de pequeños, nos cantaba a Jess y a mí durante el baño. En mi fuero interno le agradecí.

Como dije, hace ya algún tiempo que yo no me mostraba de esa forma, tal cual era y sin cohibir mis emociones, mis pensamientos. Bueno, no todos. Omití contarle adrede detalles de mi agitada relación con Lauren, una herida que aún cicatrizaba. Las lágrimas estuvieron

a flor de piel. Puede que hubiera llorado un poco mientras hablaba sobre lo que significó para mí la pérdida de Lauren. Por ello culpo al vino. Y también a Margaret Wiklund.

Sufría lagunas mentales. A menudo cuando bebía lo suficiente para perder el conocimiento (como bien podía revalidar el jefe Wiklund tras la muerte de Lauren). Empero, había ocasiones poco usuales —sobre todo después de pasar una temporada sobrio— en las que las sobrellevaba. Eran, básicamente, como fragmentos destellantes de memorias que flotaban sin más en el vacío oscuro e insondable de mi subconsciente. Lo siguiente que recuerdo tras la tercera botella de vino —la cual pedimos junto a otras dos al servicio a la habitación—, era Margaret sobre mi regazo, mientras lo hacíamos en mi cama, su cabello se cerraba como una cortina alrededor de nuestros rostros, el silbato se mecía en su cuello y golpeaba mi pecho, una y otra vez, a un ritmo agitado. Su tacto era frío.

Después de hacer el amor (si podía llamársele de tal forma a aquel acto salvaje suscitado por puro deseo carnal y varios meses de abstinencia sexual), Margaret se tendió a mi lado, jadeando, riendo, con lágrimas en los ojos. Su muslo sobre mi pene ya blando y cubierto de semen, su vello púbico rozado mi cintura. Yo miraba el techo con una leve sonrisa en los labios, extasiado. También jadeaba. Al cabo, una vez que ambos recobramos el aliento, imperó un silencio absoluto. De nuevo una maldita laguna mental. Ladeé la cabeza y allí estaba ella, mirándome, con su cabello castaño rojizo sobre el dobléz de mi brazo, y una sonrisa somnolienta en sus finos labios. Lauren.

—Jeff —dijo Lauren (¿o Margaret?).

—¿Sí?

—Cuéntame algo sobre ti. Algo importante que pueda usar en tu contra alguna vez.

—Tengo una hermana... —empecé.

—Eso ya lo sé. Cuéntame algo más.

Lo pensé un instante. Y se lo conté.

Horas más tarde, desperté, cogí mi teléfono de la mesita de noche y consulté la hora. Seis y cuarto. Debí haberme levantado hace más de dos horas para ir a por hielo a la máquina dispensadora (o más bien al módulo de seguridad del hotel para comprobar que Paul no se hubiese pirado a mitad de la noche o hubiera actuado fuera de lo normal o que diera muestras de saber que estábamos allí). Me erguí y me pasé la mano por la cara en tanto terciaba la cabeza de un lado a otro. La ausencia de Margaret en mi cama fue una de las dos cosas que descubría en seguida abrí los ojos. La otra, mi completa desnudez bajo la sábana.

¿Adónde había ido?

Volví a revisar mi teléfono. Había un mensaje de texto de hace dos horas y media. De Margaret. Contenía una simple palabra, una palabra que me inundó del más puro alivio.

Hielo.

Con una sonrisa, me volví a pasar una mano por la cara y aparté la sábana. Enfilé el cuarto de baño. En cueros, como quien dice. La sola idea hallarme solo y sin ropa en aquella habitación me provocó una erección. Me hice cargo de ella antes de cepillarme los dientes. Luego tomé una larga ducha. El agua helada, el aroma casi inexistente del jabón, el champú barato..., de pronto todo parecía tener un cariz diferente, mejorado. Y no podía parar de sonreír como un maldito idiota. Como si apenas hubiera sido desvirgado la noche anterior

por una MILF deprimida. Y no sentía una pizca de culpa o remordimiento.

Aún no podía creerlo. En el fondo siempre supe que pasaría en algún momento, y tenía la impresión de que Margaret pensaba lo mismo. Bien sea porque nuestras miradas nos delataran o porque éramos poco sutiles. Por primera vez en semanas —meses, quizá— no me sentía un completo desgraciado. Demonios. Era verdad lo que decían: el sexo nos cambiaba la cara, nos hacía más felices y ver todo mucho más brillante, *mejorado*. Y no era que en el pasado no hubiera sentido los efectos de esta liberación de endorfinas posterior al sexo (¿o durante?), solo que lo había olvidado. Con Lauren, aquella sensación apenas perduraba tras el acto dado que, al punto, era sustituida por la culpa y el remordimiento y una oscuridad insondable que no sabría hasta más tarde qué era. Y, también, yo diciendo palabras hirientes como: «Esto, tú y yo, debe terminar».

Con Margaret, tal parecía no era el caso. Aunque temía que no durara demasiado, y que la burbuja que contenía toda esta felicidad estallara con un simple parpadeo.

El teléfono sonó. Ya vestido, emergí del cuarto de baño en tanto me enjugaba el cabello húmedo con una toalla. Hallé el móvil donde lo había dejado, en la cama entre jirones de sábanas. Me sorprendió ver que el nombre «MARGARET» no era el que aparecía en la pantalla. Mi corazón empezó a latir de prisa. Era Yates.

—¿Qué ocurre? —dije, con el móvil pegado a la oreja y un nudo en la garganta.

—¿Jeff? ¿Dónde estás ahora?

—Nevada.

—¿En el... mismo... hotel? —Su voz sonaba extraña, amortiguada. Como si apretara su nariz para impedir un sangrado.

—Sí. ¿Qué ocurre? —repetí.

—¡Vete ahora mismo! ¡Ahora...! —Sus siguientes palabras fueron un batiburrillo ininteligible en el que difícilmente se destacaron un par: «Dearbone» y «Sabe dónde». Exhorté a Yates a que se calmara, que no le entendía una mierda, que tomara aire y empezara de nuevo. Él acató dentro de lo posible, aún con prisa (más bien urgencia). Dijo que Sheila Dearbone se había enterado de algún modo que yo había revelado su oscuro secreto, que sabía dónde estaba y que venía en camino. Antes que pudiera terminar, colgué.

¡Margaret!, pensé. Y, acto seguido, corrí hacia la puerta como alma que lleva el diablo. El corazón me martillaba el pecho.

Abrí. Me detuve en seco. Margaret ya estaba allí, con una máscara de pavor en el rostro, levantando el puño como si en aquel momento se dispusiera a tocar la puerta. Bajó la mano. Detrás, Sheila Dearbone, con una mirada desquiciada, la amenazaba poniéndole un cuchillo para untar mantequilla en la garganta. ¿En serio? ¿Un cuchillo para untar mantequilla? Si bien el filo era romo, aún podría emplear algo de fuerza para clavarle la punta en la yugular. Fácil. O al menos eso pensé al principio. Antes de que Sheila empujara a Margaret hacia la habitación y viera la pistola con la que la apuntaba en la espalda. Era una Smith 9 milímetros, me fijé, en tanto reculaba un paso. También me fijé en algo más. Llevaba el seguro.

Solo había visto a Sheila Dearbone, maestra de literatura en preparatoria, en una ocasión. Durante la velada en la casa de los Mahoney por el quinto aniversario de la desaparición de Cathy Mahoney. Hablamos cerca de media hora. Entonces tuve la impresión de que estaba flirteando conmigo. Este detalle no se lo comenté a Yates. Tampoco le conté que cuando Cathy desapareció durante las vacaciones de verano, la señorita Dearbone, según ella misma me hizo saber, estaba en un viaje por Belice. «¿En

serio? ¿Belice? ¡Qué casualidad! Yo también estuve en Belice —dije a Dearbone—. Fue hace muchos años». La hablé de la catedral amarilla con el enorme reloj (el segundo más antiguo del mundo) en una de sus torres que databa del siglo X. Le pregunté si tuvo ocasión de estar en ella: la catedral quedaba de paso en el recorrido que había entre el aeropuerto y la capital, sin duda tuvo que haberla visitado, ¿no?

Dearbone asintió. No vaciló en lo más mínimo. Ella no sabía que mi afirmación no era del todo cierta: que el segundo reloj más antiguo del mundo no quedaba en Belice, si no en Honduras. Aquella noche Sheila no fue la única invitada a la que puse a prueba con un engaño parecido, pero sí fue la única en picar en anzuelo.

Margaret estaba aterrada en tanto Sheila la metía a punta de pistola a la habitación. Podía verlo en sus ojos del mismo modo que veía la ira y el miedo en los ojos verdes de la señorita Dearbone, quien, por su atractivo, me recordaba a la madre de los gemelos en la alberca. Alta y pelirroja. Cuerpo menudo y piel pálida, y un pulso que no vacilaba. Bien pudo dispararnos allí mismo y largarse. Salvo que...

—No fue por Cathy, ¿verdad?

Sheila pareció desconcertada.

—Cierra la boca —gruñó.

—El señor Mahoney. Tenías un romance con el padre de Cathy, ¿no es cierto?, por eso la mataste... por eso tu expediente no estaba manchado hasta hace, ¿qué? ¿Unos meses, semanas? Y por eso no fuiste calificada sospechosa en las investigaciones de la desaparición de Cathy. El señor Mahoney debió descubrirlo en algún momento; arreglarlo todo y buscar una forma de enviarte a prisión y ofrecerte un buen abogado... es decir, uno que diera la pelea, pero amañado..., para que no abrieras la boca sobre su relación contigo. —Maldita sea. Me eché a reír.

La mirada de Sheila, que poco a poco empezó a aflojar la pistola, me lo confirmó.

Margaret se apartó de su lado y se puso a mi espalda; le pedí a Sheila que me entregara la pistola. Ella no obedeció, así que se la quité yo mismo sin nada de esfuerzo. Dearbone miraba el piso. Parecía que hubiese perdido su alma o algo por el estilo.

—¿Por qué? —pregunté.

Despacio, Sheila alzó sus ojos y me miró como si le hubiese hablado en otro idioma.

—Ella descubrió la verdad. Cathy. Me confrontó tal como lo hizo su madre y amenazó con decírselo a la señora Mahoney, lo cual habría provocado que John terminara conmigo. —Una lágrima rodó por su mejilla—. Yo reaccioné de la misma forma que lo hice con su madre. La tomé por el pelo y la golpeé fuerte en la cabeza, una y otra vez, contra el tablero de mi auto. No paré hasta que oí sonar la alarma de un vehículo a pocos metros de nosotras. Fue aquel día, en el aparcamiento de Walmart. Enterré su cuerpo en el único lugar donde sabía que nadie buscaría, y en donde habría terminado de todas formas si lo hubiesen encontrado.

—El cementerio de Caldwell —dije.

Sheila asintió y, llevándose las manos al rostro, empezó a llorar.

Quince minutos después de que Sheila Dearbone apareciera, lo hizo la policía. Keila Simmons, una de los de seguridad del hotel (y nuestra cómplice en la vigilancia de Paul), reportó la presencia de una mujer armada a las autoridades tras verla por las cámaras. Sheila seguía llorando mientras se la llevaban esposada. En cambio, Margaret estaba

temblando, en estado de shock, y así permaneció los siguientes tres días.

En cuanto a Wettington... Se valió del alboroto causado por la irrupción de Sheila Dearbone en el hotel, y se largó sin que nadie lo notara hasta al día siguiente (esto me hizo pensar que tal vez Paul estaba al tanto de que Margaret y yo estábamos hospedados en el mismo hotel). Intentamos seguir el rastro a su coche. Pero hallamos la Chevy, pocos días después, abandonada en el estacionamiento de un bar a unos cincuenta kilómetros al sur de Carson City. Y, de esta forma, Margaret y yo nos encontrábamos por primera vez con las manos vacías desde que emprendimos nuestra persecución. Sabíamos que esto podía pasar en algún momento. Solo esperábamos que no fuera tan pronto.

—¿Qué haremos ahora? —oí decir a Margaret una noche. Aquella era la frase más larga que decía desde los sucesos en Carson City, pensé. Entonces yacíamos en camas separadas en un hotel en Hawthorne.

—No lo sé... —respondí. Me abstuve de añadir que lo averiguaríamos en el camino, no porque no hubiera un camino que seguir (aunque ciertamente no lo sabía entonces), sino porque de pronto recordé el nombre: Barry Hapstall.



CAPÍTULO 8

A primera hora dejaron la casa McCullough. Tal como fueron recibidos el día anterior, fueron despedidos esa nublada mañana del día siguiente frente a la casa elevada con los miembros de la familia (incluido Owen, que estaba arrellanado contra el marco de la puerta; los brazos cruzados y la mirada fija en Hannah) formado un tétrico cuadro familiar de los años sesenta o setenta. La tía Dee y sus hijas se turnaron para darle fervientes abrazos y, en el caso de Kenzie, un pequeño beso en la mejilla. Luego, Hannah y su padre abordaron el Corolla, y en cuestión de segundos, ambos se alejaron por el camino de tierra hasta la carretera antes de perder de vista tanto la sombría casona como a la familia que la habitaba. Solo entonces, en su fuero interno, ella suspiró aliviada.

Demasiado pronto. Bastó con que ladeara la cabeza para que aquella efímera sensación de alivio la abandonara de inmediato. Recordó, así pues, que compartía el mismo espacio con el hombre que lideraba una secta con un número incalculable de crímenes en su prontuario, y, encima, la había secuestrado y hecho que sus amigos vivieran un auténtico infierno para obtenerla. Aquel hombre era su padre.

Durante los siguientes cinco días de camino hacia quién sabe dónde, Hannah hizo lo que mejor sabía: guardar silencio. «Dios, vaya sí que eres jodidamente buena manteniendo la boca cerrada. Como muestra, mira dónde hemos terminado por ello». A la voz de Stacy en su cabeza no le faltaba razón. Callar desde siempre le había resultado más fácil, y sabía que aquella ocasión no sería la excepción. Prefería el silencio que oír lo que su padre tuviera para decir. Éste, tal parecía, estaba de acuerdo. Durante esos cinco días solo le dirigió la palabra un par de veces (claro está, sin esperar respuesta de su parte). La primera vez fue la madrugada siguiente, estando a pocos kilómetros al norte de Williams Lake, donde pasaron la noche en una pequeña posada que administraban hermanos de la congregación, por supuesto (al parecer no pasarían la noche en un sitio donde su padre no tuviera cierto control en sus propietarios, tal y como quedó demostrado en los días siguientes). Hannah, como de costumbre, miraba con ensoñación el paisaje cuando, a duras penas, oyó a su padre decirle que no se preocupara por Nathaniel. Que este no tendría el mismo destino que Chris por haber faltado a su promesa. Que había mantenido contacto con sus padres, David y Harriet; ellos se encargarían de que recibiera un castigo menos severo cuando descubrieran su paradero.

Hannah quiso decir: «¿Y se supone que eso debería tranquilizarme? Además, me importa poco lo que pueda pasarle a Nate». Pero calló. En el fondo sabía que aquello no era cierto. Si no le hubiera importado, no habría negado las afirmaciones de Owen, durante la nefasta cena de la otra noche.

—En cuanto a los McCullough —siguió su padre—, confió en que guardarán el secreto. Su fe en Nuestro Señor es fuerte.

Hannah se limitó a asentir y regresar la vista al paisaje. Por dentro, se estremecía.

No quería pensar en lo que eso significaba. Sin embargo, sabía de sobra lo que aquella fe en «Nuestro Señor» podía llevar a hacer a un grupo de fieles. La fe insensata era peligrosa. La historia lo había demostrado. Maldita sea, su propia historia —aquí y ahora— era prueba de ello. Su padre utilizaba la fe de otros en el Diablo o lo que fuera (la promesa de una vida mejor, según Mildred McCullough) como un instrumento de autoridad para conseguir sus propios beneficios y objetivos. Como habían hechos muchos otros hombres

infames en el pasado, hombres que ni siquiera creían en sus propias fes. Hannah sabía que su padre era uno de ellos; no albergaba duda de que había manipulado a los McCullough — de nuevo con fe ciega o insensata— para que ocultaran la verdad sobre su virginidad ante los otros miembros de la secta. Si realmente fuera tan importante, a pie enjuto su actitud al conocer la falta de Nate habría sido diferente a la que tuvo (era decir, en el caso de que no hubiera montado en cólera mientras estuvo inconsciente, algo de lo que ella estaba casi del todo segura), una actitud del tipo que habría hecho la madre de Hannah dijera: «Y que Dios nos agarre confesados».

No, mejor no pensar en eso.

Mejor rendir sus pensamientos en otro tipo de actividad, pensó. Como hacer listas. Desde que ella tenía memoria (más concretamente a partir del aparente fallecimiento de su padre) había disfrutado de hacer listas casi de manera compulsiva, por eso, siempre que surgía la menor oportunidad (como hacer preparativos para vacaciones en la playa o en el bosque con sus amigos, por ejemplo), aprovechaba para destacarse o simplemente pasar el tiempo en ello (Stacy opinaba que estaba loca, que sólo perdía su tiempo; puede que tuviera razón, pero eso nunca la detenía). Para ello, adquiría varias libretas cada vez que visitaba Barnes & Noble con su madre; ambas eran ávidas lectoras.

Suspiró hondo. Esta vez, sin embargo, debía arreglárselas con la única cosa que tenía a la mano y que su padre no podía ver o auscultar, al menos no a simple vista: su mente. Así que, durante los siguientes días, tras dejar Williams Lake, repasó la lista que hizo con nombres de los *hermanos de la congregación* que ofrecieron refugio o servicios a ella y su padre hacia quién sabe dónde, añadiendo algunos en el trayecto. La lista empezaba con los padres de Nate y el propio Nate, era decir, la familia Feeney, que en realidad se llamaba *Sinclair*. Luego, Wesley Stout, Rick Dickson y Chris Barney, los supuestos cazadores furtivos que ella y sus amigos conocieron en Black Wood. También: Justin Sunderland, el empleado de aquella tienda en Springfield que le vendió la marihuana a Jordan, y la señora Whitemore, la anciana en andadera que advirtió a Trey y Kent de los peligros del bosque. Y seguía con: Barbara (cuyo apellido no recordaba), propietaria de la peluquería en Portland, y los McCullough: Dennis, Mildred, Owen, Jena y Kenzie.

Más tarde añadió: Varren y Rita Etienne, propietarios de la posada en Williams Lake, y sus gemelos de quince años, Kyle y Harmony, quienes estaban al tanto y hacían parte con sus padres en la secta satánica; Rachel y Evan Moulden, una pareja de treintañeros (gracias a Dios, sin hijos) que los albergó en su dúplex, en su paso por Prince George, durante dos días, y por último, Jillian, Anthony y Steven Felton, que convivían como un matrimonio de tres en una casa de estilo boho en Dawson Creek, donde les dieron alojamiento. Tampoco tenían hijos, pero Jillian hizo saber al padre de Hannah que el proceso de adopción marchaba viento en popa.

Repetía la lista de nombres una docena de veces al día mientras viajaba, y durante las noches, antes de dormir.

La segunda vez que su padre le dirigió la palabra en el transcurso de esos cinco días fue mientras dejaban Dawson Creek. Le dijo:

—A este punto ya deberías saber a dónde vamos.

No era una pregunta. Hannah lo sabía y asintió. En efecto, tenía una idea lo bastante acertada de dónde quedaba aquel lugar que su padre se empeñaba en llamar «casa». No fue difícil adivinarlo al recordar lo que éste dijo en Longview sobre la última parada que harían *de momento* en suelo americano, y aún menos tras caer en la cuenta de que solo iban hacia

el norte. «Vamos a la última frontera —pensó—. La tierra del sol de medianoche. La puta nevera de Seward».

—Alaska —dijo.

El establecimiento bien podía llamarse «En El Medio de la Nada». Un nombre apropiado, en opinión de Hannah, dado que el restaurante (que en realidad ostentaba el nombre Betty's) estaba a unos treinta kilómetros del poblado más cercano. Así y todo, a la clientela que en ese momento se encontraba allí, no parecía importarle conducir una larga distancia para probar el mejor pollo a la parmesana de todo el Territorio Yukón y sus alrededores, según la amable camarera que se acercó a tomarles el pedido.

Su padre tenía el menú abierto en las manos. Con el ceño ligeramente fruncido, insinuó de la manera más educada y circunspecta posible que ya había probado el pollo de Betty's, y que estaba lejos de ser el mejor del Territorio Yukón y sus alrededores. La camarera, que debía ser un par de años mayor que Hannah, no pareció captar la pulla (o bien supo encubrirlo), puesto que sonrió como si hubiera recibido un cumplido sobre su pelo o su prolijo maquillaje. A decir verdad, parecía un poco ingenua.

Hannah compartió una mirada con su padre que en otra circunstancia habría calificado de cómplices. Ella fingió no estar atendiendo a la conversación... con mucho interés, al menos. Estaba admirando el entorno de Betty's como si estuviera en otro planeta o algo parecido. Por dentro, el restaurante tenía la apariencia de una cabaña; era limpio, tranquilo, cómodo y, a juzgar por los precios que aparecían en el menú, también asequible. Al fijarse las puertas de los cuartos de baño, maldijo en su interior por no haber traído consigo el lápiz labial de Barbara. Pensó que tal vez hubiera podido dejar escrito otro mensaje en el espejo del lavamanos o en la parte de atrás de la puerta. Suspiró resignada. Lo hizo un par de veces, y con sorna, para no evidenciar su frustración.

Cuando volvió a enfocar a su padre, éste ya había hecho el pedido.

—Has estado muy callada los últimos días —dijo. La miraba fijamente, con una leve sonrisa que le ponía la piel de gallina a Hannah—. Puedo contar con una mano las palabras que has dicho desde que dejamos la casa de los McCullough. Supongo que aún estás pensando en lo ocurrido. ¿Acaso sigues preocupada por la situación de Nathaniel? Ya te dije que...

—En absoluto me preocupa Nate —afirmó ella al instante. No vaciló.

Su padre enarcó una ceja.

—Ah, ¿no?

—No. Me diste tu palabra de que no sufriría el mismo destino que Chris, así que ese asunto no me preocupa. —Había tantos otros que sí. Como la situación de sus amigos. O su madre, que hace días debió alertar a las autoridades de su desaparición; o lo que vio la otra noche desde la habitación para huéspedes de la casa McCullough. No mentía al decir que Nate era lo que menos ocupaba espacio en su cabeza. Y su padre debió verlo en sus ojos, pues asintió—. Hay muchas cosas que quiero preguntarte. Muchas —confesó ella—. Pero siento que aún no estoy preparada para escuchar las respuestas. En cambio, sí me gustaría saber sobre el lugar al que nos dirigimos. Allí, en Alaska.

Lo decía en serio. Más como una medida de prevención que otra cosa.

Su padre asintió. Luego, poco a poco, se mostró sobremanera complacido, al curvar sus labios en una amplia sonrisa que resultó la menos escalofriante que Hannah le hubiese

visto desde su infausto reencuentro. Mientras esperaban la comida (su padre ordenó pizza y un par de Coca-Colas Light) le refirió todo lo que tenía que saber de aquel lugar, empezando por el hecho de que solo se podía acceder a él en helicóptero dada su ubicación en el centro de una cordillera inaccesible, al norte del estado. Le habló sobre su pasado como la morada de la mina de mercurio más grande de Alaska, e incluso sobre la pequeña población (sin duda alguna todos ellos «hermanos de la congregación») que aún vivía allí incluso después del cierre de la mina a principios de los setenta. Hannah no pudo evitar hacer asimilaciones en su fuero interno con otro sitio que, bien sabía, tenía un pasado minero similar, sobre todo tras oír su nombre.

—Red Snow —repitió Hannah. Miró a su padre—. ¿Es ahí has estado todo este tiempo?

—He estado en muchas partes los últimos doce años, cariño —respondió él, y su sonrisa recuperó su cariz perturbador habitual.

—Ya. —Ella sabía que se refería a algunos estados de la costa oeste, incluso puede que en Canadá. Y Alaska.

Sintió el impulso de preguntarle a su padre cómo pudo fingir su propia muerte en aquel aparatoso accidente de auto, o de quién era el cadáver que su madre reconoció en la morgue como el de su marido, pero mantuvo la boca cerrada (Dios, era tan jodidamente buena en ello). Pero esas eran algunas de las preguntas de las cuales no estaba preparada para escuchar las respuestas.

—Voy al baño —dijo de pronto, y se levantó.

Su padre, mirándola con expresión anodina, asintió.

Enfiló los baños. Sabía dónde estaban. Mientras se alejaba, tuvo la sensación de que un centenar de ojos la miraban como si, de pronto, se hubiese vuelto loca. Puede que tuvieran razón al pensarlo. Pero en su interior sabía que solo se trataba de los ojos su padre, fijos en su espalda en tanto se retiraba, los que le causaban esa extraña sensación.

Por fin entró al servicio y, de repente, aquella impresión se esfumó. Respiró aliviada. Con la espalda apoyada en la puerta, cerró los ojos un largo instante. El silencio privó por completo el ruido del restaurante Betty's y sus propios pensamientos. Pensó, en tanto abría los párpados y miraba su reflejo en el amplio espejo sobre el lavamanos: Ojalá pudiera quedarse allí una hora o dos (este cuarto de baño olía mejor que aquel en la estación de gasolina en Longview, huelga decir). Y también: Maldita sea, debió traer el lápiz labial de Barbara. Aquel espejo luciría fantástico con el mensaje «**SIGO VIVA, DESPUÉS DE TODO**» escrito en él con aquel labial rosa chicle. Al mismo tiempo se alegró de no haberlo traído, de lo contrario alguien posiblemente habría visto aquel mensaje antes de que ella y su padre terminaran su comida..., y quién sabe lo que hubiera ocurrido si el personal de restaurante se enfrentaba a Carlton Perkins. Mejor no tentar a la suerte. Ya tenía la sangre de Jordan en sus manos. Y con eso era más que suficiente.

Más que suficiente.

Minutos después, cuando salió del baño con la cara lavada y la mente más despejada, Hannah percibió dos cambios notables en el ambiente en Betty's. Frunció el ceño. Lo primero era que tanto la clientela como la cantinela de sus voces se habían reducido al punto que se podía sentir, en su lugar, cierta zozobra o tensión palpable en el aire. El área de las mesas se había vaciado casi del todo: algunos clientes ya se habrían ido al sitio de dónde venían (suertudos), otros estaban reunidos en grupo mirando con profundo interés el televisor que pendía sobre una esquina de la barra del bar, el mismo que antes de que Hannah entrara al baño emitía un resumen del partido de hockey de la noche anterior.

Ahora, estaba sintonizado en la CBS. Entretanto la cámara enfocaba cuando las compuertas de una ambulancia se cerraban, la reportera informaba el hallazgo de Kent Mitchell y Trey Byers, con vida, en el pueblo abandonado de un asentamiento minero, en el centro de Black Wood. El pueblo fantasma, lo había llamado Kent, alterado por los efectos de la marihuana de Jordan.

Hannah sintió un alivio tremendo. Al mismo tiempo, que su corazón le hacía pedazos el pecho con duros martillazos desde dentro. Lágrimas se agolparon en sus ojos, viendo en una especie de trance las fotografías del anuario de Trey y Kent que aparecían en la pantalla del televisor. Sin embargo, casi de inmediato, las contuvo profiriendo una honda exhalación. No quería —ni debía— llamar la atención. Pero, joder, parecía que habían transcurrido mil años desde que Kent hizo aquel comentario sobre el pueblo fantasma.

«Están a salvo ahora —pensó, enjugándose los ojos—. Eso es lo que importa». Volvió a suspirar.

Ladeó la cabeza. Enfocó a su padre tras secarse los ojos con disimulo, y empezó a encaminarse hasta su mesa. Entonces reparó que había dos oficiales de la Real Policía Montada de Canadá sentados en la barra y ordenando pollo a la parmesana. Vestían el llamativo uniforme de túnica roja y botas de montar. En el noticiero apareció su retrato como uno de los jóvenes que aún seguían desaparecidos en el bosque. «Hannah Perkins, diecisiete años...». De nuevo observó a su padre. Este parecía tan tenso como una tabla, y al borde de sufrir un ataque cardíaco. ¿Acaso tenía... miedo? No, claro que no. Solo se estaba preparando para el peor escenario.

Hannah vio una oportunidad de pedir ayuda y terminar su pesadilla. El tiempo pareció ralentizarse mientras avanzaba hacia los policías.



CAPÍTULO 9

«Barry Hapstall no fue el único de su clase... es decir, un señuelo... que nos encontramos a lo largo de nuestro viaje de casi dos años. Hubo otros que hicieron parte del plan de ¿Paul? Sin embargo, Hapstall, digamos, fue el más significativo de todos».

**GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 17 DE FEBRERO.
Dos semanas antes de la aparición de Hannah Perkins.**

De vuelta en el Holiday Inn, pasadas dos semanas, abordamos una camioneta tomando de improviso a su único ocupante. En previo acuerdo, Margaret y yo decidimos que ella tendría la palabra y yo, tan solo estaría en silencio en el puesto detrás del conductor (esperábamos que la puerta no estuviera asegurada, y así fue), portando una de las escopetas Browning de Margaret.

—¿Qué se supone que debo hacer con ella? —había preguntado a Margaret más temprano. Al mismo tiempo me contuve de preguntarle dónde la había conseguido junto con las otras.

—Amenazarlo —dijo ella—. Si se resiste o se niega a darnos información, digo.

—¿Y si se niega en rotundo? ¿De verdad le volaré la tapa de los sesos en pleno estacionamiento?

Ella se había reído.

—No. Pero debes dar la impresión de que sí lo harías.

«¿Cómo? —me contuve de preguntar—. ¿Y si eso no funciona?».

Y, pues, ahí estábamos, dos semanas después de haber dado todo por perdido. Barry Hapstall llegó con cinco minutos de antelación (Margaret y yo vigilamos desde la distancia) y fumó un cigarrillo demasiado deprisa, lo que sugería nerviosismo. Bien, pensé. Lo hicimos esperar unos minutos. Al cabo, por su reacción, lo tomamos por sorpresa al abordar su camioneta: Margaret entró por el puesto del acompañante; yo, por el de detrás del conductor (que no estaba asegurada).

—¿Quiénes son? —preguntó Barry Hapstall.

Eso me hizo preguntarme: «¿De verdad no lo sabes? ¿O solo estás fingiendo?»

—Eso no importa —respondió Margaret. Suspiró. Sabía interpretar su papel, cualquiera que este fuera. Confiaba en que yo también sabría interpretar el mío. Las miradas que crucé con Hapstall me confirmaron que sí—. Lo que realmente importa ahora, Barry, es la razón por la que estamos aquí —siguió Margaret. En apariencias tenía la situación bajo control y hasta insinuó una sonrisa como si hubiera escuchado algún pensamiento mío o de Hapstall—. Queremos conocer el paradero de un sujeto, una información que, sabemos bien, nos puedes suministrar. También la identidad falsa con la que pretende pasar inadvertido. A cambio...

—¿Yo? —preguntó Hapstall. Vio por el retrovisor. Parecía realmente asustando. Como si temiera que yo fuera a estrangularlo, o algo peor..., lo que quería decir que aún no había visto la Browning. Bien. Al final, cambió de opinión—. No puedo darles lo que piden. Es mi vida la que está en juego. Yo...

—Lo sabemos. —Margaret amplió más su sonrisa. Hapstall pareció horrorizado y, si cabe, más nervioso, al verla—. Hace dos semanas mi compañero los vio comer juntos en el Applebee's de Carson City. Parecían amigos cercanos. ¿Fingían o en realidad lo son? Amigos, quiero decir.

Hizo una pausa como si esperara una respuesta.

Barry abrió la boca, quizá para responder. No tuvo tiempo.

Margaret dio un ademán y continuó.

—No importa, Barry. Ya no. Lo que importa en este momento es saber qué contenía el sobre amarillo que le diste a Paul hacia el final de aquel maravilloso almuerzo entre colegas. ¿Acaso otra identidad falsa? ¿Dinero? ¿Un pasaje a las Islas Caimán? ¿Qué había en el sobre?

Ella lo miró con dureza. Barry apartó sus ojos como un animal asustadizo. Hubo un corto silencio.

—¿Qué pasará una vez les dé lo que quieren?

Margaret volvió a sonreír.

—Guardaremos tu secreto —dijo—. Tu sucio secreto. Por eso estás aquí.

—¿Puedo confiar en ustedes?

—Por supuesto, Barry. Mientras la información que nos des nos sirva para encontrar a Paul, nadie jamás verá las fotografías que te tomamos en el Motel 6 de la calle 274 de Carson City, u oírás tus gemidos sexuales y los de Molly Matheson, tu asistente (¡vaya cliché!), en la habitación 33. Nadie enviará por correo anónimo este material a tu mujer o a algún periódico o medio local, que rápidamente podría publicarlo en su página web o transmitirlo en los telediaros, sin hablar de la amplia difusión por redes sociales. Tienes hijos. Y empleados. ¿Cómo crees que afectaría tu vida, tu trabajo, si esto...?

Se suponía que yo guardaría silencio y me limitaría a escrutar amenazadoramente Barry Hapstall a través de espejo retrovisor. Ese era el plan, sí. Pero, simplemente, no pude contenerme.

—Debiste pensar en eso antes de acostarte con una menor —dije.

Hapstall se sobresaltó un poco. También Margaret, si bien supo disimularlo mejor. Me echó una mirada fugaz de «¿Qué diablos haces?» antes de adoptar de nuevo su expresión confiada.

—Molly tiene dieciocho años... —dijo Hapstall. Como si tal cosa. Pude haberle disparado si hubiera habido el momento.

—Y aun así asiste al mismo instituto que tu hija —dije desde el asiento trasero—. ¿Hace cuánto te coges a la mejor amiga de tu hija? Probablemente empezó cuando ella aún tenía diecisiete, o incluso antes. —Para entonces ya sabía que la edad de consentimiento en el estado de Nevada era dieciséis. Hapstall, por lo visto, no. Así que lo usé a mi favor.

Calló.

De nuevo, Margaret tomó la palabra.

—Llevamos dos semanas pisándote los talones, Barry. Lo suficiente para conocer tus horarios, tus perversiones, tus manías, e incluso a tu mujer, con la que casualmente me topé en el supermercado de Carson City, hace tres días. Darlin, se llama. Bonito nombre. Combina con ella.

Barry tensó un poco la mandíbula y preguntó:

—¿Por qué debería confiar en que no divulgarán las fotos?

Margaret y yo guardamos silencio un instante.

—Confianza mutua. Solo eso tendrá que bastarnos por ahora.

—¿Y si no quiero?

—Bueno. No tendrás mucho tiempo para considerarlo...

Hapstall arrugó el ceño. No entendía qué quería decir. ¡Había llegado el momento!

Apreté el cañón de la escopeta contra su nuca. Margaret habló:

—¿Sabes cuánto estrago podría ocasionar esa escopeta Browning si accidentalmente mi compañero jala el gatillo? No lo quiero ni imaginar. Pero tu cabeza o bien podría estallar como un melón o bien podría separarse del resto de tu cuerpo y rodar a tus pies en medio de un estallido de sangre mientras tu vejiga e intestinos se vacían.

Hapstall sacudió la cabeza.

—No serían capaz —dijo. La voz le tembló. Estaba a ojos vistas aterrado. Sudaba copiosamente. Bien—. Me necesitan. Necesitan que les diga a dónde ha ido el hombre que buscan.

Quise reírme. Me contuve solo al ver que Margaret se inclinaba hacia él como si fuese a besarlo.

Hapstall, percibí, reprimió el impulso de echarse hacia un lado.

—Pruébanos —oí susurrar a Margaret—. O confía. Una elección sencilla.

Barry Hapstall lo pensó un instante. Al cabo, habló. Habló durante un rato. Maldito sea. Nos dio un extenso itinerario sobre hacia dónde se dirigía Paul; cómo planeaba pasar inadvertido y la matrícula del vehículo donde viajaba. Nos dijo que, en efecto, el sobre amarillo contenía dinero e identidades falsas; tres, de hecho. Pero eran mentiras. Bueno, en realidad, verdades a medias. Desde el comienzo lo fueron. Debimos prever que todo hacía parte de un plan de Wetington para arrastrarnos al otro lado del país. ¿El motivo? No lo sé. Y tal vez nunca lo sepa.

Resultó que podía comprar treinta y una botellas de bourbon Four Roses con mil quinientos dólares, y aun así quedarme con veintitrés dólares de cambio, que dilapidé en cigarrillos, ¡sí, señor! La mejor inversión de mi vida. Adiós al dinero de los Mahoney. Mientras conducía a casa apenas pude contener el impulso de abrir una de las botellas y bebérmela a palo seco, como quien dice, ansioso por sentir el sabor cálido, untuoso y concentrado, con un toque de pimienta al final, del bourbon bajando por mi garganta.

Apenas entrar al apartamento dejé las cajas con licor en el mesón de la cocina. Enfilé la ventana, cerré las cortinas y encendí el televisor. Después, fui a por una de las botellas, la cual me llevé de regreso a la salita, y me senté en el sofá frente a la tele mientras la abría. Prendí un cigarrillo antes de dar el primer trago. Aspiré, espiré. Hubo una época en la cual no solía fumar. Empecé a hacerlo tras hacer el amor con Lauren la primera vez. De hecho, estábamos en la cama, desnudos, cuando ella me tendió el cigarrillo y yo me ahogué con la primera calada, la primera que daba desde mi única experiencia en el instituto. Recordé su risa. Una risa suave, sincera, casi juvenil e inocente. Creo que nunca la había oído reír así.

Di otra calada y empiné la botella.

Recosté la espalda contra el respaldo del sofá con una exhalación. Di otra profunda calada.

Pensé en Margaret. Su sonrisa también me había parecido sincera, como ella misma, y me pregunté si o bien sabía guardar las apariencias o bien no sentía remordimientos por esconderme la verdad. Empiné la botella. No, no sentía remordimiento alguno, eso podías jurarlo. Era la vida de su hija la que estaba en juego si me enteraba, nada podía distraerme. Lauren estaba muerta. Qué más daba. E injustamente pensé: «Hannah también está muerta, maldita sea, así que el esfuerzo, la búsqueda, ocultarme el secreto, fingir..., nada de eso valió la pena al final. Superémoslo ya. Sigamos a delante. La vida continúa».

Lágrimas empañaban mi rostro (joder, ¿en qué momento habían llegado allí?). Bebí una botella y media de bourbon antes de perder la conciencia en el sillón. Eso fue la primera vez. Desperté al poco tiempo, con un sabor amargo en la boca. ¿Había vomitado? No importaba. Maldije a Margaret y fui a por otra botella a la cocina. Escasamente podía sostenerme en mis pies. Qué jodido desastre. El mundo era un jodido desastre, ¿no? Como si fuera una especie de confirmación a este pensamiento, National Geographic emitía en aquel momento otro tedioso documental sobre el cambio climático (nunca serían suficientes), ese en el que, si no estaba delirando, aparecía Leonardo DiCaprio. Leo sabía tan bien como yo el jodido desastre que era el mundo, sí, señor. Empiné la botella. Volví al sillón. Seguí bebiendo hasta hundirme de nuevo en la plácida oscuridad de mi mente.

Un sueño, más bien un recuerdo, se abrió paso en aquella oscuridad. Estaba en la habitación de aquel hotel en Carson City. Margaret, acostada en el doblez de mi brazo, me miró con una sonrisa lánguida. Sus ojos brillaban. Me recordó entonces a Lauren la primera vez que hicimos el amor.

—Jeff.

—¿Sí?

—Cuéntame algo sobre ti. Algo importante que pueda usar en tu contra alguna vez.

—Tengo una hermana... —dije yo.

—Eso ya lo sé. Cuéntame algo más.

Lo pensé un instante. Un instante largo. Pude haberle dicho que en realidad mi nombre era Jeffrey, que lo había recibido en honor al hermano favorito de mi madre, el mismo hombre que violó a mi hermana a los nueve años. Pero no fue eso lo que dije.

—Antes omití contarte toda la verdad sobre mi relación con Lauren —empecé—. Sospecho que ya tienes una idea bien concebida de que fuimos más que solo compañeros. Y así fue. Éramos amantes. Pudimos haber sido más. La amaba, pero siempre terminaba apartándola de mi lado porque sentía que nunca sería suficiente para ella. Sabía que Lauren había tenido una vida difícil, y a menudo me veía reflejado en lo que ella había vivido, fuera lo que fuese, hasta que conocí toda la historia... Pensaba que estaba con ella por pena. Y no lo merecía.

—¿Y no era así?

—Eso creía al principio, sí. —Asentí y suspiré—. Hasta el año de su muerte. Lo supe semanas antes de que ella... Supe que la amaba, que no era solo pena o compasión lo que nos unía. Así que fui a su departamento, pero no fui capaz de decírselo con palabras esa vez ni nunca. En cambio, hablaron nuestras miradas. Al siguiente minuto estábamos haciendo el amor. Lo hicimos toda la noche y una vez más al amanecer. Al terminar, me levanté, le di la espalda y dije: «Esto, tú y yo, debe terminar». No sé por qué lo dije. Simplemente me pareció lo correcto. Debí poner más distancia entre nosotros que no fueran palabras. Debí pedirle a Wiklund que me asignara otro compañero y unidad, o que me trasladara a otro departamento, pero no lo hice porque quería mantenerme cerca de ella... y porque era un cobarde.

—No creo que... —empezó a decir Margaret.

—Eso ya no importa. Lauren y yo tendíamos a separarnos por breves temporadas, tal vez hubiéramos vuelto tarde o temprano, aunque entonces yo estaba decidido a que no sucediera de nuevo. Pero aquella fue la última vez. Alrededor de cinco semanas después, fue asesinada brutalmente en su vehículo al norte de Salem. La golpearon y estrangularon...

—Lo sé. Lo leí en el periódico —dijo Margaret.

—Sí. —Tomé aire—. Lo que estoy seguro no pusieron en el periódico fue que la noche de su asesinato, yo fui a su departamento. Alguien había entrado, y desvalijó todo el lugar. Se llevaron su portátil, su celular y quién sabe cuántas cosas más. Pero hubo algo que llamó mi atención en aquel desastre. En el baño, en el bote de basura volcado, hallé una prueba de embarazo casera. El resultado era negativo. La autopsia, sin embargo, reveló más tarde que Lauren tenía entre cuatro o cinco semanas de embarazo, sí, cuatro o cinco semanas...

Entonces me despertó la lluvia. Más bien su fuerte estruendo. Pero no tenía certeza de que fuera eso. ¿De verdad era lluvia o alguien estaba arrojando piedras a mi ventana para evitar que me ahogara con mi propio vómito? Lo cual, a la sazón, habría sucedido si no me hubiera quedado inconsciente setenado con la cabeza gacha. No importaba. Yo solo quería saber si estaba lloviendo. Tenía que ser. Podía escuchar el golpeteo constante (¿de la lluvia?) contra la ventana de la sala, que había cerrado a cal y canto justo después de entrar al apartamento y dejar las cajas con el licor en la cocina. Entonces fui y la cerré, ¿verdad?, tanto como era posible cerrar una ventana de vidrio templado cubierta con una cortina basta que impedía el paso de la luz. Así la cerré.

¿Estaba lloviendo? Si no, ¿qué golpeaba de aquel modo la ventana?

Lauren, sentada a mi lado de brazos cruzados, veía cómo dos leones se apareaban. Parecía enojada a la vez que absorta viendo la televisión. Sin mirarme, dijo: «Si tanto te importa, ¿por qué no mueves ese culo hasta allá y lo confirmas tú mismo? ¡Ah, cierto! Porque estás tan ebrio que das penas, tan ebrio que no te puedes sostener sobre los pies. ¿Cuánto has bebido, Harcourt? ¿Dos, tres botellas...? Da igual. Nunca serán suficientes para olvidarme. Para olvidar que me diste la espalda. Duele ahora, y siempre dolerá. Salvo que vayas hacia la lluvia».

—¿La lluvia? —balbuceé yo, o una versión de mí que se hallaba desparramada en el sillón, cubierto de vómito y bourbon.

Lauren repuso: «Sí, la lluvia. Se acabaron los días de sequía, Harcourt. De ahora en adelante, solo habrá días oscuros y lluviosos. Ve hacia la lluvia y deja que lave tus pecados. Quizá así obtengas mi absolución...». Seguía sin mirarme.

Un instante después —no sabría decir cuándo ni cómo llegué allí; otra maldita laguna mental—, me hallaba en el balcón. Gotas de lluvia, lluvia gélida, me golpeaban las mejillas y el puente de la nariz y me empapaban la ropa y el pelo. Pensé en lo que diría Wiklund si me viera así, oscilando en el borde con los brazos abiertos, y riendo. Como si le importara. Como si a alguien le importara que un tipo se balanceara y riera como un loco al filo de una caída de más de cuarenta metros. No, a nadie en este jodido mundo le importaba. Extendí los brazos a los lados.

Reí más alto que la lluvia.

Perdí el equilibrio.

A las 3:35 a.m., Linus Wiklund, tendido en su cama, despertó con una fuerte corazonada. Esta no era la primera vez que sentía una de aquel calibre ni mucho menos. Podría jurar que tuvo una parecida la noche del 26 de julio, el año pasado, mientras su sobrina y sus amigos eran rodeados en el bosque por los miembros de la secta satánica. Y, puede también, hace dos años, la noche del 4 de diciembre mientras Paul Wetlington y sus colegas estrangulaban a Lauren Flynn en el puesto del conductor de su auto.

Se llevó una mano al pecho conteniendo un gemido. Cuánto dolía. Como si le atravesaran

el corazón con la broca de un taladro o algo por el estilo. Dios, si no conociera en carne propia aquella sensación habría pensado que se trataba de un ataque cardíaco. No, simplemente era una corazonada, ¿verdad? Sí, eso era. Era una de las corazonadas hijas de puta que avisaban que algo terrible estaba pasando, o que estaba a punto de pasar. Resistió el dolor un rato. A menudo tardaba un minuto o dos en disiparse. Pero, joder, aquellos minutos eran una larguísima agonía que lo dejaba exhausto. No exhausto al punto de ponerlo a dormir una vez pasaba, no. Un rastro de inquietud siempre prevalecía en lo profundo como un residuo desagradable que no le daba descanso, ni se lo daría en mucho tiempo.

Y, tal cual, sucedió en esta ocasión. El dolor en el pecho remitió, mas no así aquel residuo cáustico que reverberaba en algún lugar tras su corazón.

Inhaló profundo, y exhaló. Se levantó con la mano aún en el pecho, y con la otra extendida tomó su móvil en la mesita de noche. Tenía un mensaje y un par de notas de voz en WhatsApp, nada importantes ni urgentes. Esto lo constató. En tanto, se preguntó si tenía algo que ver aquella sensación con Margaret. Descartó la idea casi de inmediato. Entonces, si no era por su hermana, sólo podría tratarse de otra persona, pensó. Jeff. Oh, Dios, ojalá no hubiera cometido alguna locura después de la conversación de esa tarde. Ya sabía de lo que era capaz, de cuán profundo podía hundirse en su propia desgracia, cuando estaba herido por dentro. Y ese día Wiklund había visto con sus ojos cómo Harcourt resultaba herido con sus palabras. Tenía la misma mirada desolada que cuando le describió las condiciones de la muerte de Lauren.

Probó llamarlo. Lo intentó tres veces, pero no obtuvo respuesta, exceptuado a la operadora. Aun si estuviera durmiendo en su cama como un bendito, y no cometiendo una locura como temía, era probable que Jeff no quisiera hablar con él después de que le ocultase la identidad del asesino de Lauren, entre otras cosas, y por tanto no atendía la llamada. Sí, eso era. Quería confiar en ello. Con todo, para evadir riesgos (por ejemplo, que Jeff se embriagara como un desdichado y acabara cayendo del balcón de su departamento), resolvió llamar a la única persona que sabía se aseguraría del bienestar de Jeff y lo mantendría al corriente. Marcó a Jessica Yates, y al cabo de unos segundos, ella contestó.

Jessica, que vivía desde hace años en Idaho con su familia (su esposo era un agente del FBI retirado, según tenía entendido), aseguró que acudiría de inmediato. O, mejor dicho, a primera hora. Wiklund confiaba en ello, incluso puede que en aquel preciso momento estuviera empacando una pequeña valija para cumplir su palabra al pie de la letra. Ya sabía cuánto fervor sentía la mujer por su hermano (era imposible que esto no le hiciera pensar en su propia relación con Margaret anterior a la desaparición de Hannah). Y, además, esta no sería la primera ocasión en que la señora Yates acudía de prisa y corriendo para velar por la salud de Jeff después de recibir una llamada de Wiklund. Los días posteriores al asesinato de Lauren, por ejemplo, fueron especialmente duros.

La corazonada persistía. A ratos aumentaba. Wiklund se llevaba la mano cerrada al pecho y contaría la cara. Inhala, y exhalaba. Desistió en su intento por recobrar el sueño (qué necio al pensar que podría conseguirlo tras hacer aquella llamada), y al final se levantó, maldiciendo y agitando las sábanas.

Pensó, en tanto se ceñía en la bata de dormir y enfilaba la cocina a por una taza de infusión (era lo único que a menudo lograba aliviarlo durante las noches de insomnio): «Tal vez esta corazonada ni siquiera esté relacionada con Jeff. A lo mejor me estoy volviendo más paranoico con la edad. Y quizá la sensación en el pecho sea, después de todo, el

principio de un ataque al corazón. Maldita sea. Eso es».

Vertió la infusión humeante en la taza. Sopló la superficie.

Caminó hacia la sala. Tal vez debería llamar a Margaret y asegurarse de que todo estaba bien con ella, aunque podía jurar que así era. No conocía a nadie más fuerte que su hermana. A nadie. Tampoco conocía a nadie que hubiera hecho más que cualquiera para saber el paradero de su hija. De Hannah. Si alguien podía salir a delante en esta situación, esa era Margaret Wiklund. Ya lo había demostrado al arrastrar a Jeff por medio país en la busca de los culpables de la desaparición de Hannah.

Bebió un sorbo de la infusión. Exhaló.

«¿Y si esta sensación tiene que ver con ella? —se preguntó, al tiempo que ocupaba una de las sillas del comedor y daba otro sorbo a la infusión—. Con Hannah. ¿Y si le ha pasado algo realmente malo? Es decir, peor que ser capturada por una secta satánica dirigida por su propio padre, a quien creía muerto».

Pero no. Sabía que aquel monstruo infeliz no le haría daño a Hannah, más del que ya le había hecho. No se arriesgaría tras haber convertido la vida de muchas personas en una auténtica pesadilla (aunque no era como que si esto le hubiese importado antes, claro), no después de haberse expuesto y a los miembros de su maldita secta sólo para reunirse con su hija. Para perpetuar su legado.

El propio Carlton Perkins se lo dijo. Fue justo después de que Fatima Mendosa abandonara su oficina tras informarle sobre el contenedor repleto de evidencia robada que perteneció al difunto George Wettingham, el padre de Paul. Aquel día, en pleno auge de la investigación de la desaparición de su sobrina y sus amigos en Black Wood (de hecho, un día antes de que Trey Byers y Kent Mitchell fueron hallados con vida en un viejo asentamiento minero, en el corazón del bosque), y mientras Martin dejaba una taza de café y el periódico en su escritorio, su teléfono sonó. Aquel día, recordaba ahora, había tenido otra corazonada cuando oyó sonar el aparato... si bien esa vez fue diferente, repentina, apenas pudo contemplar las posibles noticias que pudiera estar a punto de recibir. Eso sí, jamás se le ocurrió que pudiera tratarse de una llamada de El Más Allá ni mucho menos.

Con una mano en el pecho, a la altura del corazón, Wiklund cogió la llamada.

—Wiklund —dijo una voz al otro lado de la línea. Sonaba tranquila, incluso amistosa. Habían pasado doce años a la sazón desde la última vez que la oyó, de lo contrario la habría reconocido de inmediato como en los viejos tiempos.

—¿Quién eres? —preguntó Wiklund. Apretó más la mano y se enderezó en su silla ergonómica.

Una risa.

—No debería sorprenderme. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Quién diablos eres? —insistió Wiklund.

Otra risa. A lo que siguió un silencio. A lo que siguió un suspiro.

—Soy un viejo amigo —contestó el desconocido—. Corría primero de mayo de 2006 cuando una camioneta Toyota Tacoma negra embistió a un camión que trasladaba a un remolque cargado con heno que iba de camino a Woodburn, ¿te suena familiar? Ocurrió en el carril central de la I-5. Si Arthur Hiltz, el conductor del camión, hubiera reducido un poco la velocidad, tal vez hoy estaría vivo y coleando. No así el conductor del Toyota. ¿O tú qué crees?

Wiklund abrió la boca, sin decir nada, incluso puede que contuviera la respiración. Sus pulsaciones remitieron de golpe al comprenderlo. Fueron suplidas por un bombeo lento y

pesado y lo que podría ser un golpe en el estómago. «No puede ser. Tú estás...». No terminó la frase mental y tampoco fue capaz de pronunciar palabra. Sin darse cuenta, se levantó de la silla, tambaleándose, intentando por alguna razón llegar a la única ventana de su despacho.

Al otro lado de la línea, Carlton Perkins rio.

—Intuyó que ya sabes quién soy. En el fondo tenía la esperanza de que reconocieras mi voz. Fuimos buenos amigos. Cuántos momentos inolvidables en familia. Tonto de mí. —Volvió a sonreír—. Como sea. No debería perder más el tiempo. Mientras te recuperas de la increíble revelación de mi supervivencia, me valdré para decirte que mis fuentes me han informado que la viuda de Mendosa ha visitado recientemente tu oficina. A estas alturas debes estar al tanto del oscuro secreto de los Wettington. Eh... —Hizo una pausa—. ¿Sigues ahí? Hace rato que no te oigo.

Wiklund, de forma inconsciente, hizo un esfuerzo para responder sin que le temblara la voz.

—Aquí estoy.

Carlton continuó:

—Bien. Como decía, ya sé que estás enterado del oscuro secreto de Wettington. Pero eso no importa ahora. Lo que realmente importa en este preciso instante es otro asunto. El asunto que me ha hecho salir de mi tumba para hacer esta llamada. —Y, tras otra breve pausa, dijo—: Hannah.

«Hannah —repitió Wiklund en su fuero interno. Por supuesto que también sabía que Hannah estaba desaparecida, como todo el país y probablemente varios países del primer mundo interesados en saber lo que estaba ocurriendo en aquella orilla del Pacífico, porque no tenían suficiente con sus propias tragedias—. Pero ¿en qué está relacionada Hannah con el secreto de Wettington?» Recordó lo que dijo Fatima Mendosa sobre el contenido del contenedor. Sobre la túnica blanca en el viejo armario. La misma túnica que usaban los miembros de la secta satánica que años atrás secuestró un autobús escolar con veintiún estudiantes y un par de maestros de la Escuela Elemental Lennox, que fueron brutalmente masacrados.

«Oh, no».

Wiklund se pasó la mano por la cara; le temblaba el pulso y sudaba como un cerdo.

—¿Dónde está Hannah?

Perkins bufó una carcajada.

—No te preocupes por mi pequeño turpial. Ella y sus amigos estarán a salvo mientras sigas mis indicaciones...

Pero mintió. Jordan Phillips había muerto tras recibir un hachazo en la espalda. Stacy Harrington, novia de Phillips, fue golpeada y violada. Trey Byers y Kent Mitchell pasaron horribles penurias en la oscuridad de una bodega subterránea. Ninguno logró escapar ileso de aquel lugar. Y Hannah...

Wiklund desoyó las órdenes de Carlton Perkins después de que Trey y Kent aparecieran no tan sanos y no tan a salvo. Llamó al detective Brett Morrison a su oficina y le encomendó una tarea: indagar el contenedor de George Wettington. Morrison era su segundo hombre de confianza en el departamento (pasó a ser el primero tras la repentina partida de Harcourt). Cumplió su misión y, después de muchas trabas impuestas (sobre todo por la ardua senda judicial), por fin consiguió los objetos que guardaba el contenedor de George Wettington. El mismo día que Brett puso la cámara perdida de su sobrina en su escritorio,

el hijo de perra de Perkins volvió a llamar. Para entonces tres de los seis jóvenes que desaparecieron ese verano en Black Wood ya estaban en casa tratando de superar el trauma vivido o relatando su trágica historia en periódicos y noticieros.

En pocas palabras, y usando el mismo tono gentil que la última vez, le amenazó para que no sacará a luz pública los secretos de Wettington y su vínculo con la secta, la corrupción que por años había infectado al departamento de policía de Salem. De lo contrario, Brett Morrison sería el primero en pagar las consecuencias. El segundo...

—Hannah —dijo Perkins—. Está conmigo y goza de buena salud. Si pudieras verla ahora, no la reconocerías. O tal vez sí. Después de todo has ocupado mi lugar en su vida por más de una década; es la hija por la que nunca tuviste que anteponer siempre tu trabajo, apresando a los de mi clase. —Bufó una risa—. En fin. Las condiciones de *nuestra* Hannah podrían cambiar si no obedeces. No suelo dar segundas oportunidades, Wiklund, pero esta vez haré una excepción. Aprovechala. Y, por favor, no te atrevas a ponerme a prueba. Puede que te haga llegar uno o dos de sus dedos si lo haces.

Dicho aquello, colgó.

Wiklund no tuvo tiempo de responder. Tampoco era que muchas palabras acudieron a su cabeza en aquel momento. Maldijo.

Luego pensó: Sí, puede que Carlton Perkins no infringiera de muerte a Hannah después de todo lo que hizo para tenerla a su lado. Pero había hecho cosas más inhumanas en el pasado (asesinar niños, por ejemplo); mutilar a su propia hija sería, como quien dice, pan comido.

Tras llegar a aquella desoladora conclusión, se echó a llorar.

Un año después, la evidencia robada por George Wettington, entre otros interesantes y macabros artículos, continuaban ocultos; Hannah seguía desaparecida, y allí estaba él, en la penumbrosa sala de estar de su apartamento padeciendo un ataque de ansiedad que pasaba por una corazonada.

Desplazó la mirada por la estancia. Se sentía solo, y este sentimiento pocas veces lo sobrecogía. Vio su MacBook Air —la cual no poseería si Hannah no lo hubiera convencido de adquirirla en descuento durante el viernes negro de 2016— sobre la mesa del comedor y conectada a su cargador desde la última vez que la utilizó para revisar sus e-mails, hace tres o cuatro días.

Bajó la taza (se había bebido el resto de la infusión mientras evocaba los recuerdos de la segunda llamada de Perkins, y seguía sin percibir sus efectos) y ocupó una silla. Encendió la portátil y, segundos más tarde, colocó la contraseña: «**28102001**», la fecha de nacimiento de Hannah. Un puto genio. A continuación, aparecieron su escritorio y sus iconos y el apartado de correos se abrió de forma automática. Echó un vistazo sin demasiado cuidado a los e-mails sin abrir en la bandeja de entrada. No esperaba encontrar nada interesante. Solo derrochaba tiempo y energía. Nada más.

Uno de los correos sin abrir tenía por asunto: «¡**Visita Black Wood o muere en el intento!**». Aquello debía tratarse de una maldita broma. Frunció el ceño e hizo doble clic. La fecha correspondía a la de hace tres días; Wiklund supo entonces con exactitud cuándo había revisado sus correos por última vez.

Enviado: 18/11/2019 22.31 h

A: wiklundlinus1968@gmail.com

De: the1_whosurvived@outlook.com

Si estás leyendo esto, H sigue viva.



CAPÍTULO 10

—Nos estamos quedando sin combustible —anunció su padre a menos de un y medio kilómetro de la estación de gasolina más cercana. Al cabo, viró el volante y aparcó junto al surtidor. Le preguntó antes de bajar del auto si quería algo de la tienda.

Hannah negó con la cabeza. Hace media hora que estaban en suelo estadounidense. Otra vez. En Alaska.

—Debo pagar primero —dijo su padre—. No tardaré mucho. —Y, antes de cerrar la puerta, añadió—: Sé buena chica.

Hannah forzó una sonrisa y permaneció en silencio tal como lo había estado desde que dejaron el restaurante Betty's. Entonces su padre también le había dicho «Buena chica» justo después de haber pasado de largo junto a los policías canadienses y se sentara en la mesa. Una fracción de segundo antes ella se había fijado en la pistola que veladamente su padre aferraba debajo de la mesa. La pizza y las Coca-Colas estaban servidas, y el noticiero, que hace un instante informaba el hallazgo de Trey Byers y Kent Mitchell, sanos y a salvo, había dado paso a comerciales. Para ese momento, ella había perdido el apetito, mientras evitaba volver la vista hacia los oficiales canadienses (lo que requirió de un tremendo esfuerzo), tratando de ser la buena chica que en realidad nunca fue en su otra vida. Así y todo, se esforzó por engullir una o dos rebanadas de pizza, y beber un sorbo de gaseosa. Ninguno, a su parecer, tenía sabor.

Buena chica. A partir de ahora eso se proponía ser, pensó. Nada de llamar la atención. Nada de volver a dejar mensajes en los espejos de los baños públicos. De ahora en adelante acataría las órdenes de su padre, al menos hasta que otra —mejor— oportunidad para escapar se presentara. Pero, vamos, ¿a quién quería engañar? No habría otra oportunidad. No como la que tuvo y desaprovechó en Betty's. Y una vez llegaran al lugar que su padre se obstinaba en llamar «casa», sabía ella, toda ocasión de escapar de esa jodida pesadilla se habrá escurrido como agua entre sus dedos para siempre. Ni tan siquiera quedaría la ilusión. «Tal vez sea hora de resignarse —dijo la voz de su consciencia—. Tus amigos están a salvo. Tu madre está a salvo. Mientras estés con tu padre, estarán a salvo, tendrán una vida... Se los debes».

Se los debía.

Vio a su padre entrar a la tienda de comestibles y, como un ciudadano normal, dirigirse al empleado en el mostrador mientras blandía su sonrisa más llana. Hannah apartó la mirada y alargó la mano hacia el portavasos entre el asiento del conductor y el suyo. Tomó la botella de agua. Cayó en la cuenta de que estaba vacía al advertir que carecía de peso. Maldijo. Su padre no mencionó su intención de ir a por más agua y, al ritmo de marcha en el que iban, probablemente no harían otro alto hasta haber llegado a su destino. Con el reciente rescate de Trey y Kent, y su propio rostro apareciendo en todos los noticieros, no era de sorprender que su padre pretendiera doblar esfuerzos para llegar lo antes posible a «casa» a fin de evitar que alguien la reconozca en lo que quedaba de recorrido. Y, joder, tenía sed.

Al mirar hacia la tienda, confirmó que, en efecto, su padre salía con las manos vacías.

«Sé buena chica», pensó, y bajó del vehículo ante la vista atónita de su padre, que se detuvo un momento, frunciendo el ceño, mientras ella enfilaba la entrada de la tienda con la botella de agua vacía en la mano. La agitó en alto para que su padre viera su intención sin

cruzar palabras. Por un instante creyó que iba a detenerla. No lo hizo.

Hannah entró en la tienda de comestibles y arrojó la botella plástica vacía en el contenedor de reciclaje, a un lado de la puerta. Echó un vistazo hacia el chico que atendía en el mostrador, quien, con un interés notable, la miraba también. Ella siguió de largo hasta el final del pasillo, donde estaban los refrigeradores: unos con bebidas, otros con embutidos. Cogió dos botellas de agua Starkey para el viaje y un paquete de Cheez-It tamaño familiar, mientras se encaminaba hacia el mostrador.

El empleado, que a mansalva debía tener un par de años más que ella, no le quitó la vista de encima aun cuando ella dejó los productos en el mostrador. Hannah aparentó desdén, ladeando la cabeza hacia las repisas adyacentes. «Por favor, haz rápido tu trabajo para que pueda irme», rogó en su fuero interno. Y justo después pensó que, en primer lugar, nunca debió salir del auto.

—El hombre de allá fuera —lo oyó decir—, ¿es tu papá?

—Sí —contestó ella, con impaciencia, sin molestarse en comprobar a quién se refería. No hacía falta.

—Eso pensé. —Lo oyó sonreír—. Apenas ha apartado la mirada de la tienda mientras llena el tanque. Parecer algo tenso, preocupado. Presumo que es uno de esos padres sobreprotectores, ¿no?

«No tienes idea de cuánto».

Tampoco hacía falta que Hannah comprobara que su padre estuviese viéndolos en ese momento. Sabía, por lo visto en el Betty's, de lo que era capaz; eso, justamente, era lo único que la detenía de pedir ayuda al sujeto entrometido.

Ella respondió:

—Sí. Tenemos prisa.

—¿Adónde van?

Hannah, plegando el ceño, por fin lo miró a la cara. «Vamos adonde sacrifican vírgenes y beben su sangre mientras se baila a la luz de la luna, ¿conoces el lugar? —se contuvo decirle. Y también—: A dónde diablos no te importa».

—Lo sé, lo sé —dijo él, riendo, y alzó las manos—. No es mi maldito problema.

—Ajá.

—Al menos conseguí que hicieras contacto visual. Haz estado evitándolo. Y te sale terrible.

—Hablabas en serio cuando dije que teníamos prisa —dijo Hannah.

—Oh, lo siento. —El sujeto bajó la mirada y tomó las botellas de agua y el Cheez-It. Sonreía levemente. Hannah no pudo evitar valer esos escasos segundos fuera de su campo visual para observarlo esta vez ella. Tenía la misma estatura que Nate. Pero allí acababa las asimilaciones con exnovio psicópata. Piel oscura, cabello corto al rape, ojos marrones claro, el sujeto que tenía ante ella no era sólo atractivo, parecía avisado. De esos que tomaban riesgos. De los que no pensaba en las consecuencias de hablarle a una chica desconocida cuyo padre sobreprotector merodeaba cerca. ¿Cómo sabía esto si hace apenas unos segundos que lo conocía? No tenía respuesta para eso. Quizá solo quería confiar en ello. Tal vez podría pedirle ayuda. Tal vez, después de todo, aún no había perdido su última oportunidad.

Lo que fuera a hacer tendría que hacerlo rápido, y con mucha cautela. Se planteó decirle que, sí quería —y a ojos vistas que *sí quería*—, podría apuntar su número de teléfono en su móvil; pero, en vez de su número, le daría un mensaje de auxilio: que llamara a la policía

una vez ella y su padre dejaran la estación; que aquel hombre la tenía contra su voluntad; que se dirigían a Alaska, a un lugar llamado Red Snow; que su nombre era Hannah Perkins. «No. Es demasiado. Mi padre puede darse cuenta». Con una leve sonrisa, ladeó la cabeza hacia los surtidores de combustible. Carlton miraba hacia la autopista con las manos en la cintura, pero en aquel momento se volvió como si hubiera percibido la mirada de ella. Ella, rauda, apartó los ojos. (No sería capaz de mirarlo de nuevo.) Enfocó la vista en el carnet de identificación plastificado que el sujeto llevaba prendido en el pecho: DEVONTE.

Lo oyó reír de nuevo. Una risa breve.

—Puedes llamarme Devon —invitó él. Extendió la mano hacia ella al mismo tiempo que ampliaba una vez más su limpísima sonrisa—. Ya sabes mi nombre —dijo—. ¿Cuál es el tuyo?

Hannah se limitó a mirarlo, horrorizada. «¿Qué has hecho?»

—¿Qué? —balbuceó, confusa, y resistió la envión de recular un paso.

Devon volvió a preguntar:

—¿Cuál es tu nombre? —Plegó el ceño y se inclinó un poco hacia adelante, observándola con cierto aire categórico—. Tengo la impresión de que te he visto antes. En alguna parte. Ahora no recuerdo dónde o cuándo, pero podría apostar a que fue hace poco. ¿Eres de por aquí? ¿Estás segura de que no nos hemos visto en otro lugar? Creo que haberte visto...

—Yo... —empezó Hannah. No pudo acabar la frase. En cambio, pudo pensar: «Yo a ti no, pero es probable que hayas visto mi rostro en los noticieros. Soy uno de los *seis de Salem*, nos llaman. —Entonces cayó en la cuenta del terrible error que estaba cometiendo. Oh, no. Su corazón latía con fuerzas—. ¿Qué diablos estoy haciendo? Debo salir de aquí...» Metió la mano en el bolsillo de su pantalón para sacar un billete de veinte dólares que su padre le había provisto durante su paso por Portland. Se disponía a dárselo a Devon —el cambio incluido— cuando oyó que le preguntaba de nuevo cómo se llamaba, y...

—Espera. ¿Dónde está tu viejo?

—¿Qué? —Hannah alzó la mirada. Devon tenía la cabeza ladeada hacia la ventana que daba vista a los surtidores de gasolina. Fruncía el ceño. Ella lo imitó. En efecto, su padre no estaba allí—. Yo debo...

Lo que estaba a punto de decir era que debía irse. Pero no acabó la frase. En ese momento se cortó la energía de la tienda: los focos del techo, la luz de los refrigeradores, el letrero de neón con el logotipo de Budweiser en la ventana... todo se apagó de repente. Habrían quedado a oscuras si no fuera porque apenas era mediodía, y el cielo poseía un cariz encapotado que vaticinaba lluvias. Hannah sintió un escalofrío. Ojalá no fuera lo que estaba pensando. Quiso gritarle a Devonte que llamara a emergencias, o que echara a correr por su vida. No podía. Estaba presa del miedo. Inmóvil. Tan solo sentía las lágrimas que bajaban por su rostro. Devon hablaba («¿Qué ocurre? ¿Dónde está tú padre? ¿Por qué estás llorando?»), pero ella apenas escuchaba sus palabras, tan solo suponía lo que estas querían decir.

A su espalda, una puerta se abrió. Ella ni siquiera tuvo que volverse para mirar que ciertamente así era. Confiaba en su intuición. Lo supo al ver la expresión de confusión, luego espanto, en la cara de Devon. El sonido del disparo arrancó a Hannah de su trance. Cerró los ojos, pero demasiado tarde. La imagen del ojo del empleado de la tienda siendo perforado por la bala, causando una erupción de sangre y sesos desde la parte posterior de la cabeza, jamás la abandonaría. La sangre le salpicó la cara. Lágrimas se mezclaron con ella.

Abrió los ojos. Tuvo la impresión de que el tiempo avanzaba despacio, muy despacio. Hace un instante, Devon estaba allí. Al otro, ya no.

«Ha sido mi culpa», pensó Hannah, aún aturdida. Al mismo tiempo, Carlton Perkins, pistola en mano, pasó junto a ella y rodeó el mostrador. Una enorme salpicadura de sangre con trozos de seso empañaba la pared del fondo.

Sin decir palabra, Hannah vio a su padre arrancar la caja registradora y crear un caos con las mercancías en el mostrador, a mansalva para que las autoridades creyeran que se trató de un robo. (Era evidente que también había cortado la energía para desactivar las cámaras de seguridad, las cuales, con suerte, tal vez tuvieran su propio generador.) Por último, con premura, tomó las botellas de agua y el paquete de Cheez-It que había cogido Hannah —todo rociado de sangre—, aferró a su hija del brazo y la condujo hacia la salida.

A veinte minutos de Fairbanks, el peso de la mano con la que Carlton Perkins asió la pistola hace un instante cayó sobre el muslo de Hannah, que hasta ese momento había estado más que solo callada, inmersa en una laguna oscura e insondable de culpabilidad. Ni siquiera se sobresaltó cuando la mano de su padre apareció en su pierna. Ladeó la cabeza con un gesto mecánico para verlo de soslayo.

—No ha sido tu culpa —le escuchó decir—. En unas horas estaremos en casa. Y todo habrá quedado en el pasado.

Sonaron lejanas sus palabras. Hannah volvió la vista al frente.



CAPÍTULO 11

«Jamás creí que llegaría ese día: el día en que decidí salvar una vida que no merecía — ni mucho menos— ser salvada. En el fondo pensaba que era lo correcto. Ahora, no estoy tan seguro».

**GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 24 DE FEBRERO.
Una semana antes de la aparición de Hannah Perkins.**

Desperté sin saber dónde estaba, ni cómo ni cuándo me había quedado dormido. Tardé un rato en hallar las respuestas. Les di forma en mi subconsciente a medida que los recuerdos se abrían paso hacia la luz de entre una espesa bruma. Así supe, pasado un minuto o dos — puede incluso tres—, que estaba en mi habitación. Demoré un poco más en intentar deducir cómo había llegado allí mientras me limitaba a mirar el techo de raso blanco imbuido por una luz nacarada e hipnótica. Al cabo concluí más o menos lo que ocurrió la noche anterior (si realmente ocurrió la noche anterior, es decir). Evité realizar algún movimiento a fin de no avivar los dolores de mi cuerpo que, dada mi reciente conclusión, estaban adormecidos, pero que tarde o temprano despertarían. Como yo. En tanto me diera otra hora de descanso, los mantendría a raya.

Cerré los ojos. De nuevo intenté hacer memoria de lo último ocurrido antes de que perdiera la consciencia, pero sólo acudieron vagos destellos a mi mente, y el sonido de la lluvia.

Abrí los ojos yladeé un poco la cabeza. Visualicé el rostro de mi hermana frente a mí y maldije.

—Por favor —dije, casi como una súplica—, dime que no ha vuelto a suceder.

La voz me salió ronca. Esto, y el dolor lacerante que me asaltó en la espalda y en la parte ulterior de la cabeza inmediatamente después, eran ya respuesta suficiente a mi cuestión. Vi en los ojos de mi hermana las palabras «Lo has vuelto a hacer, Jeff» sin un vestigio de reproche en ellos; en cambio traslucían tristeza, lo cual, a decir verdad, era mucho peor.

—¿Prefieres que te mienta? —contestó Jess—. Como si la respuesta no saltara a la vista, Jeff. ¿En qué demonios estabas pensando? —Estaba sentada en la cama a un lado de mis piernas. Agitó los brazos al soltar su reclamo, un rasgo que evocaba de nuestra madre. También el cabello rojizo, el perfil afilado y, a veces, su sonrisa. Callé, porque era incapaz de responder a esa pregunta, no en ese momento. Ella cruzó los brazos y curvó una ceja—. ¿Ahora piensas quedarte callado? Pues bien, yo te diré lo que pasó...

Y lo que pasó fue que, a eso de las tres de la madrugada, recibió una inquietante llamada de Linus Wiklund. Al parecer, Wiklund, que había conocido a Jess durante la etapa oscura que atravesé tras la muerte de Lauren, tenía una especie de corazonada, o algo por el estilo, que le impedía conciliar el sueño, y que temía que hubiera sufrido otra recaída como la de hace un par de años. Jess le preguntó por qué creía que pude haber recaído y, en éstas, qué pudo haberlo provocado. Y Wiklund se lo dijo sin reparos.

—¿Qué te dijo, exactamente? —pregunté, masajeándome las sienes. Joder, cuánto me dolían.

—Todo. Me lo ha dicho todo, Jeff. Al menos eso creo. —Descruzó los brazos y, suspirando, llevó la mirada hacia la ventana, desde donde se podían ver los colores desteñidos del cielo al atardecer (¿o amanecer?, no estaba seguro)—. Me contó qué has estado haciendo el último año. Y con quién. Me dijo que pudiste atrapar a uno de los

culpables de la desaparición de los seis jóvenes, el cual, supongo, era tu cometido y el de su hermana. Hace una semana, cuando los medios cubrieron la captura de Paul Wettington, no imaginé que tú estuvieras involucrado. Se lo dije a Wiklund. A lo que él respondió que habían preferido mantener las circunstancias de la captura en privado dada la participación de su hermana en lo ocurrido, en otras palabras, para no echarle más leña al fuego. En fin...

Quise decirle lo sorprendido que estaba de que su querido esposo no le hubiese contado de mis peripecias (en las que él había hecho parte importante, además), pero no lo hice porque estaría mintiendo al afirmar que me sorprendía la actitud subrepticia de Yates. Y porque no quería echar más leña al fuego.

—¿Qué más te dijo?

Jess me vio directamente a los ojos y, al cabo de unos segundos, bajó la mirada.

—Tomaré tu silencio como que también te contó que fue Paul Wettington quien asesinó a Lauren y que él, Wiklund, llevaba tiempo sabiéndolo. O, mejor dicho, ocultándome la verdad. En parte, principalmente, para que me enfocara en la investigación de la desaparición de su sobrina y sus amigos, lo cual al final se resolvió sin que yo tuviera mucho que ver en ello. Porque el sufrimiento de haberla per... de haber...

Y empecé a llorar. Lloré con dolor. Lloré con cada fibra de mi cuerpo mientras Jessica se arrojaba a mi lado y me estrechaba entre sus brazos y yo hundía la cara en el hueco de su hombro como cuando éramos niños y ella me consolaba tras la muerte de nuestra madre. Lloré como no lo había hecho desde que la perdí a ella. A Lauren. Puede, incluso, que entonces no hubiera llorado como lo hice en ese momento. De nuevo estaba tocando el maldito fondo. Y cuánto dolía.

Paré de gimotear al cabo de unos minutos. Jess y yo nos apartamos. Mientras me enjugaba las lágrimas, no pude verla a la cara debido a una vergüenza sin sentido (como si ella no me hubiera visto en peores circunstancias, o no me conociera literalmente de toda la vida), en cambio miré hacia la ventana. El cielo parecía más oscuro que hace un instante. En efecto, atardecía. Espera... Me llevé una mano a la parte posterior de la cabeza. Advertí que tenía una especie de gasa adherida a la altura de occipucio y que, de allí, tal parecía, provenía la mayor concentración del dolor físico que me afligía.

—¿Qué me... ocurrió? —inquirí, medio riendo y con un gesto de adolorido.

—Larga historia —dijo Jess. Se levantó—. Te la contaré más tarde. Aún hueles a vómito, así que te sugiero, en la medida posible que te lo permitan tus heridas, tomes una ducha mientras preparo la cena. —Y, sin decir más, salió de la habitación con un satírico levantamiento de cejas.

Me pregunté si acaso ella recordaba que aquel era un gesto que solía hacer nuestra madre. No importaba.

Lo importante en ese momento era hacer lo que decía. Tenía razón. Apestaba. Vestía un conjunto de chándal ligero que solía utilizar a veces para dormir (y con *a veces* me refería a ocasiones esporádicas en las que apenas me acordaba que lo tenía). Cerré los ojos un instante. Pensé que Jess debió encontrarme más temprano tumbado en el suelo del balcón, calado de lluvia y cubierto de vómito y... ¿sangre? Ahora que recuerdo, sí, estuve en el balcón. Sí, estuve ebrio como una cuba, balanceándome en el balconcillo, con los brazos extendidos y riendo como una versión suicida y achispada de Rose en el Titanic. Entonces pensaba en lo que diría Wiklund si me viera en ese preciso instante, cuando, de pronto, perdí el equilibrio.

«No, naturalmente no caí al vacío. Al menos no a uno tan próximo. Caí hacia atrás. Me

golpeé la cabeza y quedé inconsciente hasta que Jess me halló y, con ayuda del celador (el buen Fritz), me llevaron a buen resguardo dentro mientras llamaban a un médico o la propia Jess hacía las debidas labores de uno, pues, como ella argüía, había estudiado dos semestres de ciencias de la salud en la Universidad Estatal de Boise antes de decantarse por ciencias sociales», pensé.

«Y aquí estoy». Recordé la visión que tuve de Lauren la noche anterior. Sobre la lluvia y su absolución. El que estuviera vivo significaba que o bien era un inútil hasta para causarme mi propia muerte, o bien que Lauren me había perdonado y me estaba dando una segunda oportunidad para seguir viviendo esta existencia sin ella.

O bien las dos.

Tomé aire. Me apoyé con las manos y los brazos y apreté los labios en tanto hacía lo posible por levantarme de la cama. Dolió un infierno, pero lo logré. «Lauren me ha dado una segunda oportunidad, no puedo defraudarla». La imaginé riendo si me oyera decir aquello en voz alta. Me diría que no esperaba que hiciera algo por ella, y ambos sabríamos en el fondo que no era cierto. Como cuando sugirió que cambiara las cortinas de mi habitación por unas más bastas para que la luz del sol no nos interrumpiera en la mañana.

Y lo hice. Cambié las malditas cortinas. Pero ella nunca volvió.

Enfilé el cuarto de baño (un largo y tortuoso recorrido que me tomó varios minutos), gimiendo y resollando a cada paso.

Una hora después, emergí de la habitación como un hombre nuevo; eso sí, algo maltrecho.

Esperaba encontrar la cena servida y a Jess sentada en el mesón-isla que separa la cocina de la sala. Pero no. Jess estaba de pie frente al televisor. Fruncía el ceño y cruzaba los brazos ante el pecho. Parecía abstraída en lo que sea que estuviera transmitiendo la pantalla, tanto que ni siquiera cayó en la cuenta de mi presencia hasta que me aclaré la garganta y, con cierto esfuerzo, avancé hasta ella. Le pregunté qué estaba sucediendo; Jess, limitándose a una mirada, me indicó que lo viera con mis propios ojos. Y lo hice.

La noche anterior —quizá mientras estaba semiinconsciente sentado frente al televisor, expeliendo sobre mi pecho; o quizá mientras, entre balanceos y una laguna mental, me dirigía hacia la ventana para recibir la absolución de Lauren a través de la lluvia; o quizá mientras yacía en el suelo, de nuevo inconsciente, con un golpe en la cabeza—, el celador Alfred Grossman, de la Penitenciaría Estatal de Oregón, aprovechaba el punto más oscuro de la noche para encender un cigarrillo en tanto fuera llovía con vientos torrenciales. Los celadores tenían prohibido fumar durante la guardia. Pero tanto daba si eras la única alma que vagaba en el pabellón A-207 a esa hora.

El viejo Fred, en edad de jubilarse, encendió su cigarrillo, furtivo en las sombras. Inhaló profundamente. Entonces oyó un sonido quedo. Al mismo tiempo, tuvo una corazonada. Algo terrible estaba pasando. Exhaló, despidiendo una copiosa cortina de humo blanquecino que dispersó con la mano. Apagó el cigarrillo y luego se encausó a buscar el origen de aquel sonido. Parecían... arcadas. Provenían de las celdas del flanco derecho, subiendo las escaleras, bajo las que el viejo Fred se había ocultado para cebarse con su cigarrillo. Subió. Extrajo la linterna y, remisamente, avanzó por el pasillo, flanqueado por las celdas y la barandilla, siguiendo aquel sonido que le ponía más y más la piel de gallina a medida que se acercaba. Ya tenía una idea próxima de qué se trataba.

Iluminó las celdas, una a una, de aquel flanco. Sombras enrejadas se proyectaron hacia recovecos aún más oscuros que tumbas abiertas hacia la noche. Entonces confirmó sus

temores. El sonido, a la sazón un eco asfixiado, se patentizó ante sus ojos. En el interior de la celda unos pies se movían espasmódicamente. Dos cuerpos ataviados con el uniforme naranja penitenciario pendían del techo. El celador proyectó la luz de la linterna a la cara de uno de los reclusos, justo cuando quedaba inmóvil. Le temblaban las manos...

Una mano apareció en mi hombro. Apenas me inmuté. De soslayo vi la cara preocupada de mi hermana.

—Jeff —dijo—, ¿estás bien?

Asentí.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—¿En qué estás pensando?

Pensaba en Paul. Paul advirtiéndome aquella noche en el bar que esto pasaría.

Paul riendo.

Paul diciendo que Wes y Rick pronto estarían muertos.

—Nada —respondí. Hice una pausa y reconsideré mis palabras—: En realidad, sí, estaba pensando en algo. ¿Dónde está mi celular?

Estaba en la encimera de la cocina; Jess me lo tendió con recelo y sin apartar su vista de mí un solo segundo.

—¿A quién vas a llamar? —preguntó, ceñuda, al verme presionando la pantalla del aparato con tropel.

No respondí. No porque no la hubiera escuchado. Ni porque se me estuviese agotando el tiempo, que puede que así fuera. La verdad era que no podía creer lo que estaba a punto de hacer.

No podía creer que estuviera intentando salvar la vida al hombre que asesinó a Lauren.

Wiklund esperó cuatro larguísimos días el siguiente correo.

Apareció en su bandeja de entrada alrededor de las dos de la mañana. Para entonces casi había perdido las esperanzas (de hecho, un día antes pensó que tal vez solo se había tratado de una jodida broma y decidió acostarse temprano), y no lo vio hasta el día siguiente, a eso de las ocho, antes de dirigirse a la estación. El mensaje no respondía a las cuestiones en su correo de contestación: «¿Quién eres? ¿Dónde está Hannah?». En cambio, se limitaba a darle una serie de indicaciones, que, con cierta escama, Wiklund siguió al pie de la letra.

Lo primero: «Ve a la puerta principal y revisa la moqueta. Debajo hay un sobre».

En efecto, bajo la moqueta había un sobre blanco. Lo tomó y volvió adentro.

Lo segundo: «Consigue una nueva portátil y conexión wifi desde otro operador».

Wiklund maldijo. Una hora más tarde, estaba en Waverly Street Coffee (a un par de calles de la estación de policías), sentado en una mesa al fondo, frente a una portátil de segunda mano que adquirió por unos ciento veintitrés dólares en una tienda de empeño en la calle Comercial. No era una MacBook última generación ni mucho menos, pero de momento le serviría para cumplir un único propósito: la tercera indicación.

Lo tercero: «En el sobre hay una cuenta de correo y una contraseña. Úsalos y revisa la bandeja de entrada. Te he dejado otro mensaje desde una cuenta diferente. Respóndeme con una pregunta».

Wiklund pensó: Si aquello se trataba de una jodida broma, montaría en cólera. En el

fondo, sin embargo, sentía y temía que todo era cierto. El sentimiento era apenas una pequeña llama que ardía en su interior, la misma que durante meses había mantenido con vida la esperanza de encontrar a Hannah. Inhaló, exhaló. Pidió un bollo de azúcar y un café cargado y respondió.

Fecha: 22/11/19 9.42 h

A: the1_whoscaped@hotmail.com

De: chiefwiklund17@gmail.com

Asunto: Hannah

¿Quién eres?

En tanto esperaba, probó el bollo. Estaba bueno. También el café. Miró el trajín de automóviles en la calle Waverly. Pensó en Hannah y en su afición a hacer listas. Como la lista de indicaciones que lo había traído hasta ahí, por ejemplo. Sonrió. En el fondo sabía que no era ella quien estaba detrás de esos correos. Aun así, quería llegar al fondo del asunto.

Fecha: 22/11/19 9.45 h

A: chiefwiklund17@gmail.com

De: the1_whoscaped@hotmail.com

Re: Asunto: Hannah

Un amigo.

Wiklund frunció el ceño. «¿A qué demonios te refieres?» Estuvo a punto de rasguear esta pregunta. En cambio, escribió:

¿Qué quieres?

Esperó la respuesta. Pasaron cinco larguísimos minutos antes de que llegara.

Fecha: 22/11/2019 9.50 h

A: chiefwiklund17@gmail.com

De: the1_whoscaped@hotmail.com

Re: Asunto: Hannah

Quiero lo mismo que tú. Salvar a Hannah.

Fecha: 22/11/2022 9.51 h

A: the1_whoscaped@hotmail.com

De: chiefwiklund17@gmail.com

Re: Asunto: Hannah

¿Salvarla? ¿De quién?

Fecha: 22/11/2019 9.54 h

A: chiefwiklund17@gmail.com

De: the1_whoscaped@hotmail.com

Re: Asunto: Hannah

Los dos sabemos de *quién*. Sé que sabe más de lo que dice. Como el asunto del contenedor de George Wettington y la identidad del líder de la secta que secuestró a su sobrina y aterrorizó a sus amigos en el puto Black Wood. También sé por qué lo hace. *Él* amenazó con hacerle daño, ¿o no, jefe?

Fecha: 22/11/2019 9.58 h

A: the1_whoscaped@hotmail.com

De: chiefwiklund17@gmail.com

Re: Asunto: Hannah

Ahora ¿qué? ¿Qué se supone que haremos para salvarla?

Fecha: 22/11/2019 10.03 h

A: chiefwiklund17@gmail.com

De: the1_whoscaped@hotmail.com

Re: Asunto: Hannah

Nosotros no. Usted. Ya he corrido muchos riesgos averiguando la ubicación de Hannah y, ahora, escribiéndole estos correos. Y mi tiempo se acaba. Apuesto a que algo se le ocurrirá. Lo que sea, hágalo en persona, y rápido. En un par de días le haré llegar otro mensaje con el lugar exacto y cuándo tendrá mejores chances de dar el golpe.

Fecha: 22/11/2019 10.05 h

A: the1_whoscaped@hotmail.com

De: chiefwiklund17@gmail.com

Re: Asunto: Hannah

¿Cómo puedo confiar en ti? Ni siquiera sé tu nombre.

Fecha: 22/11/2019 10.09 h

A: chiefwiklund17@gmail.com

De: the1_whoscaped@hotmail.com

Re: Asunto: Hannah

Ha confiado lo suficiente para seguir mis indicaciones. Y, ¡vamos, jefe!, no me subestime ni a usted. Estoy seguro de que el asunto de mi identidad ya lo descifró cinco mensajes atrás. Confíe en su instinto, si es que alguna vez le ha servido de algo.

Atentamente,
Un amigo.

Wiklund ordenó otro café cargado para llevar. Lo bebió de camino a la estación durante el recorrido que hizo a pie. Después de todo solo quedaba a dos calles, le asentaría bien hacer un poco de ejercicio, ¿no?, pensó.

En la estación, Martin lo esperaba en la recepción; lo acompañaban el detective Brett Morrison y la oficial Delores Webs. Los tres tenían una expresión aciaga en sus caras. La misma que tenían, si cabe, cuando le informaron de la muerte de Wesley Stout y Rick Dickson a solo una semana para sus juicios, hace cuatro días.

Wiklund pensó inmediatamente en Paul. Jeff, después de enterarse del suicidio (o asesinato) de Stout y Dickson a través de los noticieros, decidió llamarle, a pesar de su enfado, para avisarle que Paul podía ser el siguiente.

—¿Y bien? —preguntó Wiklund, y suspiró. Se preparó para el golpe. Al mismo tiempo se recordó que el *flamante* gobernador Lewis le había asegurado que Wetington estaría (y en efecto estaba, hasta donde sabía él) en una prisión federal de máxima seguridad; la mejor del estado, según Lewis.

Brett y Delores se miraron.

—Está aquí, señor —respondió Martin—. El remplazo de Harcourt. Lo espera en su oficina.

Wiklund no tuvo que preguntar quién. Ya lo sabía.

Transcurrió una semana. Wiklund no sabía qué concepto tenía el sujeto detrás de los correos de «un par de días», pero en definitiva este no coincidía con el suyo. Tras la última conversación (por llamarla de algún modo), Wiklund estuvo revisando su bandeja de entrada cada día a partir del tiempo pactado. Lo hacía sin falta cada mañana justo después de beber su primera taza de café y antes de caminar a la estación desde Waverly, en la tarde tras la hora de almuerzo y el tentempié, y durante la noche antes de beber su quinta o sexta taza de café del día e irse por fin a casa, alrededor de las once.

A veces, incluso, despertaba entre las dos o tres de la madrugada con la envión de echar un vistazo.

Pero resistía. Dios sabía cuán difícil resultaba cada vez que esto ocurría. Como un dolor en el pecho (no en el corazón, sino en el centro) que le impedía respirar. En aquellos momentos se repetía: «Calma, Wiklund. Todo estará bien. Ella estará bien. Pronto recibirás el maldito mensaje con su ubicación, y, joder, podrás salvarla de aquel monstruo que se la llevó consigo a la fuerza. Debes tranquilizarte. Ellos, los cabrones de la secta de Perkins, pueden estar vigilándote». No obstante, sabía en el fondo que estaba siendo vigilado. Desde que recibió aquella primera llamada de Carlton Perkins redivivo, pero sobre todo después

de recibir el correo con las indicaciones de the1_whosurvived. Con ellas, el sujeto detrás de los misteriosos correos había sugerido que los Siervos del Lucero Matutino tenían intervenidos su móvil (el cual prefirió conservar para no levantar sospechas sobre la empresa que estaba o no por emprender), su portátil y sus proveedores de internet. Esto, además de las fuertes sospechas que tenía Wiklund de que había un topo en la estación que filtraba información a la secta.

Martin Atkins, su ayudante (y sobrino no reconocido) parecía ser el candidato más idóneo. Sin embargo, estaba seguro de que no era así. Lo conocía lo suficiente, o más bien sus numerosos defectos (entre los que no destacaba una capacidad nata para mentir), y pondría las manos al fuego si fuera necesario. Martin no toleraba a Paul y, además, sentía una especie de devoción paterna por Wiklund, en el que debía evocar a su padre fallecido. No. Tenía que ser alguien más, alguien que hubiera sido cercano a Paul durante su servicio. Hizo memoria. Reflexionó un par de días mientras trajinaba en asuntos del departamento y revisaba su correo en la cafetería de la calle Waverly. Observó detenidamente. Y, por fin, supo de quién se trataba.

Lo supo mientras caminaba. O, más bien, mientras estaba inmóvil esperando que el semáforo alumbrara rojo y poder cruzar la calle Liberty hacia la estación de policías. Llevaba un café en una mano y la portátil metida bajo el brazo. Una semana y un día. Este tiempo había pasado desde su última comunicación con the1_whosurvived. Acababa de realizar la primera de tres revisiones diarias a la bandeja de entrada de su correo. Pero esta sería la última. Esa vez había un mensaje sin leer de su amigo. Casi soltó una exclamación en plena cafetería. Al mismo tiempo sintió un dolor en el pecho y se llevó allí la mano cerrada. Suspiró profundo. Hizo doble clic y, *voilà!*, lo prometido. Alrededor de quince o veinte minutos después, allí estaba, a punto de cruzar la calle, cuando lo vio bajar de su Honda Civic y entregarle las llaves al valet parking frente al edificio de la estación.

Wiklund pensó: «¡Por supuesto! Eres tú. Tú, hijoputa cabrón, eres el maldito infiltrado. Sabía que eras un cerdo. Sabía que tenías que ser tú. No lo quise creer. Incluso ahora no puedo creerlo. Pero no me niego. Tienes que ser tú. Ojalá pudiera...».

El bocinazo de un vehículo lo arrancó de sus airados pensamientos. El semáforo estaba en rojo.

En la estación, Wiklund le pidió a Martin que enviara a Morrison a su oficina en cuanto llegara. Esto ocurrió a las 9:25 a.m., exactamente quince minutos después de que Wiklund entrara a la estación y pasados treinta o treinta y cinco minutos de haber leído el esperadísimo correo de the1_whoscaped con la ubicación de Hannah (Dios, últimamente se estaba obsesionando mucho con el tiempo). El jefe estaba tan abstraído en sus pensamientos que no percibió el momento en el que el detective Brett Morrison entró a su despacho, o que llevaba allí varios minutos esperando a que por fin reaccionara.

Pero Wiklund estaba pensando. Pensaba con obcecación lo que haría a continuación ahora que conocía la ubicación y el tiempo exacto para salvar a Hannah (si era que podía fiarse del sujeto detrás del seudónimo the1_whosurvived; en el fondo, sin razón alguna, sabía que sí). Lo que hiciera en las siguientes horas, fuera lo que fuese, debía hacerlo con cautela, sin dejar cabos sueltos, ni suscitar la más mínima sospecha. Lo que sea que fuera a hacer (salvar a Hannah), lo haría en persona, y tan pronto como fuera posible.

—Jefe.

Wiklund parpadeó y volvió la cabeza. Había estado mirando sin ver hacia la ventana. En otras circunstancias tal vez se habría sobresaltado ligeramente al ver al detective, su

hombre de más confianza, sentado en la silla frente a él; tal vez, incluso, se hubiera llevado una mano al pecho y aclarado la voz para disimular. No era este el caso. Aun estando allí, Wiklund seguía maquinando. «Nunca he escuchado de ese lugar. Está en Alaska. La puta nevera de Seward, por supuesto. Será un largo viaje. Debería partir cuanto antes. Se llama Red Snow y, según Google, es un paraíso inaccesible por tierra a los pies de una montaña. ¿O una cordillera? Maldición. Da igual. Tengo que...».

—¿Está bien?

Wiklund enfocó a Morrison y asintió.

—Perfectamente. —No mentía. Esbozó un amago de sonrisa y todo. Aunque haría falta más que eso para engañar a Brett si fuera el caso—. Haré un viaje. Uno largo. No sé exactamente cuánto tiempo me lleve. Esperemos que no mucho. Sé bien lo que pensaste. Lo vi en tu rostro. Y tienes razón. Nadie diría algo como «Esperemos que no mucho» si se trataran de unas vacaciones. Pues no. No puedo revelarte mucho de mí cometido de este viaje, ni su motivo, pero, con suerte, más temprano que tarde lo terminarás sabiendo.

«Eso espero».

—Entonces, ¿por qué...?

—¿... te hice venir? —El jefe se reclinó contra el respaldo de la silla. Bajó la mirada un instante hacia su escritorio. Allí estaba la portátil de segunda mano. Zanjó deshacerse de ella al salir ese día de la estación—. Hace más de año te pedí que guardaras discreción sobre los objetos que encontraste en Wesonga Flats. Lo mismo le pedí a Matthew Sanders. Y agradezco que aún cumplan su palabra. Pero ha llegado el momento de que salga a la luz. De destapar la olla...

—¿Está seguro? —Brett, por lo visto, no lo estaba. Habló en voz baja, frunciendo el ceño a más no poder.

—Sí. —Wiklund asintió—. Pero le dejaremos esa parte a los federales. Hay algo que debo decirte, y es la verdadera razón por la que en primer lugar te solicité que guardaras el secreto de los objetos encontrados. Se trata de Hannah... —Y, acto seguido, se lo contó todo. Porque era necesario. Porque necesitaba que Brett Morrison hiciera un par de cosas mientras él viajaba hacia Red Snow, Alaska, para rescatar a la única persona que en realidad le importaba en el mundo. Lo segundo sería hacerle llegar a los federales toda la evidencia que vinculaba a los Wettington con la secta satánica (incluida una extraña libreta con datos reveladores sobre los Siervos del Lucero Matutino y sus miembros, escrito a puño y letra por el fallecido Wettington). Lo primero, inmovilizar al infiltrado.

Cuando Morrison preguntó de quién se trataba, Wiklund respondió, con un regusto amargo en la boca:

—Rothman.

El subjefe del Departamento de Policías de Salem, Patrick Rothman, era el primero en la línea para suceder a Linus Wiklund como jefe de esa jurisdicción. El hombre sobre el que pesaban varias acusaciones de acoso sexual y abuso de autoridad, y un cargo por violación durante su época universitaria, que ocultó su buen amigo George Wettington, y cuyos archivos que lo probaban estaban ahora en poder de Wiklund. Un cabrón traidor con ojos de porcino, eso era.

Brett preguntó:

—¿Quién quedará a cargo de este departamento en su ausencia y con Rothman..., ya sabe?

—El teniente Gudwin será promovido en unos días y, por ende, ocupará mi puesto

mientras no estoy aquí —dijo Wiklund—. En tanto el puesto de subjefe caerá provisionalmente sobre los hombros de nuestra nueva incorporación: sí, como seguro deducirás, me refiero al teniente Rowe.

En poco tiempo —cerca de dos semanas—, el teniente Alcides Rowe demostró ser alguien en quien Wiklund podía confiar. No porque fuera un hombre de pocas palabras, como quien dice, ni porque el sheriff del condado de Benton lo había calificado como un hombre «pragmático, honrado, entregado plenamente a su trabajo» en su carta de referencias. Tampoco tenía que ver con el motivo por el que, según Rowe, había solicitado su traslado al condado de Marion tras resolver un importante caso en el campus de la universidad estatal (el argumento que blandía, si bien era bastante sólido no acababa de convencer del todo al jefe, era porque quería estar más cerca de su hijo, que vivía en Salem tras el divorcio con su madre). No, ninguna de estas era la razón por la que Wiklund, después de conocer los secretos sucios de su mentor y del hijo de éste, en quienes confió ciegamente durante muchos años, decidió de forma involuntaria que Alcides Rowe, un recién llegado dado a los silencios, era digno de confianza.

La razón tenía un nombre: James Tolliver. Wiklund recordaba haber oído de aquel horrible hecho, sobre todo del larguísimo juicio que fue ampliamente cubierto por los medios, pero no del detective que estuvo a cargo de las pesquisas. Tampoco, así pues, que el asesinato del chico de once años estuviera relacionado de forma indirecta con la secta satánica los Siervos del Lucero Matutino. Wiklund intuyó que este caso tal vez era la causa de su divorcio y la pérdida de la custodia de su único hijo. Lo confirmó tras una llamada con uno de los ex compañeros de Rowe, un tal Ian Fitchuk, que no escatimó en detalles sobre los días en la vida de Alcides en aquel entonces.

La llamada ocurrió un día antes de que Wiklund citara al teniente en su oficina e hiciera la pregunta, y tres días después de que recibiera el correo de the1_whoscaped con la ubicación de Hannah. Para entonces ya estaba listo (bueno, todo lo listo que uno podía estar para emprender una incursión de aquella naturaleza) para coger el hatillo esa misma tarde e ir a Red Snow, Alaska. Lo haría en un viejo Mustang que Morrison adquirió subrepticamente, y estaba estacionado en Northgate, a unas calles del lugar donde asesinaron a Lauren. Conduciría hasta allí, pero antes daría varias rondas en su propio auto para asegurarse de que no lo estuvieran siguiendo.

Ya lo tenía todo premeditado (dinero, armas, una identificación falsa, sitios donde hospedarse) cuando hizo la pregunta a Rowe:

—Si te dijera que hay una oportunidad de detener a la secta satánica que inspiró a esos hijos de puta a cometer el asesinato del joven James, que arruinó tantas vidas incluyendo la tuya, y por fin dar un cierre a este ciclo interminable de maldad que ha oscurecido durante décadas a esta parte del país, ¿estarías dispuesto a unirte a mí para llevarlo a cabo?

Durante unos segundos, Rowe pareció confundido (si bien cualquier otro se habría tomado el gesto en su cara como de recelo, incluso de ira contenida).

Los segundos se convirtieron en minutos y, por fin, Alcides Rowe contestó:

—¿Qué tengo que hacer?

Wiklund se lo dijo. Lo que tenía que hacer. Puede que incluso más. Era una tarea sencilla que requirió poner a Rowe al corriente de toda la situación en torno a su viaje. De lo contrario, y no lo hubiera culpado, puede que se hubiese negado.

Aquello no ocurrió, menos mal.

A las 6:12 p.m. Wiklund subió a su coche con los vidrios polarizados. Inhaló, y exhaló,

llevándose una mano al pecho y contrayendo la cara. La maldita corazonada atacaba de nuevo, y sin piedad. «Hija de puta. No podrás impedir que salve a Hannah. No podrás conmigo esta vez». Pero el dolor era cada vez más agudo. Y durante un larguísimo instante (acaso solo segundos, acaso una eternidad) temió que esa vez sí se tratara de un ataque.

Cerró los ojos y, en un intento por aferrarse a la vida, visualizó en su mente el último correo de the1_whosurvived; también conocido como the1_whoscaped; también conocido como Nathaniel Feeney, o Nathaniel Sinclair. Nate.

Red Snow, Alaska

26 de diciembre de 2019 / 5.00 hrs.

Douglas y Emile Haynie

Pasados unos minutos, cuando el dolor remitió, Wiklund repasó una vez más su plan en tanto encendía el auto: «Iré a Red Snow, Alaska; intentaré mezclarme con los habitantes; buscaré a Douglas Haynie y a su hija; montaré vigilancia durante las semanas previas al 26 de diciembre y, antes del crepúsculo matutino de ese día (como si de una jodida poesía se tratara), desataré toda la cólera de Linus Joseph Wiklund sobre los desgraciados que se atrevieron a llevarse a mi sobrina. A mí querida Hannah. Lo juro por Dios. Lo juro por Hannah...». Condujo en reversa y metió primera antes de enfilar la calle Liberty hacia el oeste; luego viró hacia la calle Trade, tomando la primera intercepción. Allí, empezó y terminó su viaje.



CAPÍTULO 12

A dos mil ochocientos kilómetros de Salem, Oregón, un alce americano alzó su imponente testa y una brisa helada agitó las hojas del abedul del que intentaba cebarse. A esto siguió un larguísimo instante de silencio en el que el alce escrutó la distancia con sus ojillos negros. Durante este tiempo, Hannah, binóculos en manos y escondida tras un conjunto de arbustos, tuvo la impresión de que el animal miraba directo hacia ella. «¡Vamos! —quiso gritarle—. ¿Qué estás esperando? ¡Vete de aquí! ¡Hazlo ya! ¡Huye mientras puedas!» Hizo un esfuerzo tremendo para que estas palabras no escaparan de su boca.

Pero ¿qué podía pasarle si no contenía las palabras? No podría ser peor de que lo que ya estaba viviendo o lo que había vivido, ¿verdad? «Puedes averiguarlo si quieres. —Era la voz de (Stacy) su conciencia—. Vamos. Estás exactamente en el medio de la nada. Y no hay nadie más aquí que tu padre y tú. ¿A qué le tienes miedo, Hannah?» Sintió un escalofrío. Apretó las manos en los binóculos para contener el estremecimiento y mantenerse inmóvil. En efecto —y maldita sea la voz de su conciencia por recordárselo—, su padre estaba cerca.

En ese momento estaba a su lado tras los arbustos. Callado e inmóvil, tenía el ojo puesto en la mira telescópica de la escopeta calibre 22 y apuntaba como un profesional. En otra vida Hannah había creído que su padre era un amante de la naturaleza, defensor de los animales y maldiciente de la caza furtiva. Al diablo su otra vida. Pensó en su padre apuntando de esa misma forma a sus amigos aquella horrible noche en Black Wood. Esta vez no tendría contemplaciones. Entonces enfocó la vista y comprobó que solo fue su impresión de que alce la miraba desde la distancia, puesto que bajó de nuevo la cabeza y, por fin, empezó a comer los brotes de esa parte del abedul, envuelto por un silencio inhóspito que en otros tiempos (más en específico, en tiempos donde no hiciera una temperatura de dos grados bajo cero) le habría erizado la piel; quizá le habría advertido que estaba en peligro, que un aura inusual reverberaba en la atmósfera, que un par de humanos merodeaba cerca con intenciones ocultas, o, más bien, amenazadoras. Puede que estas ideas pasaran por la mente del alce, y puede que las estuviera ignorando con resignación; quizá tenía varios días sin cebarse y no supondría ninguna diferencia si un cazador lo acertaba porque, de igual forma, acabaría muriendo en un día o dos si no lo hacía del abedul.

¿Sería una locura decir que admiraba la capacidad de resignación de aquel alce?, se preguntó.

Ella aún no era capaz de resignarse al destino que se había labrado. Aunque sus acciones, como haber pasado de largo a la policía canadiense en el Betty's y desaprovechado así la oportunidad de pedir auxilio, probaran lo contrario. Los motivos que la detuvieron en esa ocasión, sin embargo, fueron haber visto que su padre tenía una pistola oculta y preparada bajo la mesa y haber pensado en lo bien que sabía que estaría dispuesto a desatar el infierno, matando a quien se interpusiera en su camino (su hija incluida, tal vez) en cuanto ella soltara la primera palabra a los policías con la guardia baja. Sería una masacre. «Una matanza nunca antes vista en el Territorio Yukón», dirían a pie enjuto en los telediarios canadienses. Y la culpa habría sido de ella. Ya tenía más que suficiente con la que llevaba grabada en su consciencia por lo ocurrido en la tienda de aquella estación de gasolina. Una vez más había actuado de forma egoísta al pensar primero en lo que ella deseaba antes que en el bienestar de los demás.

De algo estaba segura: la muerte de Devon, el empleado de la tienda cerca de Fairbanks, había sido tanto su culpa como de su padre.

En ese momento, Carlton Perkins estaba a su lado. Lo oía respirar. Lo sentía moverse. A veces, incluso, hablaba. Y, en ocasiones estremecedoras, la miraba por largo rato. Ahora, sin embargo, su atención estaba puesta en el alce que probablemente Rosalie serviría para cenar esa noche y durante varias más. Si bien, con un animal de aquel tamaño, era seguro que guardasen un poco para los ritos de iniciación, que serían en tres días.

«Qué mejor forma para conmemorar mi cumpleaños dieciocho que estando rodeada por un montón de asesinos sanguinarios que adoran al diablo (o a Carlton Perkins, que es lo mismo), y se bañan con la sangre de las víctimas de sus rituales satánicos».

Sí, los ritos para su iniciación empezaban el mismo día de su décimo octavo cumpleaños, y durarían tres días. «¡Tres malditos días!». Se estremecía al pensarlo. Asistirían todos los miembros de la secta con los que su padre se reunió de camino a Alaska. Entre ellos, los McCullough. Y, posiblemente, los Feeney. Sentía una rarísima punzada en el estómago cada vez que contemplaba la posibilidad de encontrarse de nuevo con Nate. A decir verdad, no estaba segura de cómo reaccionaría al verlo.

«Mejor no pensar en eso —se dijo—. Todavía no. Mejor disfruto estos días antes de que empiece una vez más la pesadilla».

El bosque de hoja caduca, ubicado a un kilómetro o así de la Casa Grande, hogar de Hannah desde hace casi tres meses, era una extensión majestuosa donde abundaba gran variedad de árboles (abetos, olmos, pinos, abedules) que lentamente empezaba a cubrirse con las primeras nevadas de aquel venidero invierno. Hannah, como buena amante de la naturaleza y la botánica, estuvo atónita largo rato cuando visitó por primera vez el regio bosque que rodeaba Red Snow, incluida aquella tundra. Había vuelto en sí, de golpe, al percibir que su padre tenía los ojos puestos en ella con aquella sonrisita ladina que le ponía los pelos de punta.

Fue en su primera semana en la villa. En aquella primera «excursión» juntos, su padre cazó un caribú solo para extraer su sangre. Hannah nunca olvidaría aquel horrible recuerdo de Carlton Perkins inclinándose ante el moribundo animal, justo antes de empuñar una daga y abrirlo en canal, tras lo que juntó las manos, las llenó de aquel torrente rojo como si se tratara del surtidor de un manantial o algo por el estilo, y bebió en cantidad, exhalando con una enorme sonrisa, una sonrisa escarlata propia de la de un vampiro o de un caníbal. Hannah tuvo que volver la cabeza para no irse en vómito. El caribú paró de berrear pasados unos segundos. Le sorprendió que no lo hubiera hecho en cuanto su padre lo hendió. Pensó que tal vez se había imaginado esa parte, que el pobre caribú solo siguió berreando en su cabeza después de morir.

Recordó la vez que Nate aplastó con una roca a un turpial gorjeador. En esa ocasión, sin embargo, hubo unos larguísimos minutos silencio tras el «sacrificio». Pero ambas escenas, como si de una película de terror de la vida real se tratara, fueron tanto espeluznantes como inesperadas. El lema de Oregón fue lo que dijo Nate justo antes de liquidar al agonizante turpial. Su padre, en cambio, pronunció: «*Per gratiam satanas*».

Por la gracia de Satanás.

—Hannah —oyó decir a su padre. Ella parpadeó y en seguida encubrió su sobresalto con una expresión de entre aburrimiento y desconcierto antes de mirarlo. Su padre fruncía el ceño—. Has estado muy callada —dijo en voz baja.

—Llevamos varios minutos vigilando al alce. ¿Qué estás esperando para... —hizo una

pausa, apenas sin dar crédito a lo que estaba a punto de decir—... para acabarlo?

—Espero el momento indicado —alegó su padre, poniendo de nuevo el ojo en la mira de la escopeta— para que tú lo hagas.

—¿Qué?

Maldición. Ojalá hubiera dicho aquello en voz alta. De ese modo a lo mejor hubiera ahuyentado al alce y su corazón no estaría latiendo a diez mil por hora en aquel momento. Esta vez fue capaz de encubrir las emociones —confusión, angustia— que a pie enjuto traslucían en su cara, y su padre debió fijarse en ellas, porque a continuación le puso la mano en la cabeza, como si le diera su bendición o algo, antes de bajarla hasta su hombro. Entonces dijo:

—Lo harás bien, Em. Como te enseñé, ¿recuerdas?

Ella asintió tardía. No porque le desconcertara que la hubiese llamado «Em», después de todo aquel era su nombre desde hace tres meses: Emile Haynie, con una «e» al final tanto del nombre como del apellido. En efecto, su padre empezó a enseñarle a disparar tras la primera visita al bosque que cercaba la villa. Aquellas prácticas consistían sobre todo en disparar a blancos marcados con pintura en aerosol en árboles colindantes a la Casa Grande, y botellas de vodka y ron dispuestas en hilera sobre una mesa de madera. La última lección, empero, fue tirarle a un montón platos de porcelana mientras se hallaban suspendidos en el aire. E increíblemente Hannah igualó el récord de Dante, el mejor tirador al servicio de Carlton y los Siervos del Lucero Matutino. Así pues, su padre sabía que era capaz de acertar al alce, y que, si fallaba el tiro, había sido intencional. Por eso asintió tardíamente, porque en una fracción de segundo (lo mismo que tardó en hacer el gesto) había elaborado un plan sencillo para librarse de asesinar al animal y, de inmediato, lo había descartado.

Su padre le entregó la escopeta y se ubicó detrás de ella. La ayudó a colocar los brazos a la altura indicada, le susurró que mantuviera pies y manos tan inmóviles como fuera posible, y, antes de apartarse, le volvió a acariciar el cabello. El viento susurraba. El sol seguía trepando hacia el este entre los troncos de abedules. El alce alzó la cabeza en dirección al alba como si de alguna forma supiera que ese sería el último que vería. Hannah apuntó.

Nate había pronunciado el lema de Oregón aquel oscuro atardecer en Black Wood, pero Hannah musitó el de Alaska justo antes de tirar del gatillo.

—Norte hacia el Futuro.

Hubo un estallido. El alce se desplomó un segundo después. Aún estaba vivo, como el caribú meses atrás, cuando su padre se acercó, le rajó el vientre y el cuello y juntó las manos para tomar y beber su sangre en largos sorbetones. «Resígnate —le dijo la voz de (Stacy) su conciencia—. Esto es lo que te espera de ahora en adelante, por el resto de tu vida, Em, por el resto de tu maldita vida, lo que te mereces... resígnate». Suspiró hondo.

Cerró los ojos.

Y, como si de una iluminación divina se tratara, los abrió de nuevo y cayó en la cuenta de dos cosas que, en otros escenarios, habrían hecho que se desternillara. Lo primero: todavía tenía la escopeta en las manos. Lo segundo: Carlton Perkins estaba arrodillado a unos pocos metros de ella, dándole la espalda, afanado con su navaja en el alce que acababa de asesinar su hija.

De nuevo, Hannah hizo oídos sordos a la voz de su conciencia que le pedía se resignara; respiró profundo, levantó la escopeta y caminó hacia su padre.



CAPÍTULO 13

«Tuve la ocasión de cruzarme con Harriet Sinclair un par de veces antes de que la olla en torno al caso Black Wood y la secta satánica se destapara. Por entonces no se hacía llamar así. Y nadie sospechaba, aunque daba todas las señales, de lo que podía ser capaz».

GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 24 DE FEBRERO.

Una semana antes de la aparición de Hannah Perkins.

Tuve la vívida sensación de que el tiempo se detenía unos segundos al oír del accidente. Al menos en mi fuero interno. En mi fuero externo, todo marchaba con normalidad.

Me encontraba en la casa de mi hermana y su familia, en Boise, Idaho, en plena celebración por el octavo cumpleaños de mi sobrino, que en ese instante estaba sentado en mi regazo. La mirada que me echaba el chico, el único en la sala que parecía notar que algo iba mal por la expresión en mi cara, fue la que me trajo de vuelta (Dios, casi me daba la impresión de oírlo en mi cabeza preguntándome qué demonios pasaba). En tanto, Jessica retiraba las velas del pastel y procedía a rebanarlo con una sonrisa, ajena a las emociones, o la carencia de ellas, que debía traslucir mi rostro; Peter había ido a la cocina a por los platos para servir el pastel.

En cualquier momento uno de los dos (si no los dos) repararía en mi cara, y entonces el pequeño Ethan y yo dejaríamos de ser los únicos en la sala en saber que algo terrible había pasado. Más que solo terrible. Una tragedia. A pie enjuto en los noticieros debían referirse a lo acontecido como una tragedia, sí, o tal vez un intento de asesinato y suicidio que acabó mal. Tanto daba, pensé. Tal vez debería ir al cuarto de huéspedes, tomar mis cosas y conducir hasta Salem. «¿Y qué lograrías con eso? —La voz implacable de Lauren volvía a resonar en mi cabeza por primera vez en varias semanas—. ¿Con qué propósito? No puedes revivir a los muertos. Ni sanar a los heridos, o, siquiera, hacer que despierten de su coma. Sería inútil. Aquí, con tu familia, es con quien deberías estar. No, espera. Ya sé lo que ocurre. Quieres ir a Salem para consolar a la perra mentirosa, ¿eso es? Te conozco muy bien, Harcourt».

Enfurecí, en parte porque Lauren sí me conocía, y *muy* bien.

«¿Que si quiero consolarla? Ella al menos está viva. Como Wiklund».

Lauren suspiró y dijo: «Ambos sabemos que no es así. Lo has escuchado. Brett dijo que...».

—¡CIERRA LA BOCA!

Mi corazón latía a diez mil por hora. Me dolía el pecho. Entonces caí en la cuenta de que había hablado a voz en grito. Alcé la mirada. Ethan, sobresaltado, se había acercado con su madre, que lo rodeaba con sus brazos y me echaba la misma mirada fruncida que su hijo (*qué demonios te pasa*) de hace un rato. Un objeto cayó en el suelo alfombrado y los tres desviamos la vista hacia él en una tensa calma. Se trataba de mi celular. Había olvidado que lo aún lo tenía pegado a la oreja. Lo tomé y me fijé en que Morrison aún estaba en la línea.

—Jeff, Jeff, Jeff —lo oía decir.

—Sí. Aquí estoy —dije. Hablé con voz distante. Como si no acabara de recibir aquella trágica noticia. Como si el corazón no me martillara el pecho y los ojos no me escocieran por las lágrimas que contenía. Como si mi cuerpo no pugnara por abatirse contra el suelo o echar a correr a donde me llevarán los pies. Preferiblemente a Salem, Oregón—. Gracias

por llamar.

Y colgué.

Suspiré profundo. Casi dejé caer de nuevo el celular. Me sentía como si alguien me hubiera arrancado el alma del cuerpo, o, en palabras menos románticas, tan exhausto como si en lugar de oír los detalles del accidente que había acontecido ese día más temprano hubiese corrido la maratón de Boston descalzo.

En éstas, Peter regresó de la cocina llevando varios platos en las manos.

—¿Qué demonios está pasando?

Lauren siguió: «Vamos, Jeff. Cuéntales. Cuéntales cómo sucedieron los hechos de esta tarde. Deléitalos con los mismos detalles espantosos que te refirió Morrison. Vamos. Horrorízalos, y termina de arruinar el cumpleaños a tu sobrino».

¿Cómo podría? ¿Cómo podría contarles que hoy, alrededor de las 4:30 p.m., tanto la policía estatal de Oregón como el personal de emergencias acudieron a la llamada de varios testigos que reportaron el choque de dos vehículos en la calle Trade cerca del cruce con la calle Liberty, en Salem? ¿Que según testigos (e información recabada durante la investigación preliminar), un Mazda CX 5 negro, conducido por una mujer no identificada, se desvió a través del carril derecho y de nuevo hacia el carril izquierdo “como si el auto estuviera poseso”, en palabras de Morrison? ¿Que al llegar a la intercepción entre las calles Liberty y Trade, el vehículo había embestido de frente a un Nissan Versa plateado, manejado por Linus Wiklund, jefe del Departamento de Policías de Salem, quien, en vano, había intentado evadir a la conductora del Mazda?

«No pares allí. Cuéntaselos todo».

Eso hice. Las palabras salieron a borbotones. Le conté a Jessica lo que pasó después de que el vehículo de Wiklund y el de la mujer desconocida (a quien, de hecho, yo había visto en persona dos o tres de veces el año anterior) colisionaran. O, más bien, lo que sucedió antes de la colisión. La mayor parte de los transeúntes testigos apenas lograron salvarse de ser empotrados contra la fachada de aquel restaurante coreano al que fui una vez con Lauren, cuando el Mazda se desvió bruscamente por el carril derecho; o como Ivonne Nixon, una embarazada de seis meses, y su hija de tres años, a quien llevaba de la mano y disfrutaban de sendos helados de pistache, no corrieron con la misma suerte cuando el Mazda retornó al carril izquierdo. Las arrolló. Del cráneo de la pobre pequeña solo quedó un amasijo de sangre y huesos triturados y cabello rubio. La madre vivió un poco más (aunque había perdido ambas piernas, y al bebé, y el ojo derecho le colaba de la cuenca por una membrana), al menos hasta que llegó la ambulancia. El corazón le estalló en el pecho mientras la llevaban al hospital.

La suerte tampoco sonrió a Linus Wiklund. Lo llevaron de urgencias a un hospital con heridas graves, tal vez mortales. De hecho, según afirmó Brett, era un milagro que aún estuviera vivo, ¡un verdadero milagro!, pues Wiklund había salido despedido del vehículo durante la colisión, e impactó el asfalto. Extraño, pensé. No recordaba que el jefe fuera tan descuidado como para olvidar ponerse el cinturón. Fuera lo que fuese que se proponía hacer, debía tenerlo por las nubes. Los resultados fueron múltiples fracturas (tantas que ni los médicos se atrevían a enumerarlas) y un fuerte golpe en la cabeza por el que tuvieron que inducirlo en coma.

Por último, intenté contarle a Jess quién era la conductora del Mazda. Las palabras se trabaron con un nudo en mi garganta. «¡Vamos! Morrison te dijo que las autoridades aún no lo habían divulgado públicamente, pero que tenían una idea bastante próxima de quién se

trataba..., toda una hazaña tomando en cuenta el estado de su rostro desfigurado por los fragmentos de cristal del parabrisas. Dile quién. Vamos, Jeff. No la hagas rogar».

—Jeff, ¿estás bien?

Parpadeé. Jessica me miraba a los ojos. Éramos los únicos en la sala. Daría gracias por eso más tarde. Por eso, y porque Yates hubiera insistido en celebrar el octavo cumpleaños de su hijo algo más íntimo de lo usual, o de lo contrario había tenido un par de docenas de ojos mirándome en vez de uno solo. Y respiraría aliviado.

Miré a mi hermana a los ojos. Asentí.

—Fue ella —dije, con la voz quebradiza—. La madre de Nate.

A eso de las 11:25 p.m., mucho después de haber acabado su jornada de ese día, el teniente —o tal vez debería decir subjefe— Alcides Rowe cerró la puerta del despacho que había estado ocupando desde hace dos semanas o más como investigador a cargo de la unidad de homicidios del Departamento de Policías de Salem. Exhaló al salir. Sentía cierta pesadez en los hombros y, cómo no tras el segundo día más largo de su vida (ambos acontecidos el mismo año, además), en los ojos.

Así y todo, sabía al dedillo que resultaría imposible conciliar el sueño una vez en casa. Ni siquiera tras hacer lo que se proponía al salir de la estación. Había hecho una promesa al hombre que acababa de morir: la razón por la que ese día había sido tan largo, y lo sería mucho más. Volvió a exhalar y enfiló la salida. No pudo evitar echar un vistazo hacia el despacho de Linus Wiklund en tanto que avanzaba por la estancia principal, y tampoco pudo evitar pensar en la última vez que estuvo en ese lugar ni en el motivo que lo llevó allí. Fue ese mismo día. El segundo más largo de su vida, pensó enfurruñado Alcides, y el motivo (que aún era incapaz de digerir del todo, y con jodida razón) había sido de lo más inesperado y rayano en la locura que él hubiera oído de un hombre cuerdo en toda su vida, si bien fácilmente podría ponerse en tela de juicio el estado mental del jefe a tenor de lo que había dicho en ese momento.

El frío arreciaba. Rowe subió a su Volvo frotándose las manos y exhalando; cerró la puerta, metió la llave en el contacto y arrancó el motor. Minutos después, cuando estaba en marcha, aún seguía pensando en lo que había prometido al jefe ese mismo día antes del terrible accidente (en realidad, intento de homicidio) en la calle Trade. Era mejor que pensar en la niña, o lo que quedó de ella, mientras Matthew Sanders y el equipo forense retiraban su cadáver. O en su madre, además embarazada, que murió poco antes de llegar al hospital. Y, mucho menos (que nada tenía que ver con su estado tras el accidente, ya que éstas estamos), en la mujer que causó todo. Brett Morrison le había puesto al tanto de su identidad y sus sospechas sobre el posible móvil del intento de asesinato del jefe, que en ese momento estaba en el hospital luchando por su vida tras salir despedido de su auto durante la colisión, y sufrir gravísimas heridas, por lo que habían tenido que inducirle un coma.

Alcides sintió un escalofrío en el brazo izquierdo. Esta vez lo hizo al pensar en las palabras de Morrison. «Es Harriet Feeney, la madre de Nathaniel Feeney, uno de los seis jóvenes del caso Black Wood del año pasado —había dicho. Rowe asintió una vez como si Morrison le hubiera preguntado si había oído de él. Lo cual sería imposible no haber hecho si vivías en el estado de Oregón—. Los Feeney, a los que se les ha conocido por otros nombres, hacen parte de la secta satánica los Siervos del Lucero Matutino que estuvo

detrás del suceso del año pasado, de la masacre de los estudiantes de Lennox, y puede que en otros más en varios estados de la costa oeste de Estados Unidos. Huyeron, o más bien se desvanecieron como humo, después de que saliera a la luz su vínculo con la secta. El padre y el chico siguen prófugos». Rowe inquirió, aunque en el fondo ya sabía la respuesta, si creía que la secta de alguna forma descubrió lo que se proponía hacer Wiklund.

Morrison respondió, bajando la mirada sombría y negando con la cabeza: «Sí. Cómo, no lo sé. Y tal vez no lo sepamos nunca».

Alcides pensó: «O tal vez sí».

En tanto pasaba de largo junto al parque Fairmont hacia el complejo de apartamentos del mismo nombre, Alcides recordó una vez más su conversación con Wiklund de ese día. En concreto, después de que éste le revelara el motivo por el que lo había hecho ir a su oficina.

Detener a la todopoderosa secta de la costa oeste parecía una auténtica locura, aún más proviniendo de los labios de Linus Wiklund, a quien Rowe había tomado por un hombre justo y un verdadero lince en las dos semanas o más que lo conocía (nada que ver con su jefe anterior). Claro está, aun después de que le relevara sus planes, Alcides no cambió de parecer. En absoluto, ni mucho menos, al considerar el grado de peligrosidad del viaje que estaba a punto de emprender, el cual fácilmente podría calificarse tanto de heroico como demencial, para salvar a su sobrina cautiva de la secta satánica del bosque negro. Y más. El jefe se proponía dismantelar a la secta más sanguinaria y mejor organizada que este país hubiera conocido en toda su historia desde los inicios del Ku Klux Klan. Planeaba infiltrarse en ella. Planeaba destruirla desde dentro con sus propias manos, quizá masacrando a sus miembros uno a uno (o esa fue la impresión que el tono de sus palabras dio a Rowe). Sin embargo, eso no respondía a su pregunta.

»—¿Qué tengo que hacer? —inquirió Rowe menos de un minuto después de que el jefe le diera cuenta de sus planes. Le había sorprendido que usara el caso de James Tolliver para recurrir a su buena voluntad, aunque no tanto como que estuviera enterado de lo profundo que este había marcado la vida de Alcides. De lo contrario (si Wiklund no lo hubiera aludido), probablemente habría o salido riendo a bocajarro de su oficina, o accedido de inmediato nada más porque la mera propuesta resultaba sobremanera interesante, y quería oír de qué se trataba. Wiklund entrelazó los dedos sobre el escritorio y, con una breve exhalación, respondió:

»—No mucho. Sólo esperar noticias.

»—En concreto, ¿qué tipo de noticias?

»—Mis avances. Y, por supuesto, mi supervivencia. Sé que lo que estoy a punto de hacer es una locura. Conozco el riesgo.

»—Y aun así lo hará.

»—Sí.

»—¿Por qué me eligió a mí? No puede tratarse solo de James Tolliver.

»—Porque eres nuevo aquí. Porque la atención de todos durante mi ausencia caerá en Brett Morrison, a quien he convertido en mi mano derecha desde que... —Calló, dio un ademán y suspiró—. En fin. Ellos tienen ojos y oídos en todas partes. Hace poco me deshice de un par de ellos para que no informara enseguida de mis repentinas *vacaciones*. Pero, quién sabe, podría haber más. De lo que sí estoy bastante seguro es que los Siervos acabarán por enterarse tarde o temprano. Y sospecharán. Y por eso debo actuar rápido.

»—¿Y qué debo hacer si no recibo *sus* noticias?

»—Llevar la caballería.

»—¿A dónde?

»—Red Snow...»

Pero antes, siguió el feje, tenía que hacer una cosa. Y tenía que hacerla apenas dejara de recibir noticias suyas y tuviera certeza, al menos en su fuero interno, de que jamás volvería a tenerlas (como tal era el caso, aunque en diferentes circunstancias, pensó Alcides), porque en cuanto fuera sacado de la ecuación la secta enviaría a sus subordinados más cercanos para borrar cualquier indicio que pudiera comprometer la ubicación de su asentamiento secreto, o lo que fuera. Y, así pues, era por esta razón por la que Rowe estaba en el vecindario donde vivía Linus Wiklund, a cuatro kilómetros de la estación de policía, y cerca de la media noche.

Aparcó a una calle del complejo para asegurarse que no hubiera muros en la costa mientras hacía el resto del recorrido por piernas. Abrió la guantera, sacó su sobaquera y se quitó la americana para colocársela, de forma que su arma reglamentaria quedara oculta. Ya puesto, bajó del auto, frotando sus manos a la vez que miraba en derredor con aparente naturalidad, y exhalaba por la boca. Echó a andar. Las calles estaban solitarias y, salvo por el sonido lejano de un televisor que emitía *The Tonight Show*, también silentes.

Por fin, sin cruzarse un alma en ese corto recorrido, Alcides llegó hasta el edificio donde estaba la morada del jefe de policías. De día, pensó él, aquel vecindario debía resultar una auténtica maravilla con la que solo podría soñar debido a la manutención y ahorro para el fondo universitario de su hijo. El apartamento de Wiklund, según éste mismo le indicó, era el 206 del bloque B. Alcides avanzó en seguida hacia la puerta. Antes de que alguien pudiera verlo, pensó. Había oído a un auto acercándose; no quería tentar a la suerte. El jefe, asimismo, dijo que había una llave escondida en los arbustos del costado.

No hizo falta buscarla. La puerta ya estaba abierta.

Si la brisa no la hubiera empujado ligeramente hacia dentro tal vez no se habría dado cuenta de inmediato. Tal vez estuviera buscando la llave en los arbustos en tanto el intruso se escabullía por detrás o le aplicaba un estacazo en la nuca (esto en el caso de que todavía estuviera dentro, claro), dejándolo inconsciente. Así pues, Alcides, presto, sacó su arma reglamentaria de la sobaquera, apuntó a la puerta, que empujó despacio con el cañón, y avanzó.

Al entrar descubrió que alguien había encendido la luz de la cocina. Oyó pasos. Parecían venir del pasillo a un lado de la puerta, a pie enjuto de la habitación del jefe, donde este le había dicho que podría encontrar la portátil de segunda mano que empleó para contactar en secreto con el informador anónimo, y que estaba oculta en un compartimiento secreto bajo los tablones del armario. Maldijo en su fuero intento. El corazón le retumbaba en los oídos, así y todo, mantuvo el semblante impassible y el pulso firme. Los pasos se acercaban. La tensión que se percibía en el aire era casi asfixiante.

Al cabo, alguien emergió del pasillo.

—¿Rowe? —preguntó, reculando un paso, más que confundido, sorprendido—. ¿Qué diablos haces aquí?

Alcides se preguntó lo mismo sobre el inesperado visitante.

Era Brett Morrison.



CAPÍTULO 14

Debió matarlo, pensaba Hannah. Debió haber apuntado a su cabeza y jalado el gatillo. Maldita sea, habría sido tan fácil como matar aquel alce.

No paraba de pensar en ello. Y preveía que no sería la primera vez que lo pensara. Por lo menos no mientras estuviera atrapada en aquella jodida pesadilla a la que había sido arrastrada por su padre. Debió asesinarlo. No haberle disparado con su escopeta el día anterior era una de las dos cosas de las que más se arrepentía en toda su vida; haber llevado a sus amigos a Black Wood a punta de mentiras, la otra. Pero ¿qué hizo en su lugar? No quería pensar en lo que hizo en lugar de volarle la tapa de los sesos a aquel monstruo que tenía por padre. Le revolvía el estómago recordarlo. Sacudió la cabeza.

«Debí matarlo», pensó Hannah de nuevo. Y la voz de (Stacy) su conciencia cargó: «Ya es demasiado tarde. Lo hecho... o, mejor dicho, lo *no* hecho, hecho está. Y no puedes cambiarlo, Em. Además, ¿qué crees que habría pasado si hubieras jalado el gatillo como con aquel alce? ¿Habrías bebido también la sangre de tu padre? Y luego ¿qué, Em? ¿Habrías intentado escapar pasando las montañas hasta el poblado más cercado? ¡Oh, vamos! No intentes engañarte. Ya has mentido suficiente».

La voz de su conciencia tenía razón. Como siempre. Ya había hecho suficiente. Estaba atrapada. Debía resignarse. Hace meses que debió abandonar cualquier aspiración de escapar. No valía la pena seguir pensando en ello, se dijo. Porque nadie escapaba de Red Snow. Nadie. Por lo menos no con vida. Y ella no sería la primera en hacerlo.

Hannah, sin darse cuenta, suspiró profundo. Estaba inmersa en aquellos pensamientos de enojo y reconcomio, lo que ocurría a menudo últimamente, cuando alguien preguntó:

—¿Quién quiere estofado?

Hannah parpadeó. Enfocó la mirada. Era Rosalie. Se había levantado del sillón en el que estaba sentada junto a Hannah y, con una anchísima sonrisa, había formulado la pregunta. Miró en derredor de la sala. Su entusiasmo era palpable.

Hannah la odió en aquel momento más que nunca. Al menos más de lo que lo había hecho en los casi tres meses que llevaba conociéndola. Quiso decirle que cerrara la maldita boca. El impulso de hacerlo fue aún mayor cuando añadió (guiñando el ojo antes de encauzarse a la cocina, como solía hacer) que «Em» abatió al alce que contenía el estofado, «con sus propias manos», el día anterior.

Por Dios, apenas logró dominarse. La presencia de su padre en la sala tuvo que ver con que mantuviera la compostura hasta el final. Y, desde luego, también el par de recién llegadas a las que Rosalie había hecho aquella pregunta como si fuera una madre orgullosa. *Su* madre. Maldita fuera.

Jena y Kenzie McCullough dijeron «sí» al estofado. Estaban sentadas en otro sillón, las manos cogidas en los regazos, las espaldas demasiado rectas, las sonrisas demasiado amplias. Llevaban puesto suéteres cuello de alto, chaquetas de pana y pantalones de mezcillas. Asintieron.

—Claro que sí —expresó Kenzie—. Hablo por mi hermana y por mí al decir que estamos hambrientas. El viaje hasta aquí lo he sentido especialmente largo en esta ocasión.

Jena asintió, mostrándose de acuerdo.

Owen, Jena y Kenzie McCullough habían llegado a Red Snow pasado el mediodía. Dos días antes de lo que Hannah había previsto. Y, como cosa extraña, sin sus padres.

—¿Qué hay de Owen? —quiso saber Rosalie desde el umbral que daba a la cocina. Fruncía el entrecejo. Su sonrisa, en cambio, persistía. Llevaba en la cabeza una fea pañoleta de lino rosa que le recogía el cabello negro abundante y un todavía más feo delantal con estampado floral—. También estará hambriento, ¿no?

—Apuesto que sí —habló el padre de Hannah—. Mejor sírvenos una ración de estofado a todos, Rosie. Comeremos juntos.

Rosalie abrió la boca (tal vez para recordar al padre de Hannah que había comido una portentosa ración de estofado más temprano ese día, quién sabe), pero en una fracción de segundo lo pensó mejor y la cerró. Volvió a sonreír. Observó a Hannah. Hannah quiso negarse cortésmente (ella también había comido una ración de estofado de alce más temprano, y la noche anterior había comido y vomitado la carne de alce a la parrilla que Dante y su hermano habían cocinado; esto, sin aludir lo otro), y lo habría hecho sin temor si no hubiera estado reflexionando sobre la ausencia de los señores McCullough. Algo estaban planeando. Y, dado que Carlton Perkins no se había mostrado en absoluto extrañado de la llegada de los hermanos sin sus padres (ni siquiera preguntó por el paradero), fue evidente que el padre de Hannah estaba al tanto de lo que se traían entre manos. Ella misma tenía una idea de qué se trataba, pero prefería desterrarla de su mente tanto como el recuerdo de Ron y Erin Griffin. Rosalie, con otra sonrisa y guiño de ojo, desapareció en la cocina.

—Por cierto, ¿dónde está Owen? —soltó Hannah, aparentando naturalidad, al cabo de un largo minuto de incómodo silencio. No quería que las hermanas del aludido, ni mucho menos su padre, advirtieran el cariz que había detrás de su interés por la ausencia de Owen—. Ha venido con ustedes, ¿no? Porque no le he visto.

Le extrañaba (o, mejor dicho, preocupaba) que no estuviera ahí.

Kenzie rodó los ojos.

—Sí —dijo con desdén—. Ha venido. Está afuera. El tonto de mi hermano vio a Dante trozando leña y se ofreció a acabar el trabajo por él. Admito que me sorprendió que Dante no declinara bruscamente a la oferta como suele hacer. Y todavía más el hecho de que pareció a ojos vistas aliviado por el ofrecimiento de mi hermano. Mucho. Quizá se ha vuelto perezoso como su hermano. —Y, rodando los ojos una vez más, sonrió.

—Tonterías —dijo Jena—. E Ibrahim tampoco es perezoso. Mejor, cállate.

En tanto, Hannah pensaba: «Entonces está afuera. De manera que los golpes que he estado escuchando estos últimos quince minutos los ha estado haciendo Owen. —Casi sonrió. De perillas se contuvo—. Mi plan sigue en marcha». Al notar la mirada de su padre en ella, asintió como si hubiese procesado y deshecho aquella información en un santiamén.

«Serás tonta —dijo la voz ácida de su conciencia— si piensas que podrás salirte con la tuya. Empieza a aceptar tu destino. Resígnate».

—Así que, Em, ¿cazaste un alce? —preguntó Jena. Parecía bastante impresionada y, cómo no, un poco incrédula también. Y Hannah creyó saber la razón.

—En realidad no fue, como dijo Rosalie, «con mis propias manos» —se apresuró a aclarar—. Utilicé la escopeta de mi padre. —Quiso añadir que el animal había hecho casi todo el trabajo. En cambio, sonrió con modestia.

—Ah, ¿sí? —dijo Jena, y tanto ella como Kenzie miraron fugazmente en dirección a Carlton Perkins. Como si cuestionaran sus afirmaciones o el hecho de que el padre de Hannah le dejara portar un arma en su presencia.

—Sí —se ufano Hannah—. No fue para tanto. —Su tono decía lo contrario. Aunque, a decir verdad, no quería pensar más en ello. Y tanto menos hablar al respecto.

Sin embargo, su padre, acomodado en el gran sillón rústico con una taza de té en la mano izquierda y un cigarrillo, en la derecha, no lo dejaría pasar tan fácil. Bufó una risa.

—Así fue —afirmó después. La mirada imperiosa, llena de orgullo paternal. Dio un sorbito a la taza de té, y una profunda calada al cigarrillo. Exhaló antes de añadir—: Emile no sólo hizo alarde de sus dotes de buena puntería ayer, también me demostró su compromiso por unirse a nuestra congregación y ceñirse a nuestras costumbres al postrarse a mi lado para beber la sangre fresca que manaba del vientre del alce. —Habló sin quitarle los ojos a Hannah ni un solo segundo. El brillo en su mirada, propia de un padre orgulloso, la hizo estremecerse desde lo más profundo. Hannah sintió un vuelco en el estómago. Entonces, por fin, su padre apartó la vista de ella y la fijó en las hermanas McCullough antes de añadir con una amplia, macabra, sonrisa—: Por esa razón tengo plena confianza de que todo resultará de maravilla en los ritos de iniciación; Emile pondrá toda su entereza en aprender lo necesario sobre nuestras ceremonias, que empezarán pasado mañana. Y es por eso que Jena y Kenzie han venido con antelación.

Hannah echó una mirada, levemente ceñuda, a su padre.

—Sí, Emile —prosiguió su padre. Hizo ademán de llevarse la taza de té a los labios, pero se detuvo, y en cambio se llevó el cigarrillo. Aspiró, espiró—. Jena y Kenzie, que celebraron sus propios ritos hace un par de años, te instruirán. Rosalie les ha preparado una habitación en la Gran Casa. Jena y Kenzie se alojarán con nosotros estos días, antes de que los ritos empiecen. Los McCullough tienen su propia cabaña familiar en la villa, junto al río, en la que se quedará Owen en tanto llegan sus padres.

Hannah compartió una mirada con las hermanas. Forzó una sonrisa.

Jena y Kenzie se la devolvieron, al parecer, con auténtico entusiasmo.

Hubo otro incómodo silencio. Y, de repente, la voz en grito de Rosalie irrumpió desde el comedor, en la estancia contigua.

—*¡El estofado está servido!*

Jena y Kenzie se levantaron. Hannah y su padre se pusieron en pie más tardíos. El padre de Hannah les indicó a las hermanas con un gesto con la mano que se adelantaran al comedor. Ellas, sonriendo, fueron. Hannah se volvió hacia su padre («Hazlo que parezca casual —se decía—. Es probable que no tengas otra oportunidad. No como esta»), mientras éste bebía el último sorbo de su té y le daba una profunda calada final a su cigarrillo antes de apagarlo. Respiró hondo. Y lo dijo.

—Iré afuera.

Su padre la miró inquisitivamente.

—Le diré a Owen que la cena está servida —aclaró ella.

Su padre no pareció convencido. Pero tampoco lo contrario. Asintió.

—Está bien —dijo—. Ponte un abrigo. Fuera hace menos cinco grados o así. Y no querrás sufrir gripe o espasmos antes del gran día, ¿verdad? —Hannah negó con la cabeza de inmediato—. Ve entonces.

Ella cogió del perchero su pesado capote gris oscuro (adquirido, tal parecía hace más de un siglo, en una tienda por departamento en Portland) y se envolvió en él como un burrito. Al fijarse que su padre había dejado la estancia en algún momento mientras hacía aquello, sonrió.

Ya fuera, Hannah no tardó en sentir los rigores del frío. El viento silbó en sus oídos. Se

atrancó su capote con más ímpetu mientras era recorrida por una sacudida; cruzó los brazos ante el pecho y, sin otra cosa, echó a andar, siguiendo aquel golpeteo ahogado y constante que se escuchaba a la distancia. Maldijo. Había salido por la entrada principal en vez de por el acceso de la cocina que daba al patio trasero, que estaba más cerca al flanco de la casa donde, sabía, Dante, el empleado de su padre, solía picar leña. Ahora tenía que rodear la casa.

La Gran Casa, la llamaban. Y no por nada. Era enorme y desencajaba con el paisaje. La primera vez que la vio, Hannah pensó en las célebres mansiones de estilo victoriano en San Francisco (su madre tenía una pintura de aquella hilera de casas, hecha por la artista Yves Tuson colgada en la sala, que obtuvo en una venta de garaje tiempo atrás, según dijo). Sin embargo, opinaba Hannah, esta era una versión rustica y gótica de las mansiones de San Francisco. Tenía seis dormitorios, tres cuartos de baño, cocina, sala de estar, comedor, desván, sauna, y el estudio de su padre. Era magnífica por dentro. Por fuera, daba escalofríos.

La enorme casa, además, estaba separada del conjunto de cabañas que conformaban la villa junto al río Colville; la rodeaban un claro, un muro árboles y el bosque aledaño, una granja y un cobertizo para el curtido de pieles.

Hannah miró la casa mientras andaba y esta pareció decirle: «Sé lo que te propones, pequeña zorra. Tu padre también. Y no vas a salirte con la tuya». Apuró el paso.

«¿Qué diablos crees que estás haciendo? —Esta vez no era la voz de (Stacy) su conciencia la que hablaba ásperamente en su cabeza. Paró cuando sintió que las piernas le flaqueaban. Estaba nerviosa. Y con razón. Sacudió la cabeza, respiró hondo y apretó el maxilar. Siguió caminando—. ¿Estás de broma? Es una jodida locura lo que me propongo hacer. De ningún modo esto puede resultar bien. ¿Y si se niega a ayudarme a pesar de lo que sé? ¿Y si él decide, Dios no lo quiera, contarle a mi padre lo que he intentado? Todavía no era demasiado tarde para arrepentirse». Un tronco se quebró con estrépito en el momento justo en el que Hannah encontró a Owen McCullough. Sin camisa. La cadenilla con el pentáculo invertido reposaba sobre su pecho descubierto. Un hacha en la mano.

Hannah se quedó inmóvil. Por un breve momento olvidó lo que se disponía a hacer. Tuvo que hacer un esfuerzo mínimo para apartar la mirada del sujeto sin parecer avergonzada o impresionada. Y, en realidad, sí que estaba impresionada (¿o era sorprendida?) por el hecho de que estuviera con el torso descubierto a tan bajas temperaturas (¿o era solamente por el torso descubierto?). Y estaba sudado. Su piel resplandecía. Tal vez Owen se había ofrecido a finalizar el trabajo de Dante para entrar en calor. Tanto daba, ¿no?

Sacudió la cabeza. Debía enfocarse.

Owen se estaba inclinando para tomar otro tronco del reducido montón que Dante había acarreado esa mañana desde el bosque colindante. Hannah intentó llamar la atención de Owen aclarándose la garganta. No funcionó. O al menos eso pareció. Qué estúpida. ¿Por qué no se acercaba más? ¿A qué le tenía miedo? ¿Tal vez a que le cedieran las palabras, o las piernas, estando cerca de aquel sujeto? De nuevo, ¿a qué le tenía miedo? Tonterías.

Owen dispuso el leño de abedul en el ancho tocón y blandió el hacha.

Al oír el golpe, Hannah dio un respingo. Como si aquel sonido hubiera avivado un miedo desconocido en su interior, o más bien la hubiera transportado a un momento en el que nunca estuvo, el momento en el que Justin Sunderland clavó un hacha en la espalda a Jordan.

Hannah se llevó una mano al pecho. Allí sentía una opresión punzante.

—¿Qué haces ahí? —Era la voz de Owen—. ¿Acaso disfrutas la vista? ¿No tienes nada mejor que hacer?

Hannah tardó unos segundos en recobrase. Parpadeó. Miró a Owen. Lo fulminó, más bien. Su actitud al hablarle —en ese instante y en aquella terrible cena con su familia— despertó en su contra un profundo resentimiento. Debía enterrarlo. Era menester. Porque necesitaba que enviara un mensaje por ella.

Tenía que mantener la calma. Lo sabía. Aun así, no lo pudo evitar.

—Me enviaron a decirte que la comida está servida. Rosalie hizo estofado de alce y ahora mismo mi padre y tus hermanas te están esperando en la mesa. —«Ahora da media vuelta y comienza a caminar hacia la casa. Hazlo. ¿Por qué diablos no has empezado a caminar? No hagas una locura»—. Lo he cazado yo —añadió, de pronto, sin pensar—. Al alce.

Owen se limpiaba el sudor de la frente con el dorso del antebrazo.

—Ah, ¿sí? —dijo. Hannah asintió—. La verdad, nunca te he subestimado. —Hizo breve una pausa y bajó el brazo—. Iré en seguida.

Pero se inclinó para tomar otro leño del montón. Lo puso verticalmente en el tocón y blandió el hacha. Trozó. Esta vez Hannah no se inmutó con el golpe. Al terminar, Owen, secándose de nuevo la frente con el antebrazo, se dispuso a repetir la operación como si sus propias palabras hubieran entrado por un oído y salido por el otro. Se detuvo.

—¿Sigues aquí?

Hannah se hizo esa misma pregunta a la vez que avanzaba decididamente hacia él. «¿Sigues aquí? ¿Por qué?»

Sabía la respuesta.

La Gran Casa extendió su sombra sobre ella cuando paró a cinco pasos de Owen. Mantuvo cara de póker. La mirada firme. Ya no temblaba. El frío, de pronto, había remitido de su cuerpo dando lugar a un calor, crudo e inexplicable, que manaba de su pecho. La adrenalina reverberaba dentro de ella. Y algo más: confianza.

—Sé tú secreto —dijo Hannah, sin vacilar.

Los ojos marrones de Owen la estudiaron.

—No sé a qué te refieres —afirmó—. Yo no tengo secretos.

—¿En serio?

Owen no respondió; se limitaba a mirarla; sonreía por lo bajo.

Hannah continuó:

—Los vi aquella noche. —Supo que ya no había vuelta atrás. Fue directo al grano. Sabía también que no tenía mucho tiempo—. A ti y a tus hermanas. Estaban... estaban...

No encontraba la palabra correcta. Las que acudían a su cabeza eran tan repugnantes como haber mirado el acto en sí. Evocó la noche en la que descubrió el oscuro, retorcido, secreto de Owen y sus hermanas. La única noche que pasó en la granja McCullough. Hannah había observado desde el desván como Jena, Kenzie y, poco después, Owen salían de la casa e iban al granero. Ella decidió averiguar qué se traían entre manos. No sabría decir por qué. En el fondo intuía que sería algo perturbador, y, con todo, no pudo contenerse... Así que se escabulló de la casa en silencio. Cruzó el sendero hasta la granja, descalza, sin abrigo, temblando como la rama seca de un árbol mientras se ceñía entre sus brazos. Asomó primero la cabeza. Oyó sus risas. Sus voces. El sonido húmedo de besos. Lo que decían («Apuesto a que Emile te la puso dura, ¿no? Déjame tocarla», había cuchicheado Jena, y

Kenzie: «Claro que sí. Es bonita, ¿cierto? Debimos invitarla») y, no poco después, los gemidos de placer de Kenzie y el sonido de embistes de piel contra piel. Entonces Hannah regresó a la casa (algo de lo que no tenía recuerdos de haber hecho) con el corazón martillándole el pecho.

—Estaban... —No podía decirlo. No podía. Le daba repulsión.

—Dilo —la instó Owen. Sonreía ampliamente—. Vamos. Dilo, Emile. Lo que estábamos haciendo mis hermanas y yo. Ambos sabemos que no eres mojigata. De eso se encargó... ¿Tyler? ¿O Travis? —Volvió a secarse la frente con el antebrazo y dejó el hacha sobre el tocón.

«Dios mío. No es posible...»

—Mi padre lo sabe —dijo, absorta—. Tus padres también.

Por alguna razón (que solo admitiría conocer en lo más profundo de su fuero interno) aquella revelación no le pillaba tanto como debería. Casi parecía lógica. Jena y Kenzie no fueron muy discretas aquella noche. Tampoco Owen. Habían parecido más preocupadas de turbar el sueño de sus padres e invitados que porque descubrieran la orgía incestuosa que estaban por llevar a cabo en el granero.

Entonces, Owen dijo:

—Además, Em, yo no soy el único aquí que se ha acostado con un hermano.

Hannah reculó un paso, como si hubiera recibido un fuerte embate en el pecho.

—¿De qué estás hablando?

—Querrás decir de *quién*. Pero eso lo deducirás tú misma.

Entonces se abrió la puerta del acceso de la cocina. Jena salió de la casa como alma que lleva el diablo, y avanzó hacia ellos como si acabara de encontrar un cúmulo de cadáveres en su armario, lo que no tendría ningún sentido, dado que ella había estado presente en varios de los sangrientos rituales de la secta tal vez desde niña.

—¿Qué ocurre? —preguntó Owen, ceño fruncido. En algún momento se había puesto una chaqueta de cuero marrón sobre el torso, aún desnudo, y se volvía a enjugar el sudor de la frente con el antebrazo.

—El señor acaba de recibir una llamada de Liam —informó Jena—. Al parecer un grupo de oficiales del Departamento de Policías de Parrish viene hacia la villa.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Por qué?

Owen, esperando su respuesta, se plantó frente a su hermana mirándola con ojos abiertos como platos. Jena encogió los hombros admitiendo, vacilante, no haber oído lo suficiente. Owen soltó un improperio. Hannah, que se había recobrado de golpe de su aturdimiento al oír que un grupo de oficiales venía hacia la villa en ese momento (al mismo tiempo que pensaba: «¿De *quién* estaba hablando?»), fue capaz de prever el motivo.

—Vienen a buscarlos —dijo.

Jena y Owen se giraron hacia ella, confundidos.

—¿A quiénes? —preguntó Owen.



CAPÍTULO 15

«Hasta este punto, hay un par de detalles que aún no me quedan del todo claros. Empezando por el peor de todos: los sucesos de diciembre pasado y los posteriores. Quiero creer que en algún momento (sea pronto o no), estos eventos casarán como piezas en un gran rompecabezas, y que todo tendrá sentido. Que las pérdidas tendrán sentido. De verdad, eso quiero creer».

**GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 24 DE FEBRERO.
Una semana antes de la aparición de Hannah Perkins.**

El regreso a Salem no sucedió. No inmediatamente. Jessica y Peter me convencieron de quedarme con ellos (tras una charla larga y tediosa que de verdad esperaba no tener que repetir), a lo que yo había accedido, al menos a simple vista, sin mucha resistencia.

A decir verdad, en mi mente había maquinado un plan maestro para escapar a mitad de la noche mientras todos dormían. Tomaría prestado el auto de Yates (el mío lo había dejado en Salem), y me largaría sin más. Sin pretextos, sin despedidas. Tal vez a la mañana siguiente un mensaje de texto para dar cuenta de dónde estaba, y por qué el coche de Jessica era el único en el cobertizo. Como si esto hiciera falta. Ellos podrían adivinar fácilmente que había acudido al hospital donde estaba internado Wiklund.

En fin; no sabría decir qué me detuvo de realizar aquel plan maestro con exactitud: si la retahíla sentimental de mi hermana y su marido, o el extraño sueño que tuve horas más tarde una vez el cansancio emocional por fin me venció. Probablemente ambas. En aquel sueño —más bien un recuerdo distorsionado—, Wiklund y yo estábamos sentados en su despacho como cualquier otro día, pero en el fondo sabía que aquel no era cualquier otro día, sino en el que Wiklund le pidió que se encargara de la investigación en torno a la desaparición de su sobrina y sus cinco amigos en Black Wood. El jefe, en esta ocasión, decía: «Haz lo correcto», «No te rindas» y, por último, casi hacia el final de aquel extraño sueño: «Es lo que Lauren hubiera querido». Y de pronto Lauren estaba sentada a mi lado, en la silla contigua; me miraba y asentía con un gesto parecido a la de aquellos gatos dorados que uno a menudo veía en los restaurantes chinos.

Tal vez aquel sueño me dio la impresión equivocada. La de que debía quedarme. O eso fue lo que sentí en mi interior: que debía permanecer con mi familia un poco más para sanar mis propias heridas antes de darle consuelo a otros sobre las suyas. Así que me quedé dos semanas. (Habrían sido tres días máximo, si Ethan no me hubiera persuadido de pasar con ellos Nochebuena; por lo visto, de tal palo tal astilla.) Durante ese tiempo, Peter, mi cuñado y magnate emergente de la investigación privada, me convenció de administrar una oficina de su empresa en Salem, dado que, al parecer, quería extender su lucrativo negocio de *atrapa-infieles* a otros alrededores del país. «¿Por qué no? —pensé—. No puede ser tan terrible, ¿verdad? Además, ya he puesto en práctica mis tácticas de acecho con Barry Hapstall, aunque todo resultó ser una farsa, pero qué más da. Podré valerme de las relaciones de Yates para otros propósitos aparte de pillar infraganti a esposos embusteros y con crisis de la mediana edad». O eso esperaba.

Por otro lado, Jess nos dio la noticia de su segundo embarazo durante la cena de Nochebuena. La razón por la que había rehusado la copa de champán rosado que le ofrecí..., lo que, confesé yo más tarde, sólo fue una prueba para corroborar las sospechas que tenía desde hace un par de semanas.

—Por supuesto que lo sabías. Gracias por guardarme el secreto —dijo Jess, y sonrió.

—Cuando quieras. —Y alcé mi copa a su salud.

Me alegraba por ella. De verdad. Había logrado seguir adelante con su vida a pesar de toda la mierda por la que había pasado. La admiraba. Y, al mismo tiempo, la envidiaba. Envidiaba la vida maravillosa que tenía. A menudo cuando cenábamos los cuatro pensaba en cómo sería mi vida en aquel momento (¿maravillosa, tal vez?) si Lauren aún estuviese viva. Y también el bebé. Tenía que hacer un auténtico esfuerzo para contener de salir corriendo y conservar una expresión que no delatara mis emociones. Lo cual no funcionaba con Jess, que me echaba una de esas ojeadas prolongada de «sé lo que estás pensando y más te vale que dejes de hacerlo» que bien yo conocía.

Dos días después de nochebuena retorné a Salem. Parecía que habían transcurrido diez años o así desde que me fui de la ciudad, persuadido una vez más por mi insistente hermana, hace casi un mes. Para entonces me sentía estupendo. Casi como un hombre nuevo. Puede que incluso sonriera cuando crucé la principal vía de acceso a la ciudad. Me invadió una sensación totalmente diferente a la que sentí cuando retorné a ella tras mi frustrado viaje de más de un año por la mitad del país, una prueba —quizá— de lo bien que me había sentado mi breve estadía con mis parientes en Idaho.

Estacioné en el aparcamiento del hospital. Desde allí tenía una vista directa a la entrada principal del edificio. Me quedé observando cerca de tres horas. No quería cruzarme ni de casualidad con Margaret. La mera idea me hacía estremecer de cólera y tristeza. No había olvidado, y tal vez jamás olvidaría, que usó la misma carta que su hermano al ocultarme la identidad del asesino de Lauren con el propósito de tenerme enfocado en la búsqueda de Hannah. Tarde o temprano nos volveríamos a ver cara a cara, pero mientras estuviera en mis manos impedir este encuentro (si era posible de forma indefinida, si bien a decir verdad no albergaba muchas esperanzas), pues eso haría. Observaría desde la distancia, todo el día si era necesario, hasta asegurarme de que Margaret no estuviera allí. Como un maldito cobarde. Y también como un completo idiota si creía posible que Margaret no estaría acompañando a su hermano, la única familia que le quedaba (y a quien, además, era muy cercana) en este difícil momento.

Sonreí. Abrí un paquete de chocolates M&M y bebí agua embotellada. «Dios, lo que daría por una taza de café y una de esas botellitas de vodka...»

Las horas transcurrieron. Estaba adormilado contra la puerta cuando golpearon la ventana causándome un leve sobresalto. El corazón me latía con fuerza. Mientras me estrujaba los ojos con el dorso de las manos preparé mentalmente una excusa para decir al que, pensé yo, sería uno de los celadores del hospital. No hizo falta. La ventana que habían tocado era la del lado del acompañante y el sujeto que me miraba a través del cristal, con evidente desconcierto, era Brett Morrison.

Cinco minutos después, Brett, sentado a mi lado y con la vista al frente, dijo:

—No puedo creer que aparezcas por aquí pasadas, ¿qué?, dos semanas. Creí que te importaba Wiklund. Me consta que el jefe estuvo a tu lado en tus momentos más oscuros.

—Tienes razón. Claro que me importa el estado de Wiklund. —Y confió en que él hubiera entendido por qué no vine tan pronto supe del accidente, pensé. Morrison me miró a los ojos. Parecía disgustado a la vez que contrariado, como si no supiera realmente lo que sentía respecto a mi repentina aparición después de, ¿qué?, dos semanas—. ¿Cómo está? —pregunté—. Lo último que supe del jefe, gracias a una breve reseña en los noticieros hace cuatro días, es que sigue en coma.

—Así es. —Brett suspiró; volvió la vista al frente y por un momento apretó los labios como si estuviera conteniendo un grito de frustración o, más probable, de impotencia—. Aún no muestra ningún progreso. Ninguna señal. Y a medida que pasan las semanas las esperanzas se van reduciendo. Lo mantienen en el ala de cuidados intensivos a la que sólo pueden acceder familiares.

—¿Su hermana...? —No terminé la frase. No fui capaz.

—Lo visita todos los días. Pero las enfermeras solo le permiten estar con él unas pocas horas al día antes de despedirla. —Suspiró y añadió—: Casi siempre viene a primera hora. Si esperabas encontrarla más te vale olvidarte de eso. Es tarde. Ella no volverá hasta mañana.

—Ya —me limité a decir.

A continuación, sobrevino un minuto de silencio. Al cabo, Morrison dijo:

—Jeff, hay algo que Wiklund hubiera querido que te mostrara...

Lo miré. Sabía perfectamente de qué se trataba. También sabía que en ese momento no estaba listo para enfrentarme a lo que Wiklund hubiera querido que Morrison me mostrara. Y esto eran los objetos por los que habían asesinado a Lauren.

—Ahora no —dije y giré la llave en el contacto—. Yo te diré cuándo.

El cuándo llegó, sin que yo lo hubiera dispuesto, tres días después cuando encendí el televisor y vi que la CBS mostraba a un grupo de peritos federales sacando varias cajas, algunas marcadas con la palabra «EVIDENCIA», de una unidad de bodegas, en West Salem. Por supuesto, aquello se trataba de una farsa a pie enjuto orquestada por Wiklund antes del accidente, y llevada a cabo por Brett Morrison, que al parecer en mi ausencia se había convertido en su mano derecha y su hombre de mayor confianza. Fue el propio Wiklund quien semanas atrás me había contado sin ahorrarse detalles cómo Brett Morrison y Matthew Sanders recuperaron los objetos retenidos por George Wettington durante su gestión como jefe del Departamento de Policías de Salem. Paul se los había robado a una viuda en Stayton, cuyo marido, asesinado por el mismo motivo que Lauren, compró en una subasta la unidad que el rentista anterior, era decir, George Wettington, había dejado de amortizar en las semanas previas a su muerte. Brett y Matthew hicieron el hallazgo en Wesonga Flats, en el llamado «Pueblo fantasma» de Black Wood, guardados en una bodega subterránea como en la que fueron hallados con vida Trey Byers y Kent Mitchell.

El jefe había mantenido ocultos por alguna razón el hallazgo de dichos objetos (incluso la existencia) durante más de un año. Nunca le pregunté por qué. En cambio, le había preguntado si Margaret estaba al tanto de todo lo que había revelado ese día, como que Paul era el asesino de Lauren y que los objetos en aquel contenedor fueron la causa de su muerte, a lo que Wiklund respondió afirmativamente, porque él y su hermana tenían una relación muy cercana. Posiblemente Morrison sabía el motivo. Después de todo fue quien recuperó los objetos perdidos. Planeaba preguntárselo.

El motivo del por qué lo sacaba a la luz al presente era bastante claro a raíz del *accidente*, que más bien fue un intento de asesinato, que dejó a Wiklund en coma.

La reportera, la que si bien recordaba había sido la misma que hace más de un año informó del hallazgo de Trey Byers y Kent Mitchell, apareció en cuadro para reiterar que gracias a las investigaciones hechas por las autoridades de Salem, en torno al caso de los Wettington y su vínculo con la secta satánica, fueron descubiertos los objetos, más bien

evidencia acaparada, que demostraban la corrupción que operó en el departamento de policías de la ciudad bajo la dirección del difunto George Wettington. Y añadió: «Una fuente dio a conocer de manera extraoficial las sospechas de que el develamiento de estas evidencias robadas fueron la causa de la muerte del joven oficial William Batson, y de la reconocida detective, Lauren Flynn, hace dos años.

»Entre los objetos se halla, además, la portátil y el celular de la detective Flynn, que fueron robados la noche de su asesinato, y también el celular del oficial Batson, sustraído de la víctima por sus asesinos de la escena del crimen. Y, asimismo, la cámara fotográfica de Hannah Perkins, el único elemento en torno a la investigación de los hechos en Black Wood que hasta ahora seguía sin aparecer».

El último día del año visité a Wiklund en el hospital. Lo hice durante la tarde para evitar encontrarme con Margaret, a quien, por entonces, no había visto desde aquel día en la cafetería de la calle Waverly. Por lo visto se había tomado muy en serio mis palabras cuando dije que no quería volver a verla, lo que en parte no me sorprendía porque conocí a Margaret el tiempo suficiente para saber al dedillo que no era la clase de persona que no se tomaría en serio palabras tan contundentes como aquellas e iría al día siguiente a rogar que la perdonara: que estaba arrepentida, que no había sido su intención. Y podías apostar lo que sea a que tampoco se arrepentía de haberme ocultado la verdad. En el fondo yo entendía sus razones. En el fondo, asimismo, había albergado la esperanza de haberme equivocado también con ello; que se presentaría en la puerta de mi departamento, con la respiración exaltada; me pediría perdón (sin aludir que estaba arrepentida, claro) y, tal vez, acabaríamos haciendo el amor.

No sucedió. Ella no acudió a mí ni siquiera después del accidente de Wiklund.

Bien. Mejor así. ¿Quién la necesitaba?

Wiklund, según la enfermera que me condujo a su habitación en cuidados intensivos, seguía sin mostrar progreso alguno; el traumatismo que sufrió en la cabeza causó daños cerebrales irreparables. A esto se le agregaban las graves lesiones que también afectaban las funciones del corazón y los pulmones. Lo único que mantenía latiendo su corazón y su respiración era un ventilador médico.

Al ver al jefe tendido en su cama blanca, rodeado por aquellos aparatos, entubado, enyesado, envuelto en un sinfín de vendajes, me saltaron las lágrimas. Menos mal la enfermera me había concedido cinco minutos a solas con él. Daba igual si me hubiera visto llorar. Pensé, en tanto tomaba la mano derecha de Wiklund, que él hubiera odiado estar en ese hospital; hubiera preferido estar muerto, que allí.

«Sí, eso hubieras querido. Y puede que ya lo estés».

Lloré en silencio. Me enjuagué las lágrimas con el dorso de la mano segundos antes de empezar a oír los pasos de la enfermera acercándose. Entonces solté la mano de Wiklund, la misma que había estrechado el día que le presenté mi renuncia; en aquel momento, recordé, había confiado que esa no sería la última vez que le estrecharía la mano al hombre que había sido como un padre para mí los pasados seis o siete años, quien me arrimó el hombro en mi época más oscura. Lo echaría de menos.

A principios de enero —exactamente un mes antes de que la sede de YATES PRIVATE INVESTIGATIONS LLC en Salem fuera inaugurada—, las autoridades del Hospital Central de Salem informaron el fallecimiento por muerte cerebral del jefe del Departamento de

Policías de la ciudad, Linus Wiklund. No estuve presente cuando los médicos apagaron el ventilador que mantenía latiendo su corazón y aireando sus dañados pulmones. Pero asistí a las honras fúnebres realizadas dos días después, en Belcrest Memorial Park.

Por supuesto, Margaret estaba allí.

No nevaba. Lo que no quería decir que no hiciera un frío que quemaba al entrar en contacto con piel; a esto, añádele temblores incontrolables, el entrechocar involuntario de la mandíbula, y vahos tan densos que casi parecían fantasmas flotando delante de tu cara. Me sorprendió que todos los presentes resistieran los rigores de aquel clima hasta el final de discurso del padre Phelps delante del lustroso ataúd azabache en el que descansaba el jefe. Dos pensamientos cruzaron mi cabeza mientras el párroco elevaba sus brazos a los lados a la par que el tono de su alocución. El primero era un recuerdo del funeral de George Wettington, que, debido a los sucesos de aquel caótico día, me provocaron un escalofrío en la espalda. El segundo, que la tumba de Wiklund estaría a escasos metros de la de Lauren. Pensé, sonriendo sin apenas darme cuenta, que este par se harían mutua compañía de ahora en adelante, y eso me dio cierto consuelo.

—¿Qué quieres decir con “días de sequía”? —me preguntó el jefe tras el funeral de Lauren.

Yo se lo expliqué. Después, Wiklund comentó:

—Entonces, este debe ser uno de esos casos donde nunca llueve.

Pensé: «Al final, llovió. Y aún quedan más diluvios por caer, jefe, te lo prometo».

Sentí, antes que vi, la mirada de Margaret. Percibí la sensación al menos media docena de veces desde que llegué al campo santo. Margaret, sentada en la primera fila de cara al ataúd, ladeaba de cuando en cuando la cabeza para soslayarme por encima del hombro con sus ojos inyectados en sangre y la nariz enrojecida a la par que sus mejillas, tanto por el frío como por efecto de las lágrimas que vertía por su hermano perdido. Yo, sentado tres filas detrás, tuve que dominar el impulso de acudir a su lado para consolarla y ceñirla entre mis brazos en varias ocasiones. Exhalé un vaho.

Media hora más tarde me dirigía al aparcamiento. Mis pies se hundían en cinco centímetros de nieve y expulsaba vahos blanquecinos por la boca en cada temblorosa exhalación. Seguía pensando en la frase de Wiklund tras el funeral de Lauren cuando escuché una voz que venía de atrás llamando mi nombre una y otra vez. La reconocí de inmediato. Para entonces, estaba a pocos pasos de mi auto, y se me ocurrió que quizá podría hacer oídos sordos, continuar como si no hubiera escuchado nada y escapar mientras podía. Consideré esta idea cobarde durante una fracción de segundo.

Me volví. En parte porque no podía huir el resto de mi vida, ¿verdad? En parte, también, porque sabía que no habría podido llegar ni de perillas a mi auto, subirme en él, encender el motor y meter primera antes de que ella llegara hasta mí, ¿verdad? No, claro que no, al menos no sin que alguien acabara herido o muerto. Así pues, me resigné.

Margaret se acercaba a trompicones por la nieve. Temblaba; se rodeaba con sus brazos y echando por la boca vahos tan blancos que parecía que acababa de dar calada a un cigarrillo y expelía el humo. Tenía las mejillas rojizas. Su tez lucía tan nívea como la nieve. Por supuesto, vestía ropa de luto abrigada; guantes, al menos tres bufandas, un tapabocas, y botas oscuras para la nieve. Tuve que dominar el impulso de abrazarla cuando se detuvo a escasos metros de mí. Recordé la calidez de su cuerpo retozando contra el mío, durante

noches y días gélidos, en un pasado no tan distante. Deseé sentir esa calidez otra vez.

Estuvimos allí un minuto o dos, frente a frente, sin decirnos nada que pudiera perturbar el consuelo de nuestras presencias en el mismo espacio y tiempo. Al cabo, sin embargo, murmuré un casi ininteligible «Ven» y a continuación abrí la puerta del acompañante de mi auto. Ella subió sin decir palabra.

Yo subí después. Coloqué la llave en el contacto y encendí el calefactor. El silencio duró un minuto (que se sintió como tres horas y media más o menos, en mi opinión). Esta vez, empero, fue Margaret quien rompió el silencio con la vista al frente y una expresión impasible.

—Para que conste, no he olvidado que dijiste que no querías volver a verme. Lo cual entiendo. En serio. Lo que hice... No puedo volver al pasado y evitar que Wiklund me cuente la historia de cómo asesinaron a Lauren en un intento por desahogarse con la única persona en quien confiaba. Wiklund confiaba en mí. Éramos hermanos, Jeff. Y lo siento si mi lealtad hacia mi hermano te ha roto el corazón o te ha herido de alguna forma. Pero, aunque pudiera volver al pasado, te ocultaría una vez más el secreto, un secreto que prometí a Linus no decirte. Lo que hice, lo hice por mi hermano...

—Lo sé —me oír decir.

Lo dije sin pensar. Como un acto de reflejo. Aun así, lo hice en serio.

—Pero duele. —La miré y ella a mí—. Estuvimos juntos más de un año buscando a tú hija y siguiendo la pista a las personas que la raptaron, o la asesinaron. Duele pensar que, aun así, no merecía un poco de tu lealtad o agradecimiento, o, ¡qué sé yo!, compasión, para decirme la verdad. Bien sabes que merecía saber la verdad. Aquella verdad también me correspondía a mí.

—A ti más que a nadie. —Margaret asintió.

—Lo sabías. Y aun así callaste.

—Aun así, calle.

—¿Y eso es todo lo que dirás?

—No. —Ella inhaló, y exhaló, bajando la mirada. Una límpida lágrima le bajó por la mejilla. Se la enjugó con la mano enguantada—. También que mi hermano te apreció mucho. Lo que hizo fue para protegerte de ti mismo. Estoy segura de que eso lo sabes. Es probable que te lo haya dicho cuando te contó la verdad.

No lo negué ni confirmé. Volví la vista al frente. Lo cual fue, de cierta forma, una respuesta. Entonces recordé sus palabras exactas aquel día: «En parte, porque la muerte de Lauren te afectó profundamente. Casi te pierdes tú también».

—A veces Linus me ocultaba secretos a mí también —oír decir a Margaret.

La miré con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—Nunca me dijo que nuestro difunto hermano mayor había tenido un hijo fuera de su matrimonio, por ejemplo.

«Dios mío, se refiere a Martin».

—O lo que fuera que planeaba hacer el día que... que esa maldita mujer lo atropelló —continuó Margaret. Parecía que estaba a punto de llorar.

—¿A qué te refieres? —repetí sin darme cuenta.

Ella, sollozando levemente, me lo contó (quizá con la esperanza de que Wiklund me hubiera confiado *eso* que planeaba hacer el día de su muerte poco antes de que ocurriera, pensé; si este era el caso, pues estaba con el hombre equivocado... yo en su lugar haría una

visita a Brett Morrison, y puede que lo haga sin estar en su lugar). Al parecer, el día del nefasto accidente, Linus planeaba hacer un viaje. ¿Adónde? No sabía. (Tal vez Brett sí.) Varias de sus pertenencias habían saltado fuera del coche de Wiklund con la colisión; entre ellas, había varias mudas de ropa que le fueron entregadas a su hermana después de que procesaron la escena. Días antes, además, Linus había solicitado vacaciones.

Extraño. Yo era incapaz de recordar al jefe tomando un solo día libre, excepto la vez que estuvo de reposo debido a una operación de vesícula, y aquella vez que recibió un disparo en el brazo, y en esta última ocasión retornó a sus funciones como jefe del Departamento de Policías antes de lo previsto.

Margaret me leyó la mente, o tradujo mi expresión a oír aquello.

—Lo sé —dijo—. Extraño. Linus nunca hacía ese tipo de planes, o al menos no sin avisarme con algo de tiempo, y a menudo era yo quien le sugería que debía tomarse un merecido descanso. —Hizo una pausa. Tras un suspiro, añadió—: Estuvo algo distante de mí desde que tú y yo volvimos de nuestro pequeño viaje. Puede que me perdiera la confianza cuando descubrió que lo había estado engañando por más de un año sobre mi paradero. Puede que fuera otra cosa. Pero me temo que eso ya nunca lo sabré.

—Sí —dije, y suspiré—. Tampoco yo.



CAPÍTULO 16

Ron y Erin Griffin, una pareja de alpinistas y viajeros empedernidos que pasaban el umbral de sus treintas, conocieron al padre de Hannah en algún momento durante su breve parada en Parrish.

Parrish era la población más cercana a Red Snow. Era, asimismo, el lugar de paso al que al cada año acudían miles de viajeros con el objetivo de conquistar los picos de la cordillera de Brooks (sí, viajeros como Ron y Erin). Hannah no presencié el momento exacto en el que Carlton Perkins entabló amistad con los Griffin y los convenció de pasar una breve pero romántica estadía en la villa apartada al otro lado de la cordillera de montañas que acababan de *conquistar*. Ella estaba escogiendo algunos libros de segunda mano en una pequeña librería de la calle Primera de Parrish. Hacía menos de nueve grados o algo así. Apenas podía mantener quieta la mandíbula, y deseaba ponerse uno o dos capas más de abrigo sobre las prendas que ya tenía puestas.

Para entonces la ropa de invierno que había adquirido en Portland (hace más de un año o tal parecía, pensó a la sazón) iban de camino al helipuerto donde tomarían un vuelo, quizá sin retorno, a Red Snow. El vuelo en cuestión no se llevaría a cabo hasta dentro de media hora, según había dicho su padre antes de dejarla en la librería para hacer algunos “recados” y advertirle que fuera buena chica. Ella había asentido. Caviló que podían pasar muchas cosas en un lapso de media hora más o menos. Entre ellas, morir de hipotermia... Lo cual, en sus circunstancias, no se le antojaba nada mal.

En absoluto.

Quedaron en verse en la cantina cruzando la calle. Hannah acabó pronto sus compras; y allí estaba ella, esperando a su padre, cuando este apreció tomado del brazo de los Griffin, riendo a bocajarro como ella no lo había visto nunca (en serio, *nunca*). Los presentó. Le comunicó a Hannah (a quien se refirió frente a la pareja como Emile, por supuesto) que sus queridos amigos Ron y Erin habían decidido acompañarlos a la villa. Hannah apenas pudo encubrir su sorpresa y, todavía más, su horror. Los Griffin, pobres, parecían tan excitados como si acabaran de ganarse la lotería. Puede que Carlton los hubiera convencido de ello de la misma forma que había convencido a un centenar de psicópatas a unirse a su secta. Al parecer, Carlton Perkins tenía lo que el tío Linus llamaba «la vena del convencimiento», lo que resultaba más horrible aún. Sobre todo, al avistar el efecto que esta tenía en los Griffin.

Hannah intentó advertirles por debajo de cuerda. En más de una ocasión. Ya fuera con un leve gesto o un comentario en apariencias trivial (como cuando Erin le preguntó cuál era su lugar favorito de la villa, asumiendo que Hannah había estado ahí antes, y ella respondió que esa también era su primera vez en Red Snow), pero Ron y Erin Griffin no llegaron a pillar ninguna de sus indirectas ni por asomo. Hannah se preguntó exactamente qué les habría dicho su padre para darse a buenas tan desenvueltamente con aquel par de ingenuos desconocidos y persuadirlos sin más de acompañarlos. Porque al ver a Ron y Erin parecía que estuvieran a punto de hacer el viaje de sus vidas (como si encumbrar el pico más alto de la cordillera Brooks, por ejemplo, no hubiera sido una aventura lo suficientemente emocionante). Y, de cierta forma, eso era: el viaje de sus vidas.

Y el último.

Hannah apenas habló con ellos durante el periodo de quince minutos a media hora previo a su partida en helicóptero. Tenía miedo de cometer otro error. Ya había tenido

suficiente aquel día cuando ocasionó que su padre asesinara a sangre fría al empleado de la tienda de la gasolinera cerca de Fairbanks. Devonte, se llamaba. «Puedes llamarme Devon», le había dicho el sujeto, y ojalá no lo hubiera hecho. Si no fuera por aquel incidente tal vez —no, seguramente— habría advertido con más insistencia a los Griffin de ir con ellos a su destino final. Pero entonces había mirado a los ojos a su padre, y se había dado cuenta de que éste sabía lo que lo que estaba pasando por su cabeza en ese momento. Él parecía conocerla bastante bien. Como de toda la vida. Y Hannah comprendió con la bilis en la garganta y su corazón latiendo a diez mil por hora que ya había cometido suficientes agravios por un día, y que al siguiente habría consecuencias terribles.

Ella no quería tentar a la suerte. Pensó en Devonte. «No ha sido tu culpa —se había dicho ella, evocando las palabras de su padre tras el suceso—. En algunos minutos estaremos en casa. Y todo habrá quedado en el pasado». Deseó con fuerzas que eso fuera cierto.

Así pues, pasados unos minutos, Hannah, su padre y los Griffin, sobrevolaban sobre el vasto paisaje que separaba la población más cercana de la villa remota que sería su nuevo hogar a partir de ese momento y para siempre. Erin no paró de aferrarse del brazo de su esposo (se habían casado ese mismo verano, según contó Erin mostrándole sus anillos de compromiso) y sonreía como una bendita mientras apuntaba con emoción el pico que ella y Ron habían escalado hace un exactamente un día y medio. Hannah la envidió. Al menos durante aquel efímero instante en el que olvidó que la pareja se encauzaba irremediablemente a su muerte, y fantaseó con la estúpida idea de que, en otra vida, tal vez pudieron haber sido ella y Nate.

«Y, sí, el amor no era un sentimiento que hubiera experimentado antes —le había dicho Nate, la última vez que se vieron—, pero supongo que la sensación que despertaste en mí semanas después de que empezáramos nuestra relación debe serlo».

De inmediato Hannah apartó aquel pensamiento. Apartó cualquier pensamiento que involucrara a su exnovio psicópata, de hecho, y se arrimó a la ventana de su costado de la cabina del helicóptero. Aunque las alturas era uno de sus mayores miedos —si no el que más—, se dejó asombrar por aquel espectacular paisaje a treinta y cinco mil pies de altura. «Dios mío; es realmente maravilloso», recordaba haber pensado. A los pies de las montañas y las sinuosas elevaciones, los árboles desprovistos casi parecían una mesnada de insectos extendiéndose, cada vez más escasamente, hacia la cima. La niebla vespertina se arremolinaba entre los árboles y las crestas montañosas, guarnecidas por montículos de nieve virgen, nacarada; las cumbres eran tan empinadas que resultaba insólito pensar que hubiera personas que quisieran (o, en el caso de Ron y Erin, *pudieran*) escalarlas. Parecía muy peligroso. Se estremeció al imaginarse de pie en esta o aquella cresta. Como si fuera la única persona en el mundo. Y entonces abrigó en su pecho una sensación de total serenidad que le hizo olvidar, durante unos minutos, los horrores que había visto y vivido en días recientes... y los que aún le esperaban.

Diminutas cabañas comenzaron a surgir de aquella vastedad blanquecina. Y la sensación de serenidad se volvió hiel en su boca en cuanto comprendió que se trataba de su destino.

En apariencias, Red Snow era un lugar inofensivo, el hogar de una pequeña comunidad de pescadores y cazadores que vivía apartada de los males del mundo. Una evocación romántica propia de las ensoñaciones de la chica crédula que alguna vez fue, había pensado Hannah al ver la villa, la cual, desde luego, proveía la imagen de un paraíso inhóspito que bien figuraría en una postal de viaje. Una fachada. Y era todo cuanto ella había esperado encontrar.

Hannah supo, apenas la vio mientras descendía en el aparato (el único medio por el que se podía acceder a la villa), que cosas terribles le esperaban allí. Una pesadilla aún peor de la que había vivido en las últimas semanas. Y, como dando cierta validez a este aciago presentimiento, la mano de su padre cayó en su pierna instándola a mirarlo contra su voluntad. Ella previó lo que hallaría antes de volver la cabeza: una curva, a duras penas perceptible, en los labios de Carlton Perkins, que exhibía satisfacción de tenerla a su lado finalmente. Y así fue.

—Bienvenida a casa —le había susurrado su padre cuando el aparato tocó tierra.

En cuanto a los Griffin..., Hannah había procurado apartar cualquier pensamiento sobre ellos que saltara a su mente en los tres meses desde su llegada a la villa. Lo cual, contra toda probabilidad a tenor del cruento destino que tuvieron aquellos dos al cabo de un día tras su arribo, no requirió ningún esfuerzo. Hace semanas que habían remitido sus pesadillas en torno a lo ocurrido. Lo tenía bajo control.

Eso había pensado.

Tras la partida del grupo de oficiales —las cinco horas y media que estuvieron en la villa haciendo todo tipo preguntas fueron las más largas de la vida de muchos, Hannah incluida —, Carlton Perkins convocó una asamblea en la Gran Casa a la que solo concurrieron los jefes de familia de Red Snow. Y si bien Hannah estaba en el salón, nadie, excepto Rosalie y su padre, parecía notarlo.

Desde luego, la estancia no estaba del todo colmada (habría sido necesaria casi toda la población de Red Snow, medio centenar, para ello). Carlton, Hannah y Rosalie ocupaban el espacio céntrico del círculo de personas reunidas en el vasto salón. Rosalie enroscó su brazo en el de Hannah y trazó una amplia sonrisa cómplice a la que la chica, secamente, correspondió. Mientras tanto, alrededor tenía lugar una algarabía que había empezado con el viejo Patterson, el médico de la villa, y a la que en seguida se unieron las quejas de la vieja Whitmore y los balbucidos temores del viudo Begay sobre los riesgos, sabidos de sobra por todos los presentes, que implicaría para los habitantes de la villa que las autoridades gubernamentales metieran sus narices en ella. Entre ellos, dictó, que se volvieran el foco de atención al que se relacionarían todas las desapariciones de persona al norte del estado en las últimas dos décadas. Lo que, además, podría figurar aparecer en las noticias y labrarse un lugar en el mapa por primera vez desde que Red Snow dejó de ser una de las mayores minas de mercurio de Norteamérica. Por supuesto que eso, llamar la atención, no convenía.

«Cualquier otra comunidad remota del estado de Alaska estaría más que contenta por ser reconocida en el mapa —pensó Hannah—. Pero no Red Snow». La pequeña villa a los pies de la cordillera Brooks, junto al río Colville, era el santuario y refugio de una secta conformada por asesinos y proscritos de todos los rincones del país, la Meca a la que sujetos como Ted Bundy y Randall Woodfield habrían acudido si por entonces hubiera sido lo que era en este momento. Su población apenas alcanzaba el medio centenar y los residentes permanentes subsistían de la pesca, la caza, la exportación de madera y pieles, y, sobre todo, de las generosas remesas que recibían de importantes contribuyentes de afuera. Aislados, tenían completa libertad para consumir sus sacrificios o, como recién había descubierto Hannah que los llamaban, *ritos de purificación* de los males que habían cometido fuera. ¿Y quién sospecharía que había una secta trajinando en el extremo

occidental del estado con la mayor tasa de personas desaparecidas jamás encontradas de todo el país? Nadie.

O casi nadie. Hasta ahora. Porque por primera vez en mucho tiempo la secta había cometido un error. Un error que a simple vista no parecía tan grave pero que pudo haber acabado con su existencia en un visto y no visto. Lo cual no aconteció por poco..., y todo gracias al padre de Hannah y su bendita vena del convencimiento.

—Logramos persuadirlos —dijo la señora Whitemore con voz cascada. Tenía casi noventa años, pero se mantenía regia como un roble—. Por ahora.

—Sí. Pero ¿por cuánto tiempo? —inquirió Begay. Lo llamaban «El viudo», según Rosalie, porque había asesinado a seis de sus esposas en apenas una década. Y habría ido a por la séptima si no hubiera estado a punto de ser atraparlo—. El inspector O'Toole no me da buena espina; parece que es un hueso duro de roer. Y su compañero, la tal Sears, dudo que hubiera quedado tan convencido como quiso hacer parecer. Pero a mí, qué va, no me engaña.

—¿Cómo es posible que tú ni tu hermano no nos hayan prevenido de la inesperada visita de la Policía de Parrish? —preguntó la señora Whitemore a Jake Locklear.

—No lo sabemos —dijo Locklear. Lo hizo con su habitual todo irritado, el ceño fruncido y los brazos cruzados ante el pecho. Era uno de los dos infiltrados de la secta en el Departamento de Policías de Parrish (el otro era su hermano mellizo, Liam, que en aquel momento estaba en el pueblo)—. Probablemente están al tanto de nuestros vínculos con esta comunidad y, por eso, decidieron proceder con cautela. Liam lo averiguará. Está en ello. Y en algo Begay tiene razón: O'Toole es un hueso duro de roer. Y el imbécil de John Sears no se queda atrás.

—¿Y se supone que debemos quedarnos tranquilos con eso? —replicó el doctor Patterson, preocupado. No paraba de moverse y hacer extraños gestos con las manos y la cara. Hannah había oído de Patterson de antes de Red Snow. A él lo llamaron «El Ángel de la Muerte del Siglo XXI» después de que saliera a la luz que había asesinado a más de doscientos pacientes y desaparecer en 2010—. Lo que dices solo deja claro que tú y tu hermano ahora son sospechosos de lo que sea que nos estén culpando. Y, en éstas, aún no sé el motivo de la visita.

Miró a Carlton, sentado en su sillón de alto cabezal y cuero marrón tachonado. El padre de Hannah no había dicho palabra desde que comenzó la asamblea; sólo se limitaba a oír, pensativo, dándose golpecitos en el mentón. Hannah quiso saber, pero a la vez no, lo que pasaba por la cabeza de su padre, lo que estaba maquinando, porque no había ninguna duda de que eso era lo que hacía.

Había otra cosa en lo que Hannah no había dejado de pensar, aunque trataba en lo posible de mantenerlo a raya de su mente. Y eso eran las palabras de Owen hace un rato.

«Además, Em, yo no soy el único aquí que se ha acostado con un hermano».

Hannah sacudió la cabeza. Este no era el momento para afrontar el terrible significado de esas palabras. Y mientras más pudiera aplazarlo, mejor.

—Los Griffin —dijo, por fin, el padre de Hannah. Entrelazó los dedos y recostó la espalda en el respaldo del sillón profirieron un suspiro—. Encontraron sus objetos personales río abajo a horillas de otro pueblo. Alguien lo reportó. Al parecer hay una alerta todavía vigente en varios *boroughs* y áreas censales del norte del estado por la desaparición de Erin y Ron Griffin. Parece que la zorra de Erin olvidó mencionar que su maridito era el hijo mimado de uno de los senadores del estado de Arizona. Hallaron parte del equipaje de

manos de Erin casi intacto por lo que no queda duda que se trata de ellos; tienen sospechas de que algo les pudo haber ocurrido, y que ese algo aconteció aquí, aunque el inspector no fue categórico en este punto.

Descruzó los dedos y apretó las manos como puños sobre los brazos del sillón.

—Y, por si no fuera suficiente, hace poco menos de seis meses instalaron cámaras de vigilancia secretas en varios puntos de Parrish y una de ellas, en la calle Primera, capturó imágenes de los Griffin, mi hija y yo, a la salida de la cantina antes de emprender vuelo hacia aquí. El hijoputa de O'Toole me las enseñó campantemente en el estudio a puertas cerradas e inquirió si sabía algo del paradero de Ron y Erin. Les dije que sí, que estuvieron aquí, y como todas las parejas que a veces vienen, pasaron tres días en la villa (ya saben, la historia que todos acordamos decir en casos como este), luego un helicóptero vino a por ellos. Y eso fue lo último que supimos de Ron y Erin.

»El inspector me preguntó que si tenía alguna idea de dónde pudiera haber ido a continuación. Les dije que Ron mencionó el lago Bear. En cuando a cómo llegaron las cosas de Erin al río, afirmé que no tenía idea alguna y que rezaría porque nada malo hubiera sucedido a esas buenas personas. Rex (nuestro piloto de confianza, ya saben) confirmará mis afirmaciones. Y, además, puede que diga que Erin arrojó su bolso, no de forma intencional, claro, desde el helicóptero mientras mantenía una acalorada discusión con Ron. Todo está arreglado...

—No todo, señor —terció Jake Locklear al tiempo que clavaba fugazmente sus oscuros ojos en Hannah. Ésta se mantuvo inexpresiva, aunque no pudo evitar estremecerse por dentro—. Tendrá que decirle a los McCullough que desistan de buscar ofrendas para los ritos de iniciación de Emile. Me temo que tendremos que posponer cualquier sacrificio hasta que se calmen las aguas en torno al caso de los Griffin.

—¿Y qué propones, Jake? ¿Acaso que difiramos de forma temporal la iniciación de la joven Emile solo porque tu hermano y tú no supieron hacer bien su maldito trabajo? —soltó Michael Begay, con mirada desafiante. Jake apretó la mandíbula y se tensó como una tabla, presto para moler a golpe limpio a Begay, quien, para ser un hombrecillo rechoncho y naturaleza huidiza, mantuvo la frente alta y no se amilanó.

—Tienes razón —reconoció el padre de Hannah. Ésta lo oyó respirar profundo antes de alzar la vista y fijarse que Owen estaba arrellanado contra el marco de la puerta del salón, atendiendo a la conversación. Carlton continuó—: Es demasiado arriesgado ahora. Dennis y Mildred ya han sido avisados de la situación y vienen en camino. La iniciación de Emile se realizará, tal y como se ha previsto, pasado mañana. Esta vez, dados los sucesos recientes, prescindiremos el rito de la purificación.

«El rito de la purificación», repitió Hannah en su interior, lejos de sentirse aliviada por la reciente resolución. Todo lo contrario. Tan solo era una parte del ritual. La que, gracias a Ron y Erin, sabía que consistía en una especie de baile tribal bajo la luna y los cuerpos sangrantes de las *ofrendas*, que cuelgan de las ramas altas de algún árbol cercano, abiertos en canal por el pecho y los brazos. Hannah había observado desde la ventana de su habitación aquel horrible espectáculo. Los gritos enloquecidos de Erin Griffin, antes de que la degollaran e izaran de los tobillos con una cuerda, habían despertado a Hannah a eso de las dos de la madrugada. Después tardó una eternidad en conciliar el sueño esa noche. Y durante varias más siguió escuchando los gritos de la mujer.

De momento, Hannah no podría decir cuál de los ritos de la iniciación era el peor (ni siquiera sabía de cuántos estaban conformados; Jena y Kenzie la pondrían al tanto en los

próximos días). De tal modo que en absoluto estaba aliviada de haberse librado del baño de sangre. Oh, no.

—Emile —oyó decir a Rosalie.

Hannah parpadeó. El salón comenzaba a vaciarse. La asamblea había terminado. Dios, ¿cuánto tiempo estuvo abstraída? ¿Y de qué se habría perdido? Lo que fuera lo acabaría averiguando pasado mañana.



CAPÍTULO 17

«El macabro hallazgo en la autopista interestatal todavía me sigue causando pesadillas, si bien no afines a su naturaleza. Me ha generado nuevas preguntas. Éstas, a su vez, me han hecho cuestionarme quiénes son realmente los involucrados. Caras nuevas asoman en la superficie. Y no me gusta lo que veo».

GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 28 DE FEBRERO.

Tres días antes de la aparición de Hannah Perkins.

Lo primero que vi al estacionar a un lado de la autopista, en el punto que había sido acordonado por peritos de la policía de Salem, fue el viejo Vauxhall Cavalier azul cielo en el que una hora antes alguien reportó la presencia de un cuerpo en descomposición.

Hacía mucho frío. El cielo estaba encapotado y prometía lluvia. Para Matt Sanders y su equipo forense, compuesto por dos jóvenes auxiliares, esto no supondría ningún apuro dado que el vehículo donde estaba el cadáver se hallaba debajo de la calle del centro que atravesaba la I-5, como si de un puente se tratara, por lo que estarían resguardados hasta que hubieran terminado sus habidas labores. Bajé del auto. Divisé a Brett Morrison platicando con un par de civiles agitados (a pie enjuto quienes hicieron el hallazgo, pensé) y un oficial afroamericano de veintitantos a unos pocos metros.

Fue Morrison quien, minutos antes, me llamó por teléfono mientras estaba en medio de una junta con Peter Yates y un par de sus colegas del área de la investigación privada.

Hice memoria de la última vez que Morrison y yo conversamos, y lo más reciente que vino a mi mente fue un breve saludo durante el funeral de Wiklund. La llamada me pilló por sorpresa. A la vez me había intranquilizado en el fondo durante los segundos que me tomé en contestar. Pensé lo peor. Pensé que debía tratarse de algo realmente importante, que tenía que ver con Paul, a quien habían confinado en una prisión federal de máxima seguridad a la espera de su juicio. Quizá Paul había revelado la ubicación de Hannah, viva o muerta (esto era lo que pensaba cada vez que veía su rostro en las noticias, al menos una vez a la semana, desde que fue dado de alta tras la golpiza que le aticé en aquel bar de Nuevo México), para obtener un trato con la fiscalía o el maldito FBI. Herví de rabia al pensar en esta posibilidad.

Me dije: Fuera cual fuese el motivo de la llamada de Brett (tal vez solo quería ir a un bar por un trago para ponernos al día, aunque fuera mediodía), jamás iba a descubrirlo si no contestaba el teléfono. Y contesté.

Nuestra breve conversación telefónica empezó directa con: «Espero no estés a mitad de algo importante», dicho por Morrison, y un «¿Por qué?», dicho por mí. No hubo saludos. No hubo invitación para tomar un trago (la cual yo habría rechazado de todas formas). Brett contestó a mí pregunta con la extraña petición de que acudiera a determinado punto de la autopista Interestatal 5 y reveló, sin más, que habían reportado un cadáver en un vehículo. No indicó el modelo o color de dicho vehículo, ni la identidad de la víctima o fallecido, si era que sabía de quién se trataba y las circunstancias en las que había muerto. Yo intuía que Brett estaba al tanto de estas cosas y, por ende, había decidido llamarme a pesar de que yo había dejado de formar parte del cuerpo policial hace más de un año. Quise recordárselo a la vez que me negaba a acudir a la escena de un posible asesinato, no como detective, sino un civil que no tenía por qué meter sus narices en el asunto, del cual acabaría enterándome en uno o dos días a través de los periódicos o los telediarios, o incluso a través de la cuenta

de Instagram de la compañía en la que trabajaba. Pero no fue eso lo que hice.

No, claro que no.

Brett se adelantó en mi dirección con un semblante sombrío.

—¿De qué se trata? —pregunté en cuanto lo tuve al frente.

—Ya lo sabrás. —Brett soltó un profundo suspiro. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y los laterales del blazer desbotonado les hondeaban a los lados ligeramente. Lo miraba como si estuviera preocupado o algo parecido—. Quiero que lo veas tú mismo.

«¿Qué diablos significa eso?», quise decirle.

En cambio, me disponía a repetir mi pregunta de antes cuando Morrison me dio espalda y comenzó a caminar en dirección al vehículo azul, más adelante.

Lo seguí.

Varias escenas cruzaron mi cabeza mientras pisaba los talones a Brett. La primera vino tras ver el azul del auto con el cuerpo, pues me recordó al que utilizó el asesino de Amy Walsh y otras dos jóvenes, hace más de dos años; si bien no se trataba del mismo modelo (Volkswagen Beetle), podía jurar que ambos eran del mismo año o casi. La siguiente escena sobrevino, como un doloroso destello, inmediatamente después de hacer aquellos cotejos. Y se trataba de Wiklund, refiriendo el estado en el que descubrieron el cuerpo de Lauren en el maletero de su auto. ¿Acaso la secta había atacado de nuevo? ¿Acaso le había ocurrido lo mismo a la víctima que se encontraba en aquel viejo automóvil? ¿Acaso esa era la razón por la que Morrison me había hecho venir? ¿Acaso...?

«¿Acaso se trata de Margaret?»

No se me ocurría nadie más a quien la secta pudiera querer asesinar de la misma forma que Lauren, fuera para mandarme un mensaje a mí, o fuera este mensaje para la policía o las fuerzas del orden del país después de que sacaran a la luz los trapos sucios de George Wettington. Mi corazón latía con fuerza. A diez mil por hora o algo parecido. No había vuelto a hablar con Margaret desde el funeral de Linus hace un par de semanas. Casi eché a correr hacia Matt Sanders, que estaba de pie junto a la puerta trasera abierta del costado izquierdo del auto. Pero no lo hice. Sólo aceleré un poco el paso.

Tercié la cabeza. La brisa soplaba fuerte. Un policía de tránsito hacía sus debidas labores manteniendo el flujo de autos por la autopista a través del carril izquierdo. El derecho, al menos el tramo que cercaba el vehículo azul con el cadáver, estaba acordonado con cinta policial amarilla, y un par de oficiales. Pasamos junto al par de civiles y el joven oficial de color, que parecía estar tomando sus declaraciones, con un cuadernillo de notas en las manos y una expresión tan pétrea como el concreto. Cuando Brett me vio mirándolos, a pocos metros del auto azul donde nos aguardaba Sanders, me explicó: Evan y Rachel Moulden. Oriundos de Prince George, Canadá. Al parecer regresaban de un viaje romántico por el sur del Oregón cuando su vehículo, aquel Corolla que ves cruzando la calle del centro, se descompuso. Pararon. La señora Moulden, que bajó del auto en tanto su marido daba un vistazo a la parte delantera, hizo el descubrimiento al acercarse por curiosidad al auto azul, tal vez preguntándose a quién diablos se le habría ocurrido dejar abandonado aquel vejestorio a un lado de la interestatal, o si quizá habría alguien dentro.

—Y resultó ser lo segundo —dije.

—Sí. —Morrison asintió—. Supo que algo no iba bien en cuanto percibió el hedor.

—¿Qué hedor?

En ese momento, la sombra del puente nos arropó. Entonces pude percibirlo. El hedor

repugnante que manaba con densidad del coche azul me abofeteó en la cara como lo haría la embestida de las olas del mar. Mis ojos se humedecieron. Me detuve un instante, llevándome una mano al rostro sin cubrirme del todo la nariz y la boca.

Brett me miró por encima del hombro con una leve sonrisa.

—*Ese* hedor.

Avanzamos. El hedor agravó, como cabía esperar, en cuanto llegamos a la posición de Matt Sanders, que tenía las manos enguantadas en látex y una expresión, ni crítica ni asqueada, sino sombría como la de Brett. Tardíamente nos echó la mirada y apenas pareció inmutarse, limitándose a un leve asentimiento con la cabeza. Conocía lo suficiente a Sanders para saber que estaba consternado.

—¿De quién se trata? —pregunté a Sanders, sin más prelude, aún con la mano a medias en la cara.

—No estoy seguro. Pero tal vez tú puedes decirme. —El forense me dirigió una mirada más apacible casi como si se compadeciera de mí, o algo por el estilo, por lo que estaba a punto de ver. (No era primera vez que Matt me echaba ese tipo de mirada, y por regla esta nunca vaticinaba nada ni remotamente bueno.) Aunque muy tarde, en ese momento me arrepentí de haber abandonado la aburrida junta con Peter y sus colegas para presentarme allí. Me pregunté por qué, en primer lugar, había accedido a hacerlo.

Como si no supiera la respuesta.

Me acerqué a la puerta abierta en tanto Sanders se apartaba.

El cadáver estaba tumbado de lado en los asientos. Por su posición, deduje que en algún momento quizá estuvo sentado detrás del puesto del conductor, pero en un punto del trayecto se había caído de lado como quien se queda dormido mirando el paisaje al viajar. «Y, por supuesto, quien condujo el auto azul cielo hasta este punto de la I-5 no quiso perturbar el sueño de su difunto acompañante, a mansalva por su estado descompuesto, al abandonarlo —pensé—. Hay que reconocer el aguante del sujeto o mujer que condujo hasta ese lugar fustigado por esta peste quién sabe desde dónde y por cuánto tiempo». Asimismo, había que reconocer que se hubiera (o se hubieran) tomado tantas molestias, lo que significaba que debía ser un mensaje.

Dejé de respirar por la nariz. Me incliné un poco. Ladeé la cabeza para mirar más de cerca la cara desde otro ángulo. La víctima estaba desnuda de la cintura para abajo y sobre el torso apenas llevaba una mustia camisa sin mangas, probablemente para dar alguna falsa ilusión a quien por casualidad echara un vistazo a la ventana de atrás. Mientras detallaba los rasgos de aquel rostro deforme, lleno de ampollas bajo la piel, Matt Sanders empezó hablar.

—Como ves, ha pasado por el *rigor mortis*. Lo que quiere decir que lleva muerto entre dos y tres días. —Una pausa. Lo escuché murmurar pensativo antes de continuar en voz alta—. Es difícil establecer en qué momento lo trajeron aquí; me atrevería a decir que no hace más de un día, quizá durante la noche o en las primeras horas de este día, de lo contrario la propia policía hubiera hecho el hallazgo.

—¿Causa de muerte? —pregunté en tanto seguía con mi inspección.

Para entonces ya sabía de quién era el cadáver en el asiento trasero del Vauxhall Cavalier azul cielo de los años noventa; una parte de mí llevaba sabiéndolo desde que me fijé en sus genitales, o..., más bien, lo que quedaba de ellos; la otra parte, sin embargo, aún quería asegurarse de que en efecto se trataba de quien estaba pensando.

—Aún no lo sé —admitió Sanders—. Dios, míralo, es difícil saberlo en su estado. Lo

sabremos a ciencia cierta una vez en el laboratorio. Por ahora, solo puedo especular que sufrió la amputación de varios de los dedos de las manos y los pies y la de ambos testículos aun estando vivo.

—Y del corazón —añadí yo.

Me enderecé. Le pedí a Sanders que se aproximara. Le indiqué con el dedo las manchas de sangre en el vello hirsuto del pubis sobre la costra parduzca donde estuvo el miembro. Matthew todavía tenía las manos enfundadas, así que lo insté a que subiera la camisa que llevaba puesta el cuerpo, lo que reveló un rastro de sangre que alguien había intentado lavar; el rastro, apenas visible, conducía hasta el pecho, donde unas marcas de sutura asomaron cuando Sanders removi6, con excesivo cuidado, la camisa a la altura de la axila izquierda. Las moscas zumbaban alrededor. «Le han sacado el corazón», oí decir a Matt con un hilo de voz.

Crucé una mirada con Brett Morrison, que tenía los brazos cruzados y una expresión entre sombría y expectante.

No parecía sorprendido, pensé. Porque ya lo sabía. También Sanders. Ambos sabían que se trataba del cuerpo del chico de diecinueve años que durante toda su vida hizo parte de la secta satánica los Siervos del Lucero Matutino, y que presenci6 la masacre de veintiún estudiantes y dos profesores, cuando apenas tenía doce años, y puede que otra docena más de crímenes en años posteriores. El único que sobrevivi6, según los medios. Nathaniel Feeney. Quien ahora se hallaba tumbado en el asiento trasero de aquel vejistorio sobre ruedas, desnudo, mutilado, descompuesto. Y sin corazón.

—El auto —dije, y eché un vistazo al vehículo en cuestión a la vez que reprimía el impulso de tocar la superficie, al parecer recientemente lustrada—. ¿Comprobaron las placas?

—Sí. Son de Colorado —contest6 Morrison—. Es probable que fuera alquilado.

Estuve de acuerdo.

La cuestión era: «¿Por los asesinos o la víctima?». Ninguno la formul6. A su debido tiempo lo sabríamos.

Oí un llanto. Ladeé la cabeza. La señora Moulden se echaba a llorar desconsoladamente en el hombro de su esposo.

—Así que, ¿un viaje romántico?

Brett, frunciendo el entrecejo, mir6 en la misma dirección que yo.

—¿Crees que estén relacionados? —me pregunt6.

Lo pensé un instante.

—No lo sé. Pero más vale comprobarlo.

Quince minutos después, Sanders y su equipo removieron el cuerpo. Los señores Moulden fueron llevados a la estación de policía de Salem; Morrison tuvo que persuadirlos diciendo que solo era parte del protocolo y que en cuanto respondieran un par de preguntas más (a las que seguiría otro par, y otro, sabía yo) podrían volver a casa tal como se proponían hacer antes del hallazgo. Ellos no pusieron ninguna resistencia, más bien parecieron aliviados. Como si ya lo hubieran esperado. Por último, una compañía de remolques envi6 un par de grúas para trasladar el vehículo descompuesto de los Moulden —al igual que sus dueños no estaba libre de sospechas— y el Vauxhall Cavalier azul cielo. Yo me fui antes de que llegaran.

Esa noche no pude dormir. No podía poner mi mente en blanco y, sin más, rendirme ante el cansancio que no sentía, pero que debería sentir. Había sido un largo día. «Un largo día de mierda», diría Lauren. Aun tumbado en mi cama, aquel día no parecía terminar (aunque técnicamente había terminado hace casi tres horas, pensé irritado). Me revolvía entre jirones de sábana preguntándome el motivo por el que Nate sufrió un destino aún peor que el de Chris Barney, que violó a Stacy Harrington durante los sucesos en Black Wood, en contra de los designios de la secta. Si ese era el caso, entonces ¿qué? ¿Qué regla o precepto pudo haber quebrantado Nate para acabar pudriéndose en la I-5 sin genitales, uñas, lengua y corazón?

Faltaba un cuarto para las 3 a.m.

Frustrado, aparté la sábana y me senté en el borde de la cama con las manos en el rostro y los pies descalzos rozando la fría superficie del suelo. No sabría decir el momento exacto en que tomé la decisión: si fue cuando me puse en pie y enfilé el cuarto de baño, donde lavé mi cara y estuve mirando mi reflejo en el espejo del lavabo (o más bien el cuerpo tendido de Nate en el asiento trasero, la piel del color de la leche cortada) por lo que bien pudieron haber sido dos o tres cuartos de hora, evocando la llamada que recibí de Matt Sanders cerca de la media noche para referirme parte del informe final de la autopsia de Nate Feeney; o tal vez fue mientras preparaba una ración de café cargado, con poca azúcar, para asumir el resto de la noche; puede que tomara la decisión de lo que haría sin darme cuenta de ello hasta que fue demasiado tarde, o incluso mucho antes de que en realidad lo pensara. Para el momento en que caí en la cuenta de que no había vuelta atrás, eran las seis y media, había bebido seis tazas de café, y no sentía un ápice de cansancio. Todo lo contrario: en la vida me había sentido menos cansado o más despierto.

Había sacado el tablero de corcho que guardé en un armario antes de partir en mi aventura con Margaret, y lo había colgado como un cuadro en la pared de la salita donde estuvo hasta el caso Black Wood. Me había deshecho de todos los archivos en torno a la investigación de los seis de Salem cuando se descubrieron los vínculos de Paul (quien había recabado dichos informes durante los días que estuvo a cargo del caso) con los Siervos. Eran poco confiables. Así pues, me propuse hacer mi propio repertorio. Tuve que desempolvar mi impresora HP para sacar impresiones fotográficas de todos los involucrados —vivos o muertos— en el caso del bosque negro, y un sinnúmero de artículos y notas de prensa en torno al suceso en el bosque publicados desde hace casi dos años. Usé tachuelas para fijarlo todo en el tablero, y cuando no hubo más espacio, fijé el resto a los lados en la pared con cinta adhesiva. Después realicé las debidas relaciones con un grueso hilo color rojo intenso que adquirí al por mayor en una tienda de manualidades en la calle Comercial. «Más vale que sobre y que no falte», diría Lauren.

Mientras, bebí otra taza de café, y otra, y otra más. Sin apenas darme cuenta, ya eran seis tazas, cuando me aparté para contemplar mi trabajo.

Pensé de nuevo en mi reciente conversación telefónica con Sanders.

—Tenías razón —había dicho—. Le sacaron el corazón. Es probable que lo hicieran mientras aún estaba con vida. Tal como ocurrió con las demás mutilaciones. —Hizo una pausa. Al cabo, como si contuviera un sollozo, añadió—: La lengua incluida.

«¿La lengua?», estuve a punto de decir. Al último segundo me contuve. Pensé: «No debería sorprenderme. La secta ha hecho cosas mucho más atroces en el pasado. Eso sí, que supiera, nunca han cercenado la lengua a sus víctimas. Y esta no es cualquier víctima. Tal vez Nate habló de más. En tal caso, ¿con quién?».

—¿Qué más? —pregunté.

Hubo un silencio.

—¿Cómo supiste que...?

—Una conjetura.

—Pues es cierta —dijo Sanders. Ya no parecía al borde de las lágrimas. En cambio, su voz tenía un tono de resignación—. La secta lo marcó en el torso como siempre han hecho con sus víctimas. Algo que aprendí tras el hallazgo del cuerpo de Chris Barney en el arroyo en Black Wood. —Otra pausa—. ¿Crees que Nate...?

No acabó la frase. Mejor así.

—Los vi —empecé a decir, entonces, tras un largo silencio—. Aquel día, en el funeral de George Wettington. Los Feeney, o Sinclair, o como quiera que se llamen en realidad. Estaban ahí. Apenas les presté atención. Pero los recuerdo. Y Nate. A él lo recuerdo más claramente mirando con rencor el ataúd de Wettington.

—¿Crees que esto tenga que ver con la muerte del chico?

Lo pensé un instante.

—Es probable. Pero ambos están muertos. Lo que creamos no importa ahora.

—Por cierto —dijo Sanders—, los Moulden quedaron libres. —Sobrevino otro silencio, en el que, supongo, Sanders esperaba que diera mi opinión al respecto. Pero no tenía nada que decir. Él continuó—: Al parecer no mentían sobre su viaje romántico. Estuvieron la última semana en un motel cerca del lago Cráter, y una semana antes estuvieron en Ashland, visitando a los padres de Rachel. Todo fue corroborado, y tuvieron que dejarlos ir. —Bufó una sonrisa—. Morrison enfureció. Piensa... No, más bien está convencido de que los Moulden están vinculados de algún modo a la aparición del cadáver de Nate. Cree, incluso, que fueron ellos quienes lo torturaron y asesinaron por orden de la secta.

Y ahí terminó todo. O, en realidad, ¿fue donde comenzó?

Me senté en el sillón frente al tablero y la pared, que a simple vista parecía ultrajada por un maniático sin remedio (es decir, yo), con media taza de la sexta de café en mis manos. La miré largo rato. La fotografía de Hannah tenía la mayor concentración de hilo rojo alrededor. Ya fuera de manera directa o indirecta, todos los implicados en el caso Black Wood parecían estar vinculados a ella.

No lo había apreciado hasta entonces. Todo había comenzado cuando una chica de diecisiete años decidió revivir el último recuerdo de su padre muerto; tomó un cuaderno de notas y convenció a sus amigos de hacer el que sería, y sin duda fue, el viaje de sus vidas.

Entonces tuve una idea. Absurda y descabellada. Pero no imposible. Sentí que mi corazón se detenía. Luego, que latía con fuerzas. Me levanté de golpe apenas sin darme cuenta. Casi dejé caer la taza medio vacía.

—¿Y si...? —Callé un segundo. No daba crédito a lo que estaba a punto de decir—. ¿Y si Hannah siempre ha sido uno de ellos?

A la noche siguiente encontré el apartamento a oscuras. Entré y encendí la luz. Para entonces tenía un plan que, me dije, llevaría a cabo en cuanto estuviera de vuelta en casa tras el itinerario de ese día. Consistía en prepararme un emparedado, darme una larga ducha y, después, tumbarme en la cama con una profunda exhalación. Sencillo.

Sí me preparé el emparedado. Y sí tomé una ducha, no demasiado larga. En cuanto a lo tercero...

El día había sido largo, agotador. No era el primero en varias semanas y, podías apostar, tampoco sería el último al ritmo en el que iban mis investigaciones. Nunca había tenido tanto trabajo. Dos, en concreto. El verdadero, en Yates Prive Investigation, como el encargado y también detective activo de la sede de la empresa en Oregón, lo que exigía largas horas de espera aparcado en un estacionamiento sin que nada interesante ocurriera alrededor. Como era en el caso del señor Chalmers, el presunto marido infiel de mi segunda clienta en Yates, al que seguí la pista hasta Stayton, el día anterior, donde estuve de modo avizor por seis horas y medias aparcado frente a su local de repuestos para autos. El trabajo como detective a sueldo también requería trasladarse con frecuencia de un sitio a otro y, sobre todo, paciencia. Mucha, pero mucha paciencia.

El otro trabajo, el que me había autoimpuesto después del hallazgo del cadáver de Nate Feeney, y al que había dedicado parte de mi tiempo, también requería que me trasladara de un sitio a otro. Como hoy.

«Debería dejarlo ya —me decía, y al mismo tiempo hacía oídos sordos a mis propias palabras—. No vas a conseguir nada. Tan solo remover heridas y sufrir más decepciones». Empero, hasta ahora, ni lo uno ni lo otro.

El fin de semana anterior conduje hasta Newport. No había vuelto a pisar esta ciudad, ni la de Lincoln, desde mi frenética —casi obsesiva— visita hace más dos años, cuando supe que allí había estado Lauren antes de su muerte. Según la detective Simms, ella se había presentado en el puerto durante la indagación de un asesinato (extraño, ¿no?). Más tarde, Simms se apareció en aquel hotel barato donde Lauren había pasado la noche para averiguar el verdadero motivo de su paso por el puerto. Lauren, haciendo uso del gran histrionismo que la caracterizaba, respondió: «Seguía una pista». Y nada más.

Extraño, pensé por entonces. Y, aún después de un par de años, seguía pensándolo. Me preguntaba qué pista podía estar siguiendo Lauren, a la sazón ya se había resuelto el caso del asesino de las tres chicas, y el asesino había resultado muerto en la redada de su captura; más que nada, por qué se apareció en el puerto de Newport durante aquella terrible escena del crimen en el muelle 5, y qué tenía que ver con el caso del imitador de Harvey Flint.

Obtuve respuestas a la segunda y tercera cuestión. Tal parecía que el auténtico Harvey Flint, apodado el Eterno Fugitivo después de más de veinte años en aparente exilio, había sido el ultimado en aquel caso; según los reportes, fue asesinado en venganza por el padre de una de sus víctimas. Entonces me pregunté: ¿Acaso Lauren conocía el paradero de Harvey Flint? En tal caso, ¿por qué nunca me informó al respecto? ¿Habría estado envuelto de algún modo el verdadero Flint en los crímenes de aquellas tres chicas? ¿Acaso el verdadero Flint estaba vinculado con su imitador? (Más tarde, sabría que, de hecho, Flint había violado a la madre del hombre en cuestión.) Eran muchas preguntas. Y las personas que podían darme alguna respuesta estaban muertas.

Casi todas.

Y aún no tenía ni asomo de la respuesta a la primera cuestión.

Visité el departamento de policías del condado de Lincoln con intención de reunirme con la detective Cristina Simms. El detective Alex Hope, el antiguo compañero de Simms, me comunicó que había sido transferida al departamento del condado de Benton, en Corvallis.

Hope me preguntó si se trataba de Lauren Flynn. Le respondí afirmativamente tras sopesarlo unos segundos.

—En realidad esto tiene que ver con el hombre que murió en el muelle 5 del puerto hace más de dos años —aclaré—. Harvey Flint.

—No hay nada más que Simms o yo pudiéramos decirte al respecto que no te hubiéramos contado por aquellos días.

Asentí.

—Quizá sí hay una cosa —dijo Hope, pensativo—. No recuerdo si te lo mencioné. De cualquier forma, no importa ya.

—¿Qué es?

—Una mujer. Se llamaba Amelia Fletcher. Tenía ochenta y tantos y aseguró haber sido íntima amiga de la madre de Ernest Diggs, la identidad bajo la que se ocultaba Harvey Flint.

—Me gustaría ver a esa mujer. —Tenía una extraña corazonada.

—Claro que sí. —Hope asintió, sonriendo—. Pero no será posible.

—¿Por qué?

—Se esfumó. Abandonó su casa y su pequeño local de acuicultura, *¡como si nada!*, justo después de nuestra breve reunión antes de que supiera cuál era la verdadera identidad de Diggs.

«Mierda», pensé. Acto seguido, dejándome llevar por aquella extraña corazonada, pregunté:

—¿Tienes alguna fotografía? De Amelia Fletcher, quiero decir.

No tenía ninguna. En su lugar, me facilitó un retrato dibujado a carboncillo por un artista forense del departamento de policías de Lincoln, basándose en una descripción hecha por el propio Alex Hope, la cual fue divulgada en los medios, principalmente en el periódico local y en carteles, con la inscripción: «¿HAS VISTO A ESTA MUJER?». Al ver el retrato, mi corazonada fue más intensa.

Así pues, tres días después, supe que se trataba de la mujer que adquirió el vehículo donde el imitador de Harvey Flint cometió el primer asesinato. Lo supe al conocer el nombre del pequeño barco pesquero del tal Ernest Diggs: *Divine*.

Llevaba sobrio más de dos meses. Me había deshecho de todo el licor en mi departamento —más bien, Jessica lo hizo— tras el suceso en el balcón, incluidas las casi treinta botellas de bourbon que compré aquel día con los últimos mil quinientos pavos que obtuve gracias a mi *brillante* desempeño en el caso de los Mahoney. Después de comer el emparedado y tomar la ducha, todo según el plan que había maquinado en el trayecto de Corvallis a Salem, reprimí el impulso de conducir a la tienda más cercana a por una o dos botellas Four Roses. Mierda. Quizá debería seguir el consejo de mi hermana y asistir a reuniones de AA. Me conformé con agua. Acorde al plan, se suponía que a continuación debería ir a tumbarme en la cama y proferir una profunda exhalación de complacencia. Porque debería sentirme complacido y satisfecho por ese día de mis avances en la investigación. Por lo que había descubierto. Pero no. No sería tan fácil como eso.

Uno o dos minutos después, pensé: «Ni siquiera sé por qué lo intento». Y, con un resoplido, me levanté. Si Lauren estuviera aquí, me diría que soy un maldito idiota obcecado por el trabajo, un trabajo que no me correspondía, aunque ella misma supiera en el fondo que aquello no era cierto. Me correspondía a mí más que a nadie. Por ella.

Entré en la cocina. Puse a funcionar la cafetera y, entre tanto, enfilé la sala de estar donde la pared con los datos de mi investigación me estaba esperando. Encendí una lámpara, la cual despedía una luz cálida, que apuntaba directamente a la pared sin reflejarse. Miré el retrato de Amelia Fletcher —o, mejor dicho, Divine Nutt— fijado al

tablero con una tachuela. De ella se desprendían varios hilos que la ligaban con Lauren y Harvey Flint. Después de hoy, esas no serían las únicas relaciones que tendría Divine Nutt en la investigación.

Pasados cinco días desde mi breve visita a Lincoln (y mi todavía más breve estadía en el mismo hotel de Newport donde se hospedó Lauren, incluso la misma habitación con vista al puerto y el ladrido constante de los leones marinos que apostaría ella debió odiar), saqué algo de tiempo de mi trabajo verdadero como investigador privado, y visité Corvallis. No planeaba hacerlo tan pronto, o nunca, tras la información que me facilitó Alex Hope.

Cambié de opinión después de recibir un correo de Matt Sanders. En él, adjuntaba medio centenar de fotos tomadas con la cámara de Hannah Perkins, la cual, huelga decir, encontraron entre los objetos sustraídos por George Wethington. No sabía qué esperaba Matt que encontrara en ellas, no lo ponía en el correo, tan solo un breve mensaje: «Recuerda quién fue el último en poseer la cámara». Yo lo recordaba, sí. Aquella información, junto a la de la alusión de la anciana en la tienda de Springfield que advirtió a los chicos del peligro de Black Wood, nunca fue divulgada. Así que, observé las fotografías, una a una y con detenimiento, hasta la última. En la que, sin duda, Sanders esperaba hallara algún detalle que solo yo vería, o al menos diera una perspectiva. La fotografía había sido tomada durante la noche. Quien la tomó —según él mismo contó— tuvo que hacer una esmerada contorsión con los brazos atados para sacar la cámara de su bolsillo, cubrir el flash con un dedo a fin de no ser descubierto y capturar la imagen: un hombre vestido de blanco de pie a varios metros de distancia junto a la abertura de una enorme tienda, dialogaba con otro hombre de blanco, que, por su tamaño y corpulencia, juraría que se trataba Wesley Stout, el presunto cazador furtivo.

En cuanto al primero, solo pude adivinar gracias al collar con el pentáculo invertido y la escopeta que llevaba en la mano, era el líder de la secta. Nada más. Nada, a pesar de que pasé horas mirando aquella oscura fotografía. Al cabo, rendido, aunque no del todo, pensé: «Quizá el chico pueda darme más contexto, arrojar un poco de luz a esta oscuridad».

Y ese fue el segundo motivo por el que decidí visitar Corvallis.

El primero: la detective Simms.

—Detective —me saludó Kent Mitchell, ese día más temprano, apenas me vio cruzar la entrada del café en el que un día antes habíamos concertado nuestro encuentro. Sonreía. Ciertamente parecía más saludable desde la última vez que nos vimos.

—Hola —respondí. Me sentí intranquilo mientras el chico estrechaba mi mano y, después, procedíamos a ocupar nuestros asientos en una mesa en el fondo. Me cuestioné el verdadero motivo por el que estaba allí en ese momento y si debiese decirle a Mitchell que ya no era detective de la policía, si bien, técnicamente, aún seguía ejerciendo como investigador en otros derroteros.

Opté callar. Tendría que dar muchas explicaciones y era probable que el chico no quisiera cooperar después de saberlo. Ya era un verdadero milagro que hubiera accedido a vernos. Porque, vamos, cualquiera en su lugar habría preferido no hablar más del tema a tenor del trauma sufrido.

La camarera tomó nuestros pedidos: un americano sin azúcar para mí, un cappuccino para Mitchell.

Entre tanto la sonriente chica se retiraba a preparar nuestros pedidos, paseé la mirada

por el local. Se llamaba Dutch Coffee. El ambiente era más cerrado e íntimo que el de la cafetería en la calle Waverly, en Salem. También discreto. Por lo visto, de alguna manera, Kent Mitchell había entendido el cariz de nuestro encuentro cuando concertamos vernos un día antes.

Volví la mirada.

—Gracias por haber aceptado reunirme conmigo —empecé.

—Descuide. Quizá no hubiera tenido tanta suerte si usted fuera un reportero. —Viró los ojos con una sonrisa burlona—. En serio. Han sido una pesadilla. Incluso me han ofrecido dinero por una simple entrevista. No diré que no acepté un par. Trey, Stacy y yo acordamos que solo aceptaríamos ese tipo de propuestas para cubrir nuestros estudios universitarios. Con todo, esa experiencia no me hizo sentir... ¿satisfecho?... Siento que he sacado provecho a una tragedia que no me pertenece. Y sé que Trey y Stacy opinan lo mismo.

—¿Aún mantienen contacto? Byers, Harrington y tú, quiero decir.

—Sí —dijo, con una mirada y sonrisa distantes—. Tenemos nuestro grupo de *WhatsApp*. Se llama «Los 6 de Salem», ya sabe, como nos llamaron los diarios. Aunque solo seamos tres. —Me miró—. Y, por si se lo pregunta, hace un año que Trey y yo tomamos la decisión de separarnos. Por un tiempo. No creemos en las relaciones a largas distancias y pensamos que un periodo estando separados podría hacernos bien, abrírnos nuevos horizontes. —Por lo que yo sabía, Trey Byers asistía a la Universidad de Stanford, en California—. Todavía nos vemos en Navidades, Acción de Gracias y, a veces, en vacaciones de verano. No es él mismo. En realidad, ninguno ha vuelto a ser el mismo desde lo ocurrido.

Asentí. No sabía qué más decir.

—En cuanto a Stacy —siguió Mitchell—. Sé que va a terapia... a veces me pregunto si yo también debería hacerlo..., y estudia artes escénicas en Julliard, en Nueva York. Los seis de Salem, o más bien los tres, nos reunimos por última vez hace dos meses. Fuimos el cementerio Belcrest.

—Phillips —dije.

Kent asintió.

—Stacy aún no lo supera.

«Dudo que alguna vez lo haga —pensé—. Ella lo vio morir con sus propios ojos». Percibí en la mirada de Mitchell que pensaba lo mismo y, por tanto, no era necesario decirlo. En cambio, dije:

—Sé que no te ha ido mal tampoco. Sé que has ganado una competición con el equipo de remo con el equipo de la universidad y haces parte también del equipo de béisbol. El mejor *pitcher* en los últimos cinco años, leí en una reseña. Tu padre —a quién yo recordaba bien — debe estar muy orgulloso.

Kent me miraba atónito. Como si no supiera si reír o salir corriendo.

En ese momento reapareció la camarera —por fin— y colocó nuestros pedidos en la mesa. Le dimos gracias. Luego se retiró.

Tomé la taza de café, soplé un poco la superficie y di un sorbo. Olía tan bien como sabía.

—Sí —respondió Kent—. Mi padre está orgulloso. Él es la razón por la que decidí quedarme en Oregón. También mi madre y mis hermanas. Pero sobre todo por mi padre. Desde lo de Black Wood, nuestra relación padre-hijo ha sido lo mejor que nos ha pasado. Aunque aún guarda silencio cuando se menciona al elefante en la habitación: que soy gay. Me quiere, y por primera vez en años, lo demuestra, y para mí no hay nada más importante. —Sonreía mientras hablaba. Bajó la mirada, tomó su taza y dio un sorbo a su cappuccino.

Guardamos silencio.

Pensé, en tanto bebía otro sorbo de café: «Este sería el mejor momento para abordar el asunto por el que recorrí cincuenta y nueve kilómetros desde Salem». Entonces el chico bajó su taza, juntó las manos sobre la mesa y, mientras se aclaraba la garganta, se inclinó un poco hacia adelante antes de mirarme como si segundos antes hubiera escuchado mis pensamientos. Lo que se me antojó irritante. Como si yo fuese tan previsible.

—Bien, detective —empezó Kent con un suspiro. Una vez me pregunté si debería decirse que ya no era *esa* clase de detective—. Ya es tiempo de que me diga qué hacemos aquí. ¿Por qué ha venido realmente? ¿Se trata del caso Black Wood? Creí que había quedado cerrado cuando hallaron el cuerpo de Jordan.

—No del todo —dije. Y suspiré—. Por debajo de cuerda se está llevando una investigación a mi cargo para descubrir y atrapar al resto de los miembros de la secta satánica, los Siervos del Lucero Matutino. —«Joder, no puedo creer lo bien que me ha salido esa mentira. Quizá no he perdido mi toque».

—¿Y en qué podría cooperar? —inquirió Mitchell. Fruncía el ceño.

Me gustó que hubiera dicho esa palabra. «Cooperar».

—Mucho. Tengo entendido que tú fuiste el último en poseer la cámara de Hannah. Durante tu primera declaración referiste que habías tomado por error la cámara (creíste que era tú móvil, pero estaba oscuro), que caíste en la cuenta de ello demasiado tarde y aun así la guardaste en tu bolsillo.

—Y la olvidé, sí. —Mitchell asintió—. Me olvidé de ella. Al menos hasta después de que ellos me capturaron intentando llegar a las tiendas de campaña. Mi plan era sacar de allí comida y otras provisiones, incluido el móvil. Nunca se lo mencioné a Trey. Que llegué a tener la cámara de Hannah. Ni siquiera después de que ellos me devolvieron al agujero infernal donde nos mantuvieron una semana: «el culo del Diablo». —La voz le hervía de rabia y, supuse, de una profunda decepción por haber fracasado aquella noche.

—La foto —repuse—. Tomaste una foto la noche que te capturaron. ¿Por qué?

Kent me miró. Al principio, confundido. Después, quizá con más claridad, respondió:

—No lo sé. —Encogió un hombro—. No hay una razón específica. El hombre, el que parecía ser el líder de la secta, estaba manteniendo una discusión con el otro sujeto. No podía escuchar lo que decían desde esa distancia. Parecía grave. Creo... que tenía que ver con la muerte de Jordan. —Plegó el ceño—. El otro sujeto (recuerdo haber pensado que debía tratarse de Wesley Stout, uno de los cazadores furtivos) parecía negado a limpiar el desastre de alguien. El asesino de Jordan, tal vez. Yo estaba atado con cuerda a un árbol a la altura de los brazos. También tenía atadas las muñecas. Mientras miraba la discusión con la cabeza adolorida percibí el peso de un objeto en mi bolsillo. La cámara. Flexioné los brazos por los codos (aún podía hacer eso) y la saqué tras un largo, arduo, esfuerzo. La maniobré. La encendí. Tomé la foto. Un minuto después, perdí el conocimiento..., o me rendí ante el sueño. Da igual. —Dio un ademán con la mano para quitarle importancia. Pero ambos sabíamos que le importaba—. Cuando desperté, al día siguiente, estaba de vuelta en el culo del Diablo. Con Trey.

—¿La cámara...?

—No la tenía. —Suspiró. Tenía los ojos húmedos. Parecía frustrado. Se pasó la mano por la cabeza—. No recuerdo haberla metido de vuelta en mi bolsillo. Creo que cuando me dormí debió resbalar de mis manos. Ellos debieron encontrarla tirada en el suelo o algo...

—Así fue —afirmé—. La encontraron, tal vez justo como tú dijiste, y la mantuvieron

oculta. Y ahora está en nuestras manos.

—¿Puedo verla?

—No lo creo. Es evidencia. —Lo miré a los ojos—. ¿Por qué querías hacerlo? —Dado el traumático suceso habría cabido esperar que no quisiera volver a tener nada que ver o escuchar sobre el asunto. «Y, aun así, aquí estamos».

—No todo fue una pesadilla —repuso el chico, cabizbajo—. Hubo momentos felices. Algunos de ellos immortalizados con la cámara. Y quisiera conservar un par de ellos. Al menos uno.

«Apuesto a que se refiera a esa selfie con Phillips».

—Veré qué puedo hacer. —Amagué una sonrisa. Otra mentira que me salía con facilidad.

Terminamos nuestros cafés. En silencio. Como si fuera lo último que nos quedaba por hacer.

Pasado un minuto, dije:

—Hay otra cosa.

Con esas palabras fue como si el mundo se redujera solo a nosotros; Mitchell me miró atentamente.

—¿Qué es?

—Necesito que hagas algo por mí. —Mientras hablaba, bajé la taza (vacía), metí la mano en el bolsillo interno de mi chaqueta y saqué un papel doblado. Lo deslicé por la mesa hacia Kent—. Necesito que me digas si reconoces a esta mujer.

Mitchell, a ojos vistas inseguro, lo tomó y procedió a desplegarlo. Lo miró largo rato sin que ninguna emoción se reflejara en su cara. Se trataba del retrato de Amelia Fletcher.

—Es ella —susurró para sí Mitchell. Luego me miró. Parecía asustado. Como si hubiera visto un fantasma. Una lágrima rodó por su mejilla. Entonces supe a qué se refería el chico antes que agregara—: La anciana de la tienda. La señora Whitmore.

Sospechas confirmadas, y concluido mi encuentro con Kent Mitchell, solo me quedó una cosa más por hacer en Corvallis. Hallar a la detective Simms. Pensé que sería fácil. Quizá demasiado. Di por hecho que la encontraría sin problemas en el departamento de policías del condado, a unas calles de la cafetería Dutch. Pero me equivoqué. Ella no estaba en la estación. De hecho, si daba crédito al cretino de poca monta que me recibió en su lugar, un sujeto llamado Ian Fitchuk, la teniente-detective estaba de luna de miel en Hawái en esos momentos; que, si quería dejarle un mensaje, con gusto se lo haría llegar.

Dudé que eso fuera cierto. Y, si bien le di mi mensaje, también tomé algunas previsiones.

Frustrado, suspiré. Me aparté del tablero de corcho con los datos de mi investigación tras varios minutos interminables escudriñando en vano la foto que sacó Kent Mitchell en un intento por hallar en ella una pista. Decidí, entonces, llevar a cabo la tercera parte de mi plan: tumbarme en la cama con una profunda exhalación.

Pensé, mientras me dirigía a la habitación, que dormir no me resultaría tan fácil con todos aquellos pensamientos trajinando en mi cabeza como un galimatías de voces en un concurso de trabalenguas o algo parecido. Pero estaba equivocado. Sucumbí en cuanto apoyé el costado de mi cara en la almohada. Y, lo mejor de todo, no soñé ningún sueño.

La pesadilla, sin embargo, arribó alrededor de las cuatro y media de la mañana cuando entreabrí los ojos y observé una sombría figura inclinada sobre mí como si de un árbol torcido se tratara. Con lo oscuro que estaba, noté, más que vi, que presionaba un objeto

afilado contra mi garganta.

—Buenos días, detective. —Una risa susurrada.



CAPÍTULO 18

—¿Estás lista? —preguntó Rosalie. Vestía una túnica roja sangre y llevaba una corona de florecillas y ramas de olivo en la cabeza. Estaba de pie junto a la puerta del recibidor.

Hannah pensó: «¿Acaso puedo responder que no?» Y asintió, forzando una sonrisa.

—Es evidente que está nerviosa. Mírenla. Parece a punto de irse en vómito, la pobre. — La observación de Kenzie, acompañada con una risilla, era acertada. Hannah tenía ganas de vomitar, más concretamente, desde el almuerzo de ese día: lonchas de alce con salsa barbacoa, arroz y judías, que apenas había probado. En realidad, a duras penas había comido desde que se enteró en qué consistía el tercer rito de su iniciación, hace dos noches, gracias a Jena y Kenzie—. Más vale que no lo haga, si es el caso, si no quiere arruinar ese precioso vestido.

El vestido en cuestión apenas podría llamársele así. Más parecía un largo batín para dormir. Era de satén blanco con tirantes de cola de ratón y un remate que rozaba el piso; la tela, sedosa y de un brillo intenso, parecía adecuarse a su cuerpo con una segunda piel. Casi no pesaba. Y mucho menos abrigaba, como no tardaría en comprobar Hannah de primera mano en cuanto saliera a las bajas temperaturas que reinaban extramuros. Tenía envidia de Rosalie y las hermanas por aquellas túnicas, a ojos vistas pesadas y abrigadas, que llevaban puestas. Ella, en cambio, se cubriría con ese fino vestido ceremonial, las pantaletas que tenía debajo, y nada más. Ah, y por si esto fuera poco, iba descalza.

—Estoy bien. —Hannah hizo tripas corazón para aparentarlo. Alzó la cabeza, inhaló y exhaló hondo y, por último, esbozó una sonrisa tan amplia como la de Rosalie y las hermanas—. De maravillas. Aunque puede que el almuerzo se haya asentado mal en mi estómago.

—¡Se los dije! —rio Kenzie.

—Todo saldrá bien —dijo Jena—. De maravillas, como dices. No olvides respirar profundo cada tanto. Para tranquilizarte. Y cuando menos lo esperes, Em, todo habrá acabado.

«Es fácil para ti decirlo, has sido uno de ellos toda tu vida —quiso gritarle Hannah—. Y lo amas. Es el lugar al que tú perteneces. No el mío. Aunque tal vez sea el lugar en el merezco estar por todos los errores que cometí. Ojalá, al concluir la noche, sienta que he expiado parte de mi culpa por lo de Black Wood. Pero, vamos, a quién quiero engañar». Volvió a sonreír.

—Jena tiene razón —repuso Rosalie a la vez que se acercaba a Hannah y ponía sus manos, extrañamente cálidas, en sus hombros—. Sé que el último rito es lo que te tiene un poco preocupada, querida Em, pero debes saber para tu tranquilidad que tu padre ha tomado algunas medidas para que tu situación no afecte tu iniciación.

Hannah pudo haberle preguntado a Rosalie a qué se refería con *su* situación. Pero ya lo sabía. En cambio, preguntó:

—¿A qué medidas te refieres?

Cómo si no fuera suficiente con saber que tendría que yacer con uno de los miembros más veteranos de la secta (sin saber de quién se trataba, ella temía que fuera su propio padre, a la luz de sus descubrimientos recientes; y estaba bastante decidida a lanzarse por la ventana en cuanto lo descubriera) para consumir la última parte de su iniciación.

Rosalie y las hermanas McCullough cruzaron una mirada cómplice.

—Lo sabrás llegado el momento —afirmó Rosalie, y alargó su mano para adecuar una de las florecillas que adornaban el pelo de Hannah, que se estremeció levemente ante el inesperado gesto—. Ahora, vamos afuera.

Los ritos de iniciación eran tres. Jena y Kenzie se lo habían explicado hace algunas noches durante lo que ellas, con excesivo entusiasmo, al parecer de Hannah, habían llamado «noche de chicas». Dicha velada tuvo lugar en la habitación de Hannah hasta el amanecer. Comieron galletas con chispas de chocolate cortesía de Rosalie y bebieron sidra especiada con abundante sabor a ron. Y entonces, cuando Hannah estuvo más o menos contagiada por la emoción de las hermanas, estas, sentadas frente a ella en posición india sobre el tapete estilo persa del suelo de la alcoba, procedieron a hacer la debida explicación. «Los ritos de iniciación son tres —había empezado Jena, si mal no recordaba Hannah mientras salía de la Gran Casa, y la madera del pórtico se tornaba helada bajo sus pies—. El primero es el más sencillo: el rito de sangre, se llama».

En tanto hacía memoria de lo que consistía tal rito, Hannah avanzó, arraigando un enorme esfuerzo para no rodearse con sus propios brazos y rendirse ante el frío inclemente. Empezó a tiritar ligeramente. Dios, debían hacer temperaturas bajo cero; estaba segura. ¿Cuánto tiempo podría resistir? Mantuvo la frente alta. El rostro inexpresivo. Avanzó. Bajó los tres peldaños del pórtico arrastrando el remate de su fino vestido. A su lado, iba Rosalie, con una pequeña vela roja en la mano que sacó y encendió, seguramente, mientras Hannah estaba ensimismada recordando aquella noche con Jena y Kenzie McCullough, quienes, velas en mano, avanzaban a su espalda con rostros impertérritos.

«El rito de sangre es el más sencillo..., y el más aburrido, a decir de Kenzie... En él, la congregación entera te recibe en un cálido círculo, recitan algunos votos que tu dirigirás al pulpito (mañana, cuando no estemos trastocadas por la sidra especiada de Dante, te diré cuáles son, y cuándo y cómo decirlas) y, por último, tomarás la sangre del Sumo Sacerdote. La sangre de tu sangre».

Hannah encubrió su consternación al oír aquello. Mantuvo una expresión impasible, limitándose a un ligero asentimiento, para no darle satisfacción alguna a las hermanas que la miraban con especial atención, en silencio. Hannah sonrió, temiendo que esa parte no fuera lo peor que tuviera hacer durante los ritos de iniciación.

Y no tardó en descubrir que no estaba equivocada.

Hannah miró arriba. El cielo era negro terciopelo. Carecía por completo de estrellas y la luna, hinchada, parecía una perfecta moneda de plata suspendida en el centro de la bóveda celeste con preciosos matices. Luego, Hannah se fijó por el rabillo en la Gran Casa. La habían adornado con ramas de olivo y amaranto, que parecían derramarse por las barandas del porche y en algunas secciones del techo como sangre fresca; algunas luces navideñas amarillas, puestas de manera estratégica aquí y allá, remataban el atento decorado. Más adelante, la senda por la que pasaban Hannah y su pequeña comitiva estaba flanqueada por antorchas tiki y guirnaldas con distintas flores rojas y blancas. Allí, donde aguardaba más de medio centenar de los Siervos del Lucero Matutino, ataviados con túnicas rojas sangre («La túnica roja se reserva para ritos de iniciación y liturgias en solsticios —había explicado Jena la otra noche—. La blanca, en cambio, se utiliza sólo para sacrificios... o, como preferimos llamarlos, *ritos de purificación*... para una vida mejor, quizá te suene familiar»), se alzaba un fastuoso arco floral con más de aquellas ramas de amaranto que parecían una cortina de sangre estática. Hannah contuvo el aliento durante un instante.

Nate.

Estuvo a punto de parar el paso. Nate estaba parado junto a su padre. El padre de ambos. Eran los únicos bajo el arco floral que no tenían las capuchas caladas. La melena rubia de Nate destacaba por sobre todos. Lo mismo que sus ojos azules que reflejaban el fuego de las antorchas. La miraba. Hannah estuvo a punto de tropezar. A tiempo la mano de Jena McCullough se cerró en su brazo y la ayudó a incorporarse tras lo que Rosalie la espoleó levemente con una mano para que siguiera avanzando. Hannah continuó. Atravesó ese calvario helado hasta el centro de aquel círculo de hombres y mujeres vestidos de rojo. Evitó encontrar su mirada con la de Nate. Sin embargo, divisó la cara de Owen McCullough medio oculta en las sombras de su capucha, sonriente, y volvió a oír sus palabras, reverberando en su cabeza. «Yo no soy el único aquí que se ha acostado con un hermano. — Y también—: Querrás decir de quién. Pero eso lo deducirás tú misma».

Y eso había hecho. Deducir. Tardó un segundo tras la afirmación de Owen llegar a la conclusión de que se trataba de Nate. Un segundo, y el mundo que ella conocía se había desmoronado. Al mismo tiempo las piezas sueltas de un rompecabezas parecieron encajar en su fuero interno. Al principio ella se había negado a ver la imagen que conformaba: Nate y ella yaciendo en aquella tienda en el bosque, una y otra vez, sangre de su sangre. Quiso morir. Y quizá se habría tirado por la ventana o se habría colgado del techo si Jena y Kenzie McCullough, sin ellas saberlo, no hubieran intervenido a tiempo en el momento más oscuro de su pesadumbre.

Volvió a mirar a Nate. Todo había sido una ilusión. No se trataba de él. El sujeto que estaba parado junto a su padre con la capucha caída era Ibrahim, uno de los hermanos de Rosalie; Dante, su otro hermano, y mano derecha de Carlton, estaba en el otro flanco. Ibrahim tenía el cabello rubio y sus ojos, también azules, reflejaban ávidamente las llamas.

Nate no estaba allí.

Y nunca más estaría; Hannah estaba segura.

El rito de sangre transcurrió con normalidad, teniendo en cuenta, claro está, que las circunstancias eran en absoluto normales. Allí estaban todos los que ella había conocido en su camino hacia Red Snow y en el tiempo que llevaba en la villa. Y al menos una veintena de otros miembros de los Siervos del Lucero Matutino que habían arribado entre el día anterior y ese día más temprano. Formaban un círculo en torno a ella y su padre, que inició la ceremonia con algunas palabras de bienvenida y una breve oración en latín. Hannah prosiguió, diciendo su parte, tal como Jena le había enseñado. Movilizó toda su energía para que no le temblaran la voz ni las piernas al pronunciar las habidas palabras. Las túnicas rojas tenían capuchas; Hannah podía ver rostros ominosos, inmisericordes, en sus sombras. Esa noche añadiría nuevos nombres a su lista mental, pensó. Muchos nombres. Esperaba poder memorizarlos todos y cada uno de ellos como había podido hacer hasta ahora. Pero ¿cuántos más sería capaz de recordar? Todos. Los recordaría todos. Y más.

Selló sus votos en latín con «*Per gratiam satanas!*». Un atronador coro de voces repitió la frase, si cabe, con más ímpetu que ella, tras lo que todos apagaron sus velas y descubrieron sus rostros en una especie de gesto simbólico: se descubrían, no ante ellos mismos, sino ante ella.

Hannah sintió un intenso escalofrío en la espalda. Lo dominó lo mejor que pudo. Alguien se abrió paso entre el círculo de congregados (se trataba de la vieja Whitmore) y desplegó ante ella una túnica granate, que Dante procedió a colocar sobre sus hombros con el consentimiento del Sumo Sacerdote. Su padre no le había quitado los ojos de encima, se fijó

Hannah. Ni un solo momento. Había contento en su mirada, aunque no sonreía. En absoluto. Ella, sin embargo, tenía la impresión de que, muy por debajo de cuerda, Carlton estaba orgulloso. Desechó este pensamiento cuando lo vio sacar sus manos de la túnica y observó que sostenía un estilete y un cáliz dorado con piedras preciosas. La llama de las antorchas arrancó destellos de él y del medallón con la estrella de diez puntas que pendía del cuello de Carlton. Acto continuo, Rosalie, con una actitud obediente, se acercó y rellenó el cáliz con vino.

Hannah volvió a estremecerse, esta vez en el cobijo de su túnica roja (aun con ella el frío había remitido el mínimo de su cuerpo), cuando su padre levantó el estilete. La hoja destelló.

—*Sanguis sanguinis mei* —enunció el Sumo Sacerdote. Y se cortó la palma de la mano.

La sangre se vertió en el cáliz.

Hannah se llevó la copa a los labios cuando su padre se la entregó. «Resígnate —le dijo la voz de (Stacy) su conciencia—. Ya no tienes escapatoria. Resígnate. Ahora eres uno de ellos».

Bebió.

Más tarde se realizó un banquete. Para Hannah esto era como una especie de interludio entre el rito de sangre y el rito de la virtud, el segundo y último de su iniciación. El tercero —el rito de la purificación— sería omitido debido a los acontecimientos recientes. De los tres, este era el más brutal y, a decir de Kenzie, el más divertido. Hannah sabía bien en qué consistía. Y se sentía aliviada de haberse librado de aquel baño de sangre.

De momento.

A la luz de la luna y las velas, la congregación de los Siervos del Lucero Matutino —casi ochenta— ocupó las mesas alargadas dispuestas en el terreno ulterior de la Gran Casa. Eran cinco. Y aún quedaban puestos. Los centros de mesa eran arreglos con ramas de olivo, amaranto, rosas blancas y rojas, y flores nomeolvides. Cerca de medio centenar de velas titilaban a lo largo de cada mesa y a duras penas parecían inmutarse con la tenue brisa.

Por otro lado, la vieja Whitemore y Rosalie fueron los artífices de la comida, que consistía sobre todo de platillos a base de pescados locales: salmón, trucha, arenque. Pero también había costillas de alce, gumbo de carne con salsa picante en cuencos de pan, y hamburguesas con enormes porciones de carne de caribú, cortesía de Dante; las tortas de queso, la crema de arándanos y las galletas de mantequilla, en cambio, eran obra de su esposa. Para beber, había sidra especiada y cerveza. Hannah bebió un vaso entero de esta última apenas ocupó el asiento a la derecha de su padre. Sólo la vieja Whitemore, sentada a su lado, se percató, y sonrió, guiñándole un ojo.

Hannah no le prestó cuidado; se sirvió y apuró otro vaso de aquella horrible cerveza turbia, aunque fría, con el anhelo de hallarse un poquitín borracha para cuando empezara el siguiente rito. Esta vez, cuando Carlton puso su atención en ella, Hannah apartó el vaso de sus labios con naturalidad y esbozó una tenue sonrisa que hubiese podido engañarla a ella misma si no tuviera aquel nudo en la boca del estómago y sus piernas no le dejaran de temblar como gelatina. En parte por la temperatura, admitía, y en parte por la perspectiva de lo que estaba por venir.

«Desfloramiento», había dicho Kenzie, la otra noche, riendo. Maldita fuera.

Y Jena añadió: «Pero no tienes de qué preocuparte. Al menos no dolerá. No demasiado.

Nate se encargó de ello, ¿no?»

Y Hannah había asentido, cayendo tardíamente en cuenta de lo que había dicho la otra chica.

Entonces preguntó quién sería el sujeto que haría las habidas labores.

Jena y Kenzie había cruzado una cómplice mirada. Sonrieron. Lo estaban disfrutando. Probablemente Owen las hubiera puesto al corriente de sus inútiles amenazas. Tanto daba. Al final, Jena había respondido que la decisión de quién haría tales honores dependería del Sumo Sacerdote y el Círculo, su grupo de fieles más cercano en la secta. Hannah no quedó convencida. Para nada. Jena y Kenzie sabían de quién se trataba.

Hannah, por otro lado, tenía puestas sus sospechas sobre su propio padre. Carlton tenía una reputación que mantener, apariencias que guardar y un ideal que representar ante la cofradía de psicópatas que fundó. Muchos de los presentes habían arriesgado sus vidas para que ella estuviera allí ese día y fuera todo lo que el Sumo Sacerdote le prometió que sería. En absoluto le sorprendería que fuese su padre, lo que no quería decir que no le repeliera la perspectiva de yacer bajo su propio progenitor. Le repelía, sí. Y por eso su cuerpo se estaba en tensión y tenía que hacer un esfuerzo para que sus manos y piernas no temblaran, aunque había entrado en calor, tanto como era posible, al finalizar el rito de sangre.

Hannah miraba su plato, distraída, tanto así que no sería capaz de decir en qué momento llegó ahí el salmón en salsa de tomate ni cuándo rellenaron su vaso con más cerveza.

—Jamás creí que llegarías tan lejos.

Hannah parpadeó, ladeó la cabeza.

—Digo —continuó Whitemore—, cuando advertí a tus amigos en aquella tienda de Springfield creí por un momento que virarían el auto y pondrían marcha de vuelta a casa; que los había asustado lo suficiente con esas patrañas de vieja senil. O esa era mi secreta intención. —Suspiró y dio un ademán—. Como sea. Tampoco me sorprendió no haberlos asustado con mi cháchara delirante ni siquiera cuando aludí a mi nieto desaparecido en Black Wood, que, por ventura, se llamaba Kent. ¿Y por qué debería sorprenderme? Al fin y al cabo, la falta de sensatez de los jóvenes estos días ha alcanzado niveles nunca antes vistos.

Hannah la miraba con ojos abiertos como platos. Sin decir palabra.

—Eso fue lo que te trajo aquí, después de todo, ¿no?

Dicho esto, la señora Whitemore esbozó una breve e insípida sonrisa y volvió la atención a su plato.

Hannah abrió y cerró la boca. ¿Qué se suponía que debía decir después de aquello? «Oh, es usted aquella anciana en andadera que se topó con mis amigos en Springfield y profirió sandeces sobre Black Wood», porque era evidente que era ella, y no quería parecer una estúpida señalando lo que saltaba a la vista. Ella era la viva representación de ello: idealismo juvenil en su peor expresión.

Así pues, calló.

Un coro más de «*Per gratiam satanas!*» se elevó en las mesas antes de que todos comenzaran a hartarse con el festín como lobos hambrientos sobre su presa. La presa era ella, pensó Hannah. Estaba asediada para siempre en el confín del mundo con aquellas bestias sanguinarias. Los observó sin que ellos la advirtieran. Memorizó sus caras, sus gestos, sus risas, y pronto sus nombres también... como si eso le fuera a servir de algo algún día. Perdía el tiempo. Probablemente lo mejor sería hacer caso a la voz de (Stacy) su

consciencia y resignarse.

«Soy uno de ellos ahora. O estoy a punto de serlo».

Entonces sintió los ojos de su padre puestos en ella. Fingió no darse cuenta, suspiró con una leve sonrisa y volvió la vista a su plato. Tomó el tenedor y probó el pescado en salsa de tomate. Estaba delicioso. Pero solo pudo comer cuatro o cinco porciones pequeñas antes de apartar el plato como si estuviera llena hasta el cogote. En realidad, su estómago estaba tan encogido como una pasa. No podía dejar de pensar en el siguiente rito. Y en su padre.

En una ocasión —entre el segundo y tercer bocado de pescado en salsa—, divisó de reojo a su padre cruzar una larga, extraña, mirada con el señor McCullough. «Oh, no, no, no», pensó horrorizada, y casi dejó caer el tenedor en el plato. ¿Y si Dennis McCullough era el hombre que le quitaría la virginidad (de nuevo) en el maldito rito? Dios no. Antes ella preferiría yacer con Owen. Pero Owen era joven. Y no estaba entre los miembros del Círculo de fieles más allegados de Carlton Perkins. En cambio, Dennis McCullough sí.

—Tienes suerte.

La voz vino de su lado. La señora Whitmore otra vez.

—¿Por qué? —preguntó Hannah en voz baja.

—Oh, no lo sabes, querida. —Whitmore hablaba con desgana y la boca de atiborrada de carne, sin mirarla. Debía tener ochenta y tanto años, pero tragaba como una ávida jovenzuela. Tal vez a ella le funcionó bien entregarle su alma al diablo: sería joven por dentro hasta el final, pensó Hannah—. Tu padre convenció al Círculo de conceder al joven Owen McCullough tu virtud. No sé cómo lo hizo. Supongo que fue cosa de su vena del convencimiento. Cuatro votos a favor, uno en contra, y dos abstenciones. Naturalmente el padre del muchacho tuvo que abstenerse debido a su parentesco. La otra...

—Usted —soltó Hannah.

Whitmore sonrió.

—Vaya. Tal vez no eres tan estúpida después de todo.

—Váyase a la mier...

—No, no, niña, cuida esos modales. Y disfruta tu momento. No muchas tuvieron tanta suerte como tú.

—¿A qué se refiere?

—La mayor... —la vieja señaló con el tenedor disimuladamente, y sin dejar de comer, a Jena McCullough, que estaba sentada al otro extremo de la mesa entre sus dos hermanos— entregó su virtud al viudo Begay hace dos años. La menor, a tu padre, hace un año...

—¿Qué...? —Hannah miró horrorizada a la mujer; luego, volcó la vista entre su padre, que hablaba con Rosalie, sentada a su lado, en una muy extraña actitud jovial.

—Sí —repuso Whitmore—, también ella entregó la virtud a tu padre y desde entonces la pobre no se aparta de su lado, con la esperanza de que algún día la haga su *señora*. Como si no supiera que eso es imposible. Y Owen...

«¿Por qué es imposible?», quiso preguntar Hannah. En cambio, inquirió:

—¿Qué hay de Owen?

La sonrisa amarilla que Whitmore le dedicó con su dentadura postiza embadurnada con salsa picante fue respuesta más que suficiente. Quizá demasiado. Hannah desvió la mirada, asqueada.

—¡Atención! —gritó Dante; su voz era un trueno. Alzaba su enorme jarra de sidra y, por la forma en que reía, estaba a un paso de la completa embriaguez. Entonces se levantó y señaló a Hannah—. ¡Atención, hermanos y hermanas! Ha llegado el gran momento, el

momento de que nuestra flor de medianoche por fin abra sus pétalos y, con su sangre, nos convide su virtud en comunión. Como muestra de su auténtico compromiso por unirse a esta orden y aspirar a una vida mejor.

«Comunión —pensó Hannah—. Una vida mejor». Aquellas palabras no le agradaban. Le dio escalofrío. Sonrió para disimular su creciente inquietud, pero se dio cuenta del silencio que había caído en el ambiente. Profundo, ominoso. Todos la miraban sin expresión. Parecía una película de terror.

Por fin, su padre habló, poniéndose en pie.

—Owen McCullough ha sido el elegido para verter la sangre de la virtud de mí querida hija y traerla ante nosotros como muestra de su auténtico compromiso por unirse a esta congregación... —Hizo una pausa y, tras echarle una inquietante mirada a la aludida y extenderle su mano, añadió—: Hannah.

«Hannah».

Ésta, despacio, miró alrededor. Nadie en las cinco mesas parecía sorprendido (¿Y por qué deberían estarlo? Su nombre y cara habían aparecido a lo largo y ancho del país, e incluso puede que ya lo supieran antes de los sucesos en Black Wood), mantenían sus rostros inexpresivos, en silencio; Owen McCullough también se limitaba a mirarla sin expresión, aunque sus ojos no la engañaban.

Hannah respiró profundo; hizo acopio de todo su autocontrol, aceptó la mano de su padre y se levantó. Al cabo, Rosalie, Jena y Kenzie se pusieron en pie. Lo mismo que Owen, a quien se le unieron Dante, Ibrahim y Evan Moulden. Acto continuo, el grupo, como si se tratara de una procesión, avanzó en línea recta hacia la Gran Casa.

Hannah apenas tendría recuerdos de ese recorrido. Tan solo entró verdaderamente en razón de lo que estaba a punto de pasar cuando le entregó su túnica a Rosalie ante la entrada de su alcoba. Luego cerró la puerta. En la habitación, apenas iluminada con una docena de velas rojas, quedaron Owen y Hannah. Hannah se acercó a la cama tropezando en el camino y Owen se limitó a mirarla, sin expresión, desde la peinadora donde estaba reclinado.

Hannah puso su atención en la cama donde había dormido los últimos tres meses. En todo este tiempo nunca habían colocado sábanas blancas, tan blancas que parecían emitir su propio fulgor, como las velas. Este pensamiento le causó otro escalofrío y se rodeó con sus brazos.

—No he dejado de preguntarme, Hannah —habló Owen, por fin—, ¿qué te proponías obtener a cambio de tu silencio?

Hannah lo miró. Frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—No intentes engañarme. Querías algo a cambio. A cambio de guardar silencio sobre lo que viste en el granero. —Cruzó los brazos—. ¿Qué era?

—Yo no...

—Puedes pedírmelo. Lo que sea.

Hannah no pudo evitarlo... y rio.

—¿Y por qué me darías lo que sea que quiero? ¿Qué esperas obtener tú a cambio?

—A ti.

—¿A mí? —Entonces lo comprendió—. ¿Quieres que me acueste contigo a buenas a cambio de darme lo que sea que quiero?

—No ahora. Y no así.

Descruzó los brazos, se enderezó. A continuación, se inclinó, se subió el pantalón y sacó una pequeña navaja que tenía atada al tobillo. Hannah no habría tenido tiempo de gritar de tan rápido que se acercó a ella el sujeto, tomó su mano, cortó en la palma y la condujo hasta la cama para que derramara su sangre en las blancas sábanas.

—Ahora dime —preguntó Owen con vehemencia. La observaba directamente a los ojos desde aquellos escasos cinco centímetros que separaban sus rostros. El corazón de Hannah latía a unos diez mil por hora mientras le pedía le hiciera llegar un mensaje a su tío. Un mensaje breve: *Si estás leyendo esto, sigo viva*. Cuando terminó, Owen asintió y afirmó—: Lo haré. En cuando salga de la villa. Y también haré algo más por ti.

Pero antes de que dijera de qué se trataba, empezó a quitar las sábanas de la cama: la prueba de la virtud de Hannah.

—Antes —dijo Owen, sacando una gasa de su bolsillo y rodeando la mano herida de Hannah con asombrosa pericia— debemos ocultar la prueba del delito.

—¿Qué es? —preguntó Hannah.

—Una advertencia. —Owen soltó su mano, volvió a tomar el jirón de sábanas y suspiró—. Jena y Kenzie omitieron decirte adrede todos los detalles del rito de la virtud. Lo hicieron como venganza después de que les dije de tu amenaza. No sé por qué lo hice. En fin. Lo que omitieron decirte mis hermanas es que ahora mismo, fuera de esta habitación, están todos los hombres de esta congregación esperando acreditar de primera mano tu compromiso por unirse a nosotros y aspirar a una vida mejor. Desde el más viejo al más joven en edad viril, todos esperan. —Mientras decía esto, caminaba hacia la puerta y abría—. Más te vale no resistirte demasiado. Sé de buena fuente que a Begay le gusta cuando se resisten.



CAPÍTULO 19

«El día que encontraron aquel cadáver pudriéndose en un tramo de la I-5, a principios de febrero, tomé una importante decisión. Una que, a decir verdad, llevaba varios meses dando vueltas en mi cabeza».

**GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 28 DE FEBRERO.
Tres días antes de la aparición de Hannah Perkins.**

Brett Morrison estaba en la escena del crimen de un triple homicidio en West Salem cuando un paquete de FedEx arribó en su casa a eso de las diez y media de la mañana. Era jueves, y Linda Morrison no tendría que cubrir su turno como enfermera en el hospital Buen Samaritano hasta entrado el mediodía. Ella recibió el paquete, que no tenía remitente (más tarde sabrían había sido enviado anónimamente desde una oficina en Fort Collins, Colorado), lo que le resultó extraño. Decidió llamar a su esposo. Tras un segundo intento, Brett contestó, entre tanto los forenses retiraban los cadáveres de una familia —una madre y dos niños, de siete y nueve años— metidos en bolsas mortuorias. Sin perder tiempo, Linda inquirió sobre el paquete. Brett respondió que no tenía idea.

Linda quiso saber si quería que lo abriera y le echara un vistazo.

Brett, consciente de los riesgos de su trabajo, y dado que tenía un presentimiento respecto a la naturaleza del paquete, prefirió que no; que lo haría él mismo, al llegar a casa. Sin embargo, compartía la inquietud de su mujer. Durante todo el día no paró de pensar en el paquete inusual, preguntándose qué podría contener, quién lo pudo haber enviado y por qué le sonaba tan reciente Colorado. Por supuesto, tampoco dejó de pensar en los cadáveres de aquellos dos niños.

Ocho horas después, Brett llegó a casa y encontró el paquete en la mesa de la cocina. Buscó unas tijeras, quitó el envoltorio de espuma y, después, el plástico. Su corazón latía desbocado. Pensó que podía tratarse de un explosivo. No le importó. Solo quería ver qué había dentro, terminar con el misterio de una vez por todas y continuar con su vida, si tal cosa era posible, como hasta ahora. Ya tenía más que suficiente con la investigación por el caso del triple homicidio («Dios, pobres niños»), no quería que otro asunto ocupara su mente por el resto de la semana. Respiró hondo. Debía tranquilizarse. Tal vez solo estaba exagerando. Ojalá pudiera comunicarle este mensaje a sus manos, que empezaron a temblarle de forma incontrolable en cuanto tomó el paquete. Retirados los embalajes, descubrió una pequeña caja blanca rectangular en la que bien podría venir un iPhone o un reloj costoso. Qué absurdo, pensó Brett. ¿O no? Tal vez el paquete no era realmente para él, sino para otro Brett Morrison de Salem, Oregón. Tenía que haber más de uno, ¿verdad?

Tomó aire —una profunda espiración— y abrió la caja.

Pasados cuatro días desde el hallazgo del cadáver de Nate Feeney (tres desde que yo decidiera seguir con mis investigaciones en torno al caso Black Wood), recibí una llamada de Morrison, en la que, turbado, me dio cuenta en detalle del paquete y su contenido. Para entonces, Matt Sanders había abalado las sospechas de Morrison tras una breve inspección del contenido del paquete en el laboratorio de la estación. Se trataba del miembro mutilado de Nate.

—Había un mensaje en una nota adhesiva en la tapa. Decía: «Ten cuidado».

No supe qué decir. Morrison preguntó:

—¿Crees que se trate de ellos?

—Ambos sabemos la respuesta.

—Si realmente lo hicieron los Moulden, y estoy seguro de que sí, la secta debe estar al tanto de que estás involucrado en esto.

«Eso temo».

—Debes cubrirte las espaldas, Jeff —dijo Morrison. Sonaba preocupado—. ¿Estás armado?

La pregunta no me tomó por sorpresa.

—No. —Había entregado mi arma reglamentaria al renunciar a la policía, hace casi dos años. Desde entonces había rehuido a la idea de adquirir un arma supletoria por un miedo no reconocido a tomar por culo la vida en uno de mis arrebatos depresivos. Pero eso había terminado, me dije—. Mañana conseguiré una.

Y eso hice. Por casi cuatro mil quinientos dólares (impuestos incluidos), adquirí una Smith & Wesson calibre 40 y municiones. Me sentí nervioso con ella cuando el tipo del mostrador la puso en mis manos. El pulso empezó a temblarme. Respiré hondo en un esfuerzo por controlarlo. A duras penas lo conseguí. Di gracias en mi fuero interno porque no había nadie mirando.

Ese mismo día visité Four Corners, el campo de tiro al noreste de Salem, que conocí gracias a Lauren. Practiqué durante una hora u hora y media cada dos días por semana. Fue difícil al principio, pero logré dominarlo. Recobré la seguridad de nuevo al cabo de la segunda o tercera sesión. El temblor remitió. Pensé que tal vez Wiklund estaría orgulloso de mí. No, estaba seguro de que así sería. También Lauren. En el fondo sabía que gracias a ellos podría sanar las heridas que me habían dejado sus pérdidas. Poco a poco.

Al volver a casa, el primer día con el arma, pensé en esconderla en el armario, en la repisa superior, pero descarté la idea casi de inmediato porque me parecía estratégicamente inviable (por la ubicación del armario, junto a la puerta del recibidor), o lo que fuera. Metida en el cajón de la ropa interior daba una vista escalofriante, casi amedrentadora. En el de la mesita de noche, donde solía poner mi arma reglamentaria, resultaba demasiado obvio. Al menos, eso me dije. También los compartimientos de la cocina o incluso el tanque del inodoro. Mi indecisión me hizo depositar el arma en el lugar más práctico, viable y, sin duda, a la mano de todo el departamento. Y, una semana y media después, eso me salvó la vida.

—Buenos días, detective.

Sentía la presión de un objeto afilado en el cuello. El hombre, que no me cabía duda de que se trataba de uno, debió tomar un cuchillo de la cocina o quizá había traído uno de su propio repertorio de tortura. Como fuese, no estaba en posición de determinarlo en ese momento dado mi escasa visión. Daba igual. No tenía mucho tiempo, me dije.

—¿Quién eres? —pregunté. Ganaba tiempo.

—No nos conocemos. Tan solo de vista una vez. —Sonrió—. Pero eso no importa.

«No, no importa», pensé, y fui deslizando mi brazo poco a poco por el costado vacío de la cama.

—¿Qué quieres?

—Yo no —bufó el intruso—. Él quiere enviarle un mensaje al cabrón de Brett Morrison para que no siga metiendo sus narices. Y a la vez quiere matar dos pájaros de un tiro.

—¿Él? —Con sigilo metí la mano bajo la almohada—. ¿Quién?

—No importa. —Apretó un poco más el cuchillo. Sentí un hilillo de sangre bajándome por el cuello y el pecho. Contuve un gemido. Se acababa el tiempo. El intruso hincó más el

cuchillo y preguntó—: ¿Cuáles son tus últimas palabras, detective?

Lo pensé un segundo. Eso fingí. Al final, dije:

—No.

—¿No? —El intruso, seguido de una pausa, bufó una risa—. ¿No? ¿Eso es todo?

—No —repetí—. Quiero decir, ¿cuáles son las tuyas? —No esperé respuesta; apunté y disparé.

Todo sucedió muy rápido. La oscuridad jugó a mi favor. Pude quitarle el seguro a la pistola al mismo tiempo que apuntaba al intruso y, después, tiraba del gatillo. Tan solo tuve que dirigir el disparo a la forma oscura que se cernía sobre mí. Sentí una leve salpicadura en la cara en cuanto sonó el estallido. Oí los pasos del intruso mientras retrocedía, entre trompicones, hacia la cómoda del lado contrario, y la embestía. Gritaba, lloraba, maldecía... En tanto, me enderecé, estiré el brazo hacia la mesita de noche y encendí la lámpara. Percibí de inmediato una aguda punción en el cuello y me palpé con la mano. Estaba sangrando. Y mucho. La sangre me bajaba por el pecho en perfecto contraste, rojo sobre blanco, con mi camisa de dormir. Hice presión en la herida. Bramé. La vista se me nubló en seguida y, mientras intentaba echar mano al celular, hice un esfuerzo sobrehumano para no desmayarme. En vano.

Más tarde recordaría haber tomado el celular, haber marcado un número y balbuceado algunas palabras...

Nada más.

Contraí la cara. Aparté la mano de la venda que tenía alrededor del cuello después de corroborar que, en efecto, de eso se trataba. Había estado inconsciente algunas horas tras el incidente y, al despertar en un tiempo indeterminado, me hallaba en el hospital. La herida no resultó grave pese a la copiosa pérdida de sangre, y a decir del médico, apenas dejaría cicatriz.

Me darían el alta tras pasar dos noches y tres días en el hospital.

—¿Cómo te sientes?

Brett Morrison estaba reclinado contra la puerta de la habitación; tenía los brazos cruzados ante el pecho, una expresión inexorable, y a ojos vistas llevaba un par de noches sin dormir. Fue a Morrison a quien llamé por teléfono hace dos noches. Me pilló por sorpresa que no hubiera informado a mi hermana de la situación. Le agradecía esto casi tanto como el hecho de que se hubiera presentado en mi departamento tras recibir aquella turbadora llamada. «Es lo que hubiera hecho Wiklund», me dije.

—Fantástico —respondí con sorna. Estaba sentado en la cama tras acabar de ponerme la ropa limpia que Morrison había traído de mi apartamento para sustituir la que estaba calada de sangre, de la mía y la de mi atacante—. Como si hubiera muerto y renacido al mismo tiempo.

Brett sonrió.

Le pregunté sobre el intruso.

—Evan Moulden —informó—. Después de todo, no estábamos equivocados respecto a los Moulden. Es una lástima que la mujer haya conseguido escapar. Al parecer una cámara grabó al Corolla que vimos el día que hallaron el cuerpo de Nate marchándose de la escena poco antes de que llegara la policía. Ella lo esperó casi hasta el último momento. Hace una hora hallaron el vehículo abandonado en el aparcamiento de un motel cerca de la frontera

con Canadá, a donde creemos fue a refugiarse. Ya dimos aviso a las autoridades de ese país. —Tomó aire, ciñó más los brazos y continuó—: En cuanto el señor Fritz, el celador, me alegra notificarte que se está fuera de peligro y se recupera favorablemente del golpe que Moulden le propinó en la cabeza para colarse al edificio.

«Pero quien no se recuperará nunca es el propio Moulden», pensé.

Brett, que debió intuir en lo que yo estaba pensando en ese momento, procedió a explicar:

—El disparo le dio justo en la mejilla izquierda. Murió desangrado. Sin embargo, su agonía fue breve, según Sanders, puesto que la bala no salió por detrás de la cabeza, sino que permaneció en su cráneo, perforando su cerebro. —Alzó una ceja—. Me temo que tendrás que cambiar esa alfombra.

Sonreí con desgana.

—Hay más —siguió Brett. Parecía más turbado que hace un segundo; su mirada sombría y su postura tensa eran una muestra—. Se trata de Nate Feeney. ¿Recuerdas que te dije que el paquete donde recibí su..., su..., ya sabes, fue enviado desde una oficina en Colorado? —Asentí—. Hace dos días capturaron al hombre que entregó el paquete.

—¿Quién...?

—Su padre —dijo Brett. Soltó el aire de golpe. Descruzó los brazos y caminó hasta el otro extremo de la habitación, cerca de la ventana, como si le fuera insoportable quedarse quieto—. El señor Feeney... o Sinclair, o como sea que se llame. Ahora está muerto.

—¿Muerto?

—Sí. Hace dos días. Parece que, durante su arresto, el hombre logró desarmar a uno de los oficiales que lo custodiaban, y se disparó dos veces en la boca. Estaba fuera de sí. No paraba de decir que él lo había obligado antes de cometer el acto.

«¿Él?», pensé, y recordé las palabras de Moulden, hace dos noches: «Él quiere enviarle un mensaje al cabrón de Brett Morrison para que no siga metiendo sus narices. Y a la vez quiere matar dos pájaros de un tiro».

—A quién se refería, no sabemos —siguió diciendo Morrison—. De lo que no me queda duda es de que los Feeney habían sido expulsados de la secta por alguna jodida razón. Y creo saber cuál es.

Lo miré sin entender.

—¿De qué estás hablando?

Brett me daba la espalda; la línea de sus hombros estaba muy tensa. Me contó una historia. Una que involucraba a Wiklund, una serie de correos electrónicos de un sujeto llamado the1_whosurvived o algo así, y a su sobrina, Hannah Perkins. Porque todo siempre estaba vinculado a Hannah.

Los días pasaron. En efecto, comprobé más tarde cuando retomé mis labores en la agencia, la herida en el cuello empezó a palidecer hasta casi no dejar rastro.

En tanto, pude reunir las pruebas que demostraban la infidelidad del señor Chalmers, ni más ni menos, con su cuñada. En otras circunstancias habría dado cierto mérito al hombre por saber esconder sus trapos sucios (aunque puede no tanto si la señora Chalmers había decidido contratar mis servicios). No sería fácil revelar esta información a mi cliente, pensé. En el fondo, sin embargo, sospechaba que la señora Chalmers tenía una idea próxima de la identidad de la mujer con la que se acostaba su marido tres o cuatro veces por semana.

En tal caso, lo vería en su rostro, tres días más tarde, cuando por fin le compartiera mi hallazgo.

Un día antes, me reuniría con mi próxima clienta, Ruth Harpoon. Pensé, cuando Shirley me informó que para esa misma semana tenía cita con dos clientes nuevos: «¿Quién lo diría? Este jodido negocio sí que es rentable».

En cuanto a mi otra investigación: la historia de Morrison, basada sobre todo en teorías fundadas por el propio Brett, avivó aún más mi empeño por desenmarañar lo ocurrido a aquellos seis jóvenes en Black Wood. Añadí al tablero los retratos del señor y la señora Moulden, vinculados a Hannah Perkins a través de la secta («Porque todo siempre parece estar vinculado a Hannah»). Evan Moulden había dicho que quería matar dos pájaros de un tiro (o un cuchillo de cocina, si en éstas estamos) y enviarle un mensaje a Morrison sobre meter las narices en los asuntos de la secta. *Él*, había señalado Moulden. Supongo que se refería al hombre con el medallón de la estrella satánica. El sujeto de blanco que portaba una escopeta en la fotografía tomada por Kent Mitchell que yo no dejaba de mirar con atención cada día. El líder de los Siervos del Lucero Matutino.

La historia de Morrison también era una constante. Pensaba en ella, palabra por palabra, cada noche antes de dormir desde que la escuché en aquel cuarto de hospital. A veces dedicaba unos minutos durante la ducha en las mañanas a intentar hallarle sentido. La mayor parte, gracias a las conjeturas de Morrison, parecía tenerlo. En resumen, esta historia empezaba con el jefe recibiendo varios correos anónimos entre noviembre y diciembre del año pasado. Continuaba con una serie de pautas que Wiklund debía seguir si «quería encontrar a Hannah». El jefe nunca detalló, según Brett, en qué estado afirmaba el sujeto detrás de la cuenta de correo the1_whosurvived@outlook.com encontraría a su sobrina desaparecida. El jefe confió en the1_whosurvived porque sabía en el fondo de quién se trataba (el nombre de la cuenta de correo daba una idea próxima) y, seguramente, porque tenía una de sus fiables corazonadas. Y el jefe siempre se dejaba llevar por ellas.

La historia, sin embargo, terminaba con el trágico accidente de Wiklund en diciembre del mismo año. Wiklund había hecho preparativos, según Brett, para embarcarse en un viaje del que planeaba regresar con su sobrina donde quiera que estuviese, viva o muerta. No dio detalles. No aludió a dónde iba ni por cuánto tiempo exactamente se ausentaría. Le pidió a Brett que alquilara un auto de segunda y lo dejara aparcado en Northgate. Y eso fue todo.

Era allí, en ese punto, donde Morrison daba rienda suelta a sus teorías.

—Nate Feeney era the1_whosurvived. Creo que la secta quería castigar a los Feeney, o quizá solo a Nate. De algún modo tal vez descubrieron los correos entre Nate y Wiklund.

—¿Castigarlo? —había dicho yo—. ¿Por qué?

—Creo que Nate sintió compasión de sus amigos y decidió dimitir de las filas de los Siervos del Lucero Matutino. A lo mejor estaba arrepentido de haber hecho parte de los sucesos en Black Wood y, puede también, de la masacre de Lennox. Claro está, ellos, la secta, no se lo tomaron a buenas. Le dictaron pena de muerte y sufrir torturas para exculparse o lo que sea. Entonces Nate huyó. Estuvo huyendo todo este tiempo. De nosotros. De los pirados de la secta. Hasta que lo encontraron y amenazaron a los señores Feeney.

—¿Amenazarlos?

—Sí. A la madre para que embistiera el coche de Wiklund. Al padre... bueno, creo que no sabía qué había en el paquete que le obligaron a entregar en la oficina de FedEx en Colorado, hasta que lo cogieron e informaron del hallazgo del cuerpo de su hijo. Fue cuando perdió aún más la cabeza.

—¿Pudo haber acudido...?

—¿... a la policía? ¿Al puto FBI? Dudo que el chico confiara en cualquiera de ellos sabiendo que la secta tiene una amplia red de contactos importantes que la ha mantenido fuera del radar, y la ley, por mucho tiempo.

Sonaba descabellado. Sí. Pero tenía mucho sentido. Porque sabíamos de buena tinta lo que eran capaces de hacer los miembros de la secta. Cosas atroces, crueles, descabelladas.

—¿Quiénes son? —pregunté a Matt Sanders, una semana después del incidente con Evan Moulden.

—Fíjate bien —dijo Matt.

Lo intenté. Me acerqué a la pantalla de mi ordenador e hice zoom a la imagen. La fotografía era una instantánea que debía tener entre quince o veinte años de antigüedad, según Matt. La habían encontrado entre los objetos robados por el viejo Wettington. En ella aparecían tres hombres. Por su vestimenta (ropa de pesca) y el fondo (la bahía Yaquina), parecía que se encauzaban a un tranquilo día de redada entre camaradas. Tardé menos de un minuto en reconocer a dos de ellos.

—¿Son...? —empecé a decir por el auricular del teléfono.

Al otro lado de la línea, Matt Sanders se adelantó:

—Son George Wettington y el mismísimo Harvey Flint. He tardado en unir los hilos. Puede que esta fuera la razón por la que asesinaron a Lauren.

—¿Qué quieres decir?

—Encontramos sus huellas en la foto. Las huellas de Lauren. Creo que Lauren encontró la fotografía en el contenedor de George Wettington. Ella debió descubrir que Harvey Flint estaba involucrado con la secta y por eso apareció en puerto el día que lo hallaron muerto. ¿Has leído *El último fugitivo*?

Estaba tan absorto en la revelación de Sanders que apenas escuché su pregunta.

—¿Qué?

—*El último fugitivo*. La novela está basada en lo ocurrido en el puerto. En la historia, el interrogatorio entre la detective Laura Clarke y Harvey Flint se prolonga por tres días, lo cual es una exageración del autor y sin duda no fue así como pasó en realidad. Peter Glenister, padre de una de las víctimas de Flint y quien lo asesinó, aseguró haber cometido el crimen tras haber oído la confesión de Flint. —Hizo una pausa. Luego añadió—: Creo que la protagonista, Laura Clarke, es Lauren.

Me recobré, minutos después, para preguntarle a Sanders quién era el tercer hombre en la instantánea.

—No lo sé. Tal vez tú puedas averiguarlo —respondió.

Quise preguntarle cómo se supone que yo lo averiguaría, pero entonces tuve una idea.

Al día siguiente visité la librería Willamette. Conseguí una copia de bolsillo de *El último fugitivo* y, durante el trayecto a casa, empecé a leer.

Mi celular estaba en la mesa de centro de la sala de estar. Lo tomé después de lavar las vajillas en una especie de trance en el que no dejé de pensar en la historia descrita en el libro *El último fugitivo* (tras haberlo leído en un día y medio, había concluido que Sanders tenía razón) y consulté la hora. Once y cuarto.

Volví a mirar la fotografía que tomó Mitchell. También la instantánea con los tres hombres. Me había acostumbrado a echarles un vistazo antes de disponerme a dormir, del

mismo modo que a veces grababa notas de voz con el celular. Mañana tenía un par de reuniones importantes (entre ellas la de la señora Harpoon), y no debía desvelarme. No quería dar una mala impresión.

No fue fácil concretar un encuentro con el hombre que asesinó al Eterno Fugitivo, Harvey Flint, pero con mucha insistencia, y gracias a la valiosa ayuda de algunos contactos de mi cuñado (¡cuándo no!), pude lograrlo.

Consulté la hora. Ocho y media. Aparté la mirada del reloj en la pared en cuanto oí una puerta que se abría al otro lado de la sala de visitas. Entraron un guardia y un hombre vestido con un traje naranja, que no iba esposado, lo cual era buen señal. Pensé, mientras se acercaban a la mesa metálica donde yo esperaba educadamente de pie, que mi reunión con la señora Harpoon no se llevaría a cabo hasta el mediodía; que tenía tiempo de sobra y que debía tranquilizarme.

El recorrido de casi tres horas hasta la Institución Correccional de Deer Ridge, la prisión de seguridad media en la que el asesino de Harvey Flint cumplía su condena, en Madrás, desde Salem, tal vez tuviera que algo ver con mi inquietud. En el fondo, sabía que esto no era verdad. «Qué más da mi reunión con una posible esposa cornuda gimiendo en mi escritorio mientras suelta su lata sobre sus sospechas de infidelidad de su marido —me dije—. Lo que estoy a punto de hacer... lo que... quizá no tenga ningún sentido. Ninguno en absoluto».

El guardia y el recluso se detuvieron ante la mesa. El primero nos informó que disponíamos de quince minutos ni uno más ni uno menos, lo que me pareció estupendo a la sazón de mi próxima cita. El segundo, en tanto, tomó asiento sin apartar su mirada de mí. No parecía intranquilo ni receloso. Más bien daba la impresión de llevar esperando este encuentro desde hace mucho tiempo. No lo creí probable. Pero puede que estuviera equivocado. Dios sabía que no sería la primera vez que me equivocaba al juzgar a una persona.

Me senté.

Por fin, el guardia se alejó y sobrevino un silencio. Uno largo e ininterrumpido. Era lunes, y las visitas en el reclusorio no empezaban sino hasta el miércoles (otro favor que le debía a Yates), por lo tanto, la estancia, ampliamente imbuida por la pálida luz del día que se colaba por las ventanas, estaba vacía salvo por algunos guardias con expresiones impertérritas apostados aquí y allá.

Me recordé que solo teníamos quince minutos y tomé aire. Sin más dilaciones, hablé.

—Oliver Putts —dije. Y para mis adentros: «También conocido como Peter Glenister, el hombre que avisó del hallazgo del cuerpo de Harvey Flint horas después de haberlo asesinado a tiros».

—Detective Jeff Harcourt.

Putts debía estar en sus cincuenta, casi sesenta. Sin duda su estadía en prisión debió añadirle algunos años a su aspecto. Y la barba larga, blanca, tampoco le favorecía.

—¿Sabes quién soy?

Me hubiera pillado por sorpresa su respuesta si segundos antes no hubiese pensado que Oliver Putts parecía llevar un tiempo esperándome. Me mantuve impassible.

—He leído y visto una que otra cosa sobre usted, detective. Sabía que en algún momento vendría.

—Ya no soy detective —expresé—. Quiero decir, ya no pertenezco a la policía. —No sé por qué había dicho aquello. Daba igual, me dije. Teníamos menos de diez minutos—. Ahora trabajo por mi cuenta. Y, dado que sabías que este momento llegaría, entonces debes saber por qué estoy aquí.

—La detective Lauren Flynn —dijo Putts. Hubo un destello de tristeza en su mirada al decir el nombre que me dio mala espina. Pocas veces uno se encontraba con ese tipo de emociones en los ojos de un asesino confeso. Cuadró los hombros. Al instante siguiente su mirada se volvió sombría—. Y su padre, Harvey Flint.

«¿Su padre? ¿Qué...?», pensé. Hice un esfuerzo para que no se reflejara la confusión en mi rostro, pero no debió resultar bien.

—Me sorprende que no lo sepa, detective —siguió Putts. Tenía sus pequeños ojos en mí. No se ufanaba. Se compadecía—. Usted y la detective Flynn parecían ser muy... cercanos.

—Lo éramos —murmuré para mí.

Lo cierto era que por varios años Lauren mantuvo oculta de mí una oscura verdad. Harvey Flint había asesinado a su hermana gemela cuando ellas tenían quince años. Flint había logrado, a pie enjuto usando una identidad falsa con un historial más impecable que el baño de un restaurante Michelin (que, huelga decir, consiguió gracias a los contactos de la secta), hacerse cargo de las gemelas cuando estas quedaron huérfanas del todo. Lauren había escapado de Flint mientras este violaba y asesinaba a su hermana. El jefe Wiklund me había mostrado los archivos del caso hace un par de años. Sin embargo, parecía que se había reservado la parte que me estaba refiriendo Oliver Putts. Wiklund no lo había hecho por mí («El mundo no siempre gira en torno a ti, Jeffrey Harcourt; supéralo»), lo había hecho por ella. Por Lauren. Para que no tuviera que vivir con el estigma de quién había sido su padre. Aun así...

«Aun así es una verdad difícil de procesar».

—Yo estuve allí —indicó Oliver Putts, cabizbajo, con un suspiro—. Escuché la conversación que ella y Harvey Flint mantuvieron. Se hicieron confesiones. Terribles, espantosas, confesiones. Cuando Flint admitió estar vinculado a la muerte de esas tres chicas, no pude contenerme más. La rabia que sentí en ese momento me cegó. E hice lo que hice.

—En tu confesión nunca la aludiste —dije—. A la detective Flynn.

—No. La detective y yo llegamos a una especie de acuerdo de silencio. Ella no revelaría que yo asesiné al maldito Flint, y yo no contaría sus vínculos con él. Ella cumplió su parte hasta el final. Yo cumplí con la mía hasta que decidí entregarme y contar la verdad... En parte.

—¿Por qué te entregaste?

—Porque entendí mi gran error. —Tenía los ojos rojos, llenos de lágrimas—. No debí asesinar a Flint. Y no me refiero al acto en sí. Me refiero a que mi hija no fue la única víctima... Había más, muchos más crímenes de los que se le acusaban a Flint. —Una lágrima rodó por su mejilla. Se la enjugó con el dorso de la mano y sorbió por la nariz—. Se los debía a ellas. Les debía un cierre.

—¿A quiénes te refieres?

—Él... —Putts balbuceó. Luego calló. Tomó aire. Recordé que yo tampoco lo había hecho en mucho tiempo y lo imité. Al cabo, Putts prosiguió—: Él admitió formar parte de la secta que masacró a esos niños en el bosque hace algunos años. La detective Flynn dijo que se llaman los Siervos del Lucero Matutino. Flint le advirtió que lo que sea que supiera al

respecto, la mataría...

—Y así fue —murmuré (otra vez) para mí.

Hubo un largo silencio de confirmación. De improviso eché otro vistazo al reloj circular en la pared que estaba a unos metros de nosotros. Quedaban tres minutos.

—Algo más. —Metí la mano en el bolsillo externo de mi chaqueta, que quedaba a la altura del pecho y a la vista de las cámaras y guardias lindantes, quienes fácilmente podrían asegurarse de que se trataba de un objeto inofensivo. Una foto instantánea. La deslicé por la mesa—. Dime si reconoces a alguno de estos hombres.

Hacia las nueve emprendí mi regreso a Salem. El recorrido de casi tres horas desde Madrás me daría tiempo más que suficiente para pensar, apiñar las piezas sueltas en mi cabeza. O al menos intentarlo. «Cuidado. No tan rápido salvo que quieres sufrir un accidente».

Palabras de Wiklund. El jefe siempre nos cuidaba las espaldas.

Fui cuidadoso.

Hora y media después me detuve en un Starbucks, en Sandy. Necesitaba café para sobrevivir el resto del camino... y para encauzar mis pensamientos. Ordené un americano, panecillos con champiñones y un par de emparedados de queso danés que se exhibían en un mostrador de vidrio —hasta que los vi no supe cuán hambriento estaba— para llevar. Faltaba un cuarto para las once cuando retomé la marcha. Pensé: «No sé por qué diablos es tan importante para mí mi reunión con la señora Harpoon. La vida de nadie depende de ella. Qué más me da si espera cinco o diez minutos. Qué más me da si pierde la paciencia al cabo de quince y se larga. Lo que estoy haciendo es mucho más importante».

Dudaba de la importancia de mi investigación. La verdad sea dicha. No había logrado otra cosa que generar más preguntas. Las respuestas eran escasas o meras teorías. Me metí en un callejón oscuro, sin salida, cuando creí que Putts podría decirme quién era el tercer hombre en la instantánea. Putts reconoció a Harvey Flint y —¡sorpresa!— también al exjefe de la policía de Salem, George Wethington, porque vio su obituario en el periódico poco antes del suceso en el puerto de Newport. Sin embargo, no tenía idea de quién era el tercer hombre, el más joven, que sostenía una red de captura. Mierda. Mierda. Mierda. Había algo que estaba pasando por alto. Estaba seguro. Algo importante. Algo que no saltaba a la vista fácilmente. Algo...

«¿Qué queremos? —había dicho, según el testimonio de Stacy, Justin Sunderland—. Queremos sangre. Queremos a Hannah Perkins».

Entonces lo supe. A doce kilómetros de Salem, lo supe.

Él.

Llegué a mi reunión con cuatro minutos de adelanto. La señora Harpoon no había llegado aún, lo que me daría unos minutos extras a solas en mi despacho para tranquilizarme. Pensar. Decidir qué haría a continuación. Eso hacía cuando tocaron la puerta.

Cinco minutos después, recibí una llamada.

«Hannah Perkins está viva. —El reportero, que estaba fuera de cámara, no paraba de repetir aquella frase mientras se emitían imágenes del reencuentro entre madre e hija frente a la casa de Perkins en una especie de bucle incesante. Hace unos cinco minutos que había cortado mi llamada con Margaret. Había ocurrido, presumía yo, en el instante en el

que le avisaron que el vehículo policial en el que llegaba Hannah acababa de aparcar frente a la casa—. Han oído bien, amigos: Hannah Perkins está viva. La última de los seis de Salem que seguía sin aparecer, lo ha hecho este lunes. Según fuentes extraoficiales, la joven Perkins estuvo desde su desaparición en una remota villa en alguna parte de Alaska. Aunque su rescate se produjo hace una semana, las fuerzas combinadas del FBI, la policía local en Alaska y autoridades de Canadá, decidieron hasta ahora hacerlo público. La joven Perkins, por lo que sabemos de momento, estuvo en estado shock durante días debido a traumáticos eventos.

»Aún se desconocen los detalles exactos de su rescate. Se espera que, en las próximas horas o días, el Departamento de Policías de Salem y la propia Hannah Perkins ofrezcan una declaración pública de los hechos. Por ahora, esto es todo cuanto podemos informarle. —Y, con una breve risa que se me antojó irritante, la voz en off agregó—: Sí; han oído bien: Hannah Perkins está vi...»

Tomé el mando y apagué el televisor antes de que terminara aquella maldita frase.

Shirley, la recepcionista, tenía los ojos abiertos como platos.

—¿Estás bien? —me preguntó.

«Estupendamente», estuve a punto de decir. Asentí.

Luego pensé: «¿Alaska?» Necesitaba oír los detalles. Sí, como el resto del país. Pero el país podía esperar. Yo no. No después de haber descubierto quién era el hombre que estaba detrás de la capucha que llevaba el medallón con la estrella satánica y la escopeta que aparecía en la fotografía de Mitchell. Había pasado media hora desde que llegué a esa terrible conclusión. Contuve el impulso de llamar al celular de Morrison, en parte porque en el fondo no quería creer que fuera verdad debido a todas sus implicaciones. En parte porque no quería sonar como un completo loco a través de la línea.

Y, aun así, maldita sea, estuve a punto de hacerlo. De llamar a Morrison y contárselo todo, aunque solo fueran meras suposiciones.

Entonces, la señora Harpoon tocó la puerta, entró en mi oficina y yo intenté distraer mis pensamientos en torno a aquel terrible asunto revisando las noticias en el celular (aún me sorprendía no haberme topado con la noticia de la repentina aparición de Hannah por ahí, pero habría sido cuestión de tiempo, ¿no?). A veces funcionaba. Y en esta ocasión casi sucedió. Empezaba a divagar mientras escuchaba la perorata de la señora Harpoon de las señales de infidelidad de su marido con su médica quiropráctica cuando sonó el celular.

Lo que me hizo recordar...

—Mierda —solté. Enfoqué a Shirley, que me devolvía la mirada, no como si me hubiera vuelto loco, sino como si de verdad le intrigara saber lo que estaba pasando por mi cabeza en ese momento—. ¿La señora Harpoon sigue en mi oficina?

—No ha salido durante mi guardia. A menos que se haya arrojado por la ventana esperando que regreses.

—Muy graciosa. —Shirley y yo teníamos confianza. No sabría decir cómo habíamos llegado a ello. Pero debía admitir que la mayoría de las veces era agradable escuchar los perspicaces comentarios de alguien que intimaba contigo más como un amigo que como un mentor o, ya que en éstas estamos, un jefe. Además, Shirley era eficiente y conocía sus límites—. Voy a necesitar que entres en mi oficina y logres reprogramar mi reunión con la señora Harpoon.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí. Ahora. —Me acerqué al perchero y descolgué mi chaqueta con premura—. Y, si no

quiere, le haremos un reembolso, aunque eso vaya contra las políticas de la empresa. También necesito que reprogrames todas mis citas de esta semana.

—¿Para cuándo?

Lo pensé un instante como si se tratara de una sencilla ecuación matemática.

—La próxima semana.

Enfilé la puerta. Me detuve en el umbral cuando Shirley preguntó a dónde iba.

Buena pregunta. Le dije que no regresaría pronto. Le dije que, una vez hubiera hecho todas las llamadas correspondientes, se podía tomar el resto del día, y la semana. Le dije que si Peter llamaba dijera que estaba de baja por gripe (me inspiré en el artículo que estaba leyendo del *The New York Times* cuando recibí la llamada de Margaret). Pero no le dije a dónde iba.

Porque no lo sabía.

A decir verdad, y pensándolo ahora, nunca antes había estado en la casa de Margaret. Lo que no debía sorprenderme dadas las circunstancias en las que había iniciado nuestra *relación*, por llamarla de alguna forma, que huelga decir que no fueron las más favorables. Antes de emprender nuestro viaje solo nos habíamos reunido en el café de Waverly Street y en la estación de policía. Y, para ser justos, Margaret tampoco había estado nunca en mi departamento y no recordaba haberle aludido siquiera mi dirección. Lo cual ella sí había hecho. Por eso, y porque recordé que aparecía en los archivos del caso Black Wood, sabía que vivía en Faye Wright, el mismo vecindario que los Mitchell (de hecho, a dos manzanas). Ella lo mencionó de pasada en una ocasión durante aquellas largas horas de recorrido por carretera a través de seis estados en un intento inútil (ya que al parecer íbamos en sentido contrario) por encontrar a su querida hija. Tampoco hacía falta conocer la ubicación exacta de la casa, me dije al mismo tiempo que giraba la llave en el contacto y arrancaba el motor. Confiaba en que lo sabría en cuanto estuviera en la zona.

Ya en marcha recordé las palabras de Margaret durante la llamada de hace unos minutos; su voz vibrante y congestionada tras una sesión de lágrimas. Me pregunté si yo habría sido la primera persona a la que llamó al saber la noticia de la aparición de Hannah. Si Linus estuviera vivo, probablemente lo habría llamado antes a él, ¿verdad?

«¿Me has oído, Jeff? ¿Jeff?»

Le respondí que sí. En tanto pensaba que ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá no hubiera cogido la maldita llamada y seguir ignorando la aparición de Hannah por una o dos horas más. Lo cual no habría aligerado la carga que ya pesaba sobre mis hombros sabiendo de la identidad del líder de los hombres que tomaron cautiva a la chica en primer lugar. Pero ya era demasiado tarde.

Margaret lloró un poco más. Y, entre lágrimas como si no hubiera oído mi respuesta, repitió: «Hannah. Está viva».

Sí, pensé. Pero ¿a qué costo?

Me pregunté si Wiklund habría sabido dónde estaba Hannah (sobre la remota villa en alguna parte de Alaska, en concreto) antes del fatal accidente. ¿Era ese el lugar al que se dirigía? ¿Acaso Nate Feeney, de ser ciertas la teoría de Morrison, había revelado la ubicación a las autoridades de Alaska, lo que resultó en el rescate de Hannah? Era muy probable. Según Morrison, la secta debió capturar a Nate justo antes del asesinato de Wiklund y de esa forma obligar a los Feeney a consumir aquellos horribles actos. Parecía plausible.

Dios, necesitaba conocer los detalles. Y pronto.

La casa Perkins estaba asediada por un montón de periodistas, curiosos y al menos una unidad de doce oficiales de la policía custodiando las inmediaciones. Aparqué detrás de la furgoneta de la CBS y a un lado de tres coches policiales y un Holden Caprice negro, que estaban cruzando la calle. El último pertenecía a Morrison.

No me sorprendía. Brett Morrison sería el elegido natural, en mi ausencia, para encabezar la reapertura del caso Black Wood. Lo que sin duda sobrevendría a continuación con la súbita aparición de Hannah. El jefe estaría más que de acuerdo con esta decisión. Me encasqueté la chaqueta y la gorra de los Castores que a veces usaba para pasar inadvertido durante mis seguimientos como detective atrapa-infieles de Yates Private Investigation. Dudé que en aquel momento me sirviera de algo. De nada, en realidad. Habría que ser estúpido o estar ciego para no fijarse en el sujeto con una gorra que avanza a todo trance hasta la casa. Y antes tenía que asegurarme de que los oficiales que vigilaban la casa no utilizaran su táser conmigo antes de que pudiera decirles quién era yo y a qué venía... si era que eso los detenía de darme una descarga de electrochoques.

También lo dudaba.

Así pues, bien pensado, solo me quedó una cosa más por hacer. Cogí mi teléfono, marqué un número y esperé.

Al quinto tono, Morrison contestó.

Me limité a decirle dónde estaba. Brett no pareció sorprendido, aunque, por su tono, tuve la impresión de que solamente estaba guardando las apariencias de las personas que debían estar dentro de la casa. Puede incluso que hubiera ido a la cocina o a otra estancia para hablar. Sonaba tenso. Me dijo que no intentara acercarme a la casa porque no podría ayudarme a salir del apuro en el que me metería. Que se trataba de un asunto delicado, dijo. Como si hiciera falta resaltarlo. Yo repliqué que no tenía idea de cuán delicado era en verdad. A lo que siguió un largo, extraño, silencio. Lo que me hizo pensar que quizá Morrison sabía de lo que estaba hablando o al menos tenía una idea próxima. O puede incluso que en realidad supiera más de lo que yo sabía a la sazón.

Pasaron diez segundos. Al cabo, en voz baja, Morrison respondió:

—No puedo hablar en este momento. Él te lo contará todo. Nos vemos en una hora en el café de Waverly Street.

Y, dicho eso, colgó.

¿A quién se habría referido con «él»?



CAPÍTULO 20

La misma pesadilla recurrente. En realidad, Hannah sabía que era mucho más que eso: era un recuerdo traumático que seguía evocando como reciente a pesar de que había pasado más de un año. Se talló los ojos con las manos y, con una exhalación, salió de la cama.

Momentos antes, cuando despertó sobresaltada por aquel sueño recurrente y reparó en Rosalie, de pie junto a la puerta abierta, mirándola impasible, notó cómo su ritmo cardíaco se disparaba (más de lo que ya estaba). La mujer se limitó a notificarle que su padre la estaría esperando en su estudio en diez minutos. Nada más. Hannah, demasiado alterada para pensar claramente, ni siquiera intentó sonsacarle el motivo. Daba igual. Hace meses que había dejado de preocuparse por su padre y lo que este tuviera que decirle en privado, aunque nunca estaban realmente en privado. Siempre lo acompañaban Dante o Ibrahim, Rosalie o la señora Whitemore, o cualquiera de los habitantes de Red Snow. A solas, nunca.

En silencio, bajó las escaleras. Dobló por el pasillo. Entonces comenzó a escuchar voces que salían del estudio de su padre hacia el final del mismo. La puerta estaba entreabierta. Ella se aproximó despacio: quería oír un poco más de la conversación que tenía lugar en aquel momento antes de interrumpirla.

Miró por la rendija de la puerta. Estaban reunidos: su padre, que le daba la espalda; Jake Locklear, con mirada adusta, cruzado de brazos; la anciana Whitemore, que hablaba en ese momento; el doctor Patterson, que solo asentía con una mano en la barbilla; el viudo Begay, y los hermanos de Rosalie, Dante e Ibrahim. La primera estaba junto a Carlton, por tanto, también le daba la espalda (de lo contrario habría podido verla nada más acercarse a la puerta). Hablaban sobre lo que había ocurrido el día anterior. Una visita (o más bien, inspección con orden firmada por un juez) de la policía de Parrish se había llevado a cabo en la villa Red Snow hace menos de 24 horas. El motivo fue una llamada anónima a las autoridades de Parrish que avisaba sobre prácticas satanistas con sacrificios humanos allí. El informante anónimo dio nombres, fechas y detalles específicos de varios de los sacrificados humanos. Lo necesario para que un juez emitiera una orden de cateo para cada morador de la villa y sus alrededores. Menos mal, Liam Locklear, uno de los topos de la secta en la policía de Parrish, pudo prevenirlos antes de que arribara por sorpresa un grupo de cinco helicópteros gubernamentales con cerca de una decena de oficiales y peritos cada uno, y media docena de perros adiestrados. Sí, menos mal. Porque tal vez hubieran hallado uno que otro indicio de que se había realizado un sacrificio recientemente. Como una salpicadura de sangre seca en la corteza de aquellos árboles, por ejemplo; o el zapato de una niña abandonado entre esos matorrales.

En cambio, no encontraron nada. Nada en absoluto. Lo cual no era ninguna sorpresa. Aun si Locklear no hubiera alertado a tiempo a los pobladores de la villa, la historia no habría sido diferente. Desde la última visita de la policía a Red Snow, la congregación había procedido con sumo cuidado y se había asegurado de que no quedara un solo vestigio de sus sacrificios en caso de que un incidente como este u otro ocurriera. Carlton Perkins había sido muy riguroso en cuanto a «limpiar el desastre» tras el último rito de purificación —y el primero desde los Griffin—, hace dos semanas. Mejor que si hubiera visto el futuro. Quizá había previsto que algo así pasaría después de conocer al inspector O'Toole en la ocasión anterior, y con quien se reencontró esta vez.

Hannah escuchó.

—Debemos encontrar al hijo de perra que hizo la llamada anónima y nos puso en la mira de la policía otra vez —decía, molesta, la anciana Whitemore—. Y cuanto antes.

—Estamos en ello —afirmó Jake Locklear. Le echó una mirada esquiva a la anciana antes de devolver su atención a Carlton—. Lo que sabemos hasta ahora es que quien realizó la llamada estaba, y puede que aún esté, en Parrish.

—¿Puede? ¿Acaso deberemos confortarnos con eso mientras tú y tu hermano averiguan cómo hacer bien su trabajo? —espetó Whitemore. Y rio secamente.

Jake habló como si no la hubiese escuchado.

—Tenemos ojos y oídos en cada rincón de Parrish. Será cuestión de tiempo para que descubramos quién estuvo detrás de la llamada anónima.

Hannah sonrió para sus adentros.

—Querrás decir, si sigue en Parrish, lo cual no es seguro —indicó el doctor Patterson.

—En efecto. —Tania Whitemore, acto continuo, se levantó trabajosamente del sillón en el que había estado sentada. Ibrahim le ofreció su brazo de apoyo, pero ella lo desdeñó de malagana. Últimamente se la veía más frágil que nunca. Y también más enfadada, puede que por la misma razón—. Al menos sabemos a ciencia cierta que no se trata del joven Nathaniel o de sus inútiles padres —añadió—. Me tranquiliza por lo menos que ese asunto ha acabado bien para nosotros. ¿Ves, Jake? Hay entre nosotros quienes sí hacen bien su trabajo.

Si las miradas mataran, Tania Whitemore ya estaría destripada, pensó Hannah al ver cómo Jake Locklear fijaba a la anciana mientras esta enfilaba la puerta. Tuvo tiempo de preguntarse a qué se habría referido Whitemore con aquello sobre Nate y su familia antes entrar en el salón aparentando que acababa de llegar. Casi tropezó con la anciana, que hizo un gesto con la mano para que abriera paso, sin mirarla o decir nada. Dante e Ibrahim fueron los primeros en fijarse en ella de los que permanecían en el salón. Rosalie siguió sus miradas.

—¡Oh, Hannah, allí estás! Me había olvidado de ti. Llegas justo a tiempo —exclamó.

Hannah forzó una sonrisa. «Eso parece».

Carlton se volvió en ese momento como si hubiese escuchado aquel pensamiento. Sin expresión alguna, y con un simple gesto con la cabeza, ordenó a todos que dejaran el salón. Ellos acataron. Begay sonrió al pasar por su lado como si fueran cómplices de un crimen. Hannah sintió un horrible escalofrío en los brazos y el centro de la espalda. Había pasado más de un año desde sus ritos de iniciación; debería pasar la página; si no fuera por aquella pesadilla recurrente, ya habría olvidado lo ocurrido; nadie más volvería a tocarla como aquella noche. Al menos no el depravado de Begay, maldito fuera.

—En seguida traeré té y galletas —anunció Rosalie con una sonrisa al dejar la estancia. Fue la última en hacerlo.

Entonces la puerta se cerró a espaldas de Hannah. Por un instante sintió que el salón quedaba sin aire. Pero era ella quien contenía la respiración, inmóvil, preguntándose por primera vez en su fuero interno, con temor, cuál sería la razón por la que Carlton la había hecho llamar. Enfocó a su padre. Éste caminó, las manos tomadas a la espalda, hacia el sillón de alto cabezal que solía ocupar en las reuniones del Círculo. Se sentó. La vista en Hannah. Sin expresión alguna. No parpadeaba. Pasaron unos segundos en silencio, sin moverse ninguno.

—Ven —dijo Carlton, al cabo—. Acércate.

Hannah respiró profundo. Su padre le hizo un gesto para que ocupara el sillón contiguo

al suyo, pero en absoluto más imponente, en el que minutos antes había estado sentada Whitmore. Ella acató de nuevo: se sentó con las manos tomadas sobre el regazo y los dedos entrelazados para que no fuera tan evidente su nerviosismo. Inútilmente. Pues nada nunca escapaba de la atenta mirada de su padre. Al menos no en lo concerniente a ella.

Además, Hannah pensó que esta era la primera vez que estaban realmente a solas. Padre e hija. Y era un escenario inquietante.

—Tranquila —dijo él—. No se trata de nada malo. Bueno, en realidad, te he hecho venir para ponerte al corriente de los últimos acontecimientos en Oregón. Mañana llegarán los McCullough y probablemente querrán darte cuenta de ellos, así que he resuelto adelantarme.

—¿De qué se trata?

—Tu tío Linus —dijo su padre— ha muerto.

Hannah se aferró con fuerza a los brazos del sillón. Sentía como si se hubiera abierto un abismo bajo sus pies o en el centro de su pecho. Disimuló el golpe de aquellas palabras lo mejor que pudo haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad (aunque sabía que sería inútil engañar a su padre). «Está muerto —pensó, abatida—. El tío Linus. No es posible...»

—Sé que lo quisiste mucho —reanudó Carlton—. A tu tío. Admito que era un buen hombre. Fue la única figura paterna que tuviste casi toda tu vida e hizo un excelente trabajo. Le estoy agradecido por eso. Creo habérselo dicho. —Lo pensó un momento. Al final, con un ademán, añadió—: Da igual.

—¿Cómo? —preguntó fríamente Hannah.

—Accidente de auto. Hace un mes y una semana. Estuvo en coma... Hasta hace tres semanas, quizá cuatro, cuando apagaron las máquinas que lo mantenían con vida y se comunicó su fallecimiento por muerte cerebral. Probablemente Kenzie McCullough traiga una copia de su obituario...

—¿Fuiste tú?

—No. Fue Harriet Sinclair. A quien tal vez conozcas como la señora Feeney. Ella no tuvo la misma suerte que tu tío: murió en el acto.

—¿Por qué? —Hannah percibió que se le anegaban los ojos.

Con una espiración, su padre se levantó del sillón; Hannah lo siguió con la mirada mientras se acercaba a la enorme ventana detrás del sillón y, con las manos tomadas a la espalda, se quedaba allí, vislumbrando, pensativo, el día radiante al otro lado del cristal. Caía nieve.

—Nos enteramos de que alguien estuvo en contacto con Linus —reveló Carlton, sin volverse—. Alguien de nuestra congregación.

Hannah pensó: «¡Owen! ¡Ha sido Owen! Después de tanto tiempo. Decía la verdad. No puedo creerlo». Quería reír y llorar al mismo tiempo. Reír porque no había creído en la aserción de Owen, hace seis meses, cuando este le dijo que había entregado su mensaje a través de un correo electrónico anónimo al tío Linus. Llorar porque había causado la muerte de su tío con sus acciones egoístas e insensatas. Pero, en estás, ¿qué había esperado obtener de ellos? ¿Que su tío viniera en su rescate con un equipo SWAT bien provisto y se cargara a todos en Red Snow? Estúpida. Eso era. Aquello no pasaría ni en sus sueños más fantasiosos. Su padre tenía ojos y oídos en el entorno de su tío, su madre y sus amigos. Lo vería venir.

—Le dijo que vivías y dónde podía encontrarte —seguía diciendo su padre, todavía de espaldas—. Wiklund se disponía a venir en tu rescate así que truncamos sus planes.

Espera. ¿Por qué Owen le diría dónde encontrarla? No tenía mucho sentido, pensó Hannah. Eso no era parte del mensaje que le pidió hiciera llegar a su tío. Y Owen McCullough no cometería una estupidez tal a la de revelar la ubicación del refugio secreto de los Siervos del Lucero Matutino. ¿Verdad?

De nuevo, Hannah, ceño fruncido, vio a su padre. Casi pegó un bote, sobresaltada, cuando apreció que este se había girado hacia ella en algún punto de su reflexión interna sobre la incoherencia de la que acababa de enterarse. La miraba a los ojos. Impasible. Callado, con las manos todavía cogidas a la espalda, su figura negra a contraluz con la ventana que tenía detrás le confería un aspecto más que estremecedor, siniestro.

Por fin, asimismo impassible, dijo:

—No fue Owen. —Hizo una pausa. Caminó hacia el sillón de alto cabezal y volvió a sentarse sin apartar los ojos de Hannah (que estaba atónita) ni un solo momento—. Lo sé todo, Hannah —siguió—. Owen vino a mí al día siguiente de tu iniciación y me contó del mensaje que le pediste entregara a Linus. *Si estás leyendo esto, sigo viva, ¿no?*

«¡Maldito bastardo!», pensó Hannah, apretando los puños y conteniendo el impulso de despotricar a voz en grito contra Owen. El corazón le latía con fuerzas. Lágrimas silentes bajaban por sus mejillas. Sintió su sabor en los labios y, entonces, se dio cuenta de ellas. Lloraba.

—¿Quién? —preguntó ella, acto seguido, sorbiendo por la nariz y enjugándose los ojos con el dorso de la mano.

—Nate.

Seguía nevando, quince o veinte minutos después, cuando Hannah salió de la casa sin tomar un abrigo. De momento era incapaz de sentir los rigores del frío inclemente del exterior. Le daba igual. Era probable que más tarde tuviera otra opinión; ahora solo quería alejarse de aquel lugar cuánto fuera posible. Empezó a correr hacia el bosque al bajar los peldaños de la puerta trasera. Lloraba a la vez que corría como aquella noche en Black Wood en la que Nate mintió sobre ellos. Lloraba sin poder evitarlo a moco suelto. Estaba hecha trizas por dentro por lo que acababa de contarle padre; por las revelaciones, las confesiones. Dios, no sabía cómo era capaz de mantenerse en pie, mucho menos sabía cómo era capaz de correr hasta que pasó y dejó atrás a Dante, que cortaba leña cerca («¿A dónde vas? —le oyó gritar—. ¡No te alejes tanto! ¡No querrás que te vaya a por ti después!»). Ella hizo oídos sordos a las palabras que el hombre gritó a sus espaldas. Eran amenazas vacías.

Corrió más de prisa. Llegó hasta la linde del bosque con la energía casi del todo intacta; apenas resollaba; su corazón latía de bote y voleo. No paró. No hasta que no reconociera su entorno y tuviera la impresión de que estaba lo suficiente lejos para creerse perdida. Lo suficiente cansada, si cabe, para no poder pensar más en las palabras de su padre. Pero no se engañaba. Dejar de pensar en ellas sería muy difícil por ahora. Así pues, en ese momento, lo único que podía hacer era correr hasta desfallecer de agotamiento, o morir. Preferiblemente lo segundo.

Nevaba. Pero era una precipitación como la que vio hace un rato en el salón cuando su padre se paró ante la ventana. En aquel instante —pasadas tres o cuatro horas desde el mediodía—, la nieve caía con ímpetu, si bien no hasta el punto de cubrir del todo el campo visual como una cortina blanquecina como ella había contemplado en un par de ocasiones. Pero casi. Pinos y abedules imponentes se erguían en su camino como observadores silentes que la veían pasar de largo sin apenas inmutarse, casi todos carentes de hojas o congelados o cubiertos por espesos mantos de nieve. Hannah apenas creía reconocerlos de

sus exploraciones junto a Ibrahim (que para su sorpresa también era un amante de la botánica) en las semanas que siguieron a su iniciación. Por fin había podido admirar álamos temblorosos y pequeños sauces scoulerianos con sus propios ojos. Deseó, entonces, haber tenido consigo una cámara o haberse podido llevar alguna muestra. Esos días había sido capaz de olvidar por varias horas que había sido violada por diecinueve hombres y tres adolescentes para demostrar su auténtico compromiso por unirse a los Siervos del Lucero Matutino.

Y el sueño recurrente tampoco hacía parte de aquellos días. Así fue hasta que en una ocasión Ibrahim la llevó lo suficientemente lejos —para ver un *Cicuta occidentalis*, dijo; también conocido como *Tsuga Heterophylla*— y la violó contra el tronco de cuyo árbol ella había ido a observar con entusiasmo. De este modo acabaron las exploraciones.

Ahora entendía por qué su padre no intervino por ella en esa ocasión; por qué Ibrahim no tuvo la misma suerte que Chris Barney cuando éste violó a Stacy. Aquello fue un castigo. Para ella. Por haber intentado hacer llegar un mensaje al tío Linus después de que prometió lealtad y compromiso absolutos a la causa de los Siervos.

Siguió corriendo. Nada más importaba. Todavía no estaba lo suficiente cansada, o lo suficiente lejos, ni mucho menos estaba muerta, para detener el paso. Sorteó más árboles, infinidad de árboles, en su camino, y tropezó un par de veces. Resollaba y tenía las rodillas y las palmas de ambas manos en carne viva, sangrantes, cuando por fin se detuvo.

«Sigo estando cerca», pensó, y se dejó caer al suelo. Ya no podía más. Rodó sobre su espalda y quedó de miras al cielo encapotado y las copas desprovistas de los árboles.

Hannah cerró los ojos un instante; volvió a abrirlos al cabo de unos minutos, con la respiración sosegada, para hallar una oscura figura recortada contra el cielo blanquecino de la tarde mientras los copos de nieve quedaban atrapados apaciblemente en sus pestañas. No tenía fuerzas para asustarse.

—¿Hannah Perkins?

—¿Quién eres?

El hombre resopló una sonrisa; se inclinó y tendió una mano hacia ella.

—Soy el teniente Alcides Rowe. De Salem. Vengo de parte de tu tío.



CAPÍTULO 21

«Alcides Rowe. No había escuchado ese nombre hasta hoy. Dado lo ocurrido, algo me dice que lo seguiré oyendo por el siguiente par de semanas o meses, quizá casi tanto como el maldito coronavirus. Fantástico».

**GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 2 DE MARZO.
8 horas después de la aparición de Hannah Perkins.**

La hora pasó. Llevaba esperando todo este tiempo en el lugar convenido porque no se me ocurrió un mejor sitio a dónde ir. Además, el café de la calle Waverly, a dos cuadras de mi antiguo trabajo, me resultaba tanto acogedor y familiar como la salita de estar de mi departamento. Y, ya que en éstas estamos, también olía mucho mejor.

En el último mes no me había importado tener que cruzar la ciudad de extremo a extremo para conseguir un café en la calle Waverly antes de encauzarme a mi nueva oficina. Me gustaba pensar en todas las veces que Lauren debió visitar este café cada mañana antes de ir a la estación, y, como ella, también Wiklund. Al menos eso me había dicho Morrison. El jefe, antes del accidente, había venido a este local regularmente para comunicarse con the1_whosurvived en caso de que la secta estuviera su computadora, teléfono o su proveedora de internet intervenidos. Una medida de precaución que, si bien era atinada, sirvió bien poco. Ellos habían dado de alguna forma con Nate Feeney, valiéndose probablemente de algún velado contacto en la Oficina Nacional de Reconocimiento, lo que no me sorprendería que tuvieran.

Como fuera, allí estaba esperando. Era la primera vez que no me sentía impaciente como solía estar en situaciones similares. Para nada. Me sentía tranquilo. Seguro, sobre todo, porque sabía que obtendría todas las respuestas que había venido a buscar en torno a la repentina aparición de Hannah Perkins. (Dios, todavía no podía admitir que esto fuera cierto; que hubiera vuelto sana y salva.) Empero, más por costumbre que por impaciencia, consultaba la hora en mi teléfono —cada cinco o diez minutos, o así— de vez en cuando. Estaba nervioso, debía reconocer. Temía que Brett pospusiera nuestro encuentro para otro momento, lo que minaría mi inusitada y efímera paciencia de este día. «Relájate. Morrison llegará en cualquier instante. Tú mejor que nadie sabes cuán liado de trabajo debe estar ahora. Tranquilo. Pide otro café. Y, por lo que más quieras, no revises las malditas noticias».

Cerré los ojos un instante. E inspiré profundo.

La campanilla sonó.

No era Brett. Era una mujer que debía estar en su tercer trimestre de embarazo por su tripa abultada y su andar de pingüino. Pidió cuatro cafés para llevar en el mostrador. En cuanto se retiró, hice lo propio. Volví a la mesa con una taza de americano a rebosar y la clave del wifi. «¿De verdad vas a matar el tiempo averiguando sobre el tercer hombre de la fotografía?» La respuesta era sí. No se me ocurría una cosa mejor que hacer. Tampoco esperaba hacer un hallazgo extraordinario, al fin y al cabo, ¿qué sabía sobre el sujeto en cuestión? Casi nada.

—Ni siquiera sé su nombre de pila —murmuré para mí.

Maldije por dentro. Ni siquiera conocía detalles de su supuesta muerte. «¿Acaso ella habría visto su cadáver? Tal vez murió en un incendio o en un accidente aparatoso (de auto, por ejemplo) y quedó irreconocible. O a lo mejor se ahogó en algún lago y nunca encontraron su cuerpo. O quizá...».

La campanilla volvió a sonar.

Alcé la vista. Me había sentado en la mesa del fondo de cara a la puerta. Morrison, tras cruzarla, paró y me miró vagamente algunos segundos antes de echar un vistazo sobre su hombro y encaminarse al mostrador. No venía solo. Lo acompañaba un hombre de color, alto y fornido. Su cabeza calva reflejaba la luz blanca de los focos del local. Vestía una pesada gabardina color gris plomizo, zapatos mocasines, camisa azul y pantalones que yo llamaba «para el trabajo». Debía tratarse de una nueva incorporación de la estación de policías de Salem; mi remplazo, tal vez. La sombría mirada que me echó confirmó mis sospechas. Y más. Reconocía esa mirada. No pude evitar fijarme en el rastro de antiguos moretones que tenía en la cara, y que su ojo derecho estaba un poco más cerrado que el izquierdo.

Morrison se apartó del mostrador con dos tazas de café en las manos. Le entregó una al otro sujeto quien quiera que este fuese (apostarí lo que sea a que se trataba de la persona a la que Brett se refirió antes de colgar la llamada, pensé). Pasado un minuto ambos estaban sentados lado a lado frente a mí después de una breve presentación. El hombre que acompañaba a Morrison era, además de teniente, el nuevo jefe del Departamento de Policías de Salem. Alcides Rowe.

El teniente Rowe, aunque no apartó sus ojos de mí ni un segundo tras la presentación, daba la impresión de que le habían sacado el alma del cuerpo. Parecía sobremanera cansado. Y algo más que no conseguía a descifrar, pero sí reconocer: la expresión distante de alguien que acababa de salir de un shock emocional, pero que aún padecía secuelas por lo bajo. Si así era, pensé, ¿de qué diablos podría tratarse?

¿Tenía eso que ver con Hannah?

¡Qué pregunta! Claro que estaba relacionado con Hannah Perkins. Como todo.

Morrison empezó.

—Seguro te estás preguntando por qué el teniente Rowe está con nosotros. —Tomó aire—. Pues bien. Ha sido Rowe quien se ha encargado del rescate de Hannah Perkins.

«¿En serio?», pensé, y miré a Rowe como si esperara una validación (un simple gesto, quizá) de su parte. Ni siquiera pestañó.

—¿Cómo? —pregunté.

Un largo instante (quizá menos de tres segundos) transcurrió antes de que obtuviera una respuesta. Brett abrió la boca para responder. El teniente Rowe, impertérrito, se adelantó.

—Estaba vivo —dijo.

—¿Te refieres al padre de Hannah? —inquirí sin apenas inmutarme.

—¿Cómo...?! ¿Ya lo sabías? —soltó Brett, incrédulo; abría mucho los ojos—. ¿Desde cuándo?

—No hace mucho —dije—. En realidad, llegué a esa conclusión hoy mismo, después de hacer un viaje a Madrás.

—¿Madrás?

—Sí. Larga historia. Y no tan importante como la que ambos tienen para contarme, estoy seguro.

Brett asintió y, acto continuo, tomó su taza de café. También yo. Había olvidado casi por completo que la había rellenado minutos antes de que el tal Rowe y Morrison aparecieran. Aún estaba caliente. Soplé un poco la superficie y bebí.

En tanto, Rowe, con un tono anodino (y sin beber de su taza), continuó:

—En efecto; me refiero al difunto Carlton Perkins. Que no estaba tan difunto, ya ves. — Enroscó su dedo en el asa de su taza de café, sin levantarla—. Era el líder de la secta los Siervos del Lucero Matutino. Él y sus sectarios, un variado grupo de sanguinarios asesinos y violadores en serie, prófugos algunos, que adoraban a Perkins como si fuese la reencarnación del mismísimo Diablo, cosa que no pongo en duda que sea. Tenían su guarida secreta en las montañas del norte de Alaska. Un lugar lejano, apartado del mundo, donde se cree fueron cometidos un sinfín de actos brutales y murieron centenares de personas en sangrientas masacres. Las autoridades de Alaska aún no saben exactamente cuántas víctimas, y es probable que nunca lo sepan. La villa se llama Red Snow. Y en algunos aspectos se parece mucho a Black Wood: no tenía autoridad, lo que le permitía a la secta proceder libre e impunemente, y en otros tiempos también fue el asentamiento minero de mercurio más grande de ese estado.

—¿Cómo las encontraron? La villa, quiero decir. Y a Hannah.

—Lo hizo el teniente Rowe —intervino Morrison, y bebió otro sorbo de su café—. Yo no tuve nada que ver y, salvo por una atinada sospecha de lo que se proponía al enterarme por el jefe Gudwin que había sido dado de baja temporal sin motivo alguno, al menos ninguno que quisiera darme. Desde luego, el nuestro nuevo jefe estaba al tanto de todo desde el principio.

—Sí. Fue Gudwin quien me proveyó de los contactos con el FBI y me aconsejó actuar con total precaución en vista de lo ocurrido a Wiklund. Así pues, eso hice. Nadie, salvo Gudwin y yo, sabía de lo que planeaba hacer.

Fruncí el entrecejo. Quise preguntarle al teniente a qué exactamente se refería con eso, pero me abstuve.

Rowe, exhalando, se pasó la mano por la cara y viró la mirada hacia la ventana que teníamos en el costado izquierdo. Por fin levantó su taza de café y bebió. Morrison y yo hicimos lo mismo. La campanilla volvió a sonar, pero ninguno prestó atención. Nada más importaba. En ese momento, todo cuanto nos interesaba oír era la historia de Rowe.

Éste exhaló de nuevo. Bajó la taza. Nos habló sobre el encuentro que mantuvo con el jefe Wiklund en su despacho el día del accidente. De la propuesta que el jefe le hizo para acabar por fin con la secta satánica del bosque negro y, según Rowe, el motivo por el que creía lo había elegido como uno de sus dos planes de respaldo. (¿A qué se refería con uno de dos planes?). Mencionó las instrucciones que le dio Wiklund de lo que tenía que hacer en caso de que tuviera certeza de que algo había salido mal, es decir, que había fallado en su misión, había sido atrapado y probablemente estuviera muerto. Lo primero, dijo, era encontrar la portátil donde mantuvo contacto con el informante anónimo de la secta (se refería a the1_whosurvived, también conocido como Nate Feeney). Pero alguien se había adelantado; irrumpió en el apartamento de Wiklund, desvalijó su habitación y hurtó el aparato del compartimiento secreto donde Wiklund lo había escondido. Oír esta anécdota me resultó doblemente evocadora, y crucé una mirada con Morrison, a quien también debía parecerle alusiva a nuestra visita al departamento de Lauren la noche que la asesinaron, mientras el teniente Rowe la contaba.

A continuación, sin ahondar mucho en esta parte, Rowe había creído que Martin Atkins había tomado la portátil secreta de Wiklund tras echar un vistazo a unas grabaciones de seguridad del día del accidente. Sin embargo, esto resultó cierto a medias. El teniente no explicó a qué se refería con «a medias» y tampoco volvió a mencionar a Atkins (quizá realmente era una parte prescindible de la historia, pensé). Así pues, sin la portátil con la

ubicación de Hannah, Alcides Rowe creyó haber llegado a un sombrío callejón sin salida; que no podría consumir la última voluntad del jefe Wiklund.

—Pero el jefe tenía otro as bajo la manga —intervino Morrison.

—El otro plan de respaldo —dije yo.

—Sí. —Rowe, serio, asintió—. La señorita Harrington.

—¿Stacy? —dije, tanto sorprendido como confundido—. Oh.

Rowe continuó:

—Días antes de iniciar su viaje a Alaska, Wiklund le envió un correo electrónico a la chica que incluía, además de un breve mensaje, el paradero de Hannah y un número telefónico. El mío. El mensaje indicaba, sin más, que Hannah estaba viva y había sido tomada cautiva por su padre; que debía llamar al número que aparecía al final y dar cuenta de este correo al hombre que contestara. Es decir, yo. Atkins le había enseñado a Wiklund cómo programar un correo, y este llegó al buzón de Harrington tres días después del accidente. La chica no me llamó de inmediato, sino casi un mes después. Prefirió callar como castigo contra Hannah, me confesó, pues aún no la ha perdonado del todo por haberlos llevado a ella y sus amigos al bosque a punta de secretos y mentiras.

—¿Qué la hizo cambiar de opinión?

—La muerte de Wiklund —contestó Rowe—. Se enteró por uno de sus amigos; Kent Mitchell, si mal no recuerdo. La duda de que el correo pudiera ser una trampa de la secta, o que fuese auténtico, llevaba atormentándola semanas. Cuando supo de la muerte del tío de la que fue su mejor amiga, decidió correr el riesgo. Y llamó.

—Quizá el teniente y tú se habrían conocido en el funeral del jefe —comentó Morrison —, si Rowe no hubiera emprendido su larga travesía hasta Alaska un día después de haber recibido la inesperada llamada de Stacy.

Me fijé que Rowe miraba ausente la superficie de su café. Morrison también reparó en esto; aclaró la garganta y dijo:

—Supongo que ahora viene la parte de la historia en la que llegas a Red Snow. Y de tú encuentro con Hannah.

—Contacté al FBI desde Fairbanks —siguió Rowe. Miró hacia la ventana y suspiró hondo—. Trazamos un plan. Sabíamos cuán escurridizos eran los Siervos. Nuestra intención era que ninguno pudiera escapar, cometiera suicidio o hiciera daño a Hannah cuando avistaran a los helicópteros del gobierno arribando a la villa con claras intenciones de hacer detenciones. Antes, sin embargo, queríamos cosechar información sobre la secta: cómo operaba y dónde estaba el resto de sus miembros, porque era probable que no todos estuvieran viviendo en Red Snow. También sabíamos que tenían una amplia red de contactos importantes, que contribuían de manera activa a distancia con su causa.

—¿Y cuál era esta?

—Una vida mejor —contestó Rowe—. Un mundo donde sus pecados fueran aceptados, perdonados, y fueran parte vital del círculo de la vida. Al menos eso me explicó Hannah. Ella fue de gran ayuda en todo. Nos proveyó la ubicación estratégica de algunos miembros de la secta en el recorrido hasta Red Snow. Se han hecho detenciones de varios de sus miembros en los estados que hay entre la frontera de Estados Unidos y Canadá. Hubo quienes se quitaron la vida antes que pudiéramos atraparlos; una familia de cinco en Canadá, por ejemplo, se atrincheró en su granja, y uno a uno se voló los sesos mientras decían plegarias en latín. Los McCullough. Quizá mañana salga en las noticias. Fue estremecedor. Al menos ninguno hasta ahora ha escapado.

»Una vez llegué a Parrish, el pueblo más cercano a Red Snow, indagué sobre desapariciones que hubieran ocurrido en la zona en los últimos treinta años o más. Di con la desaparición de Peter O'Toole, hermano mayor de un inspector de la policía de Parrish, que se desvaneció sin dejar rastro a los diecisiete años. El sondeo para hallarlo fue implacable e infructuoso. Al menos hasta que encontraron un pie mutilado en un bosque colindante al pueblo. Dijeron que la causa de muerte fue un ataque de lobos, aunque nadie creyó que fuese cierto. Corrían rumores sobre la gente que vivía en la villa al otro lado de la cordillera Brooks. Decían que ellos raptaron a Peter O'Toole y dejaron su pie adrede en el bosque para mermar los intentos por encontrarlo. Luego, me reuní con el hermano de Peter, Michael O'Toole, el inspector de la policía de Parrish que mencioné antes. Él me arrimó el hombro para consumar el plan que me permitió colarme en la villa sin ser detectado.

»Falseamos una llamada anónima que nos sirvió para obtener la orden de un juez, y funcionó. O'Toole sospechaba que había topes de la secta en la policía de Parrish, así que actuó con sumo cuidado, dándoles migajas para distraerlos. Llegué a Red Snow subrepticio en uno de los helicópteros de la policía y me interné en lo profundo del bosque. Vigilé durante semanas. Y un día conocí a Hannah. La chica había escapado de casa tras enterarse por su padre de la muerte de Wiklund y la captura y tortura de Nathaniel Feeney, semanas antes, a manos de la secta.

»Durante el tiempo que estuve oculto en Red Snow hasta el día del rescate (seis semanas, creo), me reuní con Hannah unas tres o cuatro veces, ya sabes, para no levantar sospechas. Ellos eran muy listos. Pero yo limpié cada huella que dejaba en la nieve o la tierra, y andaba a cuatro pasos detrás de ellos. Aun así, debo decir que soy tremendamente afortunado porque no me hubieran pillado. Sí, afortunado. O ellos habrían celebrado conmigo un último «rito de purificación», así es como lo llaman, antes de perpetrar un suicidio masivo antes del rescate. Y Hannah habría muerto con ellos, desde luego.

»Previo a mi furtiva llegada a Red Snow, el FBI, la policía de Parrish y yo acordamos que el día elegido sería el 24 de febrero. Di cuenta de esto a Hannah en uno de nuestros brevísimos encuentros, y le pedí que estuviera preparada...

«¿Preparada? —pensé, y sentí un escalofrío en el centro de la espalda—. ¿Para qué?»
Cómo si no lo supiera.

—Y el día llegó —intervino Morrison—. Ellos no lo vieron venir.

—¿Qué ocurrió? —pregunté. Aunque, en realidad, lo que más me acuciaba saber era qué había ocurrido con Carlton Perkins. Si hubiera sido arrestado habría salido en los noticieros, ¿no? Salvo que el hijo de puta hubiese escapado.

«Al menos ninguno hasta ahora ha escapado», había dicho, por otro lado, el teniente Rowe.

Miré al teniente como si esperase una validación; si hubiera leído la expresión de mi rostro, habría previsto lo que pasaba por mi mente y, en base a esto, hubiese asentido o negado con la cabeza. Pero no. Solo se limitó a vislumbrar su taza de café en silencio. Calló por un largo minuto.

—¿Qué ocurrió entonces? —pregunté y me incliné hacia adelante como si estuviera a punto de escuchar un secreto. Rowe vaciló. Morrison solo nos miraba. Yo no fui capaz de contenerme más—. ¿Qué sucedió con Carlton Perkins?

El teniente Rowe, quizá haciendo acopio de valor para revivir una vez más los traumáticos sucesos que rodeaban el día del rescate, cerró los ojos un instante. Al cabo, respiró profundo y empezó a hablar. Contó la historia, a grandes rasgos, de la madrugada

del 24 de febrero en que la nieve se tiñó de rojo.

Por fin comprendí, a medida que narraba los hechos, el porqué de los moretones de una semana de antigüedad en su cara; el motivo por el que parecía sobremanera cansado, por el que su mirada ausente era la de alguien que lidiaba con secuelas de un trauma emocional que solo con el tiempo sería capaz de superar; de alguien roto; de alguien que había enfrentado a la muerte y apenas consiguió escapar. Eso lo entendí. Lo que aún no entendía, sin embargo, era cómo.



CAPÍTULO 22

«Falta poco», pensaba Alcides, como si eso fuera una especie de mantra tranquilizadora o algo por el estilo. Hace semanas que había dejado de preguntarse cómo había llegado allí (siendo preciso, en el momento en el que finalmente entendió que no había vuelta atrás). Ahora, en cambio, mientras se repetía una y otra vez lo poco que faltaba para que todo terminara por fin, se preguntaba si estaría vivo para ver el sol despuntar una vez más sobre la cordillera Brooks.

Inhaló, y exhaló.

Pensó en Hannah. Se preguntó cómo estaría y si, a diferencia de él, habría dormido un poco.

El reloj en su mesita de noche marcaba las 4:05 a.m. Lo que quería decir que había conseguido dormir seis horas y catorce minutos. A Hannah no le sorprendía el hecho de que hubiera pegado el ojo en un lapso de tiempo que concordaba con los eventos que estaban por acontecer; le sorprendía, en realidad, haber dormido sin más. No había pernoctado más de cinco horas seguidas desde que conoció al teniente Rowe. Desde que supo lo que estaba por venir.

Temía que ellos lo encontraran. Temía que un día, al despertar, se asomaría a la ventana y vería colgado al teniente Rowe de un árbol, abierto en canal desde el cuello hasta el pubis, con las tripas pendiendo aún de su cuerpo. Temía que después vinieran a por ella. Porque no habría sido difícil adivinar que había estado intrigando con el foráneo y pasándole información. Ellos querrían saber a qué debían ceñirse e irían a por ella en busca de respuestas. La torturarían. Luego la destriparían viva como hicieron con la familia Wells — incluido tres niños entre once, nueve y cinco años— a finales del diciembre pasado. Ya no le importaba lo que pudieran hacer con ella; sino el que al prevenirlos de lo que estaba por venir, ellos tendrían un margen de tiempo para intentar salir impunes como habían estado haciendo durante años, bien sea suicidándose o huyendo, si era posible. Cada día despertaba con el corazón en la garganta y, al asomarse por la ventana, respiraba sobremanera aliviada de no avistar ningún cadáver.

De nuevo miró la hora. Cuatro y diez. La caballería no llegaría hasta dentro de treinta y cinco minutos. Para entonces el teniente Rowe tendría que haberse encargado de Dante e Ibrahim, la vieja Whitmore y Rosalie. Y de su padre. Le había dicho que procedería rápido y sin mediar palabra; que quizá escucharía los disparos como zumbidos si para ese momento estaba despierta y atenta. (Y lo estaba.)

Y eso sería todo.

Hannah le había entregado al teniente un plano de la casa la última vez que se vieron, hace tres días. Le había indicado dónde dormía cada uno de sus habitantes e incluso había memorizado y compartido su conocimiento sobre qué tablones del suelo y peldaños de la escalera rechinaban al pisarlos. Le advirtió que Dante e Ibrahim tenían el sueño tan ligero que a duras penas podía decirse que dormían. Lo mismo que su padre. Los tres dormían armados: Carlton con una Glock 17 que daba escalofríos ver, y los hermanos con sendas escopetas Mossberg bajo sus camas. Ella, siguiendo una petición del teniente, había hecho

estas comprobaciones de rigor días antes de reunirse por última vez con Rowe. También había hecho otras más por cuenta propia.

Miró por la ventana. No nevaba. Lo que podía ser algo bueno, ¿no?

Suspiró. Con una mano tallándose el ojo izquierdo, bajó de la cama y fue hacia su guardarropa cuidando no pisar este o aquel tablón (su padre dormía abajo, podría oírla). Lo abrió y sacó varias prendas de vestir. Se colocó un par de suéteres, tres pares de calcetines, vaqueros, botas para nieve, guantes y una bufanda con sombrero de lana. Por último, su abrigo favorito: el de color granate.

Tomó el banco de la peinadora y lo movió hasta la sección más baja del techo, cerca de una de las vigas. Subió en él. Extendió su brazo y empezó palpar con la mano la superficie de la viga hasta dar con lo que estaba buscando. Lo encontró. Lo aferró con fuerzas contra su pecho mientras bajaba del banco (un pie, luego otro) y, suspirando, se dirigía hacia la puerta. Antes de abrirla y cruzar, miró la hora una vez más. ¿Era su impresión, o esa noche el tiempo avanzaba únicamente en múltiplos de cinco y diez? Eran las cuatro y quince.

En otras condiciones tal vez se habría desternillado. De momento solo podía permitirse una leve sonrisa. Al sonreír se dio cuenta de que no estaba nerviosa, que su corazón latía con parsimonia en vez de hacerlo de bote y voleo, y el inclemente frío apenas la afectaba. ¿Estaría soñando? Porque parecía un sueño. Irreal. Los sueños tarde o temprano terminaban. Como las pesadillas. Tal vez eso era, y siempre había sido eso, pensó. Una pesadilla. ¿Acaso estaba por terminar?

Salió de la habitación para no volver jamás.

Un día antes había hecho acopio de toda su fuerza de voluntad para entrar en el cobertizo donde sabía que estaba Ibrahim curtiendo las pieles de su última incursión el día anterior. Ella había procurado evitar hallarse a solas con él desde lo del maldito Cicuta. El odio superaba la aversión que sentía por Ibrahim. Pero ambos a su vez eran superados por el de supervivencia. «Si quieres salir viva, si quieres que todo marche bien la noche de mañana, tienes que tragarte tus sentimientos», se había dicho Hannah. Y eso hizo. Y no fue difícil. Ibrahim, más que sorprendido, pareció feliz de verla. Le mostró las pieles que había obtenido sin barbotar una pizca de orgullo. Su sonrisa siempre era amable. Su mirada radiaba inocencia. Para ser un tipo de casi de treinta años, tal apariencia era tanto conmovedora como escalofriante. Sobre todo, cuando conoces bien su lado más oscuro. Ibrahim era un loco desalmado que la había violado, no una, sino dos malditas veces. Y, para colmo, actuaba como si nada hubiera pasado. Tal vez sufría de trastorno de personalidad múltiple. Tanto daba. Parecía en sus cabales cuando aplastó su rostro contra la almohada mientras la penetraba a la fuerza, la noche de la iniciación; también cuando la embestía bruscamente contra aquel árbol, jadeando, diciéndole: «Acabaré pronto». Pero no era verdad. Duró una eternidad; tanto daba si fue un minuto o media hora.

Esbozó su mejor sonrisa. Le pidió a Ibrahim que le mostrara sus herramientas, que estaban guardadas en un enorme escaparate de concreto y puertas de madera inexpugnable, cerradas bajo llave. Casi había rogado al subordinado de su padre para que le enseñara todo sobre el curtido de pieles. Ibrahim, al inicio reticente, terminó accediendo.

Doce horas después, Hannah, manos a la espalda, emergió de su habitación, y bajó las escaleras hasta la segunda planta, en silencio, procurando no pisar esta o aquella sección de suelo. Avanzó hasta la primera puerta del flanco izquierdo y abrió lentamente con el corazón acelerando por primera vez sus pulsaciones. Así y todo, mantuvo la calma. Le salía natural. Como si aquello fuera una especie de juego para niños y no una empresa mortal.

Aferró el objeto que extrajo del arsenal para curtir pieles y penetró aquella oscuridad, con el pulso firme.

—¿Qué crees que haces, mierdita?

La voz vino de atrás. Un mes y una semana antes, la vieja Whitmore había accedido a la petición de Carlton de mudarse de su cabaña en la villa a la Casa Grande después de que, de improviso, todos sus años empezaran a caerle encima. Primero una caída en los peldaños de su cabaña (habían tenido que traer a un médico de afuera), razón por la que ahora usaba de veras una andadera para adulto; luego desvaríos y episodios de sonambulismo a mitad de la noche, como el ocurrido hace dos días cuando la encontraron inmersa hasta las rodillas en la orilla del río, totalmente desnuda, temblando como un flan. Así que allí estaba ella, mirándola con profundo desprecio mientras Hannah intentaba subir su baúl por la escalera del recibidor. «¿Dónde estaba Dante e Ibrahim cuando más se los necesitaba? —recordó haber pensado Hannah entonces. Y también—: ¿Acaso lleva un cadáver metido aquí?» Esto no le habría sorprendido en lo más mínimo.

—Te he dicho que tengas cuidado. Hay reliquias ahí dentro. Verdaderas reliquias. Cógelo con ambas manos, mierdita.

Así era cómo había comenzado a llamarle desde su llegada: «Mierdita». Casi parecía decirlo con cariño. ¿A quién más habría llamado así?

Hannah no recordaría jamás lo que sucedió en los (quizá) cinco minutos que estuvo en la habitación de la vieja Whitmore. No del todo. Tal vez venga a su memoria uno que otro fragmento de esos momentos (como el sonido de borboteo que salió de la boca de la anciana cuando le clavó el punzón en el centro de la garganta, o el brillo de sus ojos azules apagándose). Lo que sin duda recordaría más vívidamente sería la sangre. Hubo mucha. De no haber llevado guantes, habría terminado con las manos embadurnadas hasta las muñecas. ¡Y aquel hedor! El metálico de la sangre, el rancio de la orina: por lo visto, vaciar la vejiga fue el acto culminante en la vida de Tania Whitmore. Casi vomitó.

«El tiempo apremia —le recordó la voz de (Stacy) su conciencia—. Respira hondo, chica. Tu trabajo aún no termina».

Hannah cerró la puerta al salir. Cruzando el pasillo, dos puertas más adelante, estaba la habitación de su padre.

Avanzó.

La niebla se elevaba en torno a la mansión a oscuras. Rowe intentó ver su lado bueno: de esa forma quizá no lo verían acercarse en caso de que alguien estuviese mirando. Eso esperaba.

Estaba oculto detrás de algunos arbustos y árboles, a unos veinte, acaso veinticinco, metros de la casa. Allí, como en el claro que la precedía, había neblina. Agarró fuerte su pistola 9 milímetros con silenciador (como si quisiera sacar de ella el coraje necesario para realizar su peligrosa empresa, pensó) y cerró los ojos. Hizo un esfuerzo por ralentizar sus latidos respirando profundamente y pensando en su hijo, de quien no se despidió antes de partir hacia el confín del mundo. No había tenido corazón para eso. Una despedida era algo definitivo, y Alcides estaba decidido a ver el sol salir detrás de las montañas como había hecho en el último mes y medio. «He llegado demasiado lejos y no pienso joderlo ahora». Abrió los ojos y consultó la hora en su muñeca. La caballería llegaría a las 4:45. Faltaban exactamente quince minutos para el arribo. Inhaló, exhaló. Esperando que ese margen de

tiempo fuera lo justo necesario para hacer lo que se proponía (salvaguardar a Hannah, de acuerdo a su propio plan) antes de que aquello ocurriera, Alcides echó un vistazo en derredor y empezó a avanzar hacia la casa. Le temblaban un poco las manos con las que sostenía la pistola y la radio. Pensaba: «Falta poco. Falta poco. Falta poco. Falta poco».

En ese momento seis personas dormían en la Gran Casa (Hannah incluida). De ellos, cuatro lo hacían en los pisos superiores, dos en la planta baja. Alcides había memorizado el plano con la distribución de la casa que le había dado Hannah. Había memorizado un montón de cosas —detalles que parecían nimios, pero no— gracias a la chica. Si Alcides había logrado sobrevivir durante ese último mes y medio allí era en gran medida gracias a ella. Hannah le había llevado comida. Le había dicho el mejor lugar para ocultarse; qué partes de la zona frecuentaban más los cazadores de la villa y cómo debía encubrir su rastro conforme a sus técnicas de rastreo de presas. El plano de la casa, y un montón de cosas más (como las tablas de suelo que rechinaban al pisar), eran solo una pequeña parte. El momento para retribuírselo por fin había llegado. Faltaba poco.

Paró bajo el alero en el flanco occidental de la casa. La puerta que daba a la cocina se cerraba únicamente por dentro y, según Hannah, casi nunca lo estaba, pero le prometió asegurarse de que estuviera abierta esa noche.

La única traba, indicó Hannah, eran los hermanos que pernoctaban en la planta baja de la casa (ella los había llamado los «jodidos sabuesos de mi padre» que siempre estaban alertas; el más mínimo sonido podía privarlos del sueño de un instante a otro). La puerta de su habitación, fácilmente localizable gracias a que estaba pintada de blanco, se hallaba en el pasillo que iba desde la cocina hasta el recibidor y las escaleras, que llevaban a los pisos superiores. Alcides se prendió la radio al cinturón y asió el arma con ambas manos al entrar a la casa. La puerta, en efecto, estaba abierta. La cocina, salvo por una difusa luz que se filtraba por la ventana, estaba a oscuras y en completo silencio.

Silencio. Alcides casi podía notarlo en el aire como si fuera un ente vivo con el que compartía la estancia, que lo veía en las sombras y le respiraba en la nuca. Enfiló el temido pasillo sorteando la isla de la cocina. Allí, los pulidos azulejos del suelo se tornaban piezas de madera antigua (o un maldito aviso de invasores, a decir de Rowe). Las sombras pululaban. Guiándose por el plano de la casa que le proveyó Hannah, supo que la puerta que estaba entornada era la del estudio de Carlton Perkins. Con extremo sigilo, se aproximó a ella e intentó auscultar si había alguna presencia en el interior. Nada. Más (jodido) silencio. Apartó una de sus manos de la pistola y empujó cuidadosamente la puerta hacia dentro. No podía continuar hasta que hubiera comprobado que no había nadie. Y eso hizo. Estaba despejado.

Salió al pasillo. El suelo crujió. Alcides se detuvo en el acto, aguantó la respiración y guardó silencio por, más o menos, una eternidad, sin quitar los ojos de la puerta blanca cruzando el pasillo. Respiró profundo. Miró la hora —4:35— y reanudó. Alternaba la vista con la puerta de la habitación de Dante e Ibrahim y el piso, procurando esta vez evitar pisar los tablones avizores. Primero tenía que dar de baja a los hermanos antes de ir a por Carlton Perkins. ¿Qué le diría su antigua compañera, Cristina Simms, en esta situación?, se preguntó. Probablemente nada. Quizá se limitaría a una mirada tensa y a un todavía más tenso gesto con la cabeza. O tal vez: «Sigue adelante. Falta poco».

Aferró la perilla de la puerta blanca con una mano. Pensaba abrirla, echar un rápido vistazo a los lechos y disparar primero, preguntar después, como quien dice. Esperaba no tener que ver a los ojos a esos hijos de puta.

Giró la perilla.

Entonces irrumpió un grito desde arriba. Un grito enloquecido. Pedía auxilio. Pasos que avanzaban pesadamente sobre su cabeza.

Alguien corría hacia las escaleras. Y caía.

Alcides escuchó el golpe que puso fin a los alaridos. Al mismo tiempo, reculó un paso, dos, y apuntó la puerta que se abría de golpe en ese preciso instante. Durante una fracción de segundo —tal vez menos— trabó su mirada con la de Dante. Éste, sujetando su escopeta Mossberg tal como había indicado Hannah, abrió mucho los ojos. Apenas hizo un movimiento, Alcides le disparó en el pecho y el cuello cinco veces, puede que seis, pero estaba oscuro para comprobarlo. La puerta blanca se tiñó de rojo. Alcides se adelantó, dispuesto a entrar a la oscura habitación empujando la puerta con una patada, cuando un bufido emergió del interior. Ibrahim se abalanzó de súbito contra él. Alcides golpeó la pared de atrás duramente y se dobló hacia delante, sin respiración, dejando caer la pistola. Vio que el sujeto hacía conato de cogerla y lo tomó por el brazo. Ibrahim, gruñendo, le propinó un derechazo en una mejilla, después otro en la quijada; Alcides detuvo el siguiente, que a pie enjuto le habría acertado en la nariz. Devolvió con creces los golpes recibidos.

Ibrahim pugnó. Parecía incansable. Y, por lo visto, poseía una resistencia al dolor tanto depravada como inhumana. Reía con cada golpe que recibía. Reía con el labio partido, la mejilla amoratada e hinchada, y la nariz hecha trizas. Alcides percibió sus nudillos en carne viva al cabo de un minuto o dos, cuando, exhausto, se inclinó, tomó su pistola y le disparó limpiamente en el entrecejo.

El silencio que sobrevino fue absoluto. «Oh, no —pensó Alcides—. ¡Hannah!»

Y echó a correr hacia las escaleras. Allí encontró un cuerpo.



CAPÍTULO 23

«Hannah apareció. Por un breve instante creí que con eso se cerraría un círculo que llevaba casi tres años abierto... desde la muerte de Lauren... Pero estaba equivocado. Y nunca más lejos de la verdad».

**GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 3 DE MARZO.
24 horas después de la aparición de Hannah Perkins.**

El corazón me latía desbocado mientras iba de camino a Faye Wright a eso de las cinco de la mañana, pensando en las dos palabras que Brett Morrison expresó por teléfono hace unos minutos; las palabras con las que desperté tras el largo día anterior que supuso la aparición de Hannah Perkins. Esas dos palabras no paraban de repetirse en mi cabeza una y otra y otra vez con la voz insufrible del reportero que horas antes informaba que la última de los seis de Salem estaba viva.

«Hubo disparos».

No hizo falta preguntar dónde o cuándo ni quién. Supe las respuestas en el silencio que siguió al anuncio de Morrison. En su tono de voz que reflejaba miedo e inquietud. Y de pronto yo también sentí miedo y no fui capaz de preguntar qué había sucedido, ni cuándo o cualquier otra cosa que pudiera pasarle por la cabeza a alguien en esta situación (al mismo tiempo tampoco albergué ninguna esperanza de que Brett fuera capaz de responder nada en ese momento; lo noté en la forma en que resollaba, como si estuviera vistiéndose de prisa para presentarse en el lugar del hecho, seguramente porque también acababa de enterarse). Debí preguntar: «¿quién?» o «¿algún muerto?». Pero en realidad no quería saberlo. Callé. Morrison no había vuelto a decir nada desde el anuncio, pero lo oía respirar. Llamé su nombre un par de veces, no contestó; al final, le dije que iba en camino y colgué.

Minutos más tarde, abordé mi Camaro, pensando si estaba haciendo lo correcto. Me convencí de que sí. El cielo aún no había empezado a clarear, y hacía un frío que engarrotaba los huesos. Solté un improperio. Golpeé el volante. Mierda. Debía tranquilizarme. Conducía como alma que llevaba el diablo, y podía acabar bastante mal. Respiré hondo y miré la hora en el tablero. Cinco y cuarto. Mi corazón latía a diez mil, quince mil por hora. El mundo giraba muy rápido alrededor. Daba vueltas.

«Hubo disparos».

Tuve suerte de no sufrir un aparatoso accidente de auto antes de llegar a Faye Wright. Auténtica suerte. Con todo, no me sentí aliviado. No pude al mirar cómo un par de paramédicos trasladaba una camilla desde la casa Perkins hasta una de las ambulancias aparcadas en la calle. Eran dos. Lo cual, me dije severamente, no quería decir que había solo heridos en la escena. También llevaban a los muertos en ellas. Mi corazón se detuvo al distinguir quién iba en aquella camilla. Luces rojas y amarillas salpicaban la noche.

«Hubo disparos».

Margaret, cubierta de sangre, parecía inconsciente. No podía estar muerta, me dije, o la estarían llevando metida en una bolsa mortuoria y los paramédicos no irían con prisa mientras le apretaban un respirador a la cara, ¿verdad?

Morrison aparcó a mi lado, en el otro lado de la calle; vivía casi a las afueras de la ciudad, por lo que no me sorprendió que hubiéramos llegado al mismo tiempo. Lo vi bajar de su auto. Parecía turbado. Se llevó las manos a la cabeza y comenzó a avanzar hacia la casa, cuyo perímetro había sido acordonado con cinta policial amarilla. Me pregunté si habría

escuchado mis últimas palabras en la llamada (que iba en camino) y, qué más daba, bajé del auto. La ambulancia en la que llevaban a Margaret pasó a mi lado, y leí «Hospital Central de Salem» en uno de los costados. Hice nota mental y me volví.

La calle era un verdadero caos. Estaba más atestada de reporteros y curiosos, si cabe, que dieciséis horas antes cuando estuve aquí, y eso que apenas iban a ser las seis de la mañana. También había más vehículos de la policía y oficiales de lo que había visto entonces. Había mucho ruido. Las sirenas sonaban. Docenas de voces hablaban a la vez. El cielo se había tornado azul raído y el viento ponía la piel de gallina. Alguien me tomó una foto. Lo ignoré. No dejaba de mirar la casa a oscuras, con el corazón en la mano, esperando que en la siguiente camilla que saliera por aquella puerta no llevara ningún cuerpo metido en una bolsa blanca que reflejara las luces de la ambulancia.

«Hubo disparos».

Vi que Morrison, que se había detenido para hablar con varios oficiales (entre ellos, con seguridad, debían encontrarse los primeros que acudieron a la escena, dándole cuenta de lo sucedido), se adelantaba hacia la casa. Me dispuse a seguirlo. Empero uno de los policías que resguardaban el perímetro me impidió avanzar más de unos cuantos metros. Lo reconocí de la estación, y él a mí por lo visto en su mirada, pero en ese momento no pude acordarme de su nombre. Me preguntó qué hacía allí. Abrí y cerré la boca, incapaz de responder.

—Viene conmigo. Déjalo pasar.

Era Morrison. Estaba de pie, mirándonos, a unos metros detrás de la cinta policial.

Enseguida, el oficial cuyo nombre no recordaba se hizo a un lado con una expresión anodina. Me ubiqué junto a Morrison y, juntos, avanzamos hacia la casa. Sin embargo, nos detuvimos a dos metros de la entrada y cruzamos una parca mirada al fijarnos en la puerta derribada. Pasaron quince o veinte segundos. Al cabo, sin decir palabra, nos adentramos en silencio en la casa Perkins.



CAPÍTULO 24

Hannah, si bien su intención había sido acertar en el cuello, clavó el punzón en el ojo derecho de Rosalie. La mujer pareció tragar todo el aire en la habitación y, después, liberarlo en un alarido enloquecido que a mansalva habría despertado de golpe a sus hermanos en la planta baja. (Hannah esperaba —no, confiaba— que Rowe se hubiera hecho cargo de aquellos dos a esas alturas.) Lo que ocurrió acto seguido Hannah no lo vio venir: Rosalie, con las manos en la cara, se levantó de la cama entre tumbos y echó a correr hacia la puerta pidiendo auxilio a gritos. La asilla del punzón le asomaba de la cuenca del ojo.

Sus gritos continuaron, aunque no por mucho tiempo, en el corredor.

Hannah puso en seguida su atención en su padre. Éste, con el torso descubierto y tapado con la sábana de la cintura para abajo, tenía el pecho vuelto hacia la mesita de noche de su lado de la cama. Seguramente intentaba hallar su temible Glock 17 en el cajoncillo. Pero la pistola no estaba allí. Carlton estuvo sumido más de medio minuto en aquella búsqueda inservible antes de girarse remisamente hacia Hannah. Hannah, para ese momento, lo estaba apuntando con el arma que había sacado entre tanto de la mesita de noche del costado de la cama de Rosalie. Su pulso era firme.

—¿Hannah? —dijo su padre con tono disgustado, pero comedido.

—Sí, papá.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Te estoy apuntando con tu propia arma.

—¿Por qué? —La voz de su padre era monótona y rasposa. En otros tiempos le habría dado escalofríos a Hannah. Ya no.

—Porque estoy cansada de fingir que soy una de ustedes. —Sentía las lágrimas a flor de piel. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para dominarse—. Porque estoy cansada de este maldito lugar y de la sangre que tiñe la nieve a donde quiera que vea cuando salgo de esta puta casa. Estoy harta de ver a todos aquí fingir que hacen un bien a la humanidad matando a gente inocente, creyendo tu mentira de que tendrán una *vida mejor*. Pero, papá, tú y yo sabemos la verdad. Estoy cansada de que violen...

—Cariño, si se trata de eso...

Furiosa, Hannah acercó la pistola, solo un poco, hacia el semblante de su padre. El corazón le latía con frenesí.

—¿Acaso no me has oído?

—Claro que sí. Te oigo, cariño. Pero ¿es realmente necesario todo esto? —Su padre hablaba como si lo tuviera todo contralado. Como si de verdad creyera que solo se trataba del arrebatado de una chica en busca de atención, que ella no sería capaz de tirar del gatillo. No había nada más lejos de la verdad—. Baja el arma. Te prometo que todo mejorará. Nadie saldrá lastimado...

Hannah apuntó hacia abajo y disparó.

—Tú sí, papá.

Carlton apenas pareció inmutarse; su reacción solo se limitó a leve crispación en la cara y un prolongado siseo entre dientes como si aquello se tratara sin más de un rasguño. La bala acertó en el muslo justo sobre la rodilla, tal vez, y una mancha roja oscura comenzó a extenderse en la sábana blanca.

Carlton Perkins alzó la mirada.

Hannah sonrió. «Ahora ves que hablo en serio. Que no se trata de un arrebató juvenil ni nada por el estilo. Ahora es cuando te das cuenta de que esas últimas seis semanas solo he estado fingiendo ser la hija sumisa, amable con todos, que esperabas que fuera al llegar aquí. Te das cuenta de que la sonrisa falsa cuando acepté de buena gana mi matrimonio concertado con Owen McCullough era solo eso: una sonrisa falsa. Por último, y más importante, descubres que la otra noche solo había fingido acceder por fin a tu petición para cambiar de sitio tu arma. Tu petición, el motivo por el cual arriesgaste a todos y todo en Black Wood, y me revelaste el día que me notificaste la muerte del tío Linus y de la captura y ejecución de Nate. Te das cuenta de que no debiste decirme aquello, ni lo otro, porque entonces ya no tendría más por lo que vivir. Morirás pronto. No dentro de un año o año y medio, padre, y no será por el cáncer que hace metástasis en tu jodido cerebro, no. Morirás aquí y ahora. Y esta vez será de verdad».

Hannah evocó sus palabras al aceptar la petición de su padre, dos noches atrás, en esa misma habitación. «Te daré lo que quieres —había dicho—. Y tal como has pedido, padre, te lo daré por propia voluntad. Te daré el hijo que quieres. Estoy lista. El niño o niña será sangre de nuestra sangre. Tuya y mía. Nuestra». Al oír esto su padre no quiso perder tiempo.

—Te equivocas —dijo su padre; una sonrisa inicua tremolaba en sus labios. La ira traslucía en sus ojos. Y también... ¿miedo? — si crees que podrás escapar de Red Snow con vida, tú sola, niña.

—¿Quién dijo que estoy sola?

—Ahora mismo lo estás.

En ese momento, la puerta se abrió.

El teniente Rowe entró en la habitación, impasible, repleto de moratones en la cara y cojeando un poco. Hannah se preguntó cuánto tiempo llevaría oyendo junto a la puerta (y, en éstas, ¿se habría topado con Rosalie al pie de la escalera?). El rostro de Carlton era poesía: asombro, miedo, ira, confusión... Hannah pudo ver todo esto en los ojos del hombre que fue su padre. Y no pudo evitar sonreír.

—Cómo te dije —siguió Hannah, impasible, después de inclinarse para encender la lamparita en la mesita de noche del lado de la cama que solía ocupar Rosalie—, no estoy sola. De hecho, dejé de estar sola hace seis semanas más o menos. En un minuto, quizá menos, vendrán a por todos ustedes. Llegarán por montones. Del FBI, de la policía estatal, de la policía de Parrish... cada hijo de perra en esta maldita villa los tendrá tocando a sus puertas, sacándolos a la fuerza de sus camas; algunos, tal vez, prueben suerte tirándose al río. Tanto da. Lo que importa de verdad es que esta pesadilla acaba aquí y ahora. Contigo.

Su padre frunció el ceño. Después, sonrió, mirando su vientre.

—Cuando vuelva al mundo exterior, padre, me aseguraré de que lo único que quede de ti sea solo un terrible recuerdo para la posteridad. O para el olvido. Nada más.

—Zorra desgra...

Su padre contrajo la cara, furioso; apartó la sábana ensangrentada (llevaba calzoncillos, a Dios gracias) e intentó abalanzarse sobre ellos a continuación con las manos extendidas. Hannah disparó. También Rowe. Entre los dos cocieron a tiros al monstruo que lideraba a los Siervos del Lucero Matutino hasta que tanto su cara como su torso quedaron del todo irreconocibles. Un amasijo. Así terminaba.

El silencio que sobrevino precedió por varios largos segundos el sonido distante de los helicópteros.

La caballería había llegado.

Cuatro de los ocho helicópteros que arribaron a la villa como parte de la caballería, ya habían emprendido vuelo de vuelta al «exterior», llevando consigo entre cinco y diez miembros de la secta los Siervos del Lucero Matutino, y aún quedaba poco menos de la mitad de los habitantes de Red Snow (sin contar a los que se lanzaron a morir al río; sus cadáveres quizá sean recuperados en los próximos días, tal vez semanas, como había ocurrido eventualmente con el equipaje de mano de los Griffin). Alcides, envuelto en una manta térmica que apenas surtía efecto en su opinión, se detuvo entre el inspector O'Toole y el detective Sears, de brazos cruzados, que miraban cómo los agentes del FBI metían al doctor Patterson, también conocido como «El Ángel de la Muerte del Siglo XXI», en uno de aquellos aparatos sin que el sujeto pusiera resistencia.

Sears comentó:

—Parece que hemos dado con el mayor botín, en cuanto a captura de criminales se trata, en la historia de Estados Unidos. Es increíble que hubieran estado frente a nuestras narices todo este tiempo. ¡Y vaya que por cuánto tiempo! Apenas puedo creerlo...

—Pues créelo —replicó el inspector O'Toole, con voz y mirada sombrías—. Ahí están. Monstruos...

Los tres ladearon la cabeza al oír los gritos de una mujer. Gritos enloquecidos. Se acercaban por el sendero apenas visible por la nieve que conectaba la villa con el claro junto a la Gran Casa en el que se había colocado la mitad de los helicópteros de la caballería. El siguiente estaba por partir: a bordo irían el doctor Patterson y la mujer de los gritos, a la que llevaban a la fuerza un par de agentes de la policía de Parrish. Llevaba puesto un camisón que parecía de lino, un suéter de lana amarillo, y botas de goma para la nieve, el cabello negro como una telaraña azotada por un viento. Se trataba de la esposa de Dante, que no paraba de decir «¿Dónde está? Quiero verlo» entre intensos quejidos y uno que otro grito reverberante de confusión, ira y frustración, que cesaron de súbito cuando la puerta del helicóptero se cerró con ella dentro.

O'Toole, de brazos cruzados, desvió su atención hacia Rowe.

—Y todo gracias a ti —añadió.

Rowe bajó la vista un instante. Negó con la cabeza.

—No —dijo, antes de alzar de nuevo la mirada. Exhaló profundo, formándose un vaho blanquecino ante su cara. Se abstuvo de añadir que el crédito en realidad pertenecía a otro hombre: Linus Wiklund, en paz descanse. Pero el inspector y el detective no comprenderían, y la memoria de Wiklund no lo merecía. Volvió a exhalar. Llevó la vista hacia el helicóptero en el que él mismo dejaría Red Snow para siempre. Hannah estaba dentro, envuelta asimismo por una manta térmica, mirando sin ver realmente a través del denso cristal de la cabina hacia el otro lado del claro. Ahí había un árbol, carente de hojas, más alto y tenebroso que cualquiera a su alrededor.

—¿Ella estará bien? —preguntó O'Toole, ceñudo, con la vista puesta en la misma dirección que Alcides.

Alcides volvió a exhalar. No respondió a la pregunta. Solo el tiempo podía.

Hannah miraba el árbol deshojado desde el interior del aparato que pronto la llevaría a

casa. Se trataba de un pino californiano que fácilmente podría hallarse en el suroeste de Estados Unidos, e incluso en lugares un poco más al norte como Black Wood. Era el único de su tipo que se erguía en todo Red Snow.

En él, habían colgado los cuerpos desmembrados de los integrantes de la familia Wells la noche que siguió a su llegada, a finales de diciembre pasado. En esa ocasión a Hannah no la despertaron los gritos. Ella los esperaba, junto al resto de los Siervos ataviados con túnicas blancas, en el claro junto a la Gran Casa. Vio cómo izaban el cuerpo de la niña de cinco años que arribó a la villa usando un par de mocasines rojos en lugar de botas para la nieve a una de las elevadas ramas del pino de California, poco antes del amanecer, junto a sus hermanos y sus padres, o lo que quedaba de ellos después de que Dante, Ibrahim y el resto de los Siervos del Lucero Matutino los hicieran picadillos a punta de hachazos. De la niña, solo elevaron su torso del que apenas se mantenía unida una piernecita.

Hannah blandió el hacha en una ocasión. Y nada más. La hoja había trazado un arco perfecto hacia atrás antes de hundirse de lleno en la tierna mejilla de la señora Wells. Todo esto mientras la mujer, de rodillas, le devolvía la mirada en una súplica silente. «Hazlo rápido. Y que no vean los niños», parecía decir. Los niños ya estaban muertos. Hicieron falta dos hombres para despegar el hacha después de que Hannah, incapaz, se echara a vomitar a los arbustos. Ahí fue donde vio el mocasín rojo.

Hannah parpadeó. No quería pensar más en ello. Al menos no por los momentos. Sabía que tarde o temprano tendría que revivir aquellos azarosos recuerdos para que los nombres no fueran olvidados. Para que sus verdugos pagaran por sus crímenes. Ella había decidido que se aseguraría de que así fuera antes de dejar este mundo por su propia mano. Ahora estaba a salvo. La pesadilla había terminado. Y ansiaba volver a casa.

Con su madre.



CAPÍTULO 25

«Creo que todos tenemos un punto ciego. Para algunos este se halla en el amor, para otros en la esperanza o en el rencor. A todos por igual nos nubla el juicio, nos impide ver aquella verdad que siempre ha estado frente a nuestras narices. Y así, esta nos toma desprevenidos».

GRABADO POR JEFF HARCOURT EL 5 DE MARZO.

Tres días después de la aparición de Hannah Perkins.

Los días transcurrieron. Muy despacio. Algo que acabaría agradeciendo en mi fuero interno a tenor de lo que me propuse tras visitar por primera vez la casa Perkins.

En ese tiempo no paré de revivir las imágenes de lo que vi al pasar junto a la puerta derribada. El reguero de sangre que iba desde la puerta hasta el lugar de lo sucedido: el comedor. Por lo visto comían un desayuno bien madrugador cuando aconteció lo que sea que hubiese ocurrido allí. Fue unas catorce horas después de que Morrison y Rowe dejaran la casa para encontrarse conmigo en el café de la calle Waverly. Madre e hija despertaron a eso de las cuatro y media de la mañana, quizá incapaces de dormir debido a las emociones del día anterior, y bajaron a la planta baja, donde horas antes —catorce o quince— estuvieron reunidas con su abogada, el teniente Tobias Gudwin (ahora el jefe Gudwin), el comisionado Oswald Dupree y varios agentes federales, quienes se marcharon después de concertar cómo y cuándo Hannah daría sus primeros testimonios a los medios sobre los hechos en Alaska. Los reporteros, salvo los de CNN y CBS, fueron dispersados por la policía, de igual modo que los curiosos, y tanto dio si eran del vecindario. Fuera de la casa quedaron solo dos patrullas y cuatro oficiales para vigilar.

Fue este cuarteto de oficiales el que entró en escena cuando sonaron los disparos. Dijeron que la puerta principal estaba cerrada a cal y canto desde adentro por lo que procedieron ingresar a la casa según el procedimiento. Uno de ellos disparó y derribó la puerta.

A juzgar por la escena que Brett y yo encontramos al entrar —un reguero de leche y cereal Raisin Bran (el favorito de Hannah) sobre la mesa; un tazón de porcelana roto, cubiertos tirados, un líquido amarillento traslúcido que deduje era té, y a Hannah tendida boca abajo con la mejilla hundida en un tazón—, indujimos que tal vez se había tratado de algún tipo de venganza contra Hannah y su madre, que era la posibilidad que barajábamos tácitamente al principio. «Raisin Bran. Cómo amaba ese cereal de niña —me había dicho Margaret en una ocasión—. Lo habría comido todos los días a toda hora si se lo hubiera permitido. Mi niña...». Y ahí estaba. Debió preparárselo sin previo aviso para recordar aquellos tiempos después de casi dos años separadas una de la otra. Pero algo había salido terriblemente mal.

En algún momento, habiendo zanjado sin ninguna vacilación que una de las dos había disparado contra la otra, me encontré divagando por las estancias de la casa en lo que antes, como oficial activo, solía llamar «recorrido exploratorio». La casa Perkins tenía una amplia cocina que conectaba con el comedor y una salita de estar con un decorado bastante minimalista. El suelo era de caoba brillante. Había unas escaleras estrechas y empinadas en el recibidor que llevaban a la segunda planta: las habitaciones, probablemente. Me sentí tentado de subir. Pero tenía la sospecha de que allí no iba a encontrar lo que estaba buscando (aunque no tenía claro qué era). Pensé en Margaret y Hannah en la cocina,

hablando de lo ocurrido en Red Snow, Alaska, exorcizando aquel demonio para conciliar el sueño, tal vez; luego pasando al comedor, donde ocurrió toda la acción...

«¿Dónde habrá obtenido la pistola?», me pregunté, mientras me acercaba a una puerta entreabierta en el pasillo estrecho y oscuro que unía la sala de estar, la cocina y el comedor.

Despacio, abrí la puerta. La crucé y me encontré en un cuarto oscuro, cuadrado, cenceño. Un estudio. Lo deduje porque entreví la silueta de un escritorio y una silla de alto respaldo. Palpé la pared a mi derecha y hallé el interruptor. Encendí la luz. «La pistola ha venido de aquí», me dije, y rodeé el lustroso escritorio mirando a los lados, explorando el espacio, registrando cada detalle. El lugar estaba impecable. Como si alguien se hubiera encargado de mantenerlo con especial esmero. Sin partículas de polvo. Sin olor a guardado. Todo estaba cuidadosamente limpio y organizado.

Había varios portarretratos sobre el escritorio: una fotografía reciente de Hannah y su madre, tomada tras su graduación de preparatoria, semanas antes de Black Wood; otra de Margaret, Linus y Hannah, después de su primera comunión, a juzgar por su precioso vestido blanco; otra de Hannah, de cuatro o cinco años, sonriendo de oreja a oreja mientras se comía un algodón de azúcar en alguna feria. Y, en la siguiente, aquella misma niña de cuatro o cinco años estaba sentada en los hombros de un hombre al que reconocí enseguida. Su padre. El hombre joven que aparecía en la foto instantánea que hallaron entre los objetos robados de Wettington.

Carlton Perkins.

Entonces alcé la vista. El escritorio no era el único mueble que acaparaba el cenceño espacio del estudio. Había un librero ocupando las paredes de los lados, llenos de volúmenes gruesos y tapadas en cuero que parecían una compilación privada de todas las ediciones de la Biblia. A un lado de la puerta —y esto me pilló por sorpresa, pues no había reparado en él hasta ese momento—, había un enorme aparador de cristal y madera tallada que exhibía cinco modelos de escopetas en su interior. Las reconocí de inmediato. Así y todo, me les quedé mirando como si no hubiera visto esa colección antes. O parte de ella.

Después de eso no descansé hasta haber encontrado respuesta a todas las preguntas no formuladas.

Pasaron tres días.

Esta mañana me sentía estupendo. Lo cual no era extraño, dado que había pasado toda la noche durmiendo en mi propia cama por primera vez en un largo tiempo. No recordaba la última vez que esto había sucedido. Hace meses, quizá. Desde luego que el incidente con Moulden no contaba. Para empezar, ni siquiera había clareado cuando aquel pirado apretó el cuchillo contra mi cuello.

Me di una ducha. Me encaminé hacia la cocina con la toalla envuelta en la cintura y el torso salpicado de agua. Puse a trabajar la cafetera. Luego fui hasta la ventana de la salita de estar, abrí las cortinas (¡así de estupendo de sentía este día!), y una luz opaca penetró en sesgo la estancia. Hace días que el cielo nublado anunciaba un aguacero que no terminaba de caer. El sistema de calefacción mantenía el frío a raya, pero aun así sentí un escalofrío en la espalda. Me volví y miré la pared de la que pendía el tablero de corcho con todos los datos de mi reciente investigación, la cual, tanto para bien como para mal, había concluido de forma definitiva el día anterior.

No quería arruinar mi ánimo estupendo con estos pensamientos. «No todavía, Jeff».

Respiré profundo. Ya empezaba propagarse el aroma a café recién hecho por toda la estancia. Lo inhalé mientras sonreía con los ojos entrecerrados. Al abrirlos, vi mi teléfono en la mesita de centro. Debí dejarlo ahí anoche. A decir verdad, no recordaba cómo yo había terminado en la cama; si me había arrastrado con los dedos o si había caminado sonámbulo hasta ella. Hace unos días leí un artículo sobre los efectos reparadores de mantener el teléfono apagado (o en otra habitación, en mi caso) antes de dormir para conciliar un sueño pleno. Y supongo que debía funcionar.

Lo tomé. Me fijé en la hora —nueve y cuarto— y en el estado de la batería, que tenía un 30% de carga. Después, vi la notificación de la contestadora automática. Alguien había llamado tres veces cerca de media hora antes de que yo despertara. Un número desconocido. Lo miré con extrañeza. Entonces, casi de la nada, se me ocurrió la posibilidad de que pudiera tratarse de ella.

Reproduce el mensaje.

—«Hola. Es la detective Cristina Simms. El oficial Olofsson me ha hecho llegar tu mensaje. También el detective Alex Hope me ha informado que has estado preguntando sobre aquella ocasión en la que Lauren Flynn nos honró con su presencia durante la escena del crimen en el puerto de Newport, poco antes de su muerte. Y que te ha dado los pormenores sobre la mujer que, creemos, fue cómplice de Harvey Flint durante años. Si hay algo más que pueda decirte, que sea de ayuda, devuélveme la llamada».

Fin del mensaje.

Por lo visto, y tal como había previsto, fue el oficial Olofsson (con quien me topé a la salida de la estación de policías de Corvallis) el que al final le entregó mi mensaje a Simms.

Me quedé pensando. Sí que había un par de cosas que quería preguntarle a la detective Simms sobre su encuentro con Lauren. Cosas intrascendentes. Luego de mi visita a la correccional en Madrás, y los datos que descubrí posterior a ella, estaba seguro de que no había nada más valioso que Simms pudiera aportar a mi resuelta investigación. Por otro lado, tenía la leve impresión de que había zanjado su luna de miel antes de lo previsto, seguramente al enterarse de la noticia. Dos días antes, en una rueda de prensa con autoridades de Alaska, Oregón y varios federales, se comunicaron los detalles de los acontecimientos de hace casi dos semanas en la villa Red Snow. Entre ellos, la muerte del líder de la secta, Carlton Perkins, que fue ultimado durante las labores de rescate por el subjefe de la policía de Salem, Alcides Rowe, quien, según tenía entendido recientemente, había sido compañero de la detective Simms durante su gestión en la jurisdicción del condado de Benton.

Como cabía esperar, Alcides Rowe fue considerado por los medios y la opinión pública como un «héroe americano auténtico» por acabar por fin con la secta que llevaba tantas décadas consumando sus crímenes impunemente. Además, se confirmó que había en progreso dos novelas por el autor Daniel Schofield, basadas en los hechos ocurridos en Black Wood y en Red Snow. Presentía que un día de estos recibiría una llamada del tal Schofield para pedirme que contara mi versión de los hechos... y en el fondo una parte de mí esperaba que así fuese.

Volví a la cocina. Me serví café. Una taza y otra. En tanto, leí varios artículos del *The New York Times* y el *Statesman Journal*, sobre la gripe que provenía de china, la que recientemente había sido denominada «pandemia mundial». Se preveía que, en cualquier momento, fuera impuesto un confinamiento total en todo el país.

El siguiente artículo refería sobre el juicio de Paul Wettington que inició un día antes. Lo

leí, aunque ya sabía lo que ponía. La fiscalía pedía la Pena Capital. En Oregón aún era legal la pena de muerte, aunque nadie había recorrido *el pasillo* en casi dos décadas, debido a una moratoria aplicada por los gobernadores de turno en esos últimos años. El gobernador Lewis, el primero del partido republicano en ocupar este puesto en muchos años, aún no había dado una declaración al respecto, aunque su reputación estaba en duda por su cercana relación con los Wettington. (Lo que me hizo recordar el suceso durante el funeral de George Wettington, en el cual, de hecho, Lewis estuvo presente.) En cualquier caso, según el artículo del *Statesman Journal*, era probable que el asunto de Paul acabara en un Tribunal Federal, donde «no cabe duda» sería condenado a muerte. «Y una vez que un Tribunal Federal condena a una persona a morir, es el presidente de los Estados Unidos y no el gobernador de un estado el que tiene la última palabra. Y ya sabemos lo que opina al respecto nuestro actual presidente», finalizaba el artículo.

Deslicé el dedo por la pantalla. Había un artículo sobre lo ocurrido en la casa Perkins tras la aparición de Hannah. Lo ignoré. Ya habría tiempo para eso. Entonces vi la hora.

«Ha llegado el momento».

Bebí un sorbo de café. Y otro.

Luego tomé mi celular y, como Hannah Perkins durante su recorrido por Black Wood, grabé una nota de voz.

Margaret abrió los ojos. Estaba acostada en aquella cama de hospital con una sábana blanca cubriéndola desde los pies hasta el pecho, las manos cogidas sobre el abdomen. Ya no exhibía aquel aspecto quebradizo de alguien que sobrevivió de perillas a una herida de bala. De alguna forma, esa luz blanca y macilenta que entraba en la habitación la hacía parecer más bella. También más viva. Me alegró sobremanera verla así. Sonreí sin poder evitarlo.

—¿Jeff? ¿Eres tú? —susurró ella, con los ojos como rendijas.

—Sí —contesté.

Me acerqué la cama. La claridad le reveló mi rostro. De pronto, Margaret pareció más despierta que hace un instante. Sonrió e intentó levantarse incontinenti. Gimió y contrajo la cara. La tomé del brazo y le pedí que no se moviera, por favor, que no era necesario. Pero mis palabras cayeron en oídos sordos, y al final acabé ayudándola a enderezarse.

—La bala dio en el hombro... —dijo ella y rio con la voz rasgada.

—... perdiste mucha sangre... —repliqué yo, sin reír.

—... no fue para tanto.

—No pienso igual. El doctor Richardson tampoco. —Respiré hondo. Me senté junto a sus piernas y la miré directamente a los ojos con un amago de sonrisa indulgente. Añadí—: Habrías muerto desangrada si esos policías no hubieran estado allí en ese momento. No tiene ningún sentido. O, mejor dicho, ¿cómo es posible que no lo vieran venir? Y, vamos, ¿por qué Hannah intentó...?

—No lo sé —dijo Margaret, tajante—. No lo sé, Jeff. Todo pasó muy rápido. Un instante estábamos ahí, conversando, riendo, y comiendo cereal, como en los viejos tiempos. Al otro, su mirada cambió. Me reclamó, con voz y mirada sombrías, que nunca debí permitirle ir a Black Wood; que yo estaba al corriente de la reputación del bosque, y aun así la dejé ir; que incluso convencí a Glenda, la madre de Trey, para que diera su aprobación. Que lo sucedido fue tanto mi culpa como suya. Y tiene razón. Yo hice todas esas cosas porque ella me lo

pidió que lo hiciera, le dije; me rogó, más bien. Entonces, se levantó... —La voz de Margaret se quebró un instante y empezó a llorar espesas lágrimas. Me contuve de tomarle su mano y confortarla. «Está bien. Ya pasó. Todo ha terminado», le diría, aunque no fuera del todo cierto. Ella continuó, vacilante—: Y regresó. Tenía la pistola de su padre, la que estaba en su estudio, y me apuntó. Intenté hacerle entrar en razón. Pero quitó el seguro. Me levanté para pedir ayuda, y Hannah me disparó. Sentí que una enorme roca me abatía contra el piso. Entonces fingí que estaba inconsciente, muerta, y por un momento lo creí, sí, tras escuchar el segundo disparo...

»Pensé que me había disparado para asegurarse de que estuviera muerta, pero no fue así. Entonces la policía irrumpió. Poco después me llevaban en una camilla. Perdía sangre, mucha sangra. Caí inconsciente de verdad. Y...

—Despertaste en el hospital —repuse.

—Sí. Y Hannah... —Entonces clavó su mirada en la mía como si intentara encontrar en ella las palabras para terminar aquella frase. Ante mi silencio, pareció desmoronarse. Preví lo que diría a continuación—. Jeff. ¿Hannah está...?

Bajé la mirada.

—Está viva. —Estas eran las mismas palabras que tres días antes ella había pronunciado en aquella llamada—. Hannah está viva.

Margaret se echó a llorar.

—¿Cómo?

No fue esa la pregunta que esperaba me hiciera tras saber que su hija había sobrevivido a su intento de suicidio... O, mejor dicho, ¿sí lo era?

—Se disparó en el cuello —contesté sin más. Margaret resolló y sorbió ruidosamente por la nariz mientras se estremecía. Me sentí tentado de poner mi mano en las suyas, consolarla de alguna forma, pero en cambio me limité a continuar—. Perdió mucha sangre y, hasta ayer por la noche, estuvo en cuidados intensivos. Aún no despierta. Según el doctor, es tan solo cuestión de tiempo. Y entonces podremos oír lo que tiene para decir: una explicación de sus acciones.

—¿Puedo verla?

«Esa es la pregunta que esperaba me hicieras antes».

—No creo... —empecé a decir.

—Por favor. Cuando despierte. Quiero verla, Jeff. Hazlo por mí. No fue su culpa. Es mi niña. Su padre le lavó el cerebro, y, Dios, ha pasado por mucho todo este tiempo. —Hablaba con desesperación, urgencia. Lágrimas bajaban por sus suaves mejillas tal como el día que la conocí—. Por favor. Necesito asegurarme de que esté bien.

Tomó mis manos. Con fervor.

—Haré lo que pueda —le dije, y esboqué una tenue sonrisa.

Ella me correspondió, con una más tenue todavía. Se enjugó las lágrimas, sorbió por la nariz y volvió a sonreír con más ímpetu. Sus ojos brillaban. Reprimí el impulso de besarla y aparté mis manos de las suyas con un profundo suspiro. En torno a nosotros había caído una cortina de silencio tras mi promesa que me remontó a los días de nuestro largo viaje en busca de Hannah o sus captores. El silencio, por entonces acogedor, a veces solía acompañarnos. Yo había disfrutado mucho de aquellos silencios con ella, recordé.

Volví a suspirar.

Margaret seguía secándose las lágrimas. Me levanté, rodeé la cama y fui hacia la única ventana de la habitación de Margaret, que estaba en un tercer piso y proveía una vista

general del aparcamiento del hospital. Al mirar el cielo —encapotado desde hace días, todavía sin llover— sentí escalofríos. Me froté las manos.

—¿Sabes? —dije, dándole la espalda a Margaret—. Nunca te pregunté al respecto, pero después de lo ocurrido esta idea ha estado rondando mi cabeza. Una y otra vez. Incesante. Me conoces lo suficiente. Sabes cómo me mortifico por cuestiones que escapan de mi comprensión. Cómo me desvelan. Cómo me quita el oxígeno, ahogándome, hasta que consigo las respuestas. Es curioso; las pocas veces que mencionaste al padre de Hannah me diste a entender que era un guardabosque amante de los animales y la naturaleza, y que Hannah quería seguir sus pasos, honrar su memoria. Curioso, dije, porque un amante de la naturaleza y los animales normalmente no tendría una colección de escopetas en casa, escopetas que tú llevaste a nuestro viaje improvisado. Mientras, al mismo tiempo, Hannah y su padre iban en sentido contrario.

Me volví.

Margaret me miraba, entre atónita y confundida.

—Jeff, ¿qué...?

—Lo sabías —la interrumpí. Crucé los brazos ante el pecho, la miré a los ojos sin expresión y mantuve la distancia entre nosotros. Aquella no era una pregunta—. Siempre lo supiste. —Y reí a mi pesar—. Que tu marido era el líder de los Siervos y que estaba vivo y esperando una reunión familiar mientras sumaba adeptos a su secta del demonio. Hannah no era la única con la que Carlton Perkins esperaba reunirse eventualmente tras su pantomima de muerta. Tú, Margaret, nos has engañado a todos, llevas haciéndolo por años.

—Jeff, no sé de...

—... qué estoy hablando. —Volví a reír. Lo justo para no perder la cordura—. Qué estúpido he sido. Qué ciego. Apuesto a que Wiklund tenía sospechas de ti y por eso no te contó de sus planes para rescatar a Hannah. Probablemente por eso siempre estabas cerca de él durante los días de la investigación del caso Black Wood. Vigilabas que no estuviéramos demasiado cerca de dar con la verdad, e informabas a tu difunto esposo de todo. Fuiste tú quien irrumpió en el apartamento de Wiklund el día del accidente, desordenó su habitación y tomó la portátil escondida que tenía la información para acceder a los correos entre Wiklund y Nate Feeney. Tú estabas en Springfield la noche que robaron mi laptop del motel. Tú y Paul.

Volví a reír, esta vez más fuerte.

—Pensé todo este tiempo lo que habían hecho los padres de Nate. O Paul. ¡Y Paul! Paul me advirtió de ti cuando hallamos el cadáver de Chris Barney y aun así no lo deduje...

—Jeff, no sé de qué estás hablando. —Margaret, a ojos vistas asustada, me miraba como si temiera que en cualquier momento pudiera saltarle encima y echarle las manos al cuello—. Voy a marcar el botón de emergencia. Es evidente que has pedido la cabeza.

«Es cierto. Había perdido la cabeza. En el pasado. La muerte de Lauren, el sufrimiento, me impidió ver la verdad que estuvo todo este maldito tiempo frente a mis ojos».

—Tenías miedo de que con la aparición de Byers, Mitchell y Harrington fuera cuestión de tiempo para que descubriera la verdad. La supervivencia de estos no era parte del plan original. Ninguno sobreviviría, salvo Hannah y Nate. —Ahora lo veía todo tan claro. También lo veía en los ojos de Margaret: la verdad. Y continué—: Esperabas que Hannah se olvidara de sus amigos en cuanto supiera que su querido padre, el hombre que tanto amaba y admiraba a pesar de apenas tener recuerdos de él, estaba al frente de la secta. Esperabas que se uniera a él por propia voluntad y, como esto no resultó, interviniste y sacrificaste a

los Feeney. Y a Paul.

—Jeff, me estás obligando a... —Comenzó a ladear el torso hacia el botón de emergencia que estaba en la cabecera de la cama.

—Ayer regresé al Holiday Inn, Margaret. Le pedí a Keila me mostrara las cintas de los días que tú, yo y Paul pasamos en el hotel. Las cintas te mostraban a ti saliendo de nuestra habitación y a Paul, de la suya, y ambos desaparecían con un margen de dos minutos en el único pasillo en el interior del hotel que, sabíamos, tenía un punto ciego... y la dispensadora de hielo.

Margaret se volvió hacia mí. No mostraba ninguna emoción. Ninguna.

—Debimos matarte cuando tuvimos oportunidad —dijo ella, como si acabara de ser iluminada por esta idea.

—Sí, debieron. —Tuve que hacer un esfuerzo para no lanzarme sobre ella. Apreté los puños—. Tú y Paul querían alejarme de cualquier investigación en torno a los Wettington. Supongo que me mantuvieron vivo todo ese tiempo solo para sacarme cuánto sabía en realidad.

—Y porque me encapriché contigo. Y porque vi un gran potencial en ti, entre tanto dolor por la pérdida de la jodida Lauren Flynn. Y el bebé.

«Tranquilízate, Jeff —me dije—. Está a punto de acabar. Pero no todavía. Tranquilízate».

—¿Potencial?

—Para unirte a nosotros.

«Sí, claro —me contuve de decir—. Ni en tus malditos sueños».

—¿Qué sucedió realmente hace tres días?

—Creo que ambos lo sabemos. Hannah, mi querida hija, nos traición. Asesinó a Carlton. ¡Su padre! Me lo confesó esa madrugada con tanta naturalidad. Quizá para calibrar mi reacción. —Apretó los labios un instante. Gruñó—. Maldita zorra. Todo ha sido su culpa y la de ese teniente de mierda. Acabaron con los nuestros. Con casi todos. Ella debía pagar por eso. Guardé la calma pensando que más tarde podría causarle una muerte tan lenta y dolorosa como la de su hermano Nathaniel. Pero ella siguió hablando. Siguió y siguió. No paraba. Me dijo con lujo de detalles cómo asesinó a su padre y la señora Whitmore; me describió sus miradas, la calidez de su sangre, lo satisfecha que se sintió en ese momento. Por primera vez había disfrutado con una muerte. Que entonces supo por fin lo que su padre y los otros sentían en los sacrificios. No pude soportarlo...

—Tú ordenaste a los Moulden la muerte de Nate —dije—. Y también la mía.

—Sí. Nate era un maldito traidor y una molestia. No soportó enterarse quién era en realidad su padre, de modo que maquinó en nuestra contra. Al final lo descubrimos alojado en un chiribitil en Colorado, y lo torturamos hasta sacarle la verdad y mucho más. Así supimos el día exacto en el que Linus pensaba irse de vacaciones por primera vez en su vida. La madre de Nate se inmoló por su hijo. —Hizo una pausa y suspiró—. En cuanto a ti... Con el hallazgo del cadáver de Nate pude comprobar que seguías metiendo tus narices en nuestros asuntos, y prefería matar a dos pájaros de un tiro. Te eliminaba y, al mismo tiempo, enviaba un mensaje al hijoputa del detective Morrison de lo que podía pasarle si se acercaba demasiado a la verdad. Evan y Rachel Moulden seguían mis órdenes. Rachel acudió a mí después de esa noche tras abandonar su auto cerca de la frontera con Canadá para despistar a la policía. Cuando me enteré de que habías sobrevivido, enfurecí y la asfixié mientras dormía en la cama de Hannah. Arrojé su cuerpo en partes en varios contenedores de basura de la calle Comercial. —Sonrió, enarcando una ceja—. Todavía no

han encontrado ni un pie.

«Dios mío. Era mucho peor de lo que imaginaba». Tuve que hacer un enorme esfuerzo para no echarme a reír y llorar como perturbado.

De nuevo, pregunté:

—¿Qué sucedió realmente hace tres días, Margaret?

—Creo... No, más bien estoy segura de que ya lo sabes, Jeff. —Amplió la sonrisa, frunció el ceño—. Hannah sabía, o al menos sospechaba, que yo hacía parte de los Siervos del Lucero Matutino. Me estaba poniendo a prueba pinchándome con los detalles de cómo había asesinado a su padre y los que vivían bajo su mismo techo. De cómo lo disfrutó. No lo soporté. Me levanté, fui al antiguo estudio de Carlton, tomé su pistola, y volví al comedor, con el arma escondida a la espalda, y confirmé que en efecto estaba al tanto de todo. La zorra amenazó con ir con la policía que estaba fuera de la casa, así que, como debes prever, saqué el arma y le disparé antes de asegurar la puerta principal para ganar algo de tiempo mientras montaba la escena que todos vieron al entrar. Creí que la había matado. Eso fue lo que sucedió. ¿Estás satisfecho?

Entonces, de imprevisto, Margaret se giró y oprimió el botón de emergencia. Lo oprimió varias veces. Sin cesar. Una y otra vez. Nadie acudió. Nadie acudiría hasta que yo saliera de esa habitación y pusiera fin de una vez por todas a esta farsa. Escuché un golpeteo a mi espalda. Miré hacia la ventana por encima del hombro. Gotas de lluvia embestían el cristal. El tiempo pareció transcurrir despacio (muy, muy despacio) a partir de ese momento.

—Ya tienes lo que querías, Jeff —oí decir con rencor a Margaret—. Tu maldita expiación.

—Sí —dije—. A qué costo.

La miré largamente. Por última vez. Y salí de la habitación.

Fuera me esperaban Brett Morrison, Alcides Rowe y media docena de oficiales. En cuanto salí, abrí mi camisa y dejé que retiraran el pequeño micrófono que tenía adherido al pecho con cinta adhesiva. Les dije gracias a los oficiales que se encargaron de esta labor y volví a cerrarme la camisa en tanto que recibía una mirada de «bien hecho» lo justo sutil de parte de Rowe y Morrison. Asentí y, acto seguido, eché a caminar por el pasillo.

Detrás, supuse, Morrison y los oficiales entraban a la habitación de Margaret para leerle sus derechos; Rowe me estaría viendo mientras me alejaba.

Bajé las escaleras en vez de tomar el elevador. Empecé a oír la lluvia a lo lejos. Seguí su sonido.

En planta baja, avancé hacia la salida del hospital y, de ahí, al exterior.



CAPÍTULO 26

Llovió durante días. Hannah recordaba tan bien la semana que siguió a su recuperación después del incidente con su madre como cabría esperar si hubiese ocurrido ayer. En ocasiones, sin embargo, tenía que acordarse de cuánto tiempo había pasado desde entonces. Cuatro años.

El tiempo, pensó Hannah, parecía avanzar más deprisa cuando no estabas asida a una pesadilla. En un abrir y cerrar de ojos la vida podía dar un giro de trescientos sesenta grados. Ella misma, por así decirlo, era un ejemplo personificado. Y vaya que lo era. Un día estaba acampando en el bosque con sus mejores amigos y al otro, se hallaba en un lugar completamente diferente, retenida por el padre que durante años había creído muerto y ahora dirigía una secta satánica que en realidad solo era un grupo de sanguinarios e infames asesinos que adoraban únicamente a un hombre, si cabe, más sanguinario e infame que ellos; que les prometió un mundo donde sus crímenes serían impunes y su naturaleza sería aceptada, libre de todo prejuicio moral; una vida mejor. Y no acababa ahí.

Hubo otro giro, un tanto inesperado. Entonces un día estaba de vuelta en casa con su madre y al otro, su madre intentaba asesinarla en venganza por la muerte de su padre. Su madre la apuntó y disparó con una Glock parecida a la que acabó con la vida de Carlton Perkins. Su madre, de quien había sido cercana. Su madre, que había cuidado de ella y se habían colmado de mutuo e incondicional amor. Pero todo había sido una gran farsa. Quizá no al principio. Quizá todo cambió cuando su padre empezó a mover los hilos para atraerla hasta él. O eso quería pensar.

Pero nunca lo sabría. Su madre y Paul Wethington habían sido condenados a tres cadenas perpetuas sin posibilidad de libertad condicional. Hannah vio a su madre por última vez en la corte, el día que impusieron su sentencia. Margaret le había guiñado un ojo. Y Hannah reconoció en aquel gesto al fantasma de su padre.

Hannah recordaba especialmente la segunda vez que recobró la conciencia después del incidente con su madre (en contraste a duras penas se acordaba de la primera vez; tan solo recordaba haber visto sombras y siluetas moviéndose alrededor); se acordaba claramente de aquel cuarto de hospital despojado de colores, salvo blanco. También de la sensación de mareo inicial y haber quedado encandilada por aquella intensa luz blanquecina que imbuía de esquina a esquina la habitación. Su vista había tardado unos segundos en aclimatarse a ella y, de pronto, había caído en la cuenta de que no estaba sola. Había alguien —un hombre— parado frente a la ventana con las manos cogidas a la espalda.

Aquella silueta negra recortada a contraluz le resultó familiar.

Hannah contuvo un sobresaltó. El corazón le dio un bote en el pecho antes de empezar a latir de prisa. Pensó que era imposible que se tratara de *él*, que tal vez era solo una pesadilla.

El hombre se volvió; la luz redujo intensidad a su espalda y ella pudo ver su cara.

No era *él*.

—Has despertado —dijo el hombre junto a la ventana.

Por un instante Hannah había creído que era su padre, y al comprobar que no sintió un alivio abrumador en el pecho. Masculló una frase incomprensible («Gracias a Dios», tal vez) y volvió a relajarse, aunque no del todo, mientras intentaba enderezarse pese a tener aún el cuerpo entumecido de la cintura para abajo. Enseguida advirtió el vendaje que rodeaba

ceñidamente su cuello y sintió una punzada en la herida. Gimió. Contrajo el rostro y cerró los ojos y las manos y su cuerpo se tensó como la cuerda de una cítara (al menos de la cintura para arriba). Una mano se posó de improviso en su hombro y Hannah, aterrada, intentó alejarse del desconocido tanto como fuera posible, a pesar del dolor, temiendo que fuera uno de ellos.

—Tranquila —dijo el hombre, reculando con las manos en alto. Como si Hannah no hubiera oído eso antes, agregó—: Nadie te hará daño. Estás a salvo. Hace un instante parecías aliviada de verme.

«Nadie te hará daño —quiso replicar Hannah. Hizo un esfuerzo por relajarse sin quitar los ojos de aquel sujeto. Aún le resultaba familiar—. Sí, claro. ¿Y quién lo dice?» Con voz queda preguntó:

—¿Te... conozco?

El hombre sonrió. Tenía ojos grises profundos y cabello negro abundante; debía medir casi uno ochenta; asomaba en su rostro la sombra de una barbita que no alcanzaría el estatus de tres días. Parecía sobremanera sereno, jovial e inofensivo. Ella bien sabía que los psicópatas —sobre todo los de los Siervos del Lucero Matutino— podían aparentar estas cosas. Y tantas más. De manera que no se permitió bajar la guardia, aunque sabía en el fondo que poco sería capaz de hacer en sus condiciones actuales si el sujeto, sea quien fuere, intentaba asesinarla.

El sujeto, por fin, respondió:

—En persona no nos hemos visto antes, creo —dijo—. Y no quiero sonar engreído al decir esto, pero tal vez me hayas visto en los periódicos o en la televisión hace un par de años. O quizá el jefe, tu tío, me mencionó alguna vez...

Hannah lo escrutó largamente con la mirada. Al cabo de unos segundos, supo quién era, aunque no llegó a articularlo.

Él se adelantó.

—Me llamo Jeff Harcourt. Antes detective del Departamento de Policía de Salem. Yo solía...

—Detective estrella —lo interrumpió Hannah con un tono que parecía poner en tela de juicio sus propias palabras. ¿De verdad lo era? Volvió a mirarlo largamente tratando de hacer memoria. Entonces sonrió—. Sí, eres tú.

—¿Qué?

—Lo siento. Así era como solía llamarte el tío Linus, y si mal no recuerdo, también los periódicos y telediaros tras su segundo caso. El caso Husman —le explicó Hannah—. Detective estrella.

Jeff se la quedó mirando con una tenue sonrisa. Pasó casi un minuto. Al cabo, suspirando, volvió a hablar.

—El caso Husman no fue el segundo caso que resolví en el Departamento de Policía de Salem. Ni siquiera el más difícil. En realidad, el segundo se trató de un homicidio marital con agravante de alevosía, en Lansing, que no presentó un gran misterio ni implicó a un miembro reconocido o apreciado de la comunidad, por no decir de los más adinerados, y sin aludir el tema racial, como lo fue en todos estos aspectos el caso Husman. —Hizo breve una pausa. Negó con la cabeza—. En cuanto a lo de *detective estrella*... Me temo que eso tampoco es muy acertado. Los detectives en la vida real no somos, por ejemplo, como lo pintan las novelas de Agatha Christie o Michael Connelly o las series de televisión (que no niego tengan su parte de verdad o que en lo personal no disfrute). La mayoría no contamos

con un súper poder de deducción o alguna especialidad. Casi siempre se trata de persistencia, cuestión de suerte, de una intuición afilada con muchos años de experiencia en el campo o, para desilusión de algunos, la verdad cae por su propio peso y la resolución de un caso se sirve sola en charola de plata. —Arqueó una ceja y añadió—: Sé cómo suena. Otras veces, como alguna vez fue mi caso, solo poseemos la fortuna de tener un compañero que nos complementa. Y entonces puede que sí surja una especie de súper poder de ello.

—¿Se refiere a Lauren Flynn? —dijo Hannah.

Jeff y Hannah se quedaron mirando a los ojos. Él no pareció impresionado (tal vez sí intrigado por saber de qué más estaba al tanto sobre Flynn o la íntima relación que ambos tuvieron alguna vez y de la que Hannah acabaría por enterarse al cabo de unos meses de aquel primer encuentro). Tampoco pareció dolido al escuchar el nombre de su fallecida compañera. A lo mejor aquella herida había empezado a cicatrizar.

—Sé lo que pasó —repuso Hannah—. Más o menos. Lo siento.

—No tienes porqué. —Trazó una fina sonrisa. Si en ese momento Jeff Harcourt hubiera puesto de nuevo la mano en su hombro, pensó Hannah, no la habría apartado y, seguramente, se habría echado a llorar a moco tendido como un bebé. No fue eso lo que pasó—. No ha sido culpa tuya. Por ahora solo debes procurar sanar tus heridas. Todas ellas. Estos casi dos años has pasado por mucho. Soy yo quien debería disculparse por no haber cumplido a tiempo la promesa que hice a tu tío. Lo siento.

—No. —Hannah habría querido extender la mano hacia él. Se contuvo, más por el dolor que le habría causado que por falta de voluntad—. Ha quedado en el pasado. Y si alguien tiene la culpa son mis padres... mis... —«Oh, Dios mío». Hasta ahora caía en la cuenta por fin de todo lo que acaeció hace no sabría decir cuántos días—. ¡Mi madre!

Su pulso se disparó.

—Tranquila —dijo Jeff.

Hannah apenas lo escuchó.

—¿Qué hay de mi madre? ¿Ella sabe que estoy viva también? ¿Ella...? —Sentía que le faltaba el aire—. ¿Lo sabe?

—Lo sabe. —Jeff se acercó a la cama. La miró directamente a los ojos—. Pero no te hará daño. Escúchame, Hannah. La pesadilla ha terminado. Lo sabemos todo. —Y mucho más, faltó añadir. Jeff le contó que su madre había confesado hace dos días sobre su participación en la trama de los Siervos del Lucero Matutino, e incluso sobre los hechos de aquella espantosa mañana hace cinco días en la que intentó asesinarla. También sobre el homicidio que sí consumó contra uno de los miembros de la secta (Rachel Moulden, a quien Hannah bien recordaba). Entre otras cosas—. Margaret recibió el alta y de inmediato fue procesada. Era la última de ellos que estaba libre o con vida. Al menos de los que diste parte a los federales.

—Son todos —juró ella con total convicción. Había memorizado sus nombres, otros los había averiguado a través de conversaciones entre los miembros del Círculo oídas a hurtadillas durante el tiempo que estuvo en Red Snow; los había repetido uno a uno, noche tras noche, sin falta, sin titubear. Había aprendido sobre sus métodos para atraer inocentes que sacrificarían en sus llamados «ritos de purificación» y, asimismo, como reclutaban a nuevos miembros. Compartió esta información, con lujo de detalles, con las autoridades una vez consiguió salir de aquella villa con el teniente Rowe.

Tras sus palabras sobrevivió uno o dos minutos de absoluto silencio. Al cabo, Jeff habló.

—Conocí hace poco al teniente Alcides Rowe. De hecho, lo conocí el mismo día de tu

llegada. Nos reunimos en un café en el centro de Salem gracias a un colega del departamento de policía. Rowe me contó lo que en realidad pasó durante tu última noche en Red Snow. Lo contó todo. —Se la quedó viendo fija, seriamente, de forma bastante sugerente—. Incluso sobre tu padre y la señora Whitmore.

Un larguísimo silencio después, Hannah dijo:

—¿A qué se refieres?

—Ya sabes. —Jeff Harcourt suspiró—. Y no hay porqué repetirlo.

Hannah lo miró fijamente. Sabía lo que estaba intentando en ese momento el detective estrella; no era estúpida ni mucho menos, y esperaba que Jeff también lo supiera. Confiaba que sí, porque ese conato por obtener una confesión directa de los acontecimientos de su última noche en Red Snow carecía de tanta sutilidad que no sería lo propio del sujeto que en una ocasión le describió su tío.

Al final —y como el propio Jeff reconocería meses más tarde— su silencio resultó ser la única respuesta que necesitaba.

—¿Dónde está el teniente ahora? —preguntó Hannah procurando que no fuera evidente que quería cambiar el tema. Al mismo tiempo pensó que era extraño que Rowe no se encontrara en la habitación en ese momento (aunque no más extraño que hubiera roto la promesa que hizo de jamás contar que ella había asesinado a la vieja Whitmore con sus propias manos, o que había disparado contra su padre, lo que dudaba fuera verdad).

—Estaría aquí si el nuevo jefe de la policía no le hubiera prohibido volver a poner un pie en este hospital en las siguientes 24 horas —dijo Jeff, y sonrió—. Rowe apenas se ha apartado de tu habitación desde que te trajeron al hospital. Ha estado pendiente de ti todo este tiempo. Parece que se ha obsesionado un poco con mantenerte a salvo.

Hannah asintió. Se preguntó si habría dado las gracias al teniente Alcides Rowe lo suficiente por todo lo que hizo por ella: asumir riesgos y culpas.

—Quienes están fuera, esperando verte, son tus amigos —dijo Jeff.

Hannah frunció el ceño.

—¿Qué?

—Kent y Trey llevan en el hospital desde ayer en la noche después de enterarse que habías recobrado la consciencia.

Hannah no supo qué decir; no sabía si reír o llorar. En cambio, preguntó:

—¿Stacy?

Jeff negó con la cabeza. Hannah bajó la mirada, cabizbaja. Pedía demasiado.

—¿Quieres que los haga pasar? —preguntó Jeff.

«¿Quería?», pensó Hannah; no estaba segura. Tenía miedo. Por primera vez en semanas sentía auténtico temor.

—No tienes de qué preocuparte. —Por un breve momento pareció que Jeff pondría su mano en la suya, pero se contuvo al último segundo por alguna razón que ella nunca sabría—. El perdón a veces toma tiempo. Más si se trata de perdonarnos a nosotros mismos. Tómame el tiempo que sea necesario.

Parecía que hablaba desde su propia experiencia; Hannah pensó que algún día tal vez se lo preguntaría.

A las palabras de Jeff había seguido un instante de silencio. Y a éste, un suave golpeteo contra el cristal de la ventana.

El detective, Hannah nunca olvidaría ese momento, había girado la cabeza hacia ella, como si alguien al otro lado del cristal hubiese llamado su nombre; y sonrió, sonrió como

tal vez nadie jamás le había visto hacerlo.

—¿Qué sucede? —preguntó Hannah.

—Nada —contestó Jeff, volviéndose—. Solo la lluvia.

Hannah decidió cumplir la promesa que hizo antes de abandonar Red Snow, una noche, cuatro años después; lo zanjó mientras lavaba las vajillas y, al terminar, enfiló el dormitorio que alguna vez perteneció al tío Linus. Pero antes de coger la Beretta 9mm que le heredó su tío (sin este saber que un día ella la usaría para terminar de una vez por todas con la pesadilla en la que vivía desde que se adentró en Black Wood, apuntándose en la sien), tenía una cosa más que hacer.

Abrió el cajoncillo de su mesita de noche en la que solo guardaba la pistola, un silbato y una memoria USB. Podía leerse la palabra «EVIDENCIA» escrita con bolígrafo rojo sobre un trozo de cinta adhesiva blanca en la memoria. Tomó la portátil de la peinadora, se sentó en posición india en la cama, y conectó la memoria USB a la computadora. Hizo doble clic en la carpeta de archivos, y se quedó mirando su contenido como acostumbraba a hacer cada dos o tres veces por semana. Con la pistola de su tío siempre a la mano. No obstante, había veces en que hacía más que solo mirarlo.

Lo escuchaba.

Eran las grabaciones que había hecho Jeff en las semanas previas a su aparición. También las notas de voz que ella misma grabó con su celular durante su recorrido por Black Wood. Solía escucharlas todas, salvo una... hasta esa noche. «Si alguien encuentra esto, por favor, dígle a mi madre que la quiero».

A veces algunas heridas o tardaban en sanar, o nunca lo hacían.

BLACK WOOD

¡Adentrarte en el bosque!

26
ago

Piscinas naturales, cascadas, arroyos, lagos, y árboles milenarios, en un área completamente natural dentro del Parque Nacional Willamette, en el estado de Oregón. Perfecto para aquellos que quieran vivir una mágica aventura en pareja, en familia o con amigos.



¡GRAN REAPERTURA!

NOTA DEL AUTOR

Puede que, una vez más, te estés preguntando si realmente existe la villa Red Snow. La respuesta sigue siendo: «No..., hasta cierto punto». Como en el primer libro, tomé inspiración de un sitio existente para dar cierto realismo al refugio secreto de la secta. Por tanto, la villa apartada en la que estuvo Hannah por casi dos años es una mezcla entre lo real y lo ficticio. Varios de los aspectos que se le atribuyen hacen reflejo a Red Devil, una pequeña comunidad en el norte de Alaska, que en otros tiempos fue un asentamiento minero de mercurio; está rodeada asimismo por la cordillera Brooks, junto al río Colville, tal como se detalla en la novela, y solo se puede acceder a ella de forma aérea.

Parrish, sin embargo, es un pueblo ficticio. Existen poblados cerca de la cordillera con los que comparte algunas similitudes. Pero no todas. He tomado como referencia a los pueblos: Bettles, que es el principal punto de partida para varios parques y refugios nacionales de Estados Unidos, entre ellos la cordillera central Brooks; y Wiseman, porque es el único poblado rayano a la cordillera (que tiene como telón de fondo, eso leí) al que se puede acceder directamente por carretera desde Fairbanks. Con esto, asimismo, me aseguraba de que el recorrido en auto de Hannah y su padre mantuviera cierta concordancia geográfica.

Empezar una nueva historia es difícil. Empezar una nueva historia a partir de una que se escribió hace cuatro años, lo es mucho más. Sobre todo, con tantos detalles que cuidar. Con tantas referencias de los otros libros en este no me sorprende que haya tardado un año entero en escribirlo. Para esta novela escribí tres prólogos: uno de ellos es el que a último minuto añadí a la versión definitiva de la novela; otro lo pueden hallar al final del relato *Objetos perdidos*, donde los hechos descritos en él también aparecen en este libro, pero desde otra perspectiva; y el tercero, sin terminar, me hizo comprender que debía empezar de la misma forma que en la primera novela: desde un hecho posterior. Este es el primer libro al que he escrito tanto material que no aparecerá (de momento) publicado. Si algún día estas páginas salen a la luz, quizá en una edición extendida, quiero que sepan que me siento orgulloso de ellas, aunque solamente sean un montón de paja barata.

En 2019, cuando se me ocurrió el final de Bosque Negro, antes incluso de haberlo empezado, mi cometido principal era dejar un final abierto en el que el lector pudiera imaginar cómo continuaba la historia tras la frase de Jeff que todos conocemos. Sin embargo, aún quedaron asuntos por resolver, asuntos que impedían al lector evocar su propia versión de la continuación de esta historia. Cuando me di cuenta de ello, comencé a rasguear un boceto en mi cabeza sobre una segunda parte, y lo primero que acudió a mi mente fue el encuentro entre Jeff y Paul en aquel bar de Nuevo México. Esta escena estuvo atormentándome por casi tres años hasta que la puse por escrito. Era una constante, y creo que no habría comenzado a escribir Nieve Roja, al menos no a corto plazo, sin ella.

En cuanto al final, espero haberlo logrado esta vez. Un final abierto. ¿Qué hará Jeff a continuación? ¿Seguirá en la agencia de investigaciones de su cuñado? ¿Tendrá esposa e

hijos? ¿Nuevos casos? ¿Y Hannah? ¿Habrá tirado del gatillo? Estas cuestiones te las dejo a ti, lector, tú mejor que nadie sabrás el final que estos personajes merecen.

Solo me queda agradecerte una vez más por haber llegado hasta aquí.

B. J. CASTILLO
Noviembre de 2023